

GUARDIANES DE LA ALHAMBRA

Una gran historia de amor en la Alhambra del siglo XIX, lugar de encuentro de viajeros románticos tan ilustres como Washington Irving o Alejandro Dumas.

Washington Irving llega a la Alhambra en 1829. Mientras va gestando sus famosos Cuentos, establece relaciones muy estrechas con sus guardianes que le introducirán en la vida cotidiana de una Alhambra abandonada. Son tiempos políticamente revueltos para España y en especial para Granada. Irving conoce a Manuel Cid, un joven pintor, que recogerá el testigo de su amor por la Alhambra. Cuando Irving se ausente será Cid el guía de todos los viajeros románticos que llegarán a Granada inspirados por los *Cuentos de la Alhambra*. Llegará Mérimée (creador del mito de Carmen), Gautier (el autor de *La novela de la momia*), Richard Ford (el hispanista que más divulgó las costumbres españolas) o el gran Dumas (padre de *Los tres mosqueteros*). A todos y muchos más sirvió Cid de cicerone apasionado. Pues Manuel es un hombre romántico e impetuoso que sólo ha conocido dos amores, el de la lucha por la Alhambra y el de la joven Francesca, condesa italiana, con quien vivirá un amor adúltero y arrebatado. Ni las maldades que urde su esposa contra él al verse engañada, ni los desbordamientos del río Darro, ni la llegada del cólera morbo a la ciudad, ni siquiera los temibles incendios que devastarán calles y casas, conseguirán separarlo de Francesca.

Carolina Molina

Guardianes de la Alhambra

Serie Granada - 2

ePub r1.0
Karras 10-06-2018

Título original: *Guardianes de la Alhambra*
Carolina Molina, 2010

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

A Fernando y Alberto,
para que sean los guardianes de nuestra próxima generación,
aquélla que ame y proteja nuestro patrimonio artístico.

PRESENTACIÓN

Me gusta la novela histórica. La buena novela histórica, se entiende. Posiblemente porque me permite transitar por mundos que me son conocidos desde otra vertiente. Me atraen particularmente aquellas que se desarrollan en espacios que me resultan cercanos, o que transcurren en épocas que para mí guardan una especial significación, circunstancias ambas que se aúnan en estos *Guardianes de la Alhambra* que firma Carolina Molina. Porque la trama novelesca que le sirve de hilo conductor se ubica en una ciudad —Granada— y en un momento —el de la eclosión del romanticismo— que captaron mi interés y mi atención en tiempos ya lejanos y que siguen estando presentes en mi labor profesional.

La Granada romántica. Pero ¿qué es la Granada romántica? Un inmenso puzzle, según yo lo veo, en que cada pieza adquiere vida propia, conformando una imagen llamada a dar la vuelta al mundo. La Granada romántica es la de los contornos vivos y coloristas que le prestan los viajeros que llegan hasta ella en avalancha incontenible. La de las tertulias literarias y artísticas que nacen en su seno, prestándole un sello definido. La de las publicaciones que marcan el tono de la época y que incluso en sus títulos están lanzando un mensaje difícil de ignorar. Es, en fin, la de los poetas, prosistas y dramaturgos que la toman como inspiración o como marco de su propia fantasía. Facetas, aspectos todos ellos, que forman parte de esa Granada romántica que cruza los espacios. Que hace suspirar a más de uno por su contemplación. Que incita a la queja dolorida del que no pudo llegar a verla.

Una ciudad tiene diversas caras. Según la óptica desde la que se la contemple aparecerá brillante y colorista; sombría y preocupada; extática y dormida. Esa variedad polifacética se acentúa en Granada, que tantas veces ha sido recreada, contemplada más con los ojos del alma que con los de la mente. Hay muchas Granadas en Granada. Tantas —casi— como personas se acercan hasta ella, para transmitirle algo de sus propios sentimientos y sensaciones.

Complejo puzzle, cuyas piezas ha sabido manejar con destreza la autora, lo que no resultaba cosa fácil. Casi intuidas, unas; situadas en un rotundo primer plano las otras. Ocurre así con los relatos de viajes, cuyos autores se convierten en gran medida en guías de aquel tiempo que fue. No es la suya una elección que pueda extrañar. A mí, al menos, no me asombra, ya que a ellos he dedicado muchas páginas y continúo dedicándoselas. Numerosos son los aspectos a destacar en sus textos que avalan esa preferencia: la belleza de las descripciones, el ambiente perdido, el pálpito de una vida que de otro modo hubiera caído en el olvido…

De su mano —y de la de Carolina Molina— salimos a las calles y plazas para recorrerlas sosegada, pausadamente. Nos deleitamos ante el Darro en su discurrir a cielo abierto, cruzado por numerosos puentes. Disfrutamos de la magnífica vista que ofrecen los viejos barrios. Nos sumergimos en el bullicio del Zacatín y la Alcaicería. Paseamos en el atardecer por las orillas del Genil. Compartimos el rato de tertulia

que, con frecuencia, tiene como marco un viejo patio en el que susurra la fuente o el pilar. Subimos a la Alhambra para dejarnos envolver en su mundo de ensueño.

«Lo primero que se me ocurre ante el libro que leo es buscarle el aire de familia. Contra lo que muchos creen, las obras que menos se parecen a las demás, por falta de abolengo común, son las que valen menos. De la originalidad hay que hablar no poco. Una literatura sin historia perfectamente acusada, sin antepasados ni casta, tiene mucho adelantado para merecer el entredicho. Lo antihistórico o lo contrahistórico es de problemática existencia en el mundo de la estética.» Así se manifestaba a la altura de 1944 el historiador y crítico literario Melchor Fernández Almagro. Sus palabras me han venido a la mente a propósito de la lectura de *Guardianes de la Alhambra*, que he realizado de un tirón y con sumo placer. Espero y deseo que también ustedes disfruten con ella.

Cristina Viñes Millet[1]
Granada, junio de 2009

INTRODUCCIÓN

Intervino entonces el segundo fundador de la Alhambra, no un comisario de buen gusto, sino una humilde campesina, a quien Montilla (gobernador de la Alhambra) había nombrado portera: su verdadero nombre era Francisca de Molina. Es la Doña o Tía Antonia de Washington Irving, y con su sobrina Dolores y Mateo Ximénez vivirán siempre, inmortalizados por su pluma.

Richard Ford, *Manual para viajeros por Andalucía.*

JUNIO DE 1858

En las esquinas del soleado patio de la casa del Paseo de los Tristes habían comenzado a brotar unas pequeñas flores blancas. Salpicaban la mata de arrayán con un elegante jaspeado. Fue por entonces cuando me enteré de que los arrayanes también pueden ser hembras, un insignificante descubrimiento que me arrastró a observar la flora de Granada con más detenimiento. Mi madre, doña Bárbara, tan delicada en sus apreciaciones, decía:

—¡Igualito que tu padre, mirando siempre las musarañas! ¿Qué te han hecho a ti esas matas de arrayán, vamos a ver? ¿Es que no tienes algo mejor en que ocupar tu tiempo? Ve al casino, a visitar a los Pardo Moliner, al teatro, a la iglesia… ¡Cualquier cosa es mejor que estar ahí sentado como una estatua!

Yo me defendía con resignación alegando que era un placer oler los jazmines, las damas de noche, observar cómo crecían las voluptuosas hojas de acanto. Todas estas bondades de mi tierra de nacimiento se me habían arrebatado a la tierna edad de seis años, cuando mis padres decidieron enviarme a Madrid, al amparo de mis tíos paternos. Por eso, ahora, fallecido mi padre Manuel Cid y regresado yo a Granada para ocuparme de sus negocios, encontraba todo lo granadino exótico y misterioso. No sólo me asombraba la abundantísima flora de la ciudad, heredera del jardín andalusí, sino que la casa solariega de mi familia, situada en lo que llamaban el Paseo de los Tristes, frente a la mole de la Alhambra, se me volvía desapacible por su amplitud y por su falta de claridad. Mi madre, desde luego, había contribuido a esta desolación, cerrando ventanales o cubriéndolos con pesadas cortinas que no dejaban traspasar el sol, a lo que se unía el inquietante tedio que la mansión inspiraba, en donde hasta los criados eran lentos en sus quehaceres.

Era curioso que mi madre, doña Bárbara, me recriminara mi actitud. Ella misma se pasaba las horas muertas en el gran patio central, sentada en una hamaca de enea, balanceándose con el impulso de la punta de sus pies. Allí la veía yo todas las tardes, vestida de riguroso negro por guardar luto a mi padre, y suspirando con un «ay» quejumbroso, que, quien la oyera, parecería reconocer en ella los estertores de la muerte. Pero no crean ustedes que mi madre anhelaba el recuerdo de mi padre, su esposo durante más de veinte años. Mi madre bostezaba, suspiraba y perfeccionaba sus ayes con una única cosa en la cabeza: el deseo de realizar la mejor fiesta de la temporada.

Así era mi madre, egoísta, insensible, impaciente y la misma imagen de la contradicción. Con todo, me hizo un gran favor buscándome una tarea en la que ocupar mi existencia. Un día, me asaltó mientras tomaba mi desayuno en la salita de estar (ella desayunaba regularmente a las seis de la mañana) con un brillo peligroso en los ojos. Sin darme los buenos días se acercó y dijo:

—Tú vas a tener una ocupación a partir de hoy. Pídele la llave de la biblioteca a Teolinda y mira a ver qué podemos salvar de las llamas. Si no lo haces tú, yo misma

estoy dispuesta a quemar todos esos anaqueles de herejía. Eso si no se lo han comido todo antes las polillas.

Yo me quedé asombrado. Todavía había partes de la casa que no conocía y llevaba viviendo en ella cerca de ocho meses.

—¿Hay una biblioteca en la casa? ¿Y cómo es que no es de acceso libre a cualquiera de nosotros? ¿Por qué la has cerrado?

—En eso te equivocas, Maximiliano —me dijo categórica y con algo de ironía en su boca—. En la biblioteca sólo entraba tu padre. Lo que hay dentro de esa estancia es un puro misterio. ¡Todos los pintores son tan excéntricos! Con decirte que tuvimos que rebuscar la llave de la biblioteca entre las ropas de su mortaja…Tu padre no tenía la cabeza buena, créeme, Maximiliano.

A esas alturas del tiempo ya conocía la inaceptable relación de mis padres. Cuando era muy niño les veía discutir con frecuencia y, casi siempre, las temidas disputas terminaban con el llanto teatral de mi madre y la huida de mi padre a otro lugar de la casa buscando una serenidad que siempre parecía anhelar. Yo ya sabía que mi madre no era una mujer fácil y que mi padre era un idealista. Eran como la roca y el mar. Mi padre, la roca inerte, fiel a sus ideas, y mi madre, la ola traicionera que azota la roca hasta eliminar sus incómodas imperfecciones.

—Bien —dije yo—. En cuanto termine el almuerzo le pido a Teolinda las llaves.

—Sí, sí, hazlo pronto —añadió mi madre poniendo punto y final a la conversación—. Y si necesitas que Rosita te limpie un poco el polvo acumulado, dímelo, que la libraré de ir al mercado. Todo te lo dejo a tu criterio, tú ya sabes que ahora eres el señorito.

Finalmente, doña Bárbara desapareció de mi vista. Y yo me sentí extrañamente animado por tener un aliciente para aquella mañana. Posiblemente me echarían de menos en el casino, lo cual me agradaba mucho más; ya era hora de que creara misterio alrededor de mi persona. Y esto lo pensé ignorando que, muy pronto, un secreto me sería desvelado. La biblioteca de mi padre lo mantuvo oculto durante años, tal vez porque los secretos, o los enigmas, o los misterios, sólo se muestran a quienes saben comprenderlos.

No voy a negar que mi mano tembló al introducir la llave en la cerradura. Tampoco ocultaré que momentos antes se me había resbalado de los dedos el pesado llavero, cayendo tres veces sobre la ruidosa tarima.

Todo ello era parte del ceremonial previo al descubrimiento de un gran enigma. Así ha sido siempre en la vida de los ingenuos humanos que son obsequiados con el don de una revelación.

Con el corazón palpitante abrí la pesada puerta de la biblioteca. Con todo aquel preliminar esperaba oír chirriar los goznes o tropezar con algún gato negro, sin embargo, la puerta se desplegó con ligereza y no sentí ruido ni movimiento alguno

hasta pasados algunos minutos, cuando los velones sobrepuestos en una consola del pasillo temblaron con alguna ráfaga de viento inapreciable provocando unas sombras sinuosas en la entrada de aquel extraño aposento.

Me acerqué al ventanal y descorrí las cortinas color ocre. La luz proveniente de la Sabika inundó la estancia cegándome fuertemente. Tuve que pestañear, sacar un pañuelo para limpiar mis ojos ciegos y adaptarme a la enigmática luz que había torneado, de forma súbita, los volúmenes y las formas contenidos en aquella biblioteca.

¿Cómo era posible que durante todo este tiempo hubiera ignorado la existencia de aquel lugar? Y al acceder a la casa por el gran portalón, ¿por qué no hube desviado la mirada hacia el ventanal de la biblioteca, preguntándome a dónde daría? ¿Quién me impidió deambular alguna tarde aburrida hacia el pasillo que comunicaba con la biblioteca y pararme frente a esa puerta cerrada y desconocida?

Reconozco que, por entonces, yo veía el mundo como un romántico. No en vano, durante muchísimos años, aun cuando este movimiento ideológico se había despedido de España, fui conocido y a veces despreciado por el mote de Max, *el Romántico.* Ustedes podrán juzgar la razón de por qué surgían en mi espíritu preguntas tales, me lamentaba de no haber sido lo suficientemente perspicaz para encontrar por mi propia cuenta el lugar de la casa que, en el futuro, iba a darme mayores satisfacciones.

Durante algunos minutos estuve moviéndome sin lugar fijo. Balanceaba la vista de un rincón a otro sin intención de detenerme en ninguno, sólo quería abarcar el contorno de la estancia, calcular los cientos de libros allí acumulados, el piano oculto entre las partituras y un caballete de pintor, aparentemente inutilizado, rota una de sus patas, lo que le daba el aspecto de un esqueleto olvidado por el mundo de los artistas.

Finalmente decidí sentarme. Lo hice en una butaca que me parecía contener el cuerpo de mi padre memorizado en su mullido interior. Suspiré tembloroso y alcé la mirada hacia el ventanal. Desde allí se veía una espléndida perspectiva de la Alhambra, y no me sorprendió que mi padre hubiera elegido el mejor lugar de la casa para construir su mundo perfecto.

Abandoné la idea de rebuscar en su escritorio, lleno de papeles. Lo haría en otro momento, pues mi misión era sólo revisar los volúmenes allí acumulados y ordenados en las estanterías. Resultaba irónico que mi padre, tan caótico con sus pinceles y lienzos, herramientas importantes en todo para su labor de pintor, hubiera catalogado y ordenado tan exhaustivamente cada uno de los volúmenes.

Me acerqué a los estantes. Había polvo, desde luego. Deseché la idea de pedir ayuda a Rosita, la criada de mi madre, porque su presencia habría estorbado, con mucho, mi trabajo. Era una muchacha habladora que me hubiera distraído de mis quehaceres. Bien, habladora y sensual, no voy a negar que durante algún tiempo puse mis ojos en ella.

Tal suma de peculiaridades no ayudaban en nada a mi cometido, así pues, decidí adaptarme a la molestia de la suciedad.

«Max —me dije a mí mismo—. Tienes frente a ti la mejor biblioteca de Granada. Considérala el legado de tu padre.»

Tomé un libro: el segundo de la izquierda, tercer estante. Soplé sobre él para evadir de sus páginas el polvo del abandono. Lo acaricié. No llegué a leer su título, simplemente lo presentí como el más apreciado por mi padre. Una corazonada me obligó a dejar el ejemplar sobre la mesa del despacho y reservar, como se hace con los dulces, el mejor para el final.

Mientras, me dediqué a leer cada uno de los lomos. *Madame Bovary*, de Flaubert, era uno de los más recientes; su publicación había tenido lugar un año antes, en 1857. Sus páginas, en francés, estaban señaladas con un doblez en la parte superior derecha. ¿Habría sido capaz mi padre de leerlas en su idioma original?

También encontré *Les Fleurs du mal* de Baudelaire, que aquí se tradujo como *Las flores del mal*, un libro de poemas que había traído de cabeza a la censura.

Éstos los tenía mi padre colocados en la misma estantería. En la de debajo de ellos comprobé que había seguido un orden temático; todos y cada uno de ellos hablaban de Granada, la ciudad que tanto quería, y era, asombrosamente, la mejor colección de libros que yo había visto. Ni siquiera en la biblioteca de la Universidad, que se había engrosado con las amortizaciones de los bienes culturales de los jesuitas, había encontrado libros tan específicos.

El último abencerraje de Chateaubriand comenzaba la lista de los libros orientalistas, expresión de una visión exótica sobre nuestro país a través de ojos extranjeros. Mis pesquisas históricas y literarias me llevaron a saber mucho sobre los viajeros extranjeros que tomaron Granada como uno de sus destinos más solicitados. Claro que eso fue más tarde, cuando yo mismo tuve la ocasión de acompañar a algunos de ellos, intrépidos peregrinos de la aventura española, enseñándoles la Alhambra y la ciudad de Granada.

Cuando mi padre falleció, los viajeros románticos ya habían abierto puertas inaccesibles dentro y fuera de Granada. Victor Hugo, con *Los orientales*, escrita en 1828 y de la cual mi padre poseía también un ejemplar en francés, fue la inspiración para muchos. Posteriormente llegaron Washington Irving, Prosper Mérimée, David Inglis, Richard Ford, David Roberts… Nombres que tal vez nunca les hayan sonado más que a eso, a un nombre en un papel. Fue alentador saber que mi padre compartía una porción de este grupo selecto de emprendedores, abanderados de una Granada que se abría al paso de escritores, pintores o músicos, como un nenúfar que se alimenta de los rayos del sol.

Decenas de libros de viajes se desparramaban por las estanterías de la biblioteca, todos en el idioma original de publicación: *Spain in 1830* de David Inglis, *Gatherings from Spain* de Richard Ford, *Voyage en Espagne* de Gautier, *Gazpacho or Summer Months in Spain* de William George Clark, *Manual del artista y del viajero en Granada* de Giménez-Serrano, *El libro del viajero de Granada* de Lafuente Alcántara… Todos y cada uno de ellos tenían en su primera página una dedicatoria

amabilísima: «Estimado Manuel», «Queridísimo amigo Cid», «Compañero», «Estimable colega…». Y en cada pliego enrollado de papel, o de lienzo, que también los había, la dedicatoria no dejaba de ser menos esclarecedora: «Para mi estimado amigo y camarada Manuel Cid» Y firmaban David Inglis, Girault de Pragney o David Roberts.

Los libros también pueden hablar cuando están cerrados. A través de sus cantos dorados demuestran la arrogancia de quien se sabe portador de alguna nueva. Sus solapas gastadas nos dicen si su lector disfrutó al leerlas, si las acarició diariamente o las olvidó sobre una mesita anodina que sólo recibía, de vez en cuando, el contacto de una taza de té.

Durante semanas, los libros me hablaron —de eso estaba seguro—; me hablaron de mi padre, de sus gustos, del infinito amor que profesaba por su ciudad. Del éxito que había conseguido fuera de su aburrida vida marital, escondido de los ojos de quien debería haberle conocido o entendido mejor. Con las dedicatorias, los libros me hablaban de un hombre cosmopolita, familiarizado con los idiomas, que tal vez no los entendiera pero descifraba. Y lo peor de todo era que mi padre, culto y bien relacionado, era consciente del peligroso tesoro que albergaba en aquella biblioteca, de ahí el especial cuidado que puso protegiendo la llave de su puerta.

No voy a negar que me sentí desorientado. La relación con mi padre se había visto relegada a cartas correctamente insípidas, desencantadas aunque afectuosas.

¿Quién hubiera pensado que mi padre, aquel hombre huraño e insatisfecho, había sido capaz de pertenecer a un círculo de amistades tan selecto? El hombre que me dirigía sus cartas y firmaba con un «Atentamente, tu padre», deseaba decirme algo más, terminar aquellas cartas ridículas —posiblemente censuradas por mi madre— con su mejor legado.

Las jornadas pasaron, fueron días y noches en las que me encontré seducido por las dedicatorias que mi padre había reunido durante tantos años. Me divertía localizando la más simpática, la más extensa o la escrita en el idioma más incomprensible.

Una noche, conseguí sobreponerme a mi perplejidad y algo vino a mi memoria relajada, un recuerdo postergado que tenía su origen en el primer día en que mis pies entraron en la biblioteca. Recordé que había tomado un libro, al azar, uno como cualquier otro, y que lo había dejado encima del escritorio. Me levanté de donde me hallaba sentado, un lugar al que había acudido para sujetar mis rodillas temblorosas; siempre me veía inmerso en un incontrolado estado de ánimo cuando llegaba a ese lugar, territorio de mi padre y del que se desprendía aún el aroma de su propia colonia confundido con el de sus cigarros de picadura. Caminé hacia la gran mesa, caótica, universo de todo y de nada, en la que, distinguidamente, parecía esperar aquel libro.

Lo tomé entre mis manos y busqué su título: *La Alhambra. Una serie de leyendas y apuntes sobre moros y españoles*.

El libro estaba fechado en 1832. Y estaba dedicado por su propio autor en

perfecto español:

> *A mi amigo Manuel Cid, a quien agradezco la ayuda prestada, esperando que en algún momento no muy lejano podamos recordar las tardes vividas en la Alhambra junto a la encantadora Dolores, a quien imploro que cuide en mi nombre.*

El libro sería más tarde recopilado por el autor, un americano que vivió en Granada durante tres meses, y fue traducido como *Cuentos de la Alhambra*.

Y mi padre —¡cómo podía haberlo dudado!— había sido amigo del extranjero más querido en mi tierra, cuyo nombre era Washington Irving.

No piensen ustedes que en aquella época Washington Irving era tan conocido como lo es ahora. Desde luego que yo sabía quién era y muchos de los que frecuentaban los círculos intelectuales de Granada se habían relacionado con él o sabían de sus escritos documentales. *La Alhambra*, traducida en España como *Cuentos de la Alhambra*, fue escrita en 1832 y posteriormente revisada por el propio Irving en 1851, momento en el cual incluyó nuevas leyendas.

Me senté con intención de reflexionar. ¿Cómo era posible que mi padre hubiera frecuentado semejantes relaciones? Por lo que yo sabía, Manuel Cid no había pasado de ser un pintor mediocre que se había decantado por el romanticismo y tomado el paisaje olvidado de Granada como su inspiración. Subía al Albayzín con una carpeta de dibujo y bajaba con ella repleta de bocetos de casas moriscas derruidas, de murallas nazaríes cubiertas por la vegetación del tiempo, presentidas columnas romanas olvidadas en algún dintel o una iglesia desamortizada por Mendizábal ahora abandonada a su suerte. Por este motivo mi madre, doña Bárbara, lo había denominado, con su particular desdén, «pintor de ruinas». Y en el fondo, esto no se desviaba mucho de su afición.

Mi madre había conseguido que mi hermana Agustina y yo mismo tuviéramos un concepto equivocado de mi padre. Ambos seguían vidas diferentes. Mi madre adoraba la vida mundana, mientras que mi padre era un espíritu libre, un ser contemplativo que huía de fiestas y saraos. Cada vez que doña Bárbara preparaba una fiesta, mi padre se buscaba una excusa para viajar. Apenas conocía a los amigos interesados de mi madre mientras que ella se esforzaba por averiguar con quién se relacionaba él, en su afán de controlar la vida de los demás, y luego reprendía, con su habitual ironía, la actitud de tal o cual señor, todos ellos reputados científicos o afamados artistas.

Agustina, mi hermana, desde Roma, y yo, desde Madrid, crecimos con un padre idealizado. Si bien durante muchos años creímos ambos que era el más dejado y despreciable de los progenitores, con el tiempo fuimos comprendiendo el error en que nos había sumido la intachable Bárbara Benajara, una presumida y petulante mujer descendiente de la familia más poderosa de Valladolid. Así, con su odio acérrimo a la

ciudad de Granada, a la que tuvo que acudir por su casamiento, y el odio particular a la vida que le dio mi padre, fuera de todo boato, mi madre fue formándose un imperio de mentiras, de laberintos inaccesibles, en donde sólo ella era la protagonista.

No les voy a contar cómo se conocieron porque no lo sé. Ni me ha importado nunca, se lo aseguro. Sólo pretendo demostrar que la figura de mi madre ha sido siempre como un cáncer en la saneada vida de los Cid. Y eso lo he sabido con el tiempo, con la vuelta precipitada a esta ciudad que había olvidado por completo y, curiosamente, con el descubrimiento de esta biblioteca, que es el universo mismo compilado en una habitación.

Resulta desalentador que haya hecho falta que mi padre muriera para que pudiera conocerlo. A veces, lo mejor que hacen algunas personas es legar su historia a los demás cuando ellos ya no están para contarla.

Durante algunas tardes reflexioné sobre la vida y la muerte de mi padre. Era mi luto personal, que substituía al brazalete negro en el brazo. Finalmente, decidí actuar. Preveía un verano interesante con tantos volúmenes que consultar, leer o hacer desaparecer sin que mi madre se enterara de que cambiaban de sitio y no eran destruidos, como ella pretendía. Así que cuando doña Bárbara salía de compras o a pasear a las alamedas, yo metía unos cuantos volúmenes en un maletín y se los llevaba a mi profesor, Julián Mínguez, quien me había ayudado mucho desde mi vuelta a Granada. Era la única persona en la que realmente confiaba, entre tantos ignorantes, calaveras o presuntuosos burgueses como había en la ciudad. Él me recibía entusiasmado de poder recoger la herencia de mi padre. «Qué gran hombre, don Manuel —decía Mínguez— Sin duda, un gran hombre.» Y se rascaba la nariz con su amplio pañuelo de sarga, que más parecía una sábana que un pañuelo.

Pasaron algunas jornadas como éstas y, claro está, nuevamente me encontré con los *Cuentos de la Alhambra* de Irving y su curiosa dedicatoria. Imaginé las tardes que podría haber disfrutado mi padre en el interior del palacio de la Alhambra, lugar que yo no conocía aún. Piensen ustedes que la Alhambra, en 1858, no era lugar de romería, ni de visita común de los granadinos. En la Alcazaba se encontraba la prisión militar, gran parte de los palacios eran propiedad del gobernador y en el resto había una actividad constante de restauraciones, más o menos polémicas, del señor Contreras, nombrado restaurador adornista en 1847 y que hacía del monumento su expresión particular del arte nazarí, poniendo donde no había y quitando donde sí había.

Con esta perspectiva, pocos granadinos subían a la Alhambra, y la contemplaban como se contempla a una montaña. Ignoraban si su interior era tan austero como el exterior, desconocían su tamaño, si tenía patios o arcadas. Sólo sabían que en la misma puerta de la Justicia acechaban mendigos pidiendo limosna y que en lo que antes era el convento de San Francisco, tanto como en la calle Real, se repartían sus

ruinosas paredes gitanos o gentes de mal vivir.

Dicha esta aclaración, se preguntarán ustedes, cómo era que tan desastrosa perspectiva de la Alhambra no me había interesado de antemano. La explicación era muy sencilla: desde mi llegada a Granada, hacía de ello ocho meses, había decidido, simplemente, adorar platónicamente a la Alhambra como se quiere a distancia a una mujer desconocida cuya belleza nos atrae. Entonces lo decidí así y ahora, sin embargo, con todo lo que había encontrado entre los libros de mi padre, me imaginé que había recibido el flechazo de un amor más interesado y físico, que me obligaba a considerar la Alhambra como el objeto de mis futuras pesquisas.

Me dirigí a la cocina, a buscar al servicio de la casa; allí siempre se obtenían los mejores chismes y la más fidedigna información de la ciudad. Salvo la doncella particular de mi madre, Teolinda, venida de tierras asturianas, nadie más se encontraba allí. No la creí capacitada para responderme, así que le pregunté por Rosita, más habladora y agradable para la vista.

—Señor, está en el patio, regando y limpiando el estanque. Dice el ama que pondrá peces… —Teolinda meneó la cabeza disconforme—. Así que muy pronto tendrá desayuno la gata.

Me marché. Las ideas de mi madre eran de lo más peliagudas. Durante su tiempo de luto no había podido celebrar fiestas pero ya se había buscado una extravagancia de la que disfrutar en la intimidad: un criadero de carpas que traería problemas a todos los miembros de la casa.

Cuando salí al patio, Rosita canturreaba alegremente. Tenía las faldas subidas y recogidas hasta las rodillas, sujetas por unas medias de hilo que le llegaban a media pierna. Era una muchacha demasiado indecorosa para mi madre, de haber estado allí la habría reprendido severamente, pero su desenvoltura, lejos de molestarme, me resultaba refrescante y desde luego, placenteramente sensual.

En el centro del patio, rodeado de columnas, se encontraba un pequeño estanque. La casa guardaba la herencia romana del *impluvium* central, donde iba a caer el agua de la lluvia en los tiempos húmedos. El estanque siempre había estado vacío —tal y como yo lo recordaba— o cubierto de aspidistras de largas hojas. Pero mi madre había tenido su extraña fantasía, avalada por las abundantes horas que se pasaba sentada en la hamaca buscando el frescor de la piedra, y ésta, como todos sus caprichos, era inquebrantable.

Rosita barría contoneándose dentro del estanque. Cantaba una cancioncilla que se había puesto de moda con la publicación de *La gaviota* de Fernán Caballero. Decía así:

Estándola enamorado,
el marido que llegó.
—Ábreme la puerta, cielo.
Ábreme la puerta, sol.

Que con el aretín, que con el aretón.

Ha bajado la escalera
Quebradita de color.
—¿Has tenido calentura?
¿O has tenido nuevo amor?
Que con el aretín, que con el aretón.

—Ni he tenido calentura
ni he tenido nuevo amor.
Me se ha perdido la llave
De tu rico tocador.
Que con el aretín, que con el aretón».

Tardó algunos segundos en advertir mi presencia. Luego, con su característico sobresalto, mitad real, mitad teatral, se separó el flequillo de la cara con un soplido y dijo:

—Me ha *asustao* el señorito. ¿Quiere que le haga algún *mandao*?

Yo me quedé perplejo mirándola. Tenía una sonrisa que erizaba el vello de la nuca. Sonreí intentando recordar lo que iba a preguntarle.

—Deseo que me contestes a algunas preguntas. Seguro que sabes más que yo de este asunto.

—¡Ay, señorito! —exclamó esta vez con entera preocupación—. Yo no sé *ná* de *ná*, le aseguro a *usté* que soy una buena chica, que yo no me meto en líos, ¡ea!

Mis labios sonrientes calmaron la actitud de Rosita.

—Todos estamos muy contentos con tu trabajo, Rosita. No pretendo reprenderte, eso ya se lo dejo a mi madre. Sólo quiero saber si conoces a una tal Dolores que ha vivido en la Alhambra.

—¿Dolores? ¿La Dolores?

Yo asentí esperanzado.

—Se refiere *usté* a la sobrina de Francisca Molina, la que llaman la Tía Antonia. No me pregunte por qué la llaman Antonia si su nombre es Francisca, pues hay cosas que no sabe ni Martínez de la Rosa, que debe de ser un rato leído.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Dolores o a la Tía Antonia?

—La Tía Antonia murió… o tal vez vive aún en alguna casucha de la Alhambra. No sabría decirle. A estas alturas debe de ser más bruja que mujer. Y Dolores volvió a la Alhambra cuando enviudó del médico, el Manué Molina; ya sabe el señorito: eran primos y tuvieron que pedir dispensa al Papa para casarse. Que yo todo esto lo sé por mi abuela, que tenía relación con un aguador que iba al aljibe de la Alhambra, relación de negocios, quiero decir, no vaya a pensar mal el señorito.

—Rosita… ¿tú sabes quién es Washington Irving?

Rosita me miró perpleja.

—¿*Guasintón* qué…? Ese nombre no es de *Graná*.

Le di las gracias con resignación pero aliviado de haber completado una parte de mi rompecabezas. Según me alejaba creí conveniente decirle:

—Rosita, gracias, pero ¡bájate las faldas! ¿Quieres que mi madre se pase todo el día con un sinapismo en la cabeza?

La muchacha sonrió con malicia, puedo suponerlo. Seguro que ella también se imaginaba lo que seguía a los disgustos de mi madre, un fuerte dolor de cabeza que ella misma llamaba «el patatús» y que combatía con ridículos ayes y una cataplasma de alcohol y hierbas en la dolorida frente.

Con todo, con la bellísima imagen de Rosita y sus torneadas pantorrillas y la de mi madre enferma de sus patatuses, me marché a casa de Julián Mínguez, seguro de que mi profesor sabría mucho más que cualquiera de Irving y de su misteriosa Dolores.

Aproveché el viaje para llevar a Mínguez unos cuantos ejemplares de la biblioteca, libros que doña Bárbara había catalogado inequívocamente de heréticos.

Julián Mínguez fue mi primer profesor o al menos el primero que se preocupó de mi educación. Era lo que podía llamarse un hombre de estudio, librepensador y enérgico defensor del patrimonio artístico granadino. Pero no se encontraba muy bien, su cara ratonil había palidecido y tosía a intervalos. Se tapaba la boca con su gran pañuelo y se cerraba el cuello del batín de cuadros que cubría su cuerpo. Me recibió en el comedor de su casa, espacio humilde pero acogedor que calentaba con un brasero y en donde me acaloré al recibir un ambiente corrompido por la enfermedad.

—Disculpe usted, amigo mío. Estoy descompuesto, algo de resfriado. Ya sé que no es tiempo aún de braseros pero me encuentro tan destemplado que no he tenido otra ocurrencia que encenderlo. La señora Sebastiana, que como sabe usted me cuida y vive aquí al lado, me dice que me traerá unos cuantos ladrillos calientes para ponerme en los pies, que por ahí se va el calor del cuerpo, pero ¿qué quiere que le diga? Yo con fiebre no cavilo y lo único que quiero es tener calor y dejarme de pamplinas.

—¿Quiere que vaya a buscar a un médico?

—Ni lo sueñe usted, Maximiliano. Los galenos de esta ciudad te sangran sin necesidad de utilizar sanguijuelas, que lo que te sangran no es el brazo sino el bolsillo. Y la jubilación es cosa seria en mi profesión; si antes cobrabas poco como profesor, con la jubilación sólo te queda la honra de haberlo sido.

—Si es por dinero, don Julián, yo…

—¡No me sea usted así, Maximiliano! Respéteme mis manías. En esta casa no ha entrado un médico en veinte años. ¿Sabe cómo me curo yo la gripe? Leyendo y

teniendo la mente despejada. ¿Cree usted ahora que lo que digo es por boca de la fiebre? Pues puede ser, pero yo soy un científico y un filósofo, y ahora creo más en el poder de la mente que en el del cuerpo. Vamos, que me importa un bledo el germen que infecta mi cuerpo.

Creí prudente callar. Era obvio que Mínguez no se encontraba en su mejor momento. Su vehemente carácter se acentuaba con el mareo de la fiebre; sin embargo, su lengua se desataba y he de admitir que tenía un punto simpático que no encontraba en él cuando se hallaba sano.

—Pues yo venía a preguntarle una cosa pero veo que no es buen momento…

—¿Cómo? ¿Vamos a dejarnos vencer por un bicho que ha de mirarse con un microscopio? ¡Oh! —exclamó Mínguez, distraído—. Esa teoría me la contó no hace mucho un profesor amigo mío de la Universidad de París, ¿o es de Lille? No lo recuerdo… El caso es que mi amigo dice que debe de existir una causa para que nos enfermemos, un parásito, algo que…

—Profesor… —intervine con ánimo de concentrar la dispersión que se había apoderado de mi enfermo amigo.

Y entonces él, como si volviera a la tierra desde su enigmático sistema solar, fijó su mirada en mí y dijo:

—Maximiliano: le ordeno que me pregunte.

Suspiré. No tenía muchas esperanzas de completar mi rompecabezas.

—Verá… En la biblioteca de mi padre encontré los *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving. ¿Los ha leído?

—Desde luego, originales y muy bellos.

—Tenían una dedicatoria a mi padre muy íntima, en la que se desprende que ambos fueron amigos…

—Su padre fue amigo de mucha gente en Granada. Entienda que muchos como él, sabedores del patrimonio artístico que poseemos, luchaban por reconocer a Granada como una de las más altas ciudades de España. Cuando yo era joven, oí muchas veces el término acuñado por Mérimée cuando vino a España: *différent* —y esto último lo dijo con un gran aspaviento—. España era diferente y sigue y seguirá siéndolo. Esa diferencia, lejos de sernos útil, nos ha hecho mucho daño porque lo distinto es siempre lo mediocre o lo temido.

—Sí, ya he leído lo que recomendaba Voltaire, que no valía la pena conocer España porque era una región tan salvaje como África. O la famosa frase de Dumas: «África comienza en los Pirineos».

—No estoy muy seguro de si debemos dar a la frase de Dumas un carácter peyorativo. A fin de cuentas nuestra tierra siempre ha sido más árabe que cristiana. Pero claro está, hoy lo árabe asusta, desprestigia. Yo creo que Irving fue el primero en darse cuenta de que en Granada hay que tener una actitud tolerante, pues nada es completamente puro por aquí.

—Entiendo que mi padre, siendo bastante más joven que Irving, lo idealizara y

compartiera su entusiasmo y su fantasía, pero hay un nombre que ocupa mi memoria desde hace unas semanas. Se trata de Dolores; Irving citó a esta mujer en su libro. ¿Sabe algo de ella?

—¡Dolores! —pareció recitar Mínguez mientras recordaba—. La bella muchacha de los ojos negros. Era una delicia oírla cantar o simplemente observarla cuando caminaba por los palacios. Sí, me hace usted recordar momentos muy dulces, alguna vez también coincidí con su padre de usted en alguna fiesta. Éramos unos jóvenes idealistas.

—¿Sabe si Dolores vive aún en la Alhambra?

—Creo que sí. Vaya a verla y háblele de mí; si aún me recuerda será muy grato para mí saber que he dejado una pequeña huella en su memoria.

Así lo hice. Un ímpetu nervioso me levantó de la silla en donde me encontraba sentado. Luego, subiendo por la Cuesta de Gomérez, me arrepentí de haber dejado a Mínguez enfermo y desvalido, y me prometí a mí mismo que volvería con un médico, se pusiera como se pusiese. Mientras, mi corazón saltaba de emoción porque iba a conocer a Dolores, la muchacha de los ojos alegres, de los ojos negros, según contaba Irving, de la que tal vez se enamoró él o Mínguez, y quién sabe si también mi padre. Mi fantasía había superado a la del señor Irving; la bella Dolores se me antojaba como una duquesa, mejor aún, como una princesa de la Alhambra, y la veía seleccionando las mejores flores para ambientar los búcaros o abanicándose en el ajimez de alguna alta torre como guardiana de la ciudad.

Yo no había subido aún a la Alhambra, así que el camino que apareció ante mis ojos pasada ya la Puerta de las Granadas se me supuso un bosque encantado. Su espesura y la frondosidad de los castaños, los álamos y las acacias convertían el lugar en un plácido remanso. Los pájaros cantaban confundidos intentando volar hacia los haces de luz que se filtraban entre las hojas de los árboles. De los tres caminos que se abrieron a mi frente elegí el izquierdo. El instinto me hizo seguir uno de tierra, paralelo al rumor de un hilo de agua que a veces se convertía en una suave cascada. Aquel bosque encantado, lejos de producirme miedo, me parecía sacado de un cuento infantil. No me sorprendió lo más mínimo que Irving creyera ver duendes o moros fantasmagóricos caminando por aquellos lugares, puesto que cualquier persona con un mínimo de sensibilidad se habría dejado dominar por sus sentidos embargada por el prodigioso misterio de la Alhambra. Y cavilaba todo esto sin atisbarla de cerca, imagínense la impresión que me produjo una vez me hube encontrado tras sus muros.

Pasado el tristemente restaurado pilar que llaman de Carlos V ya me asaltaron algunos viejos mendigos. El anhelo que me había acelerado la respiración se desvaneció ante la ruinosa apariencia del monumento. Y tuve una decepción de espíritu porque la imagen platónica de la Alhambra que aún permanecía en mis pupilas, la que había conseguido mediante la observación constante desde la

biblioteca de mi padre, resultaba ser un fiasco. O peor aún, una mentira.

Desde la ciudad, la Alhambra parecía una mole emergente entre las nubes, compacta, sin fisuras. Pero según me acercaba su color rojizo se atenuaba y sus paredes, que parecían recias murallas, aparecían cuarteadas y frágiles. Esto fue lo que más me dolió, descubrir que la Alhambra era efímera.

—Señor, una limosna, por la Virgen, para este pobre lisiado que luchó contra los franceses…

—Señor, algo para comer, que tengo cinco hijos…

—No vaya, señorito, por la calle Real, que hay muchos gitanos, yo le guiaré por unos reales…

Muchos eran los inválidos, mendigos o borrachos que buscaban la sombra a los pies de la alta mole de la Puerta de la Justicia. Allí pasaban la tarde o la mañana, esperanzados de ver a algún cándido viajero que pretendiera atravesar la puerta.

Claro está que traté de dar una imagen más madura de lo que a mis años se solía aparentar y con recio porte me dirigí al último en hablar, aquel que me había ofrecido ser mi guía.

—Ofrezco esta moneda a quien me guíe hacia Dolores.

—¿La Dolores? —saltaron los tres.

El trío empezó a porfiar, uno porque encontraba injusto no poder levantarse al ser lisiado y dirigirme hacia el interior del monumento, otro por ser recién llegado a la Alhambra y no conocer a la susodicha, y finalmente, el tercero, el más desenvuelto, tomó la moneda de mi mano, tal como lo hubiera hecho un felino al saltar sobre su presa y con premura me dijo:

—Venga, su señoría, que yo le llevo ante los mismos pies de la Dolores.

Lo seguí de cerca, procurando no dejar mucho espacio entre él y mi persona, por aquello de temer encontrarme solo en la Alhambra, entre tanto pasillo y explanada que yo suponía parte de un laberíntico misterio musulmán. Oí cómo seguían protestando los pordioseros de la puerta e incluso llegaban a las manos, pues la moneda de un visitante podía, con mucho, sacarles de la miseria diaria.

Al atravesar la puerta, ancha, pesada y de recodo, como las que construían los musulmanes, nos adentramos en otro mundo, el de la Alhambra. Y allí encontramos otra ciudad, grande, devastada, triste si acaso, por estar compuesta de ruinas y casas ocupadas por gente de mal vivir, pero activa e inusual.

—¿Dónde están los palacios moros? —pregunté impaciente.

—Ahora mismito entramos, su señoría… —me dijo el pordiosero tratándome de jurista.

He de admitir que hubo un momento en que sospeché que pretendía confundirme introduciéndome por calles angostas, todas iguales en su estrechez y suciedad, para finalmente atracarme o degollarme. No obstante, al entrar en una de las salas de un gran edificio me di de lleno con una estancia cubierta de artesonado y altas columnas, en todo similar a las árabes, que me pareció el preludio de mi destino.

—¡Dolores! —gritó desgañitándose mi joven guía—. Que te buscan…

Reprimí mi acelerada respiración. Me quité el sombrero presintiendo la llegada de una dama. Nos acabábamos de parar en un cuarto con detalles dorados; tenía dicho cuarto dos puertas rectangulares, no de inspiración árabe como cabría suponer, en donde se reconocía un perfil de hermosas filigranas de yeso que en sus tiempos debieron de ser bellísimas. Una de las puertas se encontraba semioculta por haber sido tapiada con ladrillos y la otra, aunque era de madera y estaba plagada de termitas, parecía ciertamente clausurada. En el centro del patio aún se presentían los restos de un aljibe, que luego me dijeron que se trasladó al jardín de Lindaraja. Este patio, con todo su encanto diminuto, era la conexión entre dos palacios, que llegáronse a llamar Mexuar y Cuarto de Comares. Yo entonces lo ignoraba, pero me encontraba en el llamado Patio del Mexuar, que en mis tiempos se denominó de manera caprichosa Patio de la Mezquita, pues de ninguna manera se encontró cerca de él ningún templo musulmán.

—¿Quién va? —preguntó una voz femenina desde el interior de aquel palacio.

Al momento se vieron dos pies pequeños y delicados envueltos en unas alpargatas que se adelantaron a través de la puerta que parecía clausurada. Sostenían a una mujer que se me quedó mirando. Su pelo enmarañado hacía muchos días que no veía un peine. Yo debí de mostrar una expresión de sorpresa porque no fui capaz de preguntarle nada. Nos miramos mutuamente durante algún tiempo y entonces yo pensé que había sido un tonto, que Dolores, la de Irving, no podía ser, tras los años transcurridos, la bella muchacha que yo esperaba encontrar. Mi sueño se rompía nuevamente.

—¿Es usted Dolores? —preguntó mi esperanza.

—Sí, señor. Yo soy Dolores Molina y estos… —dijo señalando a dos chiquillos que aparecieron tras sus faldas a la que agarraban con fuerza—… son mis dos nietos. Bienvenido a la Alhambra.

Tocaron varias veces la campana de la torre de la Vela para indicar la hora. Su repique retumbó en aquel cuarto pequeño y dorado y me despertó de mi ensimismamiento.

Dolores pasaba ya de los cuarenta y, con todo, resultaba ser una abuela joven y dinámica. Era de poca estatura y ancha de huesos, lo que le daba un porte enérgico y poco delicado. Tenía una amplia sonrisa y unos ojos vivarachos que, indudablemente, en su juventud, encandilaron a más de uno. Cuando los dos nietecillos dejaron de protestar por tener que caminar cogidos de su falda, Dolores me hizo pasar por una de las puertas del patio.

—Venga el señor conmigo. Le mostraré una de las zonas más *bonicas* del palacio. Junto al estanque estaremos más frescos y cómodos.

Conducido por un pasillo, nuevamente en recodo, salimos a un espléndido patio.

Era el patio de los Arrayanes o de Comares, tanto da, situado a los pies de la alta torre que vigilaba el Darro y cuya parte hacia el río se encontraba frente a mi casa. Me erizaba el vello pensar que estaba junto a la torre cuya silueta era lo último que veían mis ojos al acostarme.

Dolores me sacó una silla de enea y ella se sentó a mi lado. Sus nietos empezaron a corretear temblonamente, lo que indicaba su escasa edad, y hubo de reprenderlos con la amenaza de dejarles sin unas galletas que tenía horneando en sus ocultas dependencias.

—Dígame el señor, ¿desea conocer el palacio? Yo puedo enseñárselo, he vivido en él toda mi vida. Y antes que yo mi tía Antonia. Soy una auténtica hija de la Alhambra.

Sonreí. Ya conocía esa expresión por el escritor americano.

—¿Recuerda usted a Washington Irving?

Dolores enmudeció. Su mirada vivaracha era ahora de un cristal inexpresivo y tuvo que reprimir el llanto cuando éste empezó a cristalizar.

—¡El americano! ¡Cuántos recuerdos tengo yo de ese señor tan elegante! Fueron momentos muy *bonicos*, de verdad. —Entonces sacó un pañuelo blanquísimo de la faltriquera y se secó la nariz, que tomaba un ligero color rosáceo—. Era yo muy joven y muy inocente. Y la Alhambra era toda para nosotros. Primero llegó él, y luego los pintores, los franceses, aquellos señores con un atril que despedía fuego…

—¿Los fotógrafos?

Dolores asintió sin saber a qué me refería.

—La Alhambra era una auténtica ruina, los gitanos hacían fuego y arrancaban los azulejos para venderlos. Se veían cabras deambular por sus salas porque gran parte de este palacio se dedicaba a establos. Pero créame el señor que fueron buenos tiempos para mí y para la Alhambra. Ahora todo es bien distinto. Cada día vienen unos señores, toman medidas, hacen dibujos y se van. Luego vienen y ponen un templete o cubren una ventana con una celosía, y dicen que es como debía de ser en tiempo de los moros. Pero ¿qué quiere que le diga? —Dolores volvió a utilizar su pañuelo, esta vez para limpiar sus primeras lágrimas—. Antes la Alhambra se caía pero se oían las risas de sus hijos. Ahora dicen que el gobierno cuida de ella, pero la Alhambra está triste.

Con un impulso que no reconocí en mí, le acaricié su ajada mano, que parecía temblar por el recuerdo. Una media sonrisa me indicó que lo agradecía.

Dejando atrás los lejanos recuerdos y ocupándose de la algarabía que manifestaban sus nerviosos nietecillos, la mujer me miró con cierta curiosidad y preguntó:

—Usted… ¿Es la primera vez que viene por aquí? Yo le conozco.

Me encogí de hombros.

—No conocía la Alhambra, pero mi padre sí la visitó en aquellos tiempos. Se llamaba Manuel Cid.

Dolores se paralizó por el recuerdo y luego dejó ver una de sus mejores sonrisas.

—¡Virgencica! Ya me parecía a mí. Es usted el señorito Maximiliano, el que se me perdió en los baños. Toda una tarde estuvimos buscándolo y luego yo misma lo encontré, acurrucadillo, en una esquina de los baños del palacio.

Su entusiasmo me impidió replicar a sus palabras porque yo no recordaba nada de aquella aventura; no obstante, el detalle de conocer mi nombre hacía de sus palabras un testimonio fidedigno.

—Así que ha leído el libro del señor *Guasintón*. Dicen que me nombra. A mí los libros me marean. Sé leer, no piense usted, me casé con un médico. Pero yo no estoy hecha para ver letras, ni para escribirlas. Todas mis historias están aquí, en mi cabeza. Muchas le conté al galante americano y él, que era tan lila como todos los extranjeros, se las creyó *toítas*. Durante los dos meses que estuvo aquí residiendo no paró de buscar al fantasma de Boabdil.

—Seguro que tiene muchos recuerdos de aquellos días…

—¡Muchos, muchos! —dijo moviendo con parsimonia su cabeza—. Y todos están tan frescos como lo que hice ayer…

Yo no pude contrariar a mi vocación de escritor, por entonces aún latente, y la miré con convencimiento de que ella respondería.

—Bien, entonces enséñeme la Alhambra, pero no la que hay ahora, sino la que existía cuando el americano vivía en sus habitaciones. ¿Es demasiado pedir para una hija de la Alhambra?

Dolores, con una sonrisa malévola, me miró. No negaré que sus ojos me parecieron jóvenes y atractivos. Luego de mirar a sus nietecillos y regañarlos por acercarse demasiado al estanque central del patio, volvió su cabeza hacia mí y dijo:

—Supongo que el señorito Maximiliano habrá traído mucho papel, porque hay mucho que contar.

Yo, con una rapidez inusual en mí, rebusqué algo donde poder anotar algunas letras, pero Dolores ya comenzaba su historia y tuve que acelerarme como un estudiante ante la prosa ligera de su profesor.

—Esta historia empieza con una explosión… ¿Ha anotado usted? Sí, sí, con una explosión, la de los franceses cuando abandonaron la Alhambra, que se llevó por delante ocho de mis torres. ¡Dios los lleve al infierno! Hasta a los leones de la fuente dejaron tumbados los muy gabachos…

Así transcurrieron muchas tardes y mañanas, entretenidos ambos con las historias de Dolores. Ella me contó cómo era la Alhambra, quiénes la habitaron y quiénes la protegieron. Sus guardianes consiguieron de ella que llegara hasta nosotros. Juzguen ustedes si cumplieron con su cometido.

PRIMERA PARTE

Como verás, mi carta va fechada en el mismo palacio moro, pues ayer el gobernador de la Alhambra nos permitió al príncipe Dolgoruki y a mí instalarnos en uno de sus departamentos deshabitados. Tenemos a una excelente mujer y una muchacha de ojos alegres, sobrina de ella, que se encarga de arreglar nuestra habitación y prepararnos la comida. Me pregunto si el pobre Rey Chico estaría mejor que yo en este palacio…

Extracto de una carta enviada por Washington Irving a su hermano Peter

WASHINGTON IRVING
1829

El día en que sonó la explosión, un 17 de septiembre de 1812, los granadinos rezaban en sus casas al tiempo que lanzaban vivas al rey de España. Muy pronto, hubo quien anunció que un cabo de inválidos, llamado José García, había arriesgado su vida e inutilizado las mechas que los depravados franceses habían colocado bajo las torres de la Alhambra.

—Éste fue el primero de los guardianes de la Alhambra, señor Cid —me dijo muy seria Dolores—. Sólo Dios sabe cómo hubiera quedado el recinto si aquel cabo no hubiera interpuesto su vida ante el palacio de los moros. ¿Se imagina usted nuestra ciudad sin la Alhambra?

Con todo, los palacios sufrieron demasiados desperfectos. La tía de Dolores, Francisca Molina, a la que llamaban Tía Antonia, fue nombrada portera de la Alhambra en 1808, cuando aún existía un doble gobierno asistido por españoles y franceses. Ignacio Montilla, el gobernador, intentó con ello salvaguardar el monumento, aunque sus pretensiones eran confusas, ya que no le importó convertir el Patio de la Mezquita en un corral de ovejas.

La Tía Antonia, nombrada guardesa, tuvo mucho trabajo. Se encontró con una Alhambra manipulada por los franceses a su antojo: aquellos señores tan finos y elegantes querían convertirla en un palacio de Versalles. Arrancaron las losas árabes del Patio de los Leones y plantaron jazmines, rosas y arrayanes. Y cuando no atendían a su gusto por la jardinería, se comportaban como patanes. Ejemplo de lo que digo es la utilización del estanque central del Patio de los Arrayanes como almacén de proyectiles.

—Mi tía tuvo que llamar a toda la familia para sacar del estanque aquellas bolas tan redondas, apiñadas como melones unas sobre otras. Al señor Antón se le cayó una en un pie y anda cojo desde entonces —recordó Dolores.

La Torre de la Cautiva tampoco se salvó de la mano francesa. Destruyeron su vestíbulo y sus artesonados. Otro tanto le sucedió a la famosa Torre de los Siete Suelos, que quedó prácticamente demolida.

—Los granaínos tampoco se fueron de rositas —continuó contando Dolores con un aire lánguido—. Aprovechando la huida de los franceses subieron a la Alhambra y mientras unos tocaban la campana de la Vela, que entonces se encontraba en el centro del recinto, otros aprovechaban para arrancar cerrojos, pestillos o cerraduras para luego venderlos. No sabría decirle cuántas casas del Albayzín tienen ahora un cerrojo de la Alhambra.

Mientras Dolores así describía todo el tiempo que le tocó vivir a su tía, tiempos difíciles para los españoles y especialmente complicados para cualquier monumento artístico del país, venían a mi memoria los largos paseos que mi padre completaba,

diariamente, buscando encuadres albaicineros para sus bocetos. Viéndolos yo con la mirada de la niñez observaba miseria en aquellos dibujos, pero también devastación o vandalismo, la voluntad de quien no aprecia la herencia o la creatividad de los otros. En aquellos dibujos había mucho de esa Alhambra que Dolores imaginaba robada a sus verdaderos guardianes.

La Tía Antonia, muy al contrario de lo que cabría suponer en una mujer de su tiempo, supo valerse por sí misma incluso cuando tuvo que recoger del suelo los leones de piedra blanca. La famosa Fuente de los Leones se desmembró entre los jazmines cuando la onda expansiva de las bombas francesas desprendió su taza y estrelló a sus famosos felinos. Ni siquiera entonces se doblegó.

—Siempre hay algo que hacer, me decía mi Tía Antonia. Tan grande la Alhambra y tan poca gente para cuidar de ella. Y cuando creíamos que ya estaba todo controlado, llega el año 1821 y un terremoto asola la ciudad. Nuevamente hubo torres resquebrajadas y techos que se desplomaron. Yo entonces era muy chica, pero me acuerdo del desconsuelo que había en las caras de los alhambreños… Era un empezar de nuevo cada mañana.

Tendrían que pasar ocho años más para que Dolores se involucrara del todo en la vida cotidiana de la Alhambra. La muchacha apuntaba maneras. Su gracia y frescura cautivaba a los aguadores que se acercaban a la gran Plaza de los Aljibes a llenar sus cántaros de la mejor agua de Granada. Allí descansaban de la empinada subida de la calle de Gomérez y platicaban, hasta que aparecía Dolores a llenar su cántaro o a decirles que hicieran el favor de acercarse a los palacios a reponer el agua que les faltaba.

Sus historias, contadas al refugio de las galerías del Patio de los Leones, fueron tomando forma en mi cabeza. Día tras día, deslumbrado por el colorido de los antiguos azulejos de las paredes al reflejo del sol, llegando ya el estío o al abrigo de la lluvia bajo la gran mole de la Torre de Comares, fui creando a mi Dolores. Al llegar a casa tomaba la pluma y escribía. Era como si Dolores, personaje de Irving, no tuviera más misión en la vida que ser también el mío. Así pues la adopté como protagonista desde el mismo instante en que ella me habló de los aguadores y de cómo los atraía con sus andares sinuosos y joviales.

—¿Cuántos cántaros quieres, rapaciña? —debieron de preguntarle—. Mi mula te los acercará de balde. ¿O quieres que te llene de agua los baños para tu aseo? Con esa piel tan suave que tienes seguro que te has bañado alguna vez como una mora en los baños de la sultana.

—El señor Francisco de la Serna es muy estricto con esas cosas —aseguraría halagada la muchacha haciendo mención al gobernador de la Alhambra—. Y además, yo no quiero bañarme como una mora, que soy cristiana y bien cristiana.

—Era un suponer, rapaza…

—Pues no supongas tanto y tráeme el agua, gallego, ¡ea! Que me haces perder mucho el tiempo…

Los aguadores, que venían de tierras del norte, reían las costumbres de las mujeres andaluzas y Dolores, enojada, se adentraba en los palacios hasta las mismas cocinas de la Tía Antonia, una pequeña zona interior que el gobernador les había donado para su uso personal.

Dolores, que era casi una niña, imitaba en todo los ademanes de su tía, ejemplo de mujer hacendosa; protestaba cuando ella protestaba y reía cuando ella reía. Así creció la pequeña Dolores, convencida de que aquellos palacios eran de su propiedad por lo cual se entendía el afán de protegerlos. No en vano la Tía Antonia solía ordenarle: «Ve a limpiar de telarañas los azulejos de mis baños» o «Cuidado con mis leones, que si ellos no muerden, muerdo yo». Y con esta jocosa cháchara de la Molina, Dolores aprendía a tratar paredes y ventanas, azulejos o columnas, como si fueran suyas, pues su heredera sería tarde o temprano.

A veces, cuando los jugadores de las tabernas de la ciudad subían al Patio de los Arrayanes a poner sus tenderetes y respirar el fresco de la noche, Dolores se encolerizaba porque eran gentes de mucho ensuciar. Allí dejaban las cáscaras de las sandías o los muslos de los pollos asados, tirados por cualquier parte.

—Tía, ¿no ve usted qué sucio lo han dejado? Que lo tengo todo *entalabartao*. ¡Si hasta me mean en el estanque cuando se emborrachan! Le juro a usted que la próxima vez les suelto a los perros.

Dolores, como su tía, tenía un carácter de pronto encendido, pero también de raudo perdonar. Al día siguiente, viendo todo el estanque con su agua límpida y las golondrinas revoloteando por lo alto de las torres, se admiraba de su belleza y olvidaba el enfado.

Un día, el coronel De la Serna, o sea el gobernador, llegó a la Alhambra con un grupo de hombres, todos ellos extranjeros, altos y distinguidos. Llevaban levita y pantalón estrecho, lo que parecía atractivo a la joven Dolores, que sólo veía piernas masculinas enfundadas en medias de lana y eso con suerte, pues la mayoría de los aguadores o chalanes que frecuentaban la Alhambra no llevaban más que unas alpargatas.

Detrás de su tía buscó el refugio a su vergüenza en una situación ventajosa, pues desde allí pudo ver a los extranjeros y hasta oírlos en su cháchara ratonera. Aquellos señores tenían una piel sonrosada y unos ojos muy azules, como los que había visto alguna vez a las elegantes señoritas que paseaban por las alamedas escoltadas por sus celosas ayas.

«¿Dónde se habrán peinado su ondulado cabello?», se preguntó Dolores. Iban tan repeinados que le hicieron sentir vergüenza por sus vestidos. «Y yo con estos foeles, tan viejos y raídos —se lamentó la muchacha—. Nunca podré pasar por una señorita y eso mismo es lo que deben de estar pensando…»

Pero no era así. Los extranjeros hablaban en su idioma maravillados del colorido del palacio, de la originalidad de sus arcadas decoradas con estalactitas de yeso y, por qué no decirlo, de la desidia que se desprendía de sus fachadas y paredes. Todo ello

decían y comentaban hasta que la Tía Antonia fue llamada a un rincón de la sala para recibir órdenes del gobernador y la pequeña Dolores quedó descubierta a los ojos de los extranjeros, quienes, todos salvo uno, continuaron admirando el antiguo edificio. El caballero que miró a Dolores tenía esa mirada azul que a la muchacha inquietaba, una mirada honesta y brillante. La miró con dulzura pero fijamente y Dolores, sonrosada como una granada a punto de romperse, creyó haber visto al hombre más apuesto, aunque aquel caballero ya pasara de los cuarenta.

La Tía Antonia atendió dignamente las órdenes del gobernador. Éste, con disimulo, parecía desahogarse en palabras, lo cual no era extraño, pues en muy buena estima tenía el gobernador a la señora Molina, tan bien había desempeñado su trabajo durante tantos años.

—Que dispongan de mis habitaciones, no escatime con ninguno de ellos. Se quedarán, al menos, el príncipe Dolgoruki y los familiares Irving, tío y sobrino. Lo curioso es que vinieron a verme y ante su entusiasmo por los palacios les dije, por cortesía, que mis habitaciones estaban a su disposición, y cuál sería mi sorpresa que aceptaron. Así que, como comprenderá, señora Antonia, hemos de estar a la altura. El señor Irving viene a escribir algo sobre Colón, o sobre la Conquista de Granada, no me pregunte, y necesitará tranquilidad, me temo.

La Tía Antonia frunció el ceño y preguntó:

—¿Y cómo dice usted que se llaman?

—El príncipe Dolgoruki y los señores Irving.

La mujer asintió. Se volvió hacia Dolores, que aún estaba tratando de salir de su sofoco, y dijo:

—¡Niña, ve *volá*! Que se queda el príncipe Dolgoki y los señores Vin… A las habitaciones del gobernador.

Ésta era la manera en que la Tía Antonia ordenaba y dirigía su palacio. Y cuando ella chillaba como una endemoniada todos los que allí vivían actuaban como inflamados por una energía enteramente visceral.

Las habitaciones del gobernador se encontraban vacías desde hacía algún tiempo, pues el coronel veía más práctico vivir en la medina, desde donde podía atender todos sus asuntos sin necesidad de subir y bajar las empinadas cuestas de la colina. Las habitaciones tenían vistas directas a la Plaza de los Aljibes y, comparadas con las habitaciones de la Posada de la Espada, donde se alojaron, eran más confortables y amplias y serían deliciosas al atardecer, pues apenas tendrían que salir de ellas para ver un mágico encuentro con la luna.

Cerca de las habitaciones del gobernador se encontraban las dependencias custodiadas por la Tía Antonia y su familia, unas casas moriscas que dotaban a su guardiana de un gran privilegio. Su proximidad haría más cómoda la estancia de los caballeros, quienes podrían valerse de la ayuda de los Molina.

Con un gran maletín en la mano, Dolores siguió a los extranjeros hasta las habitaciones del gobernador. Ellos seguían a la Tía Antonia, cuyos andares no disimulaban su actividad diaria. Abrió una de las puertas ayudada por un manojo de grandes llaves de hierro y dejó entrar a los señores.

El príncipe y el joven Irving recorrieron la estancia mientras curioseaban sus enseres, muebles escasos pero de buena calidad, hasta que el mayor de los Irving, el señor Washington, se dirigió a Dolores para arrebatarle el pesado maletín.

—¡Yo ayudo! —gritó la muchacha—. ¡Yo limpio y traigo comida! ¡Yo cuido!

Dolores, por instinto, habló así al extranjero, no fuera que no la entendiera, pero se llevó una grata sorpresa al oír de labios de Irving la siguiente frase en perfecto español:

—Le ruego, encantadora señorita, que me hable en su idioma. Yo lo aprendí con Pérez de Hita y Cervantes. Será un placer practicarlo con usted.

Dolores desplegó sus largas pestañas, lo que fue indicativo de que no esperaba tanta verborrea española. El señor de mirada azul le pareció aún más elegante y caballeroso.

—Pues yo estoy aquí —añadió Dolores nuevamente abrumada— para lo que usted mande, sólo tiene que llamarme y vengo en un periquete.

Irving asintió.

—Mi nombre es Washington Irving, soy escritor. Sólo pido un poco de silencio de madrugada, que es cuando mejor trabajo. Me contento con poco y no pretendo dar problemas. Mi sobrino, Edgar, es guardiamarina y está de permiso. El príncipe Dolgoruki es diplomático ruso, un gran enamorado de su país.

—Yo soy Dolores —acertó a decir la tímida muchacha con una ridícula reverencia—. Para lo que usted mande.

La inocencia que despedía la regordeta niña conmovió a los tres hombres, cuya experiencia en la vida, por erudición y viajes consumados, sobrepasaba en años luz la ingenuidad de Dolores. Todos estuvieron de acuerdo en sentirse dichosos por disfrutar del honor de vivir en la Alhambra y, como hombres galantes y educados evitaron, en lo posible, dar excesivo trabajo a aquellas dos mujeres.

Manuel Molina, sobrino de la Tía Antonia y primo de Dolores, solía visitar el palacio cuando sus estudios se lo permitían. Desde muy joven había tenido la vocación de ser médico y para ello estudiaba bajo las órdenes de un galeno cuyas técnicas médicas no eran muy distintas de las de un sacamuelas.

La tarde en que llegó el gobernador con un grupo de extranjeros, Manuel acababa de adentrarse en las cocinas. Sobre el fuego hervía una marmita repleta de productos de la huerta que la Tía Antonia cultivaba. En aquel momento Dolores se encontraba sola, ausentada su tía, que había ido a gobernar unos asuntos. Manuel, que desde hacía años miraba con ojos de cordero a su prima, vio un buen momento para intimar.

—Buenas tardes, Dolores, ¿qué haces ahí tan sola?

La muchacha no levantó la cabeza de su faena culinaria, en la que se había inmerso con total dedicación. Sin contestar del todo a su primo, habló más para sí que para él:

—Gazpacho, eso es lo que hago. Y ni siquiera sé si a esos señores les gustará tomarlo. ¿Crees que es tiempo ya de gazpacho? No —se contradijo sin dejar contestar a Manuel—, creo que será mejor que prepare una buena olla podrida, las noches en la Alhambra siguen siendo frescas Ya tendrán tiempo de probar mi gazpacho. —Se levantó de su asiento impulsada por su decisión, pero tan pronto se vio apartada del pepino y los pimientos volvió a vacilar—: ¡Ay, Virgen de las Angustias! Que lo mismo es mejor unos huevos estrellaos… ¿Tú qué crees, Manolo? ¡Dime algo, niño!

Manuel se mantuvo perplejo pero prudente ante los cambios de humor de la muchacha. Como futuro médico veía en ella el inicio de una crisis nerviosa, razón por la que, oportunamente, utilizó la ocasión para lucirse.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Esto impide que tomes una decisión correcta. Tómate una tisana y pasea por los jardines. Seguro que tus pulsaciones están muy aceleradas, déjame ver…

—¡Ni se te ocurra acercarte, Manuel Molina! —gritó Dolores con indignación—. A ver si te crees que voy a dejar que me pongas la mano encima. Tú a estudiar, que es lo tuyo, y yo a cocinar y ayudar a la tía, que para eso estoy.

—Pero ¿a qué viene tanto barullo? ¿Es que ha vuelto el gobernador a la Alhambra?

—Peor que eso. Tres señores se han alojado en sus habitaciones, tres extranjeros que vienen de no sé dónde, pero de muy lejos. Uno es diplomático, otro militar y el tercero… —Dolores se quedó pensativa y sus ojos se traslucieron para Manolo, que ya los sabía de memoria de tanto imaginarse a su Dolores cuando ella no estaba a su lado—. El otro es un caballero escritor, todo un señor, y yo quiero quedar bien con ellos. El gobernador nos lo ha dicho. Así que me estoy dando una *pechá* de cocinar para que el coronel De la Serna sea un buen anfitrión.

—¿Es sólo por ayudar al gobernador? Pues cualquiera diría que te va algo en ello. Cualquier cosa que les cocines les gustará, ¿o es que te figuras que en otros lugares fuera de España tienen jamón como el de nuestros marranos o aceite como el de nuestros olivos?

—Eso es lo que me preocupa… dicen por ahí que olemos a aceite y ajo. ¿Te parece a ti que huelo a ajo, primo?

Manolo respiró profundamente. No había visto a Dolores tan preocupada desde que su pavo real, al que cuidaba como una madre, había tomado la mala costumbre de volar hacia el ajimez del Salón de Embajadores.

—A ti lo que te pasa es que te han impresionado esos caballeros…

El joven primo había hablado por la boca de los celos. Tal vez era cierto, pero con su insinuación convirtió a Dolores en una mujer herida, lo que reveló la poca

experiencia de Manuel con el sexo femenino, pues nadie en su sano juicio desea tener como enemigo a una mujer.

La muchacha se levantó con la ira en sus pupilas y se acercó a Manuel cuando éste comenzaba a retroceder, momento en que entró la Tía Antonia con un gallo bajo el brazo y una cesta de huevos en el otro.

—¡Haya calma! Dejad de pelearos que la noche será muy larga. Tú, Manué, a dormir, que no quiero que entretengas a Dolores. ¿Es que no ves cómo me la dejas después de discutir?

—¡Si yo no le digo *ná*, tía! —se defendió el muchacho.

Entonces Dolores, como siempre pasaba, se puso a llorar con un llanto de rabia contenida, pueril pero tan quejumbroso que a Manolo se le abrían las carnes de dolor. La muchacha se abrazó a su tía con fuerza y entre hipos dijo:

—¡No vea usted el parraque que me da, tía! Siempre termina por hacerme llorar… Dígale usted algo y que se vaya.

La Tía Antonia, con todo su genio bravío, suspiró pacientemente y acarició los rebeldes cabellos de su sobrina.

—¡Que me maten si no parecéis dos *enamoraos*! Siempre discutiendo por *tontás*…

Y Dolores lloró más todavía, inundando sus grandes y profundos ojos negros con lágrimas de incomprensión mientras que Manolo, dominada su primera intención de rendirse, se metió las manos en sus calzones y, con sonrisa disimulada, se marchó a fumar un cigarro bajo el cielo estrellado de la Alhambra, sabedor de que aquella batalla la había ganado.

Comenzaban a trisar las golondrinas en lo alto de sus nidos de barro, hechos bajo los artesonados alhambreños, cuando Dolores se puso el mandil de los domingos, no la viera alguien, y muy dispuesta se dirigió al Patio de los Leones a lavar con lejía aquellos animales tan poco felinos pero tan sucios. Pensó ella, en su cándido razonamiento, que ya que habrían de verlos tan afamados caballeros no fueran a creer de ella que era una guardesa desaseada o, en definitiva, poco guardiana de su Alhambra.

No dijo ni media a su tía, que la hubiera regañado de todas todas, y esperó a que las golondrinas salieran de sus nidos, empezaran a planear sobre los patios y despertaran con sus serenatas a los invitados. Y fue más o menos así cuando Dolores se sobresaltó al sentir unos pies acercarse por su espalda.

—¡Mateo! Mira que tienes mala sombra… Podías haberte presentado de frente.

Mateo Ximénez sonrió. Un hilo de humo salía de su boca. Su aspecto decía mucho de él: chaqueta raída pero planchada, bien peinado y calzado con unas zapatillas del tiempo en que la chaqueta fue heredada de su padre. Tenía cerca de treinta y cinco años y aparentaba cincuenta, y todo lo había conseguido con su

empeño en trabajar para sacar adelante a su numerosa prole. Su trabajo, lejos de ser original en la Alhambra de aquellos tiempos, era al menos provechoso, pues había conseguido ser el guía más afamado de toda Granada.

—¡¿Qué?! —exclamó Mateo a modo de saludo mientras masticaba un extremo de su cigarro—. ¿Tenemos o no tenemos *inglis-manglis*?

A Dolores no le gustaba que llamara así a los extranjeros. No sólo era de mal gusto sino que propiciaba que los españoles terminaran por ser vistos como los más zafios de toda Europa.

—Ya te he dicho que aquí no los llames así. Bien te aprovechas de ellos, ¿y luego les insultas? ¿Pues no son ellos los que te ayudan a sacar adelante a tu mujer y tus hijos?

—Ellos quieren lo que sólo yo puedo darles por unos reales. Y bien contentos que marchan a sus tierras. Creo que esta vez han sido tres señores muy respetables… lo dicen por la Calle Real.

—Pues ve a contar a quien te lo ha dicho que estos señores son muy señores para los andrajosos de la calle Real, que se cuiden muy mucho de acercarse a ellos… Y eso lo digo por tus amigos los gitanos que viven en las ruinas del convento.

Mateo no se inmutó. Acostumbrado estaba a que Dolores sacara su genio. Vio cómo recogía sus bártulos después de haber dejado impolutos a los doce leones y se metía hacía el interior de los palacios.

—Bueno, ¿qué? ¿No vas a decirme dónde están esos señoritos tan importantes? Tendré que presentarme por si necesitan de un guía.

—Pues a esperar que aún no se han levantado.

Apenas dijo esto cuando Dolores tuvo que parar en seco. Sus jóvenes reflejos evitaron que Washington Irving recibiera una lluvia de lejía en sus elegantes pantalones.

Dolores quedó petrificada, mimetizándose con las delgadas columnas del patio, y así la saludó el americano:

—¡Buenos días, señorita! —dijo galantemente.

Dicen que a veces el tiempo se para y que un ángel pasa a nuestro lado; es la explicación de quien no sabe qué decir y opta por el silencio. No fueron los ángeles quienes pasaron en este lapsus de Dolores, pero sí las golondrinas que planearon a la velocidad del viento y permitieron que Mateo, observador involuntario, pudiera percatarse de su suerte, pues el caballero que paraba ante sus ojos no era otro que Washington Irving.

—¡Señor Irving! ¡Menuda sorpresa!

Mateo se acercó al americano y éste, con jovial recibimiento, le apretó la mano tal cual lo hubiera hecho a un viejo amigo. Y es que eso era. Mateo Ximénez había conocido a Irving en su anterior viaje a Granada, allá por marzo de 1828, cuando aún no era guía y se dedicaba a la pasamanería, mercancía que había agradado mucho al escritor. Desde entonces, Mateo había comprendido que su futuro estaba en enseñar

su fortaleza, su paraíso en la tierra, pues en ella habían vivido tres generaciones de Ximénez anteriores.

—¡Tenía que haber imaginado que nos volveríamos a ver! —exclamó el escritor —. ¿Cómo está toda su familia?

Mateo se inclinó con gratitud.

—Aumentando, señor.

—Bien, entonces no tendrá usted inconveniente en servirme de guía, supongo.

El granadino sacudió la cabeza con vigorosa inclinación.

—Mañana estaré aquí para enseñarles la Alhambra.

—No —terció el americano—. Mejor pasado.

—Pasado lloverá.

—¿Está seguro?

—Un hijo de la Alhambra nunca se equivoca.

Irving sonrió.

—Entonces veremos cómo llueve sobre la Alhambra.

Ambos hombres se despidieron. Dolores, embobada ante el inexplicable encuentro, no tuvo otra ocurrencia que preguntar:

—¿Desea que le prepare el desayuno, señor Irving?

Pero el americano ya había salido del patio, entusiasmado de tener planes para la próxima jornada.

Pasados dos días, el cielo de la Alhambra amaneció ligeramente plomizo y con algo de niebla. Dolores presintió que tendría una jornada laboriosa por presagiarse la lluvia en el palacio, así que fue buscando cacerolas y baldes lo suficientemente grandes para poner bajo las goteras. En tiempo de lluvia se percibía mucho más la desidia en que habían sumido la Alhambra. Todo era, enteramente, más triste. Las golondrinas no planeaban, los aguadores se refugiaban silenciosos bajo los toldos de la Plaza de los Aljibes y el estanque del Patio de los Arrayanes se volvía opaco antes de enturbiarse con el agua de la lluvia.

Con todo, Dolores decidió sacar unas flores recién cortadas que acababan de traer del Generalife y púsolas en el interior de las tacas del estanque. Había quien llamaba «babucheras» a las tacas por creerlas el hueco donde depositaban los mahometanos sus calzados antes de ir a la oración, sin embargo, aquellas bellísimas hornacinas que precedían a la entrada de las salas sólo buscaban lo sublime.

En esta ocupación se encontraba trabajando Dolores cuando Irving se acercó a ella y con cara lánguida espetó:

—Dígale a su tía, señorita, que en adelante no hará falta preparar comida para tres. El príncipe y mi sobrino han de ausentarse. Sólo quedaré yo en las habitaciones del gobernador.

Dicho esto no esperó a ser respondido, se volvió y se marchó. En su ademán

había algo de ausente.

—El señor Irving se ha disgustado —reflexionó Dolores—. ¡Qué hombre tan sensible! ¡Cómo echa de menos a sus amistades y aún no han dejado Granada!

La muchacha tenía razón. Irving odiaba la soledad, tenía un carácter fácilmente moldeable y tan sensible que con frecuencia confundíase con la melancolía. Una vez convertido en el único visitante extranjero del palacio decidió no salir de sus habitaciones.

Buscó su improvisado escritorio y miró por la ventana desde la que se veía parte de la Plaza de los Aljibes, desierta y triste. La lluvia que comenzó a caer con vigorosa constancia sólo le permitió escribir algunas cartas. Después de ausentarse el príncipe Dolgoruki, Irving le escribió así:

La Alhambra permanece fría y húmeda. Con esta lluvia no le habría parecido alegre pasear por las frías salas de mármol, aunque perteneciesen a un palacio.

Siguió escribiendo con puño firme cartas y más cartas, algunas de las cuales terminaron arrugadas o rotas en el suelo. Hablaba desde aquel lejano país con su hermano Peter, con el príncipe, con su sobrino, con sus fieles y buenos amigos de Europa y América. Cualquier carta que comenzara por «mi querido hermano» o «querido amigo» era suficiente para que Irving se sintiera reconfortado.

No hay nada más triste que ser ciego en Granada, dicen, pero a partes iguales lo es estar impedido para andar y recorrer las salas principescas o los suelos arbolados de la colina de la Alhambra. Irving debió de sentir una melancólica resignación al ser abandonado por sus compañeros de viaje y verse en una extrema soledad compartiendo techo con vagabundos y golondrinas asustadas. Estos instantes de añoranza son los que más temen los viajeros, muy por encima de los peligros de los bandoleros de Despeñaperros.

Sin embargo, por la tarde, la lluvia dio una tregua al impaciente americano y animado por continuar su trabajo se dispuso a terminar una historia que ya le venía de antiguo sobre la conquista de Granada. Durante algunas horas, hasta que sus ojos se lo permitieron, escribió y leyó sus notas, pero, finalmente, se rindió a la necesidad de volver a escribir a su hermano Peter y, cogiendo de nuevo el papel y la pluma, escribió:

Querido Peter: Como verás la carta va fechada en el mismo palacio moro, pues el gobernador de la Alhambra nos permitió al príncipe y a mí instalarnos en uno de sus departamentos deshabitados. Puedes fácilmente imaginar cuán deliciosamente nos encontramos como dueños de este alcázar, vagando por sus salas y patios a todas horas del día y de la noche. La parte que ocupamos está reservada para el gobernador, pero él prefiere residir abajo en la ciudad. Tenemos una excelente mujer y una muchacha de ojos alegres, sobrina de ella, que se encarga de arreglar nuestra habitación y prepararnos la comida, así vivimos tranquilos y sosegados por encima del mundo y de sus inquietudes. Me pregunto si el pobre Rey Chico estaría mejor que yo en este palacio.

Mateo llegó el día fijado cubriéndose con una capa tan raída como sus pantalones, con la que evitaba mojarse la cabeza. A pesar de su aspecto desarrapado se sentía un hombre atractivo, incluso varonil, y aunque pobre en su aspecto, gustaba de ir peinado y rasurado todo lo bien que podía. Sacudió su capa humedecida bajo las mismas arcadas del Patio de los Arrayanes. Allí estaba sentada, en una silla de enea, la afligida Dolores, que poníase triste viendo llover.

—¿A qué vienes? El señor Irving no ha salido de sus habitaciones desde ayer…

—Ya le dije que llovería, y un hijo de la Alhambra nunca se equivoca. Por Sierra Nevada se ve el cielo neblinoso, tal vez mañana escampe.

—Pues a mí me dan ganas de llorar… —dijo Dolores conteniéndose las lágrimas —. En la Alhambra siempre debería ser verano. No creo que los constructores de estos palacios pensaran en la lluvia cuando levantaron esa torre, ni esas columnas, ni cuando cavaron ese estanque… ¡Ea, que no hay derecho!

Mateo se conformó con un cigarro. Sin responder a los razonamientos de la muchacha se fue a un rincón y empezó a liar un pitillo bien relleno de picadura.

—Pero vamos a ver, niña, ¿tú le has dicho a ese señor americano que está en peligro?

Dolores levantó sus ojos humedecidos por la tristeza, se secó la cara con el borde de su blanco delantal y dijo:

—No me vengas otra vez con todo eso, que nos traerá mal fario. Yo he vivido en la Alhambra desde chica y no me ha pasado nada.

—Poco tiempo ha sido ése. Date cuenta que yo puedo hablar con conocimiento de causa. —Mateo hablaba así de sentencioso. Lo había hecho desde siempre, pero desde que era guía de los curiosos viajeros su vocabulario había mejorado y no disimulaba en nada su locuacidad—. Tengo tres generaciones a mis espaldas. Mi abuelo, el sastre más afamado de la Alhambra, vestía a los caballeros más distinguidos. En su sastrería organizaba encuentros en donde contaba historias del palacio, allí acudían todos los que algo sabían de la Alhambra y yo, escondido en un rinconcillo, oía todas y cada una de esas leyendas. Luego mi padre, desde su taller de cintas y bordados, hizo lo mismo. Y ten por seguro que yo, de haberme seguido dedicando a la pasamanería, habría tenido la mejor reunión de cuentistas de toda la comarca.

—Eso sois todos, unos cuentistas… —protestó Dolores.

—Desde muy pequeño me he perdido por estas paredes morunas sin que para ello tuviera necesidad de ayuda, pero con todo las temo más que a un nublado. Porque todo el mundo en Granada sabe de alguien que alguna vez ha visto un fantasma vagando por los palacios, pero jamás reconocerá que lo ha visto con sus propios ojos.

—¡Habría que ser majadero! —exclamó Dolores intentando provocar.

—Pues yo lo digo. Yo, Mateo Ximénez, he podido ver al mismísimo fantasma de Boabdil.

—¡Eso, con su turbante y todo!

Dolores no aguantó más la conversación de Mateo, se puso en pie y lo empujó con decisión para que se quitara de su camino.

—¡Anda, vete de una vez! ¿No ves que me estorbas con tus historias?

—Tú no quieres creerme, niña, pero te arrepentirás cuando algo malo le pase a ese señorito… Cuando la espada de Boabdil le atraviese el corazón mientras duerma o un duende endiablado le robe el aliento.

—¿Pero de dónde has *sacao* tú esas andróminas? ¡Mira que eres embustero y mala sangre! Fuera de aquí y cuidado con preocupar al señorito, que demasiado tiene el pobre con haberse quedado solo. Vete con tus fantasmas a otra parte.

Mateo asintió. No era un hombre al que le importara mucho parecer pesado, así que tomó su raída capa marrón y se la puso sobre la cabeza.

—Dile al señor Irving que mañana escampará y aquí estaré para enseñarle el palacio…

—Eso si escampa.

Mateo se marchó y dejó a Dolores disimulando, haciendo que frotaba las losas humedecidas por la lluvia con una escoba de crin. Sin embargo, la muchacha se quedó inquieta y con un gran remordimiento, que le duró toda la noche y aumentó a la mañana siguiente, cuando se despertó y vio que había escampado, tal y como había vaticinado Mateo.

«¿Cómo hará para acertar siempre? —se preguntó—. Me da más miedo él que el fantasma de Boabdil.»

Finalmente, viendo Irving que amanecía con brillante luz y las golondrinas volvían a trisar sobre los tejados del palacio, se anudó fuertemente la corbata, se sacudió la levita y salió de sus habitaciones. Dolores lo vio más elegante que nunca y sus ojos negros volvieron a alegrarse al presentir una jornada apacible y ausente de sobresaltos, pues deambulara o no el fantasma de Boabdil entre aquellos muros, no habría de ser por la mañana.

Como se encontraba tan animado el americano, solicitó una jícara de chocolate para desayunar y Dolores le acomodó en una silla y una mesa de madera bajo las arcadas del Patio de los Arrayanes. Con entusiasmo desmedido acompañó la muchacha el dulce desayuno con unos torreznos bien fritos y un vaso de agua, que nunca ha de faltar para quien desee una buena digestión.

Mientras desayunaba el americano, que apuntaba maneras británicas en su porte y ademanes pues ascendente escocés tenía en sus venas, miraba apasionado el planear de las golondrinas, que nunca llegaban a darse con los altos muros ni se cansaban de subir y bajar en prieta bandada. Saboreó con deleite el chocolate templado, pues en la Alhambra aún se insinuaba la humedad de la lluvia pasada, cuando a la media hora aparecieron tres hombres vestidos con traje de majo, enfundados en su cincha negra, su gorro… y su gran navaja a la espalda. Llevaban botellas de vino medio

consumidas y todo hizo presentir que la tranquilidad había terminado.

—¡A la paz de Dios! —saludó uno enseñando una de sus botellas.

Irving inclinó la cabeza sin decir nada, permaneciendo en su silla tan estoicamente como pudo. Los majos se sentaron al borde del estanque. Uno, para marcar su territorio, se sacó una gran navaja sujeta a la espalda por un cinto prieto, como era costumbre entre ellos, y la puso a su lado palpándola con la mano, igual que un elegante palparía a su mascota para sosegarla.

Al momento Dolores, que estaba siempre vigilante, salió a recoger la jícara vacía y, acercándose al americano, le dijo al oído:

—No se relacione usted con esa gente, señorito, que tienen mala sangre. Pronto vendrá Mateo y sabrá deshacerse de ellos.

Washington sonrió con delicadeza, le agradaba ser protegido por una adolescente. Dolores permaneció a su lado en silencio, indicando con su presencia la autoridad de ser guardiana de la Alhambra; sin embargo, los majos continuaron sentados, bebiendo y bebidos, chapoteando con el agua del estanque y riendo a carcajadas, sintiéndose observados pero desafiando al resto del mundo. No fue necesario que llegara Mateo para que se levantaran rápidamente y el que había dejado su navaja se la volviera a ensartar en su cinturón. Dolores y el americano se asombraron de su precipitada huida y supusieron que se debía a las decisiones improvisadas del alcohol, pero fue porque no habían oído salir de sus cocinas a la Tía Antonia, una verdadera autoridad, quien tan pronto puso sus brazos en jarras indicó muy claramente con su lenguaje corporal que allí no eran bien recibidos aquellos pillastres.

Irving inclinó la cabeza felicitando a la guardiana de la Alhambra, pensando en que aquella anécdota habría de recordarla para alguno de sus libros.

—¡Pobres infelices! —exclamó la Tía Antonia—. Llevan una navaja que me dobla en estatura pero tienen miedo de una vieja.

—Es que la Tía Antonia es mucha Tía Antonia… —dijo Dolores con dulzura.

Antonia Molina no pudo evitar su orgullo, suspiró y dijo con su claro acento granadino:

—¡Anda, *venacapacá*, niña! Que hoy nos toca colada.

Fue una despedida muy propicia, porque Mateo apareció por la puerta que daba acceso desde el Patio de la Mezquita, bien preparado para enseñar al americano todos y cada uno de los rincones de la Alhambra.

—Usted dirá, señor Irving, ¿por dónde prefiere empezar?

El americano reflexionó unos instantes y luego respondió:

—Por el principio, vayamos a la misma Puerta de la Justicia.

Mateo asintió y ambos fueron al exterior del recinto, allí donde sólo hay mendigos y pájaros, todos ellos resguardados bajo la sombra de la gran puerta mora. El guía alhambreño los conocía, a algunos de toda la vida y a otros de oídas de los

más antiguos, así que los saludó e indicó al escritor que sería conveniente darles algunas monedas para que no se sintieran intimidados durante su recorrido. Irving así lo hizo y con aquel gesto se ganó la confianza de aquellos pobres infelices.

La Puerta de la Justicia es una de las más imponentes de la Alhambra. La pequeña explanada en la que se encuentra le da una perspectiva amenazadora para quien pretende entrar en la fortaleza. Es como si la puerta pusiera sus condiciones al visitante: Sé respetuoso, podría decir.

La luz que bañaba el monumento en aquella mañana de mayo lo volvía rojizo y ocre, como una granada madura cuyas tonalidades se mezclan.

Se quedaron ambos observando el arco de la puerta, en cuyo centro o clave se encontraba una mano —tal cual hay en otros monumentos orientales— indicadora de los cinco preceptos coránicos, a la que otros llamaban Mano de Fátima, símbolo de la mano de la hija de Mahoma, que traía suerte a quien la tuviera. Irving así se lo contó a Mateo, al que creyó desconocedor de sus estudios realizados sobre la cultura musulmana, pero el guía le rebatió rápidamente sus explicaciones:

—Quite allá, ¿no ve que esa llave nos viene a decir «alto»? Es la manera que tuvo el mago que construyó la Alhambra de decirnos que no entremos en sus posesiones…

—Si crees en esos cuentos de viejas… ¿por qué entras todos los días en la fortaleza?

—A mí no me hará nada ningún fantasma ni ningún duende, yo soy un hijo de la Alhambra y saben que la respeto.

—Entonces… —siguió preguntando Irving con total cautela—, si estoy a tu lado, ¿seré insensible al mal de ojo?

Mateo meneó la cabeza con desgana.

—Por si acaso no se separe mucho de mí.

El escritor, curtido en guerras y viajes, evitó sonreír ante tal superchería. Desde aquel momento, para no enfadar a Mateo o a las almas peregrinas cautivas en la fortaleza, decidió aceptar toda la retórica de su guía y no rebatirla con razonamientos.

—Ve usted la borla con la llave que hay dentro de la puerta interior, ¿verdad? Pues ésa es la prueba irrefutable de que la Alhambra fue construida por un mago. Yo sé muy bien que algún día, nuestros ojos no lo verán, esa mano de fuera cogerá la llave de dentro y con ella abrirá la puerta del Paraíso, adonde irá toda la fortaleza bajo una sacudida de la tierra. Después sólo habrá una gran muralla de humo y luego la nada.

—¡Tus pensamientos son, cuando menos, inquietantes! —aseguró Irving.

—¡Y ciertos! ¿No se ha fijado usted en los terremotos que sufrimos a diario? Pues no es más que el intento de la tierra de acercar la mano a la llave. Le digo a usted, señor Irving… —y habló con total severidad—… un día habrá un terremoto tal que se llevará por delante la Alhambra.

—Es extraño que los cristianos, los Reyes Católicos, quienes no vieron inconveniente en poner una Virgen cerca de la mano, no se plantearan borrar la llave

de la otra puerta…

Mateo meneó los hombros con desgana.

—Es que nadie puede con los magos… ni siquiera los Reyes Católicos.

Era evidente, se dijo Irving, que le quedaba por conocer mucho de esa Alhambra a la que algunos creían de piedra y a Mateo, por lo visto, le parecía fabricada de sueños.

Traspasada la primera puerta, grande y en recodo, fueron a dar con otra, pequeña y modesta, pero de una gran luminosidad debido a sus azulejos de colores. Era la Puerta del Vino. Le habían horadado algunas ventanas al transformarla en vivienda, lugar que ocupaba un anciano coronel. Cuando pasaron a través de ella oyeron un silbido arrogante que les llamó la atención. Se debía a que el viejo coronel quería captar el interés de Washington Irving y no tenía mejores medios que los silbidos, a los que ya estaban acostumbrados los habitantes de la Alhambra, que los soportaban con gran pasividad.

—No le haga caso, es un pobre chiflado… —le confió Mateo.

—Pero parece que quiere algo de mí —titubeó el escritor.

Tras el silbido hubo una voz de alarma.

—¡Eh, señor americano! Venga a tomar un té conmigo, le advertiré de una cosa.

Irving se paralizó sin saber qué decir. Mateo intercedió con decisión.

—Coronel, otro día lo visitará, que hoy vamos muy liados.

—Pues que no tarde en venir a visitarme, hágame el favor de decírselo. Le enseñaré mi tesoro.

Mateo suspiró con resignación reprimiendo en Irving la intención de contestar.

—Dejemos al coronel en paz. No tiene más intención que contarle su historia con los elfos. Dice que tiene uno encerrado en una botella.

—¿Un elfo? —La incertidumbre de Irving pareció tornarse en ironía—. Fantasmas y seres fantásticos, demasiados habitantes para la Alhambra.

—Dígamelo usted a mí, señor Irving… —aseguró vehementemente Mateo—, todavía recuerdo cuando éramos pocas familias y ahora ya ni nos conocemos.

Alejados del viejo coronel, que aún hacía señas a Irving decidido a convencerlo para que lo visitara, se adentraron de lleno en la gran Plaza de los Aljibes, en cuyo centro se había levantado una gran tienda de bebidas con techo de lona a rayas rojas y blancas, que más parecía jaima de desierto que tenderete para sedientos. El tenducho se aprovechaba de las aguas de un aljibe que los cristianos habían construido al poco de llegar a la ciudad. Era un depósito amplísimo, con capacidad para 1.632 metros cúbicos de agua, lo que lo hacía el más grande de la Alhambra y de Granada y el más famoso por la calidad de su brillante y fresco líquido, envidia de todos los extranjeros. La plaza había tomado su nombre de este aljibe y era realmente populosa, ya que a este lugar llegaban aguadores de todas las clases a reponer el agua de sus tinajas.

—Esto me da la razón, señor Washington —prosiguió Mateo apesadumbrado—.

Demasiada gente para la Alhambra. A veces esto es peor que un día del Corpus. Aquí vienen los aguadores a reponer sus mercancías, pero también a cotillear, a explayarse sobre política o sobre la nueva amante del gobernador. Y como muchos de ellos necesitan de bestias para llevar sus tinajas, pues aquí vienen también los chalanes a vender sus acémilas desdentadas.

Washington Irving prefirió observar por su cuenta. Era cierto que la plaza parecía atestada de gente, cuyas voces subían y bajaban a oleadas. Una fila de aguadores se mantenía firme esperando ser atendida por los otros aguadores, los que sacaban el agua del pozo central que comunicaba con el aljibe. Por otro lado, las mujeres se acercaban con sus cántaros apoyados en la cadera o sobre la cabeza y reposaban indisciplinadas, moviéndose de un lado para otro, hablando y riendo, en un pretencioso intento de ser atendidas antes que los aguadores. Algunos protestaban, los que menos, porque por lo general las encantadoras mozas de los cántaros volvían a sus casas, prestamente, con el agua y habiéndose enterado de los rumores más sórdidos de la ciudad de Granada.

—¿Desea un vaso de agua con un azucarillo? —preguntó Mateo.

Irving sonrió.

—Verdaderamente me apetece, pero no tengo el valor de acercarme al aljibe.

—Yo se lo compraré a un aguador.

Alrededor del aljibe se concentraban los aguadores, cuya materia prima habíase acabado, pero también deambulaban los chalanes, los vendedores de frutas de las huertas cercanas y, por supuesto, los que vendían a voces agua y nieve, ya repuestos sus tinajas o cilindros.

«Tengo agua», gritaba uno. «Agua fresquita y la mejor nieve», remataba aquél. «Vamos, que me voy a Graná, que la tengo más fresca que nadie, *acabaíca* de sacar del aljibe de la Alhambra», decía el más locuaz.

Mateo se acercó al último. El aguador vestía a la manera de los de su profesión, pobremente, e incluso iba descalzo. No parecía importarle, posiblemente descansaba de la fuerte subida de la colina. En cuanto Mateo le dio unas monedas, se desató el cilindro metálico que llevaba a su espalda, lo apoyó en el suelo y lo descubrió levantando un tapón de corcho. Miró en su interior y vio en qué condiciones estaba el agua, lo volvió a tapar y, abriendo el grifo, llenó dos vasos, uno con varias gotas de aguardiente anisado, tal y como le había solicitado Mateo.

—Tenga su bebida, señor Irving, y luego me dirá lo que le parece.

El escritor bebió del vaso. No era el momento de valorar lo higiénico de la herramienta por lo que, ignorando quién antes que él había posado sus labios en el vaso, bebió con decisión. Realmente el agua de la Alhambra era tan especial que tuvo que reconocer que le sabía más rica que un vaso de burdeos.

—Se mantiene a la misma temperatura todo el año.

—¿Y cómo puede conseguirse semejante cosa? —preguntó Irving,

Mateo contestó a su manera:

—Es otro de los misterios de la Alhambra.

—Oye, Mateo… ¿por qué has elegido a ese aguador, habiendo tantos en la plaza?

—Siendo como es usted escritor sabrá el poder que tiene la palabra. Sólo me he acercado al que mejor me ha vendido el agua, pero en la ciudad yo me fiaría más por el destino de sus tinajas. No es la misma agua la de la fuente del Avellano, de la acequia de Ainadamar, que la del aljibe de la Alhambra. ¿Ha ido usted por el Albayzín? Allí continúan prestando servicio cada uno de los aljibes que nos dejaron los moros. Y de ellos sacan el agua los aljiberos para toda la ciudad.

Irving quedó pensativo unos instantes.

—Sólo por curiosidad… ¿cómo limpian los aguadores esas tinajas tan estrechas o los mismos aljibes del Albayzín? En muchos no cabrá ni un hombre delgado…

Mateo Ximénez sonrió. Bebió su último trago de agua y entregó el vaso al aguador que, pacientemente, esperaba a que consumiera su deliciosa y sana bebida.

—Usted, como todos los extranjeros, piensa que los españoles sólo vemos el agua cuando está dentro de un vaso. Pero somos más limpios de lo que usted se imagina. Los aljibes y tinajas se limpian de una manera muy sencilla: con galápagos.

—¿Cómo?

—Sí, señor, no le miento. *Atrapaícos* del río Cubillas. Los meten en los aljibes y se comen los gusarapos del agua. No hay más. ¿A que son útiles las tortuguillas de Pinos Puente? Las venden a perrilla chica.

Irving se quedó más que petrificado. No sabemos si con esa aclaración Washington Irving desistió de dudar sobre la limpieza de los españoles, pero es indudable que contribuyó a hacerle comprender mucho más de esa España en la que estaba viviendo.

La fila de los aguadores comenzaba a desmembrarse. Los que poseían mulas colocaban sus cántaros paralelos al cuerpo del animal y los rodeaban de ramas de árboles. Su contacto impedía que se movieran con el trajín de la mula pero su aspecto era inquietante, pues cuando se alejaban parecían bosques andantes.

—Si alguna vez quiere saber algún chisme sobre Granada, éste es el lugar, no le quepa duda. Bebiendo agua la gente calla mucho pero dice más. Así es como nos sentimos en contacto con el resto del mundo los alhambreños: los aguadores son nuestros periódicos.

—Y además éstos no tienen censura —bromeó Irving.

La plaza quedó milagrosamente en silencio. Las mozas se marcharon y Mateo Ximénez ofreció al americano continuar con su visita y adentrarse en el Palacio de Carlos V, aunque tuvieran que entrar saltando por encima de una valla.

El impresionante y abandonado Palacio de Carlos V era considerado por los alhambreños como una cagada de mosca en un pastel. Seguramente con el tiempo se valorará mucho más este imponente monumento, que según se sabe ahora no

destruyó espacios fundamentales de los palacios pero sí los desfiguró. Posiblemente era lo que buscaban los reyes castellanos, imponerse sobre todo lo que era distinto a su religión. Con su puritana simbología demostraron que quien tiene el poder tiene a veces la osadía de utilizarlo.

Para un romántico como Irving la visión del palacio circular del rey castellano era una verdadera grosería. Su exterior era sobrio y completamente contrario a las reglas de la decoración oriental que tanto había admirado aquellos días. Salvo porque parecía inmerso en la nube del olvido, a un viajero como Irving nada le transmitía aquel monumento metódicamente circular y falto de colorismo. Un verdadero romántico buscaba sus fuentes de inspiración fundamentalmente en las ruinas, esas piedras rotas por el tiempo que simbolizaban el estado anímico del hombre del XIX, atormentado por los sentimientos.

Frente a la puerta se pararon los dos hombres. Se quedaron sin habla, pues era evidente que preferían guardarse los comentarios. Mateo apagó su cigarro y dijo:

—Hubo un gobernador que pretendió demolerlo piedra a piedra para así dar trabajo a los pobres desempleados de Granada.

—¿Se puede demoler un monumento con tal disculpa? —preguntó Irving.

—Le sorprendería saber que por menos se han arruinado muchos monumentos en Granada. Así somos por aquí, no hay más razón que la del bastón.

Washington Irving rio la ocurrencia de Mateo.

—Veamos, yo saltaré la valla pero usted puede entrar por ese hueco.

Así lo hicieron, pues una abertura claramente fabricada por una mano indeseable se encontraba muy cerca de la entrada principal. El palacio permanecía sin puertas que lo cerraran, pues las principales sólo conservaban el marco y las ventanas estaban ocluidas por bloques de cemento. Al atravesar el umbral de aquel edificio renacentista y divisar su interior, tan circular como una moneda, Irving sintió la punzada del remordimiento. El palacio, cuyo centro parecía una plaza de toros, era ahora propiedad de matorrales tan altos que un hombre bien fornido hubiérase escondido entre ellos sin necesidad de agacharse. Una bandada de pájaros sobrevoló sus cabezas al asustarse por su presencia. Irving no pudo entrar mucho más allá, prevenido por la apretura de la maraña, pero miró hacia el techo y observó que el palacio no lo tenía, circunstancia que aprovechaban los animales voladores para entrar y salir sin dificultad.

—Si se hubiera construido en otro lugar… tal vez en la ciudad o a sus afueras…

Mateo entendió a Irving.

—Dicen que el rey Felipe, el segundo, intentó restaurarlo para plaza de toros, pero que entonces construía El Escorial y la elección no era discutible.

Tan pronto terminó de hablar Mateo, un chasquido llegó a los oídos de los dos hombres. No pudieron ni intercambiar una mirada cuando un inquietante olor ahogó sus gargantas.

—¡Huele a humo! No, huele a… ¡fuego!

Mateo se precipitó entre los matorrales silvestres que habían crecido en el interior del palacio hasta adentrarse en la fría y aún conservada solería de piedra, bajo las columnas circulares. Allí encontró a dos hombres, vestidos con el traje típico del pueblo, luchando contra un incipiente incendio que amenazaba con devorar todo el monumento. Irving aprovechó la rapidez de Mateo para acercar unos sacos de arena que había visto apoyados contra la pared. Los hombres los rompieron con la navaja que llevaban colgada a su espalda y los esparcieron sobre el fuego, que poco a poco fue dejando un reguero de humo negro irrespirable.

Pasados los primeros momentos de aturdimiento y recuperada ya la respiración que la tos impedía, los cuatro hombres se quedaron mirando. Irving supuso que pronunciarían algunas palabras de agradecimiento, pero no fue así. Callados e inmóviles miraron a Mateo, al que ya debían de conocer, y llevando su mirada a unos hatillos arrugados en el suelo se delataron. Echaron a correr con la rapidez de un gamo. Irving no comprendió la escena hasta que Mateo le enseñó los hatillos abiertos, de cuyo abundante interior sobresalían cerrojos, piezas de hierro, llaves y relieves de piedra.

—¡Estaban robando! —exclamó avergonzado el americano.

—¡Pretendían desmontar el palacio ellos solos! No puedo decir que no les entienda, pobres diablos. Ven que en Granada no hay comida suficiente ni casas para todos, pero sí un palacio olvidado por el rey.

Irving suspiró.

—Menos mal que los palacios moros están a salvo gracias a la Tía Antonia y a Dolores.

—No lo crea usted. Son dos mujeres frente a los ladrones, los contrabandistas, los majos, los gitanos… Ninguno de ellos daría gran cosa por mantenerlos intactos.

—Creo que esto ha sido demasiado para mí. Desearía continuar la visita esta tarde —manifestó Irving alicaído.

—Usted manda. Tal vez le gustaría visitar a mi padre, es bueno contando historias y creo que a usted le gusta oírlas.

Washington Irving pareció animarse, pero su cuerpo no era el de una persona joven y le atacaban los remordimientos por no haberse dedicado aquella mañana a sus labores intelectuales sobre la conquista de Granada. Con todo pensó que le esperaba una tarde interesante.

Dolores había preparado una mesa encantadora bajo el templete del Patio de los Leones. Se había esmerado en la elección de un mantel blanco bordado por las monjas del convento de Santa Catalina de Zafra que guardaba para su ajuar. Lo estrenó esa tarde esperando de aquella pieza de tela algo más de lo que le exigiría en una casa humilde, como sería la suya, en el caso de que alguna vez llegara a casarse.

Sobre el mantel colocó un fino jarroncillo de cerámica de Fajalauza y dentro de él

tres claveles reventones. Dedicó varios minutos a escoger el lugar más fresco del patio y finalmente, cuando ya tenía todo preparado, oyó que alguien venía, pues unos golpes de zapato masculino se aproximaban. Quedó con la respiración entrecortada deseando que fuera Irving y adivinar en él un gesto de aprobación, cuando de la puerta que comunicaba con el patio colindante apareció Manuel, su primo.

—¡Vaya, dichosos los ojos! ¿Ya no te acuerdas de que tienes aquí una tía?

Manolo sonrió sin poder disimular la mirada que siempre ponía cuando hablaba con Dolores. Si la niña hubiera estado acostumbrada a los hombres habría adivinado que la risa nerviosa de Manolo no se debía a que le gustaba el aguardiente.

—Tengo una tía… y una prima muy bonita.

—¡Ea! Ahora con piropos… Pues no me estorbes que estoy trabajando.

Manolo miró de reojo la mesa tan bien colocada.

—Esa mesa, ¿no será *pa* mí?

—¿*Pa* ti…? Tendría guasa la cosa. Es para el señor Irving, ya lo sabes.

El muchacho prefirió sacar un papelillo para liarse un cigarro.

—Ya me lo imaginaba, que con las molestias que te has debido de tomar, sólo podía ser para el señor americano.

—¿Molestias? Si todo está medio *enjaretao*. Estaba probando el mantel que me bordaron las monjas, a ver qué tal quedaba en una mesa y…

—¡Qué embustera eres, Lolilla!

Con frecuencia la joven Dolores se dejaba llevar por la fantasía y en el viaje, sería cosa de la inmadurez, siempre salía perdiendo con sus detalles. Manolo, a base de fijarse en sus andares, en su mirada, en sus palabras, sabía reconocer mejor que nadie esos momentos fantásticos de su joven prima.

—¡Ah, qué coraje me da que me digas eso! ¡Vete a la cocina, que la tía te está esperando con el puchero!

Manolo decidió marcharse y lo hizo con desgana porque podía haberse quedado y enfadar aún más a su Dolores, que era cuando más bella la encontraba. Sin embargo, el sonido de pisadas entrando en el patio le indicó que era hora de ausentarse, pues Washington Irving acababa de llegar.

—¡Qué mesa tan bonita, Dolores! —dijo el americano.

Y la joven alhambreña se sintió la mujer más feliz del mundo porque, por lo menos, alguien era capaz de reconocer sus virtudes sin necesidad de enojarla.

—Enseguida le traigo la comida, señor, que bien rica me ha salido.

Dolores se atropelló con Manuel por adelantarlo y llegar cuanto antes a las cocinas. Fue entonces cuando el muchacho apagó el cigarro desmoralizado y se dijo para sí:

—¡Si fuera capaz de mirar por mí como lo hace por él…! Qué ciegas están algunas mujeres, aunque tengan los ojos tan grandes y tan negros como los tiene Dolores…

Mientras servía la mesa al americano Dolores no podía evitar huir la mirada hacia un pequeño cuaderno que Irving abría y consultaba, luego parábase en una página y anotaba sobre ella, como arrastrado por un ímpetu involuntario. La muchacha hacía por disimular, pero ni la abstracción del escritor pudo ocultar el fisgoneo de Dolores, que finalmente fue sorprendida en flagrante delito de curiosidad.

—¿Quieres ver el interior de este cuaderno, Dolores?

La muchacha se tornó de la grana al advertir que su falta de tacto la había delatado. Muy nerviosa dejó la sopera en la mesa y bajó la cabeza con humildad.

—Oh, no, señor, discúlpeme. Soy una tonta, no debí…

—No te preocupes, Dolores. Entiendo que tengas curiosidad por mi cuaderno. Ven, siéntate y lo veremos juntos.

Los músculos de la muchacha se paralizaron. No supo muy bien qué le estaba proponiendo aquel señor maduro de gesto amable y bondadoso. Consecuentemente no debería tomarlo como una proposición deshonesta, pues parecía que la trataba como a una igual. Recapacitó durante algunos instantes y luego, tomando una silla de enea, se sentó a la distancia que imponía el decoro y dijo, estirando la espalda:

—Ya estoy preparada, señorito.

Entonces Irving abrió el cuaderno de tapas de piel. Estaba muy manoseado, señal de que le había sido útil en el viaje por España. En él aparecían anotaciones largas, a veces simples palabras en un andaluz rudimentario y otras en un perfecto castellano; otras aparecían subrayadas y a su derecha un signo de interrogación, lo que enfatizaba la palabra.

—Muchas preguntas parece que se hace usted… —interpretó Dolores.

—Cierto, me cuesta entender el dialecto andaluz, aunque lo pronuncien con tanta gracia como lo haces tú.

Dolores bajó la mirada debatiéndose entre ponerse en pie o continuar sentada, mirando el pequeño cuaderno de tapas de piel.

—Si no entiende algo yo le puedo ayudar. No sé leer muy bien, pero hablar… ya ve usted lo bien que hablo.

Irving vio una buena oportunidad para aclarar sus notas, así que con una sonrisa de agradecimiento rebuscó entre sus páginas saturadas de interrogaciones y preguntó:

—Bien, pues si eres tan amable yo quiero saber qué significa «¡Ea!».

—¿Ea? —preguntó extrañada Dolores—. Pues significa eso, ea…

—¿Y «ojú»?

Dolores respiró confundida.

—Es que usted hace unas preguntas que…

Irving sonrió nuevamente.

—No importa, Dolores, ya lo descifraré.

—¿Y esos dibujos que hay en el cuaderno? ¿Los ha pintado usted?

Washington acercó a la muchacha algunos de ellos.

—Son ideas, imágenes de cómo me imagino la Alhambra y a sus habitantes.

—¿Me ha dibujado a mí? —preguntó la niña con inevitable perturbación.

—No exactamente. Me refería a los duendes que la habitan.

La decepción se plasmó en la cara de Dolores.

—Pero ¿quién le ha dicho a usted que aquí hay duendes? Seguro que Mateo…

—Fue un viejo coronel de la Puerta del Vino, que asegura que tiene uno capturado.

—¡Ah, pero ese señor es un bullebulle!

Irving enmarcó las cejas placenteramente sorprendido.

—¿Me permites que anote esa nueva palabra? Es encantadora…

Aunque Irving sometió al criterio de Dolores la posibilidad de incluir la palabra en su diccionario local, no esperó a que su consentimiento se hiciera efectivo. Tomó una pluma, la humedeció en su tintero y escribió dentro del cuaderno.

—A partir de ahora te nombro colaboradora especial de mi libro de campo.

—También puedo enseñarle la Alhambra, cuando Mateo no esté… Él sabe muchas cosas de la Alhambra pero yo la entiendo, hablo con ella como si me contara sus cosas. Conozco los lugares más bellos y le puedo mostrar las vistas más sorprendentes de la ciudad. Cuando termine de comer le llevaré a la Torre de Comares, y si le apetece miraremos a través de las ventanas de la Sala de los Abencerrajes.

—Pues entonces has ascendido en el cargo, serás mi cicerone segundo.

—¿Su qué…?

Irving se sintió complacido pero agotado. Sin pretender más que agradecerle aquel momento, el escritor alargó la mano y acarició el revuelto pelo negro de Dolores.

—Te lo agradezco, eres una buena chica.

El contacto con la palma de la mano de Irving le supuso a Dolores un placer sensual que no había conocido hasta entonces. Una punzada temblorosa le atravesó el estómago y tal vez por eso no oyó la voz de la Tía Antonia llamándola.

—Te llama tu tía, parece que está muy enfadada…

Dolores se puso en pie de un salto. Se tambaleó sin saber en qué dirección ir hasta que halló visualmente la entrada que se dirigía a las cocinas. Mientras se alejaba, se volvió súbitamente para hacer una pequeña flexión con las rodillas a modo de gratitud, y recuperando fuerzas desapareció del ángulo de visión de Irving. Por eso él no pudo ver lo que después sucedió: la Tía Antonia había observado la escena y según entró la inocente Dolores le propinó un buen cachete en la cabeza.

Mientras la niña protestaba con voz entrecortada por los hipos, dijo la Tía Antonia Molina:

—¿Quieres dar pábulo a las malas lenguas? ¡Dónde se ha visto que una criada se siente al lado de un señor! Anda, *venacapacá*, que yo te voy a dar lo que te mereces. Ponte a fregar las ollas de la comida y que queden relucientes, *¿habe?*

La niña buscó el estropajo, y agarrotada por los sollozos comenzó a frotar con las

lágrimas bañándole su dulce cara inocente.

Irving, una vez descansado tras haber probado los placeres desconocidos de la siesta española, decidió continuar con la visita del palacio. Buscó a Dolores para que le enseñara la Sala de los Abencerrajes, pero la muchacha puso una excusa demasiado tonta como para que el americano no se apercibiera de que había resquemor en sus palabras. Así pues, sin insistir, esperó a que llegara Mateo Ximénez, con quien había quedado para proseguir la visita, y comenzaron por la Sala de los Abencerrajes, a la que accedieron sin permiso de nadie, pues el palacio, a aquella hora de la tarde, estaba silencioso y vacío.

Miró hacia el techo y, aunque afectado por el tiempo, encontró la bellísima cúpula de encaje. Paróse bajo su centro mismo y con la cara levantada penetró con la imaginación en lo costoso que debió de resultarles a los alarifes andalusíes realizar semejante obra; los vio enyesando, calculando las medidas, todas ellas exactas, para realizar el finísimo entramado, preparar si acaso los moldes o pintar con esmerado tiento sus estalactitas minúsculas. Era una estrella bordada en un cielo de firmeza sublime, que parecía sostenido por la luz y nada más que por la luz.

—Es impresionante, ¿verdad?

Irving no pudo despegar la mirada del techo aun sabiendo que Mateo acababa de llegar.

—*Exquisite!* —pronunció en su inglés materno—. ¡No vayas a decir, querido Mateo, que hay algo más bello que esto en toda la Alhambra!

Mateo se carcajeó con evidente orgullo.

—Lo hay. Claro que lo hay, señor Irving, a cada paso que dé habrá una cosa mejor que la otra. Y lo peor es que no sabrá decir después cuál es la mejor. Continuemos con la visita y usted podrá juzgar si los alhambreños somos un poco exagerados con lo nuestro.

Irving se colocó el cuello de su levita, que se había arrugado al forzar la cabeza para admirar la alta cúpula de la Sala de los Abencerrajes.

—Tenga cuidado al salir, señor. No pise la sangre.

—¿La sangre?

El americano se paralizó más por la curiosidad que por el miedo.

—¿No ve usted esa marca rojiza en la fuente de la entrada? Acérquese, no tenga temor. Lleva ahí más de cuatro siglos.

—Pero ¿cómo…?

—Es una historia muy larga, se la contará mi padre. Sólo ha de saber que aquí fueron decapitados treinta y siete abencerrajes. Sus enemigos, los zenetes, unos canallas, no hay duda, urdieron un plan para hacer creer al sultán que su esposa andaba en amores con uno de ellos. Los granadinos, sean moros o no, han resuelto siempre sus problemas de faldas con el cuchillo. Así que, según fueron entrando los

incautos abencerrajes, ¡zas!, el sultán los fue decapitando.

Washington Irving prefirió congelar el gesto y no hacer ningún comentario.

—Bien. Y ¿cómo se sabe que esa marca roja de la pila es sangre y no otra cosa?

—Porque si fuera otra cosa la muy testaruda Dolores ya la habría limpiado con su lejía… ¿no ve cómo frota la condenada el suelo y las paredes? Su casa, cuando la tenga, no lucirá tanto, se lo digo yo.

Como debía de suceder en la ciudad, al borde de la colina, la Alhambra empezaba a despertarse de la siesta. Los trinos de los pájaros eran más lentos y monótonos dado el letargo en que se sumían todos los seres vivos del palacio, y lo mismo ocurría con los aguadores en la Plaza de los Aljibes, a los que en plena mañana se les oía vocear su agua fresca de la Alhambra. Por eso fue fácil detectar un sonido siseante, más propio de animal que de humano, que Irving reconoció rápidamente y para hacérselo oír a Mateo tuvo que parar en seco y advertirle. El guía permaneció un instante tan atento como un zorro que presiente su presa y luego sonrió:

—¡Ah, ésa es la Reina Coquina!

—¿Cómo? ¿Hay una reina en la Alhambra y no me la has presentado?

Mateo asintió y lo hizo con el convencimiento de que Irving comprendería sus movimientos. Le indicó que esperara, luego que lo siguiera y lo introdujo por una puerta estrecha cuyo pasadizo daba al Patio de la Mezquita. Allí vio el americano un cúmulo de basura bajo el hueco de unos andamios, cuya finalidad era apuntalar el palacio por aquella zona.

—El sonido… —murmuró Irving—… ¿quién lo produce? ¿Un animal, tal vez?

Bajo la pila de papeles, ropa y maderas, movióse lo que parecía un ser humano. Washington no tuvo más remedio que retroceder al detectar un olor nauseabundo que empezó a esparcirse por todo el pasadizo.

—Ésta es la Reina Coquina, señor Irving. Otros dicen que se llama Antonia Sabonea, vive aquí desde hace muchos años.

El sonido siseante que había advertido el escritor no era otro que los ronquidos de la anciana mujer. Era la Sabonea un arquetipo de la indigencia granadina. Habíase quedado viuda cuando aún era muy joven, y sin oficio que atender terminó por vender su cuerpo —que por entonces era mucho más saludable— y finalmente, cuando éste ya no dio para más, decidió pedir por las calles, compensando a quienes generosamente le daban su dinero con unas leyendas sobre la Alhambra. Así fue creciendo su imaginación y moneda a moneda, leyenda a leyenda, fue creando su repertorio de historias del palacio.

—¡Señora Antonia! —le gritó Mateo, pues era algo dura de oído—. ¡Hoy se le han pegado las sábanas!

La observación era, evidentemente, un tanto malintencionada, a tenor de que la pobre señora Sabonea no tenía sábanas con qué taparse. Pero la vieja, curtida en la vida y poseedora de un excelente buen humor, se tomó las palabras de Mateo como un cumplido.

—Sí, es que hoy he trabajado mucho. Ya no estoy tan joven como antes.

Antonia Sabonea no debía haber cumplido los ochenta. Su barba era más larga que la de cualquier hombre y su nariz tan afilada que más parecía pico de cuervo. Tenía la piel como la de una pasa, arrugada y oscura, y su larga melena blanca como la espuma, por lo que el contraste resultaba, cuanto más, repulsivo. Pero, por increíble que parezca, algo debía de tener aquella anciana mujer para conquistar los corazones de todos los alhambreños, pues a pesar de su olor avinagrado y su aspecto repelente, todos miraban por ella, le ofrecían mantas en invierno y nieve fresca en verano, la invitaban a sus fiestas y rogaban que les contara sus historias, que ya empezaban a ser menos historia y cada vez más fábula.

—He venido con un escritor americano que quiere escribir sobre la Alhambra.

La anciana miró, sin fijar la vista, los cuerpos de los dos hombres, oscurecidos por el contraluz del pasillo.

—No escribo sobre la Alhambra —se disculpó Irving—, pero podría hacerlo; cada vez tengo más curiosidades que podría plasmar en un papel.

—Pues la señora Antonia Sabonea es la persona que más sabe sobre historias de moros a excepción de mi padre. Ella asegura que más de una vez ha visto el fantasma de Boabdil.

Washington Irving evitó sonreír dado lo increíble del testimonio. Afirmó elegantemente y contestó:

—¡Oh! ¿Y cómo es eso?

—No hay mérito en ello, señor —empezó a explicar la Reina Coquina—. Me visita porque está muy solo. Viene, se lamenta de que su palacio ha caído en manos extranjeras y luego se va.

—¿Y no le da a usted miedo ver fantasmas?

—El Rey Chico no sería capaz de hacerme ningún daño… Sólo temo que algún malnacido se entere de nuestras charlas y piense que me ha descubierto el secreto.

Irving miró a Mateo quien, por lo visto, estaba en antecedentes del misterio, pues sonrió como asintiendo a las palabras de la anciana. Al no poder obtener respuesta y ver que su curiosidad no se veía satisfecha, Irving no tuvo más remedio que preguntar:

—¿De qué secreto, exactamente, estamos hablando?

—¡Oh, señor! ¿No lo sabe usted? Me refiero al tesoro, al que dejaron todos los moros al huir de España.

Y Mateo sentenció:

—Es cosa sabida.

Tuvieron que despedirse de la anciana reina de las indigentes precipitadamente. Mateo se paralizó al oír un ruido acampanado que al oído de Irving se tradujo como un extraño rumor de sirenas, lo cual le pareció más que improbable siendo Granada ciudad de secano, pero su imaginación ya empezaba a activarse con tantos fantasmas y misterios por resolver.

—¿Qué es ese ruido, Mateo? Parece… parece que… ¿se aproxima un rebaño de ovejas?

La incredulidad del americano se volvió certidumbre al ver cómo una cabra descarriada atravesaba el colindante Patio de la Mezquita dando saltos de contenta. Mateo, que se había aproximado al patio, se encontró de lleno con el rebaño, compuesto al menos de cuarenta ovejas y cabras que parecían muy desorientadas y aburridas de confundir las paredes del palacio del último rey moro de Granada.

—¡Jerónimo! ¿Otra vez con las cabras por aquí? —le regañó Mateo—. ¿No ves que lo dejan todo cagado y que la Tía Antonia se enfada?

—Es que les gusta comerse los yesos de las paredes —se disculpó el cabrero—. Y a fin de cuentas a nadie hacen daño resguardándose del hielo de la noche.

—¡Que no, Jerónimo, que no! —insistió Mateo—. Que no es lugar, llévate a las chivas.

Irving, sobrecogido y mudo, observó perplejo el rápido deterioro que provocaban cabras y ovejas en aquel bello Cuarto Dorado, cuyos azulejos aún permanecían adheridos a las paredes y de los que se adivinaba que habían sido adornos exquisitos en la antesala del patio colindante.

Cuando Mateo consiguió que el cabrero y su rebaño abandonaran la estancia, el lugar sucumbió al silencio pero igualmente a un nauseabundo aroma a animal.

—¡Mucho hay que cambiar en la Alhambra, querido Mateo! —se lamentó el americano—. En caso contrario, me temo que el misterio de los grandes magos de oriente no podrá mantener en pie esta fortaleza. Nada de ello es comparable con la férrea testarudez de un rebaño de cabras dispuesto a arrasar todo lo que se encuentra por delante…

—No se preocupe el señor. En la Alhambra no hay tanto misterio ni tanto desorden, ni tanta locura como usted pueda imaginarse…

Esto dijo Mateo al salir por las puertas del palacio. Tras la imponente fachada del Palacio de Carlos V se empezaba a apreciar el azul purpúreo del atardecer y al poco de adentrarse en la Plaza de los Aljibes, alguien gritó:

—¡Eh, señor! ¿Quiere venir a ver mi duende encerrado en una botella?

Era el coronel de la Puerta del Vino. Irving, a esas alturas, debió de haber comprendido que la Alhambra era sobre todo eso: misterio, desorden y un poco de locura.

La Alhambra se encuentra en un rápido y similar estado de transición. Cuando una torre empieza a desmoronarse, se adueña de ella una andrajosa familia, que ocupa, en compañía de murciélagos y lechuzas, sus dorados salones, y que cuelgan sus harapos, dechado de pobreza, en sus miradores y ventanas.

Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*

No supo el galante Washington Irving lo que era la pobreza hasta conocer la casa de la familia de Mateo Ximénez. Ni siquiera el lecho nauseabundo de la Reina Coquina le había parecido al americano tan precario y mísero, pues, para desgracia de cuantos vivían en la choza desvencijada del guía de la Alhambra, la gran mayoría eran niños.

La miseria no parecía detener a Mateo en su claro propósito de reproducirse. Bajo el techo de paja de su tugurio familiar dormían cinco chiquillos, una mujer embarazada de avanzados meses y dos ancianos, uno de ellos claramente el padre de Mateo, pues su parecido era indiscutible.

A la imposibilidad de contener su apetito reproductor y a la molestia de ver revolotear a cinco chiquillos de edades tempranas se unía el trastorno de la longevidad de toda la familia, pues el abuelo debía de entrar ya en los ochenta y aún parecía una persona activa y con ganas de tragarse buenos pucheros.

No hizo falta atravesar la puerta de la humilde morada porque no la había, tan sólo se componía de una jarapa pesada y bastante mugrienta. Los miembros de la familia pasaban la mayor parte del día al aire libre; los chiquillos se sentaban en el suelo y jugaban con los pies descalzos y los mayores, si eran mujeres cocinaban y si eran hombres disfrutaban del deporte nacional del andaluz pobre, que era no hacer nada.

—¡Padre! —gritó Mateo—. Aquí le traigo a un señor que quiere hablar con usted.

El anciano levantó la cabeza, pues estaba amodorrado, pero muy pronto sonrió sin intención de levantarse de su silla desvencijada.

—¡Buenas tardes! —saludó Irving—. Me llamo…

—Ya sé cómo se llama, señor —dijo vivamente el anciano—, y aunque me lo repita cien veces no me lo aprenderé. Pero veo que va bien vestido y eso es un placer para mí, porque yo fui capaz, en otros tiempos, de coser tan buenos trajes como el que usted lleva.

—Lo sé —asintió Irving—. Y antes que usted su padre.

—Bien cierto.

—Pero yo vengo a otra cosa. Su hijo me ha dicho que sabe muchas historias de la Alhambra.

—Y todas ciertas.

Irving respiró profundamente.

—Pues si usted pudiera contarme alguna…

Al señor Ximénez pocas cosas había que le produjeran mayor deleite que contar sus crónicas, así que sacó una picadura de tabaco, que ofreció educadamente a Irving y éste rechazó, y mientras liaba su cigarrillo empezó diciendo:

—Pues había una vez un jardinero en la Alhambra, risueño como el que más, llamado Lope Sánchez, que tenía una hija. Celebrando la noche de San Juan, que aquí en la Alhambra es magnífica con sus antorchas encendidas y sus rumores de guitarra, fue a encontrar la chiquilla de Sánchez, que por ser su hija la llamaban Sanchica, un colgante de azabache tan negro como ala de cuervo que representaba una mano con los dedos cerrados y el pulgar fuertemente pegado a ellos, tal que así. Y resultó que aunque Sanchica bien iba contenta con el descubrimiento, todos los allí presentes le dijeron que la tirara, que mal fario le traería, y otros que no, que la conservara para poderla vender en la Alcaicería. Unos y otros estuvieron de acuerdo en que era de fábrica mora.

»Sanchica, por ser mujer y testaruda, se quedó la alhaja. Y al ir a sacar agua de un pozo que por allí lejos entre la umbría del bosque dícese que tiene agua bien fresca, la chiquilla, con su colgante al cuello, se asomó al pozo y oyó unos lamentos que le parecieron cosa de hechicería. Aunque tuvo miedo, más le pudo la curiosidad y del interior del agujero pudo descifrar la voz de una mujer que le decía que era una cristiana encantada en el pozo de la Alhambra que le diría dónde encontrar el tesoro que había dejado guardado Boabdil en su huida. Y que lo haría a cambio de que, una vez encontrado el tesoro, le tirara su mano de azabache, pues no era mano sino llave para abrir encantamientos, con la que poder romper el hechizo que le había dejado allí metida.

»Sanchica aceptó el trato y entonces la doncella encantada le dijo que fuera al Patio de la Fuente de los Leones, que de allí pasara a la Sala que llaman de las Dos Hermanas por tener las baldosas iguales y que buscara las dos estatuas que dentro había, tan gemelas como las baldosas, cuya mirada se centraba en un punto por cuya incisión en la pared debía introducir la mano para abrir la puerta imaginaria. Sanchica y su padre fueron a la sala, buscaron el agujero en la pared, metieron la mano de azabache y ¡oh maravillas!: se abrió ante sus ojos una puerta que ocultaba dos enormes jarrones del tamaño de un hombre, bellos donde los haya, con dibujos de gacelas y otros animales, cuyo interior estaba repleto de monedas de oro.

»Lope y su hija vaciaron los jarrones, no sin dificultad, y se trajeron el tesoro.

Irving, que en algunos momentos no comprendió el español tan variado y rápido del señor Ximénez, creyó entender la totalidad de la historia. Quedó claramente interesado pero pensativo.

—¿Y qué hicieron con ese dinero?

—Lo desconozco, muy pronto marcharon a otras tierras.

—¿Cumplió Sanchica con el trato de entregar la mano de azabache?

El señor Ximénez soltó una carcajada.

—¿Ha conocido usted a algún codicioso que lo haga? ¡Niña! —gritó a la más pequeña de sus nietas—. ¡*Venacapacá!*

La niña obedeció a la orden de su abuelo. Entre las greñas rubias que le enredaban el cuello desenredó el abuelo un colgante con una mano de azabache negro.

—¡Es magnífico! —exclamó Irving, convencido de la capacidad narrativa del anciano más que de la veracidad histórica del relato.

—No vaya usted por el pozo que hay más arriba, caballero, o la dama encantada le pondrá en un aprieto.

Irving se levantó satisfecho de haber oído el relato.

—Bien, señor, ha sido un placer.

—Ahora, señor americano, puede usted escribir esta historia, pero hágalo a su manera y titúlela algo así como «La mano de azabache» o «Las dos discretas estatuas».

—Así lo haré, señor.

El escritor hizo una reverencia con gratitud. Mateo e Irving volvieron a la Alhambra y el caballero lo hizo en silencio y algo confundido. A medio camino, sacó de uno de sus bolsillos unas monedas y se las dio a Mateo.

—Toma, no es por caridad, sino por premiar el esfuerzo de tu padre. —Irving se dio cuenta de que hacía tiempo que tuteaba a Mateo, aunque de forma inconsciente y observó que a éste no le molestaba.

Mateo sintió muy profundamente la amistad que le demostraba el americano, así que no rechazó el dinero, al que, por otra parte, buen uso daría. Entonces, Washington Irving se paró en seco, aún pensativo, y preguntó:

—Esa mano de azabache… Se pueden encontrar muchas en la Alcaicería ¿verdad?

—Sí, señor, muchas.

—Y tu padre… ¿la compró allí?

—Eso es otro de los misterios de la Alhambra que usted tendrá que resolver.

Llegada la noche, Dolores acudió al cuarto de Irving para prepararle la cama, abrirle las sábanas y calentarlas con un brasero de mano, pues por las noches el relente humedecía los lechos. Así la encontró Irving cuando entró en el cuarto y Dolores, sobresaltada, se retiró de la cama como si aquello fuera, en sí, una provocación.

—Ya le he calentado la cama, señor. Muy pronto será verano y ya no tendré que hacerlo, sólo ponerle búcaros con agua para dar frescor.

—Vengo de tierras más húmedas que éstas, así que no me asustan las sábanas frías.

Dolores recogió todo con cuidado y bajó la mirada como disculpa.

—Si no desea nada más el señor…

Irving quedó pensativo. La historia que le había contado el padre de Mateo aún daba vueltas en su cabeza.

—Dime, Dolores, ¿alguna vez has visto en la Alhambra dos altas estatuas?

—No, señor.

—¿Y dos altos jarrones con decoración de gacelas?

—Tampoco, señor.

—Bien… ¿sería posible que mañana pudiera pasear libremente por los palacios? Quisiera tomar notas para mis libros.

—Como desee.

Dolores cerró la puerta de las habitaciones y dejó a Irving absorto en sus pensamientos sin que advirtiera ni un ápice de frialdad en las palabras de la muchacha. Se quitó la corbata, se tumbó rendido sobre la cama y miró al techo.

—Mañana buscaré las estatuas y los jarrones… y si Dios lo quiere encontraré hasta el tesoro de Boabdil.

Apenas durmió y el tiempo que lo hizo fue entrecortado y bajo un leve sopor, pues no había en su cabeza mayor propósito que ver realizado su deseo, el de encontrar el tesoro del Rey Chico.

Por descontado, Irving no deseaba ese tesoro para sí. Como escritor, compilador, traductor e investigador de la historia —pues fueron sobresalientes sus estudios sobre Colón, la conquista de Granada o sobre la vida de George Washington—, Irving deseaba poder descubrir al mundo un tesoro oculto y, por encima de todo, disfrutar del hallazgo, cosa sin parangón para un viajero.

Así pues se puso su traje antes incluso de que el sol matizara las altas torres de la Alhambra, y cuando ya tocaba a la puerta el puño de Dolores para indicarle que traía el desayuno, dijo el americano con gran ímpetu:

—¡Buenos días, Dolores! Hoy no desayunaré. Siéntate en el Patio de los Leones y bajo su bosque de columnas desayuna tú mi chocolate, te vendrá bien un momento de tranquilidad, que yo me debo a mis libros.

Y todo esto lo dijo con su acento americano mientras abría la puerta, esquivaba a la inocente Dolores, colocaba uno de sus rebeldes mechones de pelo caído sobre su frente y marchaba hacia la Fuente de los Leones, todo ufano y decidido.

—Pero, señor, yo no puedo hacer eso… mi tía no me dejaría…

Evidentemente, Irving no la oyó. Su voz quedó a su espalda como un eco que fue suplantado por el trisar de las golondrinas y los vencejos que luchaban en enredados vuelos rasantes por apoderarse de las torres reales.

Washington Irving terminó por adentrarse en el gran patio donde la fuente de los felinos permanecía serena y ausente de la inquietud del escritor. Entró en una sala adyacente con bellas bóvedas y miró la cúpula repleta de estalactitas de un

entramado, que, de haber conocido Irving el famoso bordado, habríalo denominado de encaje de bolillos. Pero su belleza no lo distrajo lo más mínimo, pues cuando el americano resolvía llegar hasta el fondo de un asunto pocas cosas, aunque fueran éstas ciertamente tentadoras, conseguían desviarlo de su cometido.

Recordando lo que le dijo el padre de Mateo, observó celosamente las paredes, algunas resquebrajadas, otras carcomidas, Dios sabía si por culpa de las cabras de Jerónimo, el pastor, o del paso del tiempo. Muchas manchas de humedad habían levantado los azulejos y hecho brotar colores donde parecía no haberlos, pero nada encontró que pudiera ser o simulara, al menos, una cerradura o hendidura en donde meter una supuesta mano de azabache.

Desilusionado, más que por no completar su imposible empresa, por verse a sí mismo como un ingenuo mozalbete, decidió dejar la sala y pasear libremente por las zonas aún desconocidas. Salió del palacio y lo rodeó, saltándose algunas vallas o adentrándose por zonas despobladas, hasta que fue a dar con una puerta, algo enterrada y quizá por ello tan misteriosa que le hizo parar en seco y examinarla con prudencia.

Por sus cálculos la creyó a un nivel más bajo que el Patio de los Leones, pero no muy lejos de él. La puerta parecía haber sido sellada tiempo atrás, y si su autor lo había hecho con tanto esmero sería, seguramente, para proteger algún tesoro oculto, que a Irving se le supuso el de Boabdil. No era extraño encontrar puertas cerradas en el palacio. Sus reyes moros y gobernantes cristianos habían hecho de él un laberinto de puertas que a unos les resultaban inútiles y a otros sugestivas, por lo que los primeros las ocluían y los segundos, por parecerles pocas, abrían conductos entre salas antes no existentes. En aquel momento que le tocaba vivir a la Alhambra, estas puertas y entramados eran infinitos, sobre todo si se considera que parte de los palacios se habían dedicado por mucho tiempo a casas particulares y sus dueños, ignorantes del valor de lo que habitaban, habían remodelado ventanas y puertas a su merced.

Velozmente, Irving fue a llamar a la Tía Antonia —arriesgándose a ser expulsado de su sagrado dominio que eran las cocinas— para pedirle la llave de aquella puerta, que aunque sellada parecía que podía abrirse. Como era de esperar Francisca Molina puso todas las excusas que pudo: que si tenía mucho trabajo, que lo tendría que consultar al gobernador, que si era una locura… hasta que Mateo se presentó y se unió a la petición. Así sucedió que la Tía Antonia tuvo que ceder con la condición de abrir la puerta ella misma. Mateo y Dolores no quisieron perderse tan distinguido evento y marcharon tras un Irving pletórico y una Tía Antonia marcial de cuya mano colgaba una llave tan grande como la de un castillo.

Llegaron los cuatro ante la puerta. Uno dijo que no la había visto jamás, otro que guardaría un nido de murciélagos. Todos se asombraron de que Irving hubiera dado con ella habiendo permanecido en el palacio tan pocos días y ellos, verdaderos hijos de la Alhambra, nunca hubieran reparado en la incisión de esa pared.

Con todo, la charlatanería confusa de los espectadores se tornó en un silencio inmediato. La Tía Antonia abrió la puerta desplegando una sucesiva ola de polvo blanquecino que llenó a todos de un barniz fantasmal. Cuando la nívea aureola se hubo disipado los cuatro miraron en su interior y al tiempo soltaron un suspiro de sorpresa que Mateo corroboró cuando dijo:

—¡Dios mío! ¡Si es el verdadero tesoro de Boabdil!

Sería elemental dar una explicación de lo que allí sucedió, porque Mateo, al que ya conocemos como un hombre de gran fantasía, debió de sufrir una alucinación. A Irving se le salió el corazón del pecho cuando oyó de labios de Mateo que había visto un tesoro, pero al recapacitar observó que el brillo que había deslumbrado al alhambreño no era otra cosa que el sol reflejado en una reja.

Con cierto temor, los cuatro se adentraron en aquel lugar olvidado, saltando travesaños que debieron de apuntalar las paredes en otro tiempo, azulejos desmembrados y suciedad de palomas y otros animales que ambientaban el lugar con el hedor del abandono.

Las dos mujeres no tuvieron inconveniente en seguir a Irving, que era el abanderado, no fueran a encontrarse con alguna rapaz o reptil peligroso. Mateo, sin embargo, al que más le guiaba la curiosidad que el miedo, siguió al americano casi en paralelo y fue indicando con su dedo los recodos de pasillos y habitaciones vacías por los que iban entrando.

—¡Estas estancias no son moras! —dijo Irving al advertir sobre el techo un dibujo de amorcillos.

—Deben de ser las que dicen de la reina Isabel, pero no la católica sino la esposa italiana de otro que fue rey.

Eran dos amplias habitaciones con techos divididos en casetones en las que todavía se adivinaban adornos florales y grotescos mascarones. Las paredes parecían haberse cubierto en otros tiempos de damasco, pero ahora se encontraban desnudas salvo por los arañazos y erosiones que sufrían. Irving se acercó a una de las paredes y, pasando su temblorosa mano por encima, palpó lo que le parecía un grabado en letras de molde.

—*My God!* —exclamó en su idioma, todo conmovido—. ¡Son las firmas de Chateaubriand y de Byron!

A lo que Mateo contestó:

—A ésos no les serví de guía… No sé ni quiénes son.

—Vinieron aquí hace ya muchos años. Créeme, amigo Mateo, este palacio no deja de sorprenderme. ¿Sabes lo que significa para mí haberme encontrado con esta pequeña muestra de la literatura universal escrita en esta pared? Es como si Chateaubriand o Byron hubieran puesto un mensaje para que yo lo leyera. ¡Y estas habitaciones! ¡Son magníficas! Vayamos hacia esa parte.

Encontraron unas ventanas que se hallaban abiertas cuyos marcos desvencijados se batían al contacto del aire. Al asomarse vieron que daban al Jardín de Lindaraja, desde donde observaron las ramas de los naranjos y limoneros tan crecidas que luchaban por entrar por ellas. Era éste un jardín recoleto al que no se le daba mucho uso, sus árboles crecían salvajes pero su fuente central permanecía impertérrita, solemne, aunque demasiado triste para un pequeño vergel.

—¡Qué bella fuente! —exclamó Irving bajando hacia el jardín—. Es verdad que el alabastro ha perdido su blancura y que el tazón inferior está cubierto de hierbas y es ahora nido de lagartijas —remarcó en inglés— pero me parece una fuente encantadora.

—Allí arriba parece que hay un balcón —advirtió Dolores—. Debe de verse parte del Albayzín ¿Serán seguras sus vigas? ¡No nos vengamos abajo!

La alarma de Dolores sólo pareció surtir efecto en la Tía Antonia, que se negó a subir las escaleras poniendo como excusa sus pesadas carnes, aunque bien sabían todos que sufría de vértigo y su orgullo le impedía declararlo.

Así que ascendieron con meticuloso cuidado, Mateo el primero, luego Irving expectante y más tarde una Dolores con pecho agitado por la emoción.

—Es como si tuviéramos toda Granada en nuestras manos —dijo el americano extendiendo los brazos hacia la espesura de casas y arboleda que se les presentaban tan minúsculas como una maqueta de juguete—. Mateo, de verdad que sí he descubierto el tesoro de Boabdil.

—¡Ay, Virgencica, qué vértigo me ha dado! —exclamó Dolores apoyándose en Irving—. Será mejor que vuelva a la tierra y vaya limpiando un poco el jardincillo.

—No limpies nada, niña —ordenó la Tía Antonia, que esto es zona de nadie. El gobernador tiene que enterarse antes, luego ya veremos.

—Señora Antonia, una vez descubiertas estas habitaciones no soy capaz de dormir en las del gobernador. No podría dejar de pensar en este mirador, en este jardín y en este patio vigilado por esa reja. Yo hablaré con el gobernador, limpiaré si es necesario con mis propias manos toda la desidia de los muchos años que ha estado cerrado, pero no me diga que no podré vivir aquí.

A la Tía Antonia se le desorbitaban los ojos, no recordaba haber oído una locura similar en sus muchos años de vida.

—¿Vivir aquí? ¿Con los mochuelos? ¿No sabe que todo esto está a disposición de cualquier ladrón?

—No tengo miedo a los ladrones, señora Antonia.

—Pero ¿y si tiene un percance? —preguntó en voz alta la tímida Dolores—. ¿Qué haríamos entonces?

Irving denegó rebelándose a todos los razonamientos de las dos mujeres. Miró a Mateo rogando ayuda mientras sus ojos captaban la maravilla del paisaje de Granada traslucido a través del mirador.

—Con unas buenas tablas podríamos tapar las zonas abiertas, y las ventanas son

de buena madera pero les faltan unos cuantos clavos. Si Pepe me ayuda podríamos tener esto acondicionado en dos días —apuntó Mateo.

—¿Quién es Pepe? —preguntó Irving.

—El jardinero.

—¡Magnífico! También podría encargarse del jardín y de este pequeño patio, que necesita unas cuantas flores, ¿no les parece, señoras?

El optimismo del americano y su candorosa mirada parecieron convencer a la Tía Antonia. Dolores, apesadumbrada, seguía temerosa y así lo manifestó con los ojos llorosos.

—Bien valiente que es usted, no hay duda —exclamó Mateo con las manos metidas en los bolsillos de su roída chaqueta—. Yo no sería capaz de quedarme una sola noche en esta zona de la Alhambra, pues tan peligrosos son los fantasmas como los vagabundos que roban a los extranjeros.

—Yo no tengo nada —se disculpó Irving—. Ni mi reloj funciona ya. Sólo tengo libros y tinta para escribir.

—¿Y cree usted que eso no es buen botín? —razonó Mateo—. Hasta los libros pueden ser un suculento trofeo cuando es invierno y no se tiene nada que quemar. El papel arde mejor que un tronco humedecido y da más calor.

Irving suspiró, a punto de dejarse vencer, se sentó en las escaleras del jardín que daban a una de las salas pintadas de amorcillos y se tapó la cara con las manos, abrumado por su propia impotencia.

Nada hay más enternecedor en un hombre que demostrarse vulnerable, por lo menos a ojos de una mujer. Tía Antonia, que se había mostrado intransigente, y Dolores que suspiraba de inquietud, se cruzaron las miradas denegando, buscando ambas apoyarse en su firme decisión de no permitir a Irving que realizara una locura.

—¡No me hagan dormir en las habitaciones del gobernador! —volvió a lamentarse el americano—. Ahora que he visto estas estancias no pueden obligarme a olvidar este mirador, este balcón enrejado y esta fuente. ¿Es que no lo comprenden? —preguntó desesperado—. Es la Alhambra quien me ha elegido a mí y quiere que escriba de ella. Déjenme conocer el palacio y les prometo que escribiré algo tan hermoso que la Alhambra será conocida en todo el mundo.

Se hizo el silencio en el diminuto jardincillo y sólo los gorriones tuvieron la osadía de piar tras las palabras de Irving, pronunciadas en una mezcla de inglés y español que todo el mundo entendió aun sin conocer más idioma que el hablado en Granada. Dolores soltó un suspiro de admiración que rompió la inamovible escena y fue entonces cuando la Tía Antonia dijo:

—¡Ea! Traigamos unas tablas y unos cerrojos, que el señor se queda a dormir aquí.

Y así fue, más o menos, como Wasghinton Irving descubrió las habitaciones del Peinador de la Reina, el Patio de la Reja y el Jardín de Lindaraja, zonas hasta ahora propiedad de los murciélagos.

Pepe, el jardinero, tan pronto entró en aquella zona abandonada del palacio dijo:

—Ci… ci… cii…

Y todos, viéndolo tan sorprendido, pensaron que afirmaba, que no supo decir más que un «sí» ceceante y contundente al hallar aquel jardín tan dañado por el olvido. Pero resultó que el pobre Pepe era tartamudo y finalmente dijo:

—Ci… ci… preses. ¡Qué bellos ejemplares! Los re… re… garé y po… po… podaré…

Pepe era un buen jardinero y bastante apañado para restaurar lo inservible. Cegaron los rincones abiertos a la intemperie con trapos y barro y las ventanas con tablones de madera que —Irving no lo supo nunca— se trajeron de otras zonas alhambreñas tan dignas y bellas como la que ahora trataban de preservar.

Algunas ventanas quedaron inutilizadas y a otras, aun con contraventanas de madera, se les añadieron pestillos para que el americano pudiera disfrutar del horizonte de casas blancas que se extendía a los pies de la Alhambra.

Toda la tarde trabajaron duramente, incluidas Dolores y su tía, que barrieron el suelo empedrado y limpiaron las telas de araña.

Entre todos acercaron una cama, la mesa donde Irving escribía las cartas a su hermano Peter y al príncipe Dolgoruki, arcones donde meter sus propiedades y hasta un pequeño tocador donde poder asearse y afeitarse, como lo hubiera hecho un elegante en su propia morada.

La tarea fue tan abrumadora que, al llegar la noche, todos se sentaron alrededor de la lumbre de la cocina de la Tía Antonia para comer unas gachas bien calientes, pues todos tenían hambre del desgaste producido y la ansiedad de verlo todo terminado.

—¿No quiere el señorito pensarlo otra vez? —intentó a la desesperada la temerosa niña Dolores—. Es que las cocinas y nuestros cuartos están tan lejos de allí… ¿Y si quiere un vaso de agua? ¿Cómo me enteraré de si debo llevárselo?

Irving no dijo nada, sonrió con ternura y continuó saboreando aquel manjar humilde, bien levantados los puños de su levita, no fuera a mancharse con ellos o con el vino con que los acompañaba.

Ningún habitante de los palacios quiso perderse la nueva ubicación del americano. Como si de un paso del Corpus Christi se tratara, caminaron tras él en fila india siguiéndolo por los pasillos, iluminándose con velas o con candiles, y al llegar a la misma puerta de sus habitaciones, ahora encerrojada y bien provista de trancos, Irving se despidió con la mano y todos vieron cómo aquel señor tan valiente pero tan incauto cerraba la puerta y se iba a dormir.

Allí quedó Irving, en el silencio de la noche, solo, encerrado por creerse así más protegido ante los salteadores, pero en definitiva privado de la libertad que le proporcionaba la Alhambra. Su vela se apagó por una ráfaga de viento, cuyo origen era imposible descifrar, y quedó arrepentido por su decisión romántica de dormir en

aquella ala de la Alhambra junto a las habitaciones de los amorcillos. Movió su cama, cambió de sitio su arcón y, con todo, la inquietud no le permitió disfrutar del privilegio que le concedía el destino, pues nadie después que él viviría en lugar tan propicio para la fantasía literaria ni para el placer de los sentidos.

Se tumbó sobre la cama, disfrutando de la claridad de la luna sobre la Sabika y, al poco, rendido ante el cansancio físico y espiritual, se encontró en brazos de Morfeo. Ni siquiera oyó el canto de la lechuza ni el batir de las alas de los murciélagos y durante algunas horas disfrutó de serenidad, digo, durante algunas horas, pues hacia las tres de la madrugada, cuando la luna inundaba plenamente los pies de su cama, se despertó sobresaltado.

Unos gritos desgarradores provocaron un eco terrorífico en la Alhambra. Y no era una garganta humana quien parecía emitirlos.

Se incorporó con el vello del cuello erizado presintiendo una nefasta desgracia. Otro grito gutural surgió de las inmediaciones de la Torre de Comares y fue rebotando con un eco lamentoso de pared en pared hasta llegar a la estancia que ocupaba Irving. Con toda su experiencia en viajes, no recordaba haberse encontrado en una situación similar. Era incapaz de reconocer el origen de los gritos, los cuales a veces se transformaban en lamentos y tan sobrecogedores eran unos como otros, pues los primeros asustaban y los segundos apenaban tan fuertemente el corazón de quien los oía que era fácil discernir que eran producidos por un alma en pena.

En su extravagante situación, el americano no pudo remediar pensar en las leyendas que Mateo y su padre contaban y aseguraban como ciertas. Era hecho reconocido entre el pueblo granadino que Boabdil, el último rey moro de Granada, tras entregar las llaves de su reino murió arrepentido y vuelto en espíritu a estos palacios, en donde se le veía vagar solo y meditabundo, como castigo al acuerdo que pactó con los reyes cristianos. ¿Era posible que el fantasma de Boabdil existiera, verdaderamente, y ahora se pasara todas las noches lamentándose de haber entregado el palacio de la Alhambra?

Mientras el eco de los quejidos continuaba, Irving se levantó de la cama y muy tentado estuvo de salir de su cuarto para averiguar de dónde procedía tan misterioso ruido, pero recordó que no tenía ni una mísera navaja y que, dado que había sido advertido del peligro que corría, era una locura enfrentarse a lo desconocido caminando por los pasillos deshabitados de la fortaleza.

Así pasó algunas horas, preguntándose, recapacitando sobre si la decisión de dormir en aquel lugar era la correcta. Se sentó a su mesa, escribió el comienzo de una carta que luego arrugó y tiró a un rincón… y finalmente, con el silencio de los lamentos, se derrumbó sobre su escritorio y desplomado por el cansancio concilió un sueño nervioso pero necesario.

Al día siguiente, cuando Dolores dio dos golpes en la puerta para despertarlo,

Irving decidió ocultar lo ocurrido para no dar rienda suelta a la imaginería de los alhambreños, pero sus ojeras lo delataban.

Mateo sospechó que Washington Irving no había disfrutado de una buena noche, pero hizo como que no lo sabía. Lio un cigarrillo con parsimoniosa exactitud y esperó desde una esquina del Patio de los Leones a que Irving terminara su desayuno.

—¿Qué desea hacer hoy el señor? —preguntó—. ¿Prefiere conocer Granada? ¿Tomar el catalejo y observar las casas desde la Torre de Comares? Dígame, estoy a su disposición.

Irving meditó. Estuvo muy silencioso aquella mañana.

—Mateo… ¿tú crees firmemente en que el espíritu de Boabdil sale por las noches y se pasea por la Alhambra?

Mateo, con toda su fantasía y conocedor de las más variadas leyendas árabes, se encendió el cigarrillo y exhaló el humo antes de contestar.

—Yo sólo digo que yo si hubiera tenido que marcharme de un lugar como éste, volvería, aunque fuera después de muerto.

—¿Crees en los fantasmas, Mateo?

Mateo se puso muy serio y queriendo resultar culto dijo, categóricamente:

—¡Ende luego!

Por su movimiento de cabeza Irving comprendió que Mateo asentía y no lo culpó, porque él mismo era incapaz de asegurar si, tras la noche pasada, podía o no creer en fantasmas.

—Leí no hace mucho que Boabdil salió de la Alhambra por una puerta que llamaban de los suelos…

—La de los Siete Suelos es, señor.

—¿Podemos ir a verla?

—Nadie sabe dónde está —aseguró Mateo—, pero podemos intentar encontrarla. Mi padre me dijo que vio, de muy niño, una puerta más grande que la de la Justicia más arriba del camino que sigue hacia el bosque, cerca del antiguo convento de los Mártires, allí donde los cristianos eran encerrados en mazmorras. Podemos ir por el camino, aunque encontraremos muchas zarzas.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo de ser picado por una ortiga.

—Peor sería encontrarnos una serpiente —dijo Mateo intentando amedrentar al escritor, pero Irving había frecuentado países más peligrosos que el de España y contestó:

—Permíteme, entonces, que busque mi bastón. Es muy útil como arma defensiva, aunque no lo parezca.

Mateo sonrió para sí, admirándose del coraje de aquel americano que semejaba tan suave e indefenso. Esperó todo el tiempo que Irving necesitó para ir a por el bastón a sus nuevas habitaciones y, después de ello, advirtió que su indumentaria

había cambiado y que todo lo había hecho en una reducida fracción de tiempo, lo que explicaba que Washington Irving estaba acostumbrado a variar su itinerario con frecuencia.

Decidieron salir por la Puerta de la Justicia, donde permanecían impasibles los inválidos mendigos; como ya los conocía y ellos a él también no le pidieron ninguna moneda, a pesar de lo cual recibieron una cada uno, pues además de ser Irving todo un caballero también se distinguía por su nobleza.

En vez de caminar hacia la senda derecha, que sólo les llevaría a la ciudad, emprendieron el ascenso colina arriba siguiendo los márgenes de las torres defensivas de la Alhambra, unidas por lienzos de murallas altos, a veces, y otras ruinosos, que denotaban la magnificencia de la fortaleza cuando los moros eran sus dueños.

Al poco de mirar Irving hacia arriba, un vuelco le dio el corazón: acababa de atisbar la silueta de lo que parecía un chiquillo sobre lo alto de una torre. Su respiración le faltó para advertir a Mateo y sólo tuvo tiempo de decir:

—*My God!* ¡Mateo! ¡Un suicida! ¡Creo que va a tirarse!

Mateo miró pacientemente hacia lo alto de las torres y luego meneó impertérrito la cabeza:

—No se incomode el señor. Ése no es un loco, sino mi hijo Joselillo, que está cazando.

—¿Cazando? —se maravilló Irving recuperando el habla.

—Bien digo, cazando golondrinas. ¿No ve esos cepos que maneja con esas cuerdas? Al extremo ata una bolsa con moscas y las golondrinas van engañadas a comerse un festín. Es entonces cuando Joselillo, ¡vive Dios que es listo, el chiquillo!, tira de las cuerdas y caza al menos dos golondrinas para la cena.

—Pero allí arriba… ¿No temes que pueda caerse?

—Son gajes del oficio, señor Irving. Tal y como está Granada, o te mueres de una caída cazando golondrinas o lo haces de hambre. No hay mucha elección.

El americano sintió, muy de veras, la situación en la que se había inmerso España. Su amor por los niños era manifiesto y se vio seriamente afligido por el peligro que corría José Ximénez y todos aquellos críos hambrientos cuyo único trabajo era el de buscar comida para sí o para su familia.

Respiró hondo, pues en su América natal y en otros lugares de Europa, la mayoría países avanzados y ricos, había tenido que presenciar la precariedad y vulnerabilidad de la infancia.

—Vayamos, pues a la Puerta de los Siete Suelos, amigo mío.

Y así lo hicieron.

Apoyándose en el bastón, Irving conseguía desenredarse de la maleza que había nacido a los bordes de las murallas. Mateo lo seguía sin gran esfuerzo, con sus alpargatas semideshechas, acostumbrado a pisar los cantos rodados de las calles y senderos granadinos, lo cual no era fácil ni para humanos ni para bestias.

Al llegar a la altura de lo que hoy conocemos como Carmen de los Mártires,

Mateo hizo una señal al americano y cuando éste levantó la vista, tras la espesura de árboles con abundante hoja encontró los restos de una puerta sobre un baluarte cristiano.

Inaccesible desde aquella zona, tuvieron que buscar otra manera para el acercamiento. De hecho, de conocer el lugar exacto podrían haber atravesado la puerta desde dentro del recinto de la Alhambra, pero era zona de casas humildes y poco recomendables, así que se conformaron con llegar hasta los mismos pies del misterioso portillo, del que decían que era sólo la parte visible, pues los magos constructores del palacio habían horadado la tierra hasta siete suelos por debajo de la superficie terrenal. La razón para hacer tan vasta labor de ingeniería se desconoce, aunque las leyendas nunca entienden de razonamientos.

—¡Lamentable que esté en ruinas! —exclamó Irving al llegar frente a la puerta—. ¡Debió de ser magnífica!

—Fueron los franceses los que la dinamitaron antes de huir —sentenció dolido el guía Mateo—. Lo que no pudo hacer Boabdil, destruir la puerta por la que salió para que nadie pudiera seguirle, lo hicieron los franceses.

Mateo escupió al suelo con desprecio. Era la primera vez que Irving lo veía hacer una cosa así y lo entendió no como falta de cortesía, sino más bien al contrario, como una señal de respeto a sus tradiciones.

—¿Sabes la historia de esta puerta? ¿Por qué la llaman de los Siete Suelos?

—Porque siete suelos tiene bajo la tierra. Ahora, por las explosiones, sólo podríamos bajar un piso, tal vez dos. Los demás deben de estar cegados. Y si no lo están tampoco te dejarían bajarlos los peligrosos moradores que por aquí pululan.

—¿Te refieres a las serpientes?

—Hablo del *Velludo* y del *Descabezado*.

—Pero ¿quiénes son? —preguntó confundido el escritor.

—El *Velludo* es un perro de lana tan monstruoso que sus fauces te pueden arrancar la cabeza sólo de un mordisco. Y el *Descabezado*…

—No me lo digas —intervino Irving pensando que adivinaría—. Un jinete sin cabeza que cabalga sobre un brioso corcel.

—No, señor, no. El descabezado es el caballo.

—¡Oh! Pues la otra historia me parecía más sugestiva.

Mateo denegó.

—Aquí no hay historias como las que usted dice. Sólo que cuando ves a alguno de los susodichos, te cae una desgracia encima. Quiera Dios que usted no los vea nunca y si ve algo que sea de los espíritus buenos, de los que vagan por la Alhambra sin pedirte nada a cuenta. Como pasa cuando se ve al Rey Chico.

Irving se sentó sobre uno de los bloques de piedra desparramados por el suelo, enormes y consistentes. Tras escuchar con detenimiento las palabras de Mateo, dijo:

—¿Sabes? Creo que yo también empiezo a creer un poco en el fantasma de Boabdil.

Después de algunos años, cuando Irving abandonó la Alhambra para convertirse en un hombre célebre en la política y la literatura, la Puerta de los Siete Suelos se convirtió en la ubicación de un famoso hostal al que acudieron los más destacados viajeros que hablaron de Granada. Y no es de extrañar que Hans Christian Andersen, el autor de los cuentos infantiles más conocidos de la historia o Alejandro Dumas, el creador del mosquetero, pasaran sus mejores momentos bajo la protección de esta torre.

El descubrimiento de la Torre de los Siete Suelos, con su imponente puerta, produjo en el escritor americano cierto desasosiego. No era hombre que se amilanara ante las circunstancias adversas, pero tampoco era un hombre joven y su espíritu romántico le jugaba malas pasadas.

Inconscientemente retardó el momento de volver a su dormitorio, pues no quería repetir una noche como la anterior, oyendo los lamentos de un fantasma. Por eso, cuando atravesó el diminuto Patio de la Reja, ahora todo limpio de cascotes y de polvo, y podados y regados en sus extremos los altos cipreses, Irving no pudo evadir el sentarse en unos bancos de madera que, sabiamente, la Tía Antonia había dejado allí, imaginando la felicidad que le supondría a hombre tan sensible la visión nocturna de las estrellas.

En el silencio total de aquellos palacios, siendo ya anochecido, no se podía presuponer que horas antes el fantasma de Boabdil había violado su sueño. Resultaba un espacio íntimo, propio, único para Irving, que en aquel momento deseó permanecer allí para siempre, sin responsabilidades, sin ambiciones, sólo disfrutando del apasionante mundo que se abría a sus pies, de descubrir una ciudad, que no es poca cosa, dormida para el ojo del mundo, pero tan cercana que hacía de su exploración una tarea fácil y encantadora.

Pensando así lo encontró Dolores, que volvía de escaldarle la cama con el calentador de cobre en una mano y una jarra de agua en la otra. Paróse de repente, pues no se imaginaba encontrar a Irving tan callado y solo en un rincón así.

—Dolores, ven a mi lado —murmuró el caballero—. Y dime, ¿has visto, alguna vez, estrellas tan grandes como las que se ven en este cielo?

La muchacha se turbó por la invitación y no hizo ademán de moverse. Le hubiera gustado obedecer a la primera, pero su pudor lo impidió. Sin embargo, sus ojos fueron a mirar al cielo para comprobar lo que tanto maravillaba al elegante y maduro caballero, y tras un rato de examinar bien la cúpula celestial, hubo de rendirse.

—¿Es que en su país no se ven las estrellas?

Irving sonrió con delicadeza.

—Conozco muchas ciudades en América y en Europa, pero el cielo de España es distinto, pues está limpio de nubes. Y dentro de España, el cielo de Granada parece más limpio aún.

Dolores volvió a mirar el cielo y desistió de preguntar. Para ella la visión del cielo de la Alhambra era tan cotidiana como la de ver a su Tía Antonia cada mañana.

—Ven, deja todo eso… —insistió Irving—. Quiero que sepas mirar las estrellas.

Dolores obedeció y turbada fue a sentarse en el mismo banco que Irving, aunque guardando una prudente distancia.

—Yo no sé si es decente estar aquí, señor Irving, mirando las estrellas.

Irving continuaba extasiado y no se apercibió de la preocupación de Dolores. Entonces le empezó a describir las constelaciones, ese conjunto de estrellas que a la niña le parecieron desordenadas, unas encima de otras, y eso que el cielo era grande y había suficiente espacio para que cada una brillara sin quitarle el sitio a nadie.

—¡Foh! —exclamó abrumada la joven—. No pierda tiempo el señorito explicándome estas cosas. Yo no entiendo qué sentido tiene mirar al cielo cuando tengo en la cocina dos pepinos para picar el gazpacho de mañana. Razón tiene mi tía, que las mujeres no tienen que meterse en esas cosas.

Irving miró a la niña con interés.

—Dolores, yo he viajado mucho y he conocido a mucha gente. Entre la gente elegante las mujeres han sido convenientemente educadas en las ciencias y en las artes. Las señoritas de buena familia tocan el piano y saben bordar, pero también son capaces de llevar la dirección de una empresa si el marido o el padre no puede hacerlo.

—Eso en España —sentenció la niña— no pasa. Aquí todas las mujeres somos muy hacendosas pero de lo nuestro. Sí que es verdad que por la Alhambra han venido algunas señoritas de buena familia como Carmencita, la niña de los condes de Luque, y la señorita Marianita Pineda, tan educada, pero no. Aquí en España, la mujer en su casa.

—Pues poco ha cambiado entonces la Alhambra desde que se fueran los moros…

—Aquí, señor, somos muy cristianos, pero tan moros como los de antes.

Irving recapacitó un poco sobre las palabras de Dolores, que creyó no haber entendido hasta dar con su significado. Tomó la mano de la pequeña sin ánimo de ofenderla, como un padre cogería la mano de su tierna hija y dijo:

—Es una pena… tú serías una buena sultana de la Alhambra.

La joven, dejando de respirar, mirando a los ojos del maduro señor, no supo si dar las gracias o enojarse. Se le supuso un tiempo precioso el que pasó en aquel instante, precioso por ser novedoso eso del contacto con una mano varonil, pero también extenso, pues lo sintió lentamente transcurrir deseosa de que una de las estrellas que surcaba el cielo de Granada cayera sobre ella y la hiciera reaccionar.

Irving se incorporó sin advertir la incómoda situación en que había sumido a la niña. Se colocó la levita y exclamó:

—Bien, es hora de irme a descansar. *Good night*, Dolores.

Washington, el americano, caminó hacia sus actuales habitaciones y allí se perdió tras la puerta que un día antes había fabricado Mateo con sus propias manos. Dolores,

ruborizada, tomó el calentador de cama y la jarra de agua y se dirigió hacia las cocinas. Allí encontró a su Tía Antonia, guisando, y a su primo, Manuel, al que no veía desde hacía días. El muchacho se regocijó de verla, pero no hubo puesto sus ojos sobre los de la chiquilla cuando detectó en ella que algo la perturbaba.

—¿Qué tienes, Lolilla? —preguntó.

—*¡Ná!* ¿Qué va a ser?

Dolores se sentó frente a la lumbre con desenvoltura pero aún con el calentador en la mano y la jarra en la otra, lo que delataba su distracción.

—Tú no estás buena, algo te pasa, que bien te conozco y vienes *sofocá*.

—¿Has estado con el señor Vin? —preguntó la Tía Antonia.

—Se dice Irvin, tía.

—Pero ¿has *estao* o no has *estao*?

—Le he preparado la habitación, calentado la cama y llenado la palangana de agua. Luego me ha enseñado las estrellas.

—¿Las estrellas? —preguntó Manolo inquieto—. ¿Y a qué te enseña, ese señor, las estrellas?

—Pues… para que sepa dónde están. ¿A que tú no sabías que teníamos estrellas en la Alhambra?

La niña parecía disimular y callar la mitad de lo que decía. Manolo sintió que se encolerizaba, pero supo contener sus celos.

—Tía —dijo el futuro galeno—, como no la ates corto, se nos va con ese señor tan fino a las Américas.

Dolores, muy orgullosa, no cejó en su disimulo.

—Pues ¿qué? ¿Acaso no sabría comportarme como una señora allá donde vaya el señor Irvin?

—En cuanto llegaras a América, al verte con la piel tan morena te llevarían a un mercado de esclavos y te venderían, como hacen con los negros del África.

Dolores se ofendió.

—¡A ti no te encarta que el señor Irvin me aprecie! Por eso dices esas cosas… que tiene esclavos y que piensa que soy una sirvienta. Pero me ha dicho que yo podría ser una sultana de la Alhambra, así, con esas palabras.

—¡Tía! —buscó el muchacho la ayuda de la anciana para que mediara en la discusión—. ¿No ve usted?

—¡Ha empezado él, Tía Antonia! ¡Yo no tengo por qué tener ningún reconcome, que todo lo que hago lo hago bien y soy muy decente!

—¡Nadie te ha dicho que no lo seas!

—¡Tía ¿ve usted?!

Y la señora Francisca Molina, impasible, gritó:

—¡A callarse! Tú a tu casa, Manué, y Dolores a picar los pepinos… ¡Qué *jarta* me tenéis!

Los primos se miraron, desde luego con remordimiento por haber molestado a la

tía.

Cuando Manolo se decidió a marcharse, antes de atravesar la puerta de las cocinas fue su tía y le advirtió:

—Antes de irte, Manué, pásate por los bajos de la Sala de Embajadores… Ya sabes, mira a ver cómo está tu tío.

Y lo dijo con tristeza, por lo que Manuel asintió, pues esa faena le tocaba repetirla cada noche hacia esas horas.

—Como usted diga, tía.

Al poco de conciliar el sueño, circunstancia que ocurrió rápidamente a tenor del cansancio acumulado, un ruido sobresaltó al señor Irving. Creyó que se trataba de un mochuelo, de los que gustaban de ocultarse en las rendijas de la abandonada techumbre, por lo que dio la vuelta sobre su otro costado y se volvió a dormir.

Con el sueño ya alterado, fue de nuevo sorprendido. Y esta vez los causantes fueron unos agudos lamentos que le volvieron a erizar el vello de la nuca, tales eran de horripilantes en lo cerrado de la noche.

Se incorporó en la cama con el corazón palpitante y permaneció inmóvil discerniendo si eran los mismos que la noche anterior.

Sin duda lo eran, y más aterradores si cabía.

Por su cabeza surcaron, rápidamente, pensamientos contradictorios. Dos noches con lamentos fantasmagóricos no hacían más que confirmar la existencia del espíritu dolido de Boabdil. Aquel rey privado de su fortaleza palaciega parecía exhausto y, de alguna manera, su situación era comprensible y no intimidaba en nada al escritor que, como romántico, compartía sus debilidades.

Pero sólo hay una cosa que supere en un romántico sus vehementes pasiones y ésta es la curiosidad.

Irving se levantó, vestido con su camisón blanco. Se calzó sus chinelas y se puso una bata anudada. Por suerte, al no gastar gorro de dormir no hubo de perder tiempo quitándoselo, pero tomó, sin embargo, su bastón —no había que descartar el enojo del fantasma— y encendiendo un velón de cuatro mechas salió de la estancia.

Ni el sonido del cerrojo, que indicaba su libre movimiento por los pasillos de la deshabitada Alhambra, ni el arrastrar de sus chinelas consiguieron evadir los lamentos del fantasma. Siguiendo el proceder de éstos, Washington Irving acudía, enfrentándose a sus propios miedos, se paraba en una esquina y escuchaba, los ayes le indicaban si era izquierda o derecha y hacia dónde debía caminar.

Los pasillos de la Alhambra en una madrugada de noche oscura son sobrecogedores. Las sombras se entremezclan, pues la luna entra en los palacios a través de las ventanas con sus ajimeces y rebotan en las arcadas, en sus mocárabes, relieves que de día son suntuosos y por las noches espeluznantes.

Hubo un momento en que Irving perdió la orientación. El laberinto de salas y de

pasillos en recodo lo hicieron retroceder y buscar una salida que no conocía. Sospechó que había atravesado varias veces el mismo pasillo, aunque eso era imposible; anduvo y buscó puertas extrañas, cerradas tal vez para protección de los mortales. Pero no encontró ninguna y los lamentos parecían aumentar e incrementarse en volumen, lo que indicaba que, dondequiera que procedieran, Washington Irving se acercaba.

Entró en la Sala de los Embajadores y allí el lamento se hizo más audible. Levantó el velón hacia el techo reflejando con sus llamas la cúpula bellísima que en otros tiempos simbolizaba los siete cielos del paraíso. Por ser ésta de un original policromado sus todavía variados colores destellaron y en aquel instante se oyó un quejido más profundo, a lo que le siguió el sonido de una puerta al cerrarse.

Con el corazón palpitante, Irving presintió una sombra que vagaba entre las arcadas de la sala. Parecía arrastrar los pies y caminar parsimoniosamente, tal vez por el esfuerzo de llevar encima un gran peso. ¿Serían las cadenas que, dicen, llevan todas las ánimas?, se preguntó el escritor. Apretó bien el bastón, dio dos pasos hacia la sombra y con mano decidida lo elevó para arremeter contra él o contra ella, pues los espíritus no tienen sexo, sino intenciones.

En la Torre de Comares y debajo del Salón de Embajadores hay dos habitaciones abovedadas, separadas entre sí por un estrecho pasadizo, que fueron, según dicen, prisiones de Boabdil y de su madre, la virtuosa Aixa la Horra, y en verdad ninguna otra parte de la torre es a más propósito para este fin.»

Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*

Nos habíamos quedado en el presumible encuentro de Washington Irving con el desdichado espíritu de Boabdil, último rey de Granada. En sus estudios sobre el palacio, el incansable escritor americano había encontrado información suficiente sobre las catacumbas o mazmorras de la Alhambra, situadas en la zona inferior de las bellas salas. Bien era sabido que bajo el Salón de Embajadores se encontraba un sótano utilizado en otros tiempos para cautividad, donde fue confinado Boabdil cuando los cristianos tomaron la Alhambra. Desde allí fue liberado el sultán por su propia madre y descolgado por la Torre de Comares hasta ser llevado a lomos de un caballo con el que pudo huir. Eso decía la tradición popular, que no conocía de verdades históricas ni se planteaba la gran hazaña de descolgarse por las paredes de una torre de cuarenta y cinco metros. Con todo, Irving no pudo evitar acordarse de esta leyenda y contrastarla con los lamentos y sombras provenientes de la zona.

Así pues no había duda, se trataba del fantasma de Boabdil.

—¡Alto! —dijo Irving—. ¡Si eres un espíritu, muéstrate!

Estas palabras las dijo Irving en inglés, por lo que no surtieron ningún efecto en el espíritu, dado que si éste era el de Boabdil debía de hablar, cuando menos, árabe. La sombra se paró, no obstante, y seguidamente comenzó a correr con tanta velocidad que a Irving le fue imposible seguirla, a pesar de que perdió una chinela en el intento y tropezó con su bastón, nada útil para perseguir fantasmas. Al llegar a la puerta de la sala sólo pudo presentir el desvanecimiento de una luz que desaparecía ante sus ojos.

Aquella noche, Irving no pudo resolver el enigma, pero de una cosa estuvo seguro: si la sombra que huyó era la de Boabdil, ¿por qué seguía oyendo lamentos en los bajos de la Sala de Embajadores?

A las puertas de la primavera la Alhambra se hallaba más florida que nunca. El tiempo húmedo remitía y había dejado una frescura apreciable en las flores de los jardines, en especial el de Lindaraja, que Pepe atendía con total dedicación. Era este patio del total aprecio de Washington Irving; en él aprendió a pasar largas horas reflexionando sobre sus hallazgos o, simplemente, sobre el enfoque de sus escritos, que habían quedado relegados por el momento, dada la variedad de ocupaciones que

realizaba en los palacios.

Pensativo, rogó a Dolores que le sirviera el desayuno en el jardín, junto a la fuente que Pepe había arreglado para que manara agua. La muchacha le puso la mesa y la silla junto al surtidor en vez de en el Patio de los Leones, que era donde lo había hecho días atrás.

Lo encontró la niña más preocupado que de costumbre pero no se atrevió a preguntar. Al primer sorbo de chocolate y aún en presencia de la joven, Irving levantó como hipnotizado la cabeza y preguntó:

—Dolores… ¿tú crees en los espíritus?

La niña retrocedió asombrada por lo extraño de la cuestión.

—¡Ave María Purísima! —exclamó—. ¿Por qué me hace el señor esa pregunta?

Irving no contestó, porque supuso que Dolores lo tomaría por un lunático.

—Es sólo que, verás, Dolores… vosotras lleváis viviendo en los palacios mucho tiempo, ¿cómo es posible que no hayáis oído unos extraños ruidos por la noche?

Dolores desorbitó los ojos, esos ojos negros e inmensos, con imprudente osadía, dato que le indicó a Irving que había puesto el dedo en la llaga.

—¿Ruidos? ¿Qué ruidos, señor?

—Unos lamentos, a veces gritos…

—¿Gritos? ¿Lamentos? —repitió Dolores con exagerada imitación.

—Sí, es como si un espíritu se quejara. Ayer mismo me pareció ver cómo desaparecía tras las arcadas de la Torre de Comares.

Dolores contuvo la respiración. Tragó saliva y retrocediendo bajó la cabeza para ocultar sus ojos, que, a veces, decían mucho más que sus palabras.

—Yo no sé nada, señor, no sé nada de nada.

Y se marchó con extrema rapidez, dejando a Irving más interesado, si cabía, en el asunto, con un picatoste en la mano mitad untado en chocolate.

—¡Conque existe el fantasma…! —exclamó abiertamente el escritor—. Pues si existe sabré a quién preguntar…

Muy decidido, sin finalizar el desayuno, Washington Irving se encaminó hacia la Plaza de los Aljibes. Llevaba en la cabeza sólo una cosa, la de hablar con el viejo coronel que residía en una casa fabricada en el interior de la Puerta del Vino. La vivienda era de origen moderno, claro está, ejemplo de los muchos cambios —la mayoría de ellos lamentables— que había sufrido la Alhambra.

Con los nudillos golpeó en la puerta carcomida de la casa del militar y al instante se abrió una ventana sobre el primer piso, de donde asomó una cabeza canosa, ojos de agudeza sólo comparables a los de un zorro y una incipiente barba que producía en el anciano un aspecto de extrema dejadez.

—¡Señor Irving! ¡Suba, suba!

El anciano se regocijó de tener una visita tan eminente. Cualquier persona que

frecuentara círculos distintos de los de la Alhambra era, para el viejo coronel, alguien digno de su confianza. Entre otras cosas porque ignoraba quién era y de qué se ocupaba, circunstancias que solían espantar a quienes lo conocieran. Al entrar, vio Irving una casa abarrotada de libros, cantidad superior a los de cualquier biblioteca, todos ellos desordenados y diseminados por el suelo.

—Pase, tenga cuidado con los libros. No se le ocurra pisarlos, tienen mal responder y pueden defenderse violentamente. ¿Ve usted este chichón? Pues me lo hizo la *Historia natural* de Plinio después de que lo pisara en un descuido. Cada libro tiene su temperamento, pero éste es de los peores.

Irving comprendió rápidamente que había sido una equivocación buscar respuestas en la casa del coronel, dada la forma en que se comportaba, pero su espíritu curioso le hizo permanecer en aquel lugar, destartalado y asfixiante, esperanzado por si sacaba alguna anécdota para incluir en alguno de sus libros.

—Verá, usted no lo sabe —comenzó el coronel—, pero estamos rodeados de seres vivos. Yo soy un estudioso del carácter de los seres vivos, así que puedo decir con conocimiento de causa que los libros son unos seres muy sensibles. Acomódese, no tenga miedo, no le atacarán. Están acostumbrados a ser manoseados, la mayoría provienen de bibliotecas. ¿Le apetece un poco de vino de Huétor? Rico, riquísimo, es lo único que aplaca a mis elfos cuando se enojan. ¿Quiere que le enseñe el elfo que tengo cautivo? Verá usted, a mí no se me tiene en cuenta. Piensan que soy un orate. Como le digo, un orate. ¿Le he ofrecido ya vino de Huétor?

El viejo coronel hablaba sin parar; Irving aún no había mediado palabra. Observaba cómo se movía aquel antiguo militar como una bailarina, apoyando la punta de sus pies sobre la tarima carcomida de su vivienda con el único propósito de no pisar los libros desparramados por el suelo. Buscaba un vaso para verter sobre él el vino de una botella. Irving se planteó rechazar la bebida pero recordó que, en España, rehusar un vino o un cigarro se consideraba un ataque personal.

—Tenga, beba de la botella, es lo mismo —dijo ofreciéndole el vino con total desenvoltura—. No puedo ofrecerle un vaso, se lo ha debido de llevar Morayma, es una borracha.

—Su… ¿doncella?

—No, la reina de las hadas. Me visita de vez en cuando. Yo la apodo Morayma sólo por poner un toque alhambreño… Son muchos años viviendo en esta torre.

Washington Irving prefirió servirse un buen trago de vino presintiendo una larga y provechosa conversación. Luego, haciendo un gesto de aprobación sobre la calidad del caldo, le devolvió la botella.

—Verá —empezó a decir Irving—, mi visita tiene un propósito. Compruebo que es usted un hombre muy docto en temas sobrenaturales. Yo quisiera saber qué opina usted sobre los fantasmas.

—¿Fantasmas? ¡No, señor mío, no! La naturaleza de los fantasmas nada tiene que ver con la naturaleza de los elfos. Yo soy elfólogo reconocido. Tal vez ese loco del

duque de Gor, con su ciencia, pueda hablarle de algún fantasma pero yo… ¿No le he dicho que tengo un elfo encerrado en una botella? ¿Quiere verlo?

Irving no respondió por creer que la pregunta encerraba una trampa. Disimuló no haberle oído.

—No cree, consecuentemente, en la tradición popular, la que dice que el fantasma de Boabdil deambula por las noches, traspasando las paredes de las salas de la Alhambra… —incidió.

—¡Elemental! —exclamó el anciano—. Usted como americano no entiende de estas cosas. Es una locura hablar de fantasmas. ¡Los fantasmas no existen, amigo mío! ¡Analicemos! Deme una sola prueba científica de la existencia de los fantasmas…

Irving no supo qué contestar. Se congratuló de que el coronel pareciera retornar a una cordura emergente.

—Los fantasmas no existen —repitió—. Otra cosa son los elfos, sobre cuya existencia hay pruebas irrefutables. ¿Quiere que le enseñe mi elfo cautivo en una botella?

El silencio enmudeció la garganta del americano, que entendió que no encontraría respuestas a sus preguntas en aquella casa asolada por la enajenación.

—Bien, tengo que marcharme —dijo el escritor—. Tal vez en otra ocasión pueda ver a su elfo.

—¡Mire, aquí está! ¡Se alegra de verle a usted, le gustan los americanos!

El anciano militar elevó una vieja botella transparente, la puso a la altura de los ojos de Irving y éste no pudo eludir mirar hacia su interior. La sorpresa le cortó la respiración. Sus ojos reconocieron un extraño ser introducido en un líquido viscoso. Fue tanto el rechazo que le produjo la visión que retiró su mirada y se precipitó hacia la puerta de la vivienda. Durante algunos instantes no supo si lo que había visto era un feto humano, una lagartija, o, mal que le pesara, un elfo de los bosques.

Mientras huía no pudo evitar pisar la *Enciclopedia* de Diderot.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! No pise a Diderot. ¡Ya me lo ha enfadado usted para toda la tarde!

Del extravagante encuentro con el viejo militar Irving sólo sacó una cosa en claro: la inclinación de los ciudadanos de Granada por los misterios. Ya había conocido a Mateo, su guía, que le había narrado antiguas leyendas, y a su padre, que las conoció antes que él. Ahora, el demente coronel de la Puerta del Vino le había añadido a la lista un nombre más, el duque de Gor, con quien medía sus conocimientos élficos.

Obvió intencionadamente el encuentro con el coronel a la familia Molina, pues no quería arriesgarse a parecer aún más desviado que él. Toda la tarde la pasó silencioso, mirando a Dolores, que después de la pregunta formulada en el desayuno se mostraba nerviosa. Creyó Irving que era debido a su interés por los fantasmas. Se recluyó en su

cuarto y escribió cartas a sus amigos y al príncipe Dolgoruki, contándole sus pesquisas, y luego amplió su diario, que desde hacía unos días había vuelto a retomar debido a la necesidad que tenía de plasmar sus sentimientos para no olvidarlos.

En él dijo así:

Acaso el espíritu riguroso y científico del duque de Gor sea la llave, y la clave, del enigma. Se equivoca quien contempla la Alhambra como un simple juego de arquitecturas. La fortaleza es un ser vivo, describe una respiración propia. Es un conjunto de cajas de taracea que se incluyen entre sí. Estuches como lámparas que acogen genios dormidos.

Todo cuanto Irving escribía era el fruto del tiempo transcurrido. La Alhambra empezaba a surcar sus venas, a introducirse en él como un narcótico incontrolado.

Cuando el escritor levantó la cabeza de su escritorio, la luz de la tarde ya se había consumido. Imaginó qué hora era porque el estómago protestó y deseó cenar rápidamente para resolver, finalmente, el misterio del fantasma. Porque aquella noche no se dejaría humillar por un espíritu o sombra o espectro. Deseoso estaba de poder desenmascarar al príncipe Boabdil, si era preciso, aunque tuviera que ir con él a los mismísimos infiernos.

Llegadas las cuatro de la madrugada, tal vez un poco más avanzada la noche que las veces anteriores, Irving ya estaba preparado con su traje y bastón tumbado encima de la cama. De esa guisa oyó el primer lamento.

Eran repetitivos. Primero empezaban jadeantes y finalmente, cuando las horas pasaban, se volvían violentos y tan dramáticos que parecían salidos de las entrañas de la tierra.

Salió de su cuarto con el velón bien encendido y el bastón agarrado con fuerte puño. Ya se sabía el camino, lo había repetido esa misma mañana con el fin de no perderse.

Con los nervios más templados pudo ver una puerta en la que no había reparado antes, casualmente muy cercana a la Sala de los Embajadores. De su interior provenía una insignificante luz y fue por eso que intentó abrirla, consiguiendo moverla con cierta facilidad, lo que indicaba que era frecuente zona de paso para los habitantes del palacio.

Unas escaleras conducían a los sótanos. Se paró en el primer peldaño pensando si bajar, pues desconfiaba de las bromas pesadas de los fantasmas, que solían cerrar puertas con el fin de cautivar a sus inocentes descubridores. Mientras esto reflexionaba, un violento quejido se elevó por las escaleras. Supo entonces que el fantasma estaba en los sótanos y que su lamento era la forma de decirle que lo esperaba.

Uno a uno fue bajando los escalones hasta que los ayes fantasmagóricos se camuflaron por otro rumor, el de unos pies que subían las escaleras. Paró en seco sus pasos el americano, tomado de improviso, sin saber si lo mejor era huir o, cuando menos, retroceder.

Las pisadas, peldaño a peldaño, fueron ascendiendo con un sonido metálico que a Irving se le supuso un rozar de cadenas. Su corazón palpitaba desbocado cuando la luz de un candil destelló en la estrecha escalera. El escritor, por instinto, levantó su bastón pero no hubo necesidad de utilizarlo, pues quien subía se vio cegado y asustado y, resbalando, cayó por las escaleras sin más resultado que un reverberante sonido que rebotó de pared a pared y de sala en sala hasta llegar a las habitaciones de las Molina. Fue allí donde la Tía Antonia y la pequeña Dolores se enteraron de que Manuel había sufrido un accidente.

La Tía Antonia y Dolores llegaron medio vestidas —tapando lo que necesitaba su decencia con mantas o con mantillas—, con las caras desencajadas de preocupación.

—¡Ya le dije a usted, tía, que esto traería mal asunto! —se lamentó Dolores.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó la vieja—. ¿Lo ha visto usted, señor Vin?

—¡Manolo! ¡Manolillo! ¿Te has roto algo? —exclamó Dolores.

Washington Irving bajó las escaleras aturdido de tanto desconcierto. A los mismo pies de las antiguas gradas de las mazmorras alhambreñas encontraron a Manuel medio quebrado, con la cabeza ensangrentada, pero despierto y bien despierto, porque ahora sus ayes se confundían con los del fantasma, al que ahora se le presentía más cerca que nunca.

—¡Señores! —exclamó Irving—. ¿Alguien me quiere decir qué es lo que ocurre? ¿Quién se lamenta de esta manera?

La Tía Antonia, una vez que hubo visto que su sobrino sufría más de magulladuras que de serias heridas, suspiró con tristeza y dijo:

—Esos lamentos son los de mi hermano, a quien tenemos encerrado bajo la Sala de los Embajadores. Es un pobre demente que se haría daño a sí mismo y a nosotros de tenerlo en libertad. Usted estará enojado con nosotros, pero antes debe pensar en el gran peso que resulta para mí mantener a un hombre como él.

—Pero… —Irving no salía de su asombro—, ¿no hay hospital de orates en esta ciudad?

—Lo hay pero ¿y qué? Mi familia es así, señor Vin, antes me iría yo de la Alhambra que permitir que maltrataran a mi hermano. Sus ayes no son corrientes. Se encuentra enfermo y Manolillo le iba a dar su medicina de todas las noches. Él será un buen médico y así lo está demostrando con su tío. Perdone a esta vieja, señor Vin.

El americano suspiró enternecido. Vio a Dolores arrodillada al lado de su primo, a quien tomó de los hombros y acarició su cara, compungida o, peor aún, con tal disgusto que sus lágrimas humedecían el pelo de Manuel.

—Usted tiene un gran corazón, señora Antonia, por mí todo está bien. Y si hay algo que pueda hacer por este hombre, díganmelo. Ahora es momento de pensar en Manuel. Habrá que llamar a un médico.

El joven galeno se negó y más aún Dolores, que se bastaba y sobraba para cuidar de su primo. Se lo llevaron a las cocinas, se le limpió de la caída, se le envolvió con vendas hasta casi parecer una momia egipcia y luego le dieron un vaso de vino.

Por suerte para todos, la aparatosa caída de Manuel se quedó en un tremendo susto. El primo de Dolores demostró su hombría sobreponiéndose al dolor de las heridas mientras su encantadora prima las sanaba con paños limpios. También supo diagnosticarse él mismo, asegurando que no había nada roto y que todo ello se debía a tener una buena constitución, aclaración que hizo sabiéndose oído por Dolores.

—¡Claro que sí, Manué! —exclamó la niña—. Que no he visto un muchacho más fuerte que tú. ¡Mira que si te hubieras roto la crisma! Pero qué cosas pasan en la Alhambra…

Su frialdad para con Manuel se había tornado dulzura desde el mismo instante en que lo vio inválido y ensangrentado, y este cambio fue tan bien recibido por su primo que se mostró arrepentido de mejorar, pues con la recuperación temía que volvería la Dolores despegada e indiferente.

Washington Irving, conocedor de la condición humana, observó el cambio experimentado por Dolores y se congratuló. A su cama acudió recordando cuando él era tan joven como ellos y se enamoró perdidamente de su mejor amiga con un amor no correspondido que le arrastró a una profunda depresión.

Algunos recuerdos de su tierra natal lo sumieron en una gran tristeza. Gustaba de viajar y amaba la Alhambra, pero era de espíritu nervioso y sus apasionados sentimientos le obligaban a plasmar sus reflexiones sobre un papel. Aún con el claro cansancio de un hombre maduro que no había dormido en cuarenta y ocho horas, se encerró en su cuarto y resolvió escribir. Ya no se oían los lamentos del pobre desdichado y la noche transcurría en una total calma.

Irving tomó su pluma, iluminado por la luz de la luna, y esto escribió:

El jardín situado debajo de mi ventana, que antes estaba envuelto en tinieblas, se iluminó dulcemente; se vistieron de plata los naranjos y limoneros, la fuente refulgió a los rayos de la luna, y hasta el rubor de la rosa se hizo tímidamente visible. Percibí, entonces, el encanto poético de la inscripción árabe que hay en una de sus paredes: «Qué bello es este jardín, donde las flores de la tierra compiten con las estrellas del cielo». ¿Qué cosa se puede comparar a la taza de aquella fuente de alabastro, colmada de agua cristalina? Nada se ofrecía ya oscuro y misterioso, ni estaba poblado de sombríos enemigos, ni evocaba escenas de violencia y de crímenes, todo se me representaba abierto, espacioso, lleno de belleza, todo evocaba gratas y románticas imágenes.

Una vez hubo escrito estas notas, agotado, se desplomó sobre la cama y allí durmió con respiración calmosa y acompasada el resto de la noche. Era el comienzo de su confraternización con la Alhambra; como le sucediera a la obstinada Dolores, el palacio les había transmutado con su misterio.

Aunque, para ser sincero, Irving no había compartido aún lo más extravagante del palacio, pues le quedaba por conocer a unos cuantos inquilinos que hicieron de su estancia el viaje más enigmático de cuantos hubiera realizado en su larga vida de vagabundo romántico.

He hablado de un balcón en el hueco central del Salón de Embajadores que me servía de observatorio y donde solía sentarme con frecuencia, contemplando no sólo el cielo por encima, sino también la tierra que tenía debajo.

Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*

Según se adentraba la primavera, Granada y, consecuentemente, la Alhambra, se volvían cromáticas, con las tonalidades de una paleta de pintor. Todos los colores existentes se veían reflejados en el bosque de la Alhambra, en sus alamedas fuera del recinto, en sus casas remontando la colina del Albayzín o en el destello de sus ríos.

Y digo ríos porque Granada tiene, al menos, dos cauces que la bañan. Cada uno de ellos transcurre cerca de dos alamedas que son los lugares más concurridos de la ciudad. El Genil, elegantemente, refresca a las señoritas que pasean por sus orillas caída la tarde veraniega. El Darro, sin embargo, orienta sus escarpadas riberas a los bohemios y a los arriesgados aventureros, que vinculan la rebeldía de sus aguas al carácter del romántico. No hubo río más bosquejado por los pintores de este siglo que el enardecido, sinuoso y enigmático Darro.

Desde la Torre de Comares, Irving podía ver el devenir de la ciudad como si éste fuera un drama en tres actos. Tenía un potente catalejo que siempre lo acompañaba en sus viajes y utilizaba como observador de la existencia ajena. No era nada indecoroso, más bien lo consideraba el medio para instruirse como debía hacerlo un escritor de nuestra época: por medio del análisis de la conducta humana, si realmente quería escribir sobre la gente y sus costumbres.

El Darro y sus orillas propiciaban una gran variedad de submundos con sus respectivos habitantes, cuya actividad diaria excitaba el interés de Irving. Con su catalejo expuesto al más potente de sus aumentos observaba circundar pequeños coches de caballos por el borde del río, cuyos guías asumían el peligro de volcar o de verse detenidos por el desplome de una piedra. Otros, los que más, arrastraban sus mulas por los abundantes puentes que traspasaban el cauce del río. Los aguadores subían con sus cilindros, vacíos ya de su agua fresca de la Alhambra; los labradores, en sentido contrario, descendían el fruto de la tierra para ser vendido en los puestos callejeros. Los chalanes, deseosos de desprenderse de sus bestias, circulaban sin dirección fija, pero todos y cada uno de ellos se cruzaban, se saludaban o se cedían el paso en los escarpados recodos del río o sobre los puentes, algunos tan antiguos como la propia Alhambra.

Estos personajes no eran los únicos en los que reparó Irving, pues el Darro continuaba su avance hacia adentrarse en la ciudad y lo hacía atravesando casas, inmiscuyéndose con osadía en la intimidad de los granadinos. Justo a los pies de la

Alhambra, el río daba fertilidad a una frondosa alameda. Era el Paseo de los Tristes que, haciendo honor a su nombre, parecía arrebolado entre los cipreses y sauces centenarios. Algunas veces, bellas señoritas lo atravesaban después de oír misa en la cercana iglesita de Santa Ana, y otras un cortejo de difuntos, al toque de clamor de las campanas, lo recorría melancólicamente.

Ausente de la desgracia familiar de aquel finado, Irving fue a dar con un pintor, reclinado en el borde del río, que con su caballete algo desvencijado perfilaba la visión de la Alhambra. Seguramente, si éste hubiera puesto interés, habría visto reflejado en una de las ventanas de la Torre de Comares el resplandor de los catalejos del americano y, con buen criterio, habría sabido el pintor que alguien lo observaba. Pero no reparó en ello, absorto como estaba en contemplar la Alhambra, y fue así como Washington Irving pudo comprobar que aquel pintor no faltaba a la cita con su caballete, hiciera incluso un calor sofocante, siempre a la misma hora y en el mismo lugar.

El Darro había sido un río sometido por la exigencia moderna. Como castigo a su rebeldía, de la cual Granada había padecido varias inundaciones, el río había sido parcialmente escondido bajo una bóveda. Este cubrimiento, por aquel tiempo, era aún de escasas proporciones; no se había acometido la magnífica obra de abovedado que habría de realizarse en años futuros. Así pues, los románticos podían disfrutar de su bella imagen: aguas discurrentes bajo una infinidad de casas colgantes, con balcones rebosados de flores y cubiertos por toldos de colores alegres para protegerse de las inclemencias del sol.

En días laborables, la pequeña plaza donde desembocaba el río se volvía bulliciosa. La plaza de Santa Ana, con su manzana de casas entre las que se escondía tímidamente la torre mudéjar de la iglesia y un imponente pilar de varias puertas que seis años más tarde tendría la desgracia de desplomarse en un infortunado encuentro con el río, permitía a Irving continuar con su exhaustivo examen.

Allí se reunían los funcionarios a la altura de la Chancillería a comentar sus litigios; a su lado, los tenderetes de flores y de fruta fresca esparcían sus aromas mientras las voces de los vendedores ambulantes clamaban sus mercancías, deambulando de acá para allá, buscando en el oficial que permitía a su caballo beber en la fuente su mejor cliente o convenciendo a la señora de la basquiña de color rojo para que le comprara cintas de la mejor seda.

Todos estos grupos humanos animaron a Irving y enardecieron su espíritu de escritor.

—Dejemos de observar por hoy, Mateo —dijo a su guía—. Hoy la ciudad está muy animada pero necesito tiempo para reflexionar sobre mis personajes. No sé muy bien cómo orientar mi libro sobre Granada.

—Permítame, señor Irving, que le diga una cosa. Usted cree que conoce Granada porque se pone en una ventana de la Alhambra a observar la ciudad. Pero no es así. Para conocer Granada y la Alhambra hay que pasearla, recorrerla por dentro. ¿Se ha

dado cuenta del laberinto de casas que se extienden en el Albayzín? Todas y cada una de ellas tienen su misterio. Yo podría caminar con los ojos cerrados entre sus calles estrechas sin perderme, y es porque conozco sus historias más secretas. ¿Ve aquella casa? Ésa la llaman la casa del Gallo del Viento, porque tenía una veleta que siempre apuntaba hacia donde venía el moro enemigo. ¿Y ve usted esa otra? Ésa es la casa de la Cabra, porque en su fachada hay una cara de carnero. No son las personas las que tiene que estudiar usted, sino el folklore, las leyendas que nos hacen diferentes a cualquier otra ciudad. Escriba un libro de cuentos y yo se los sabré contar como se merece.

Irving sonreía mirando a un Mateo embriagado por la idea de contribuir en sus escritos.

—¿Has visto, Mateo, a un hombre que siempre está en la orilla del Darro con su caballete? Eso quiero ser yo para la Alhambra, un retratista disciplinado… y en esto también incluyo yo las leyendas.

—Entonces habrá que preguntar a la Reina Coquina, a mi padre, a la Tía Antonia, incluso a la pequeña Dolores, que también sabe las suyas. Podríamos reunirnos todos en un patio y alrededor de una lumbre como hacen los gitanos, nos contaríamos nuestros cuentos. A veces lo hacemos cuando llega el verano, en la noche de San Juan. Junte usted a dos españoles con un poco de vino y una guitarra y sabrá de lo mucho que es capaz la imaginación humana. Tenemos una capacidad especial para contar historias.

—No lo dudo —exclamó Irving entusiasmado—. Es una gran idea.

Irving dobló el catalejo y lo guardó en una funda. Había dado por terminada su observación.

Entre las muchas transformaciones que sufrió la Alhambra por esos días, sólo una dejó perplejo al maduro caballero americano. No se produjo ésta por la primavera, en ella había participado él mismo sin pretenderlo, pero su contribución lo enorgullecía tanto o más que la influencia que pudiera dejar sobre las piedras de los palacios nazaríes. Me refiero a la transformación que experimentó en Dolores.

La pequeña Dolores Molina parecía haberse convertido en una mujer en el transcurso de unas horas. Su actitud se había asociado al accidente de Manuel, toda vez que, al verlo tan malherido, su pueril corazón de muchacha maduró por completo, amparándose en el instinto maternal.

Así pues, las cocinas de la Alhambra, los patios y los baños, hasta la Plaza de los Aljibes, destilaban un no sé qué sentimental que fue detectado incluso por los inválidos de la entrada. La Reina Coquina, asociándose al extraño espíritu del amor, comenzó a contar cuentos sobre enamorados, olvidándose de los de moros traicioneros acumuladores de tesoros.

Así fue como en toda la Alhambra, por la calle Real, en las ruinas del convento de

San Francisco, en las derruidas casas moriscas de la zona y en los jardines del Generalife, se enteraron de que Dolores y Manuel estaban en amores, situación un tanto sin parangón teniendo en cuenta que los susodichos enamorados no habían hablado hasta el momento de sus sentimientos.

Suele suceder que quien más cerca está del abismo es el que más tarde lo ve y cae por él sin remedio. Así cayeron estos dos ignorantes.

Irving, que daba sus largos paseos por el recinto de la Alhambra, acompañado a veces por Mateo o en soledad, se enteró de la buena nueva muy cerca de la Cuesta de los Chinos o de los Muertos. Un labriego de las huertas cercanas al Generalife, que subía pacientemente su cenacho vacío de vuelta de vender del Zacatín, paró a descansar bajo la Torre de los Picos y así saludó:

—¡Buenos días nos dé Dios, amigos! ¿Qué? ¿Preparando la boda?

Mateo y Washington Irving se miraron sin comprender.

—¿La boda?

—Sí, la del Manué y la de Dolorcicas. Ya se sabe en *toa* Graná.

A las pocas horas, en los tenderetes de la plaza de Bibarrambla y en todo el Albayzín se hacían eco de la noticia. Lo más curioso del asunto es que, siendo la comidilla de todas las reuniones de la ciudad, en la Alhambra se vivía con una total ausencia de rumores, lo que permitió a Dolores y a Manuel continuar su vida sin presiones.

—Creo que es mejor que vaya a las cocinas, tal vez la Tía Antonia haya conseguido mantener a raya el chismorreo —dijo Mateo.

—Te acompaño.

Como si de una urna hermética se tratara, la cocina de la Tía Antonia había preservado a los dos ignorantes enamorados de los comentarios de la ciudad. Al fresco de una alcarraza que dejaba evaporar agua recién sacada del aljibe de la Alhambra, Manuel se dejaba vendar por Dolores, quien había tomado la costumbre de hacerlo a esas horas del día con la misma solicitud que una madre lo hiciera por su hijo.

Aquella mañana la muchacha, al mirarse al espejo, había cambiado su peinado. Lo había alisado con esmero domándolo con un poco de agua de colonia y adornándolo con un clavel. ¿Habría sido casualidad que Dolores se peinara tan diestramente para curar a su primo?

Manuel mejoraba con ligereza. Con una tímida sonrisa en los labios soportaba cualquier dolor infringido por la mano de Dolores al limpiar las llagas aún humedecidas, y cuando la niña se acercaba a su frente para soplarle, para rebajarle si era necesario el escozor, Manuel se ruborizaba de placer al sentir el aliento de la joven tan cerca de su cara.

Así los vieron Irving y el perspicaz Mateo, que lio uno de sus cigarros antes de hablar.

—Buena mañana de primavera hace… tanto que voy a creerme lo del refrán que

dice «la primavera la sangre altera» —comentó con total intención, a sabiendas de que Dolores, siempre dispuesta a la greña, saltaría como una gata.

—¿A qué viene eso, papanatas? ¿Es que no tienes mejor cosa que hacer que venir aquí a contar tus refranes?

—Yo sólo digo que en primavera es más fácil enamorarse.

—No me estorbes con tus chismes —dijo Dolores levantándose y empezando a recoger baldes y cestas desparramadas por el suelo—.Tengo mucha faena, así que arreando que es gerundio; ¿no es éste otro refrán?

—¡Ay, Dolorcillas! —volvió a la carga el truhán de Mateo—. Si estuvieras enamorada tendrías otro carácter.

—Tengo el que tengo, ea. Y cuando me enamore ya sabré yo ser cariñosa, que caricias no me faltarán.

—¿Cómo con Manué?

—A Manolo no lo mientas, ¡alhelico! Si no para de rebullirse de dolor. Mientras esté así no tendrá más que mis carantoñas. ¡Y vete de mi cocina, que me distraes! ¡Zafio! ¡Meticón! ¡Ay, qué parraque me da que digas esas memeces!

Mateo e Irving salieron de las cocinas con premura, previendo que Dolores empezaba a enojarse de veras. Pero Manuel les despidió con la mirada y de sus ojos salió un gesto de gratitud; tal vez entre todos fueran capaces de aplacarle el carácter a la bella Lolilla.

El calor tornó súbitamente sin esperar a que llegara el verano. Para un americano de ascendencia escocesa, el calor africano de Granada le parecía el más insoportable jamás conocido. Aquella tarde, sofocado por la temperatura y viendo que en sus habitaciones oía más a las chicharras que a los pájaros del jardín, decidió buscarse otro retiro donde pasar la tarde.

Tomó su cuaderno de notas y deambuló por las magníficas salas hasta que se dio cuenta de que muy cerca de las habitaciones había unos baños en donde reposaron los sultanes de la Alhambra y tal vez sus esposas y concubinas. Era el tal *hammam* como todos los baños árabes, una imitación de a los romanos que antes, sabiamente, habían observado el bien que ocasiona la limpieza. Aquel retiro lo era por su distancia del resto de las salas, pero también por construcción. Con su bóveda con claraboyas, que antiguamente fueron de colores, recibía la luz del exterior preservando al tiempo el calor, lo que hacía de los baños la zona más fresca de los palacios. Aunque con escasa luz para escribir al atardecer, Irving se acostumbró a visitar el *hammam* a la hora de la siesta, aquel momento en que el español, aunque parezca imposible, se vuelve más ocioso. Irving, como todos los extranjeros, terminó por acostumbrarse a la galbana que precedía a la tarde y, aunque no la compartía abiertamente, se permitía dar unas cabezaditas, pues así compensaba su actividad creativa nocturna, que era cuando más le placía escribir.

Aquella tarde lo imagino comenzando sus *Cuentos de la Alhambra*, describiendo su llegada a tierras granadinas y perfilando sus personajes, tomados de la más verídica realidad. Así, anotando o esbozando el trasfondo de su libro, Washington Irving se quedó amodorrado, y se le hizo la tarde tan corta que apenas se dio cuenta de que había anochecido y debía volver a sus habitaciones. Allí escribió algunas cartas, y en ellas incluyó sus mejores deseos y reseñó el placer que le producía ser único sultán de aquellos palacios. Las dirigió a su hermano y al príncipe ruso, como siempre, y ya de madrugada, por faltarle el sueño que había empleado en pasar la tarde en los baños, se tumbó en la cama y creyó ser el hombre más afortunado del mundo por vivir en un lugar que incitaba tan claramente al sosiego.

Pero a veces las sensaciones más preclaras no son más que la llamada del destino. La paz de la que disfrutaba Irving se acabó esa misma mañana. Y no crean ustedes que fue de forma gradual, sino más bien al contrario, pues acabó con el sonido de varios tiros de escopeta.

Primero fue un disparo que le heló el corazón. Y más tarde fue otro y otro más. Era bien de mañana e Irving no había dormido ni dos horas, así que su aturdimiento era comprensible, dado que entre todas sus previsiones no se encontraban las de verse atacado por un fuego cruzado.

Se atusó el cabello y colocó la corbata y salió de las habitaciones con premura pero con precaución, pues tantos disparos no podían ser más que los designios de un levantamiento militar, tal vez de los guarnecidos en la cercana alcazaba o… ¡quién sabía! La España de entonces, la de los cambios políticos, era convulsa y peligrosa.

Todas esas cosas le vinieron a la mente al escritor, que se preguntó si sería capaz de defender a toda su ya familia alhambreña, a la pequeña Dolores, a la Tía Antonia y hasta al malherido Manuel. Tal vez era menester hacer valer sus recomendaciones internacionales. Con todo ese susto metido en el cuerpo salió al Jardín de Lindaraja y cuando fue a subir por las pequeñas escaleras que daban a la Sala de las Dos Hermanas vio cómo corría Dolores, despavorida, con las faldas subidas hasta media pierna. La creyó víctima de algún loco que la perseguía con escopeta, pero no fue así. La joven iba gritando:

—¡El conde! ¡Que ha llegado el conde, tía!

—¿Que ha llegado el conde? —preguntó la Tía Antonia desde las cocinas—. ¡Pues ve *volá*, niña!

Las detonaciones seguían oyéndose cada vez más claras, de tal manera que Irving presintió que sería víctima de alguna de ellas en el mismo corazón de la Alhambra. No tuvo tiempo de advertir a Dolorcicas, pero sí de ocultarse tras los muros alicatados de la Sala de las Dos Hermanas y observar cómo la Tía Antonia salía con una cesta de frutas sin parecer asustada, más bien exaltada, por lo cual la siguió. La mujer atravesó el Patio de los Leones y se introdujo hacia el Patio de los Arrayanes,

donde las detonaciones eran tan ruidosas que le hirieron el interior del tímpano. Tras de él apareció Dolores, que lo empujó sin intención con varias jarras de agua y de vino, y ambas mujeres dejaron las mercancías en una mesa de madera disimulada bajo las arcadas del patio. Fue así cómo Irving se enteró de que su hegemonía como príncipe o sultán de la Alhambra había terminado, pues había irrumpido el conde de Luque con su estruendosa y más apreciada actividad, la de cazar golondrinas.

Si el hijo de Mateo Ximénez cazaba golondrinas y vencejos con cebo de moscas para el único deleite de su estómago, el conde de Luque lo hacía por deporte, en el que no había malicia, pues bien por ser vago de un ojo o por no tener puntería el veterano conde no acertaba ni uno de sus tiros, lo que agradecían los pajarillos que revoloteaban al ruido de sus detonaciones.

Parecía como que las aves alhambreñas se sabían los trucos del conde de Luque y jugaban con él, planeando sobre el Patio de los Arrayanes. Luego, a Irving le parecía que sus tiernos picos simulaban una sonrisa de complicidad y se iban a ocultar bajo las tejas de las altas naves o en las grietas de las fachadas, todas ellas resquebrajadas por los terremotos que asolaban, frecuentemente, la Alhambra.

Hubo un momento en que los ayudantes del conde, ávidos reponedores de pólvora, exigieron descansar y el anciano caballero respiró con placer, hallando a un hombre desconocido mirándolo desde una esquina del patio. Su elegancia y buenas maneras lo impulsaron a acercarse al americano y extenderle la mano.

—Soy el conde de Luque, usted debe de ser Irving, el escritor. Ya me han hablado de usted. Espero no haberle despertado con mi inofensivo pasatiempo, no me lo perdonaría nunca.

Washington Irving hizo un claro gesto de respeto.

—Desconocía que existiera tal pasatiempo en la Alhambra, pero yo sólo soy un visitante más y sólo aspiro a compartir estos palacios, si se me permite.

—No habrá inconveniente, amigo mío. Ocuparé el Patio de los Leones; el gobernador me lo cede cuando llega la primavera. Estoy algo afectado de los pulmones, ¿sabe? Tengo que salir de mi palacio todos los años y buscar el clima de la Alhambra. Yo vivo solo con mis ayudantes, pero por la noche me visita mi mujer y mi hija y entonces hacemos grandes fiestas gracias a la Tía Antonia y a su sobrina, que se ocupan de que todo esté en orden.

—Entonces intentaré no entrometerme en sus celebraciones… Apenas salgo de mis habitaciones, es por la noche cuando mejor escribo.

—¡Oh, no! No me ha entendido usted. Queda invitado a mis fiestas, lo invito de mil amores. Sería un honor para toda mi familia compartir estos momentos de ocio con usted. También se unirán otros amigos míos, gente distinguida, claro está. En estas fiestas siempre se aprende algo y usted podrá documentarse para sus libros.

—Entonces, acepto.

—¡Magnífico! Esta noche empezaremos con la primera. Sobre las ocho.

Irving asintió.

Con este encuentro Irving empezó sus relaciones exteriores, la de los granadinos que no eran hijos de la Alhambra. Su influencia fue decisiva para comparar estos dos mundos tan distintos: los de la gente humilde, los trabajadores alhambreños, y los de la nobleza y burguesía granadina. Ambos encajaban en sus notas literarias como si fueran las dos partes de una manzana, sin una de ellas nunca hubiera podido conocer lo que conoció de Granada. Y aquella noche fue la primera de muchas.

El pueblo español tiene pasión oriental por contar historias y es amante de lo maravilloso. Reunidos en las puertas de sus casas en las noches de estío, o en torno a las grandes y cavernosas chimeneas de las ventas en el invierno, escuchan con insaciable deleite las milagrosas leyendas de santos, las peligrosas aventuras de los viajeros y las intrépidas hazañas de bandidos y contrabandistas.»

Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*

Ya caída la tarde, Irving solicitó a Dolores que le permitiera asearse en los baños de Comares, a donde acudía a la hora de la siesta y en donde el agua aún rezumaba por sus viejos atanores. La labor de mantenerlos era difícil, pero, con todo, se mantenían en uso gracias a la voluntad del gobernador. En su pila central, Dolores le preparó el baño y el americano disfrutó del frescor de aquellas paredes. Se sintió sultán por algunas horas, hasta que decidió salir de allí y aún con el pelo humedecido y secándose con una toalla fue abordado por un extraño que lo esperaba en el Jardín de Lindaraja y con el que no tardó mucho en congeniar. Era un hombre de entre treinta y cuarenta años, bien elegante y apuesto. En cuanto lo vio se disculpó por la intromisión y le extendió la mano.

—Soy el duque de Gor. Deseaba conocerlo desde que me dijeron que se había instalado en estas habitaciones. Creo que tendremos mucho de qué hablar.

Irving quedó pensativo reflexionando sobre dónde había oído antes ese peculiar nombre, hasta que finalmente recordó.

—¡Ah! El duque de Gor… Es usted el aficionado a los seres sobrenaturales de la Alhambra, ¿no es cierto?

El duque, que poseía un amable carácter, sonrió.

—Ya veo que ha hablado con mi amigo, el coronel de la Puerta del Vino. Él le habrá contado de mí ciertas cosas. Pero siento desilusionarle, no todas son ciertas. No tengo unas lentes que ven elfos, ni tengo una variedad de ellos encerrados en mi palacio. No obstante, me gusta bromear con estas cosas y no negaré que me atraen los cuentos de gnomos, algunos son motivo de distracción en las fiestas del conde de Luque.

—¿Asistirá usted a la de esta noche?

—Con mucho gusto, ciertamente.

—Entonces allí nos veremos.

Aquella noche fue única en la Alhambra. Cuando Irving salió de sus aposentos para dirigirse a la fiesta, ya estaba todo preparado, lo cual era extraño pues no se había

citado a los invitados hasta una hora después. Era de esperar, pues, que los españoles y los que vivían de acuerdo a sus costumbres llegaran pasadas las ocho.

Con el cielo de un mayo caluroso, fue preciso extender toldos por el centro del Patio de los Arrayanes. La luz era intensa pero no se sentía bochorno al tener el estanque pletórico de agua y de peces y los arrayanes bien humedecidos por Pepe, el jardinero diligente.

Dolores salió con una bandeja repleta de copas y las puso sobre una mesa adornada con un bello mantel de blonda. La dulce muchacha miró al americano confiada en que, al advertirla, le diría algo, y no estaba equivocada, pues Irving se acercó y la observó en silencio, ya que no tenía palabras para expresar lo que veían sus ojos. La chiquilla se había esmerado de lo lindo para aparentar ser una mujer: se había recogido el cabello con un moño y dado carmín en los labios y polvos de arroz en las mejillas para disimular su tez tostada. Vestía una blusa blanca que dejaba al descubierto unos hombros redondeados, por encima de los cuales había rozado hojas de romero. Hasta su cintura, ajustada con un fajín, le resultaba a Irving comprometedoramente novedosa.

—Señor —dijo la niña al verse observada—, cualquiera diría que ha visto un fantasma.

—Desde aquella funesta noche ya sé diferenciar lo que es un fantasma de lo que es una bella muchacha. Te has vuelto una mujer muy bella, Dolores. Manuel debe de estar orgulloso de ti.

—¡Manué! ¡Y dale con Manué! Este prodigio lo he conseguido yo solita… bueno, y con un poco de ayuda de la señorita Carmencilla, la hija del conde de Luque. Yo me entiendo muy bien con ella, cada vez que viene bailamos juntas.

—Seguro que no es tan guapa como tú…

—¡No diga eso el señorito, que me voy a poner *colorá*! ¿Cómo no ha de ser guapa con esa cara tan pálida y esos ojos tan azules? Tenemos la misma edad y a su lado yo parezco su abuela por mi color de piel. Y es natural, porque yo no puedo pasearme por la Alhambra con un sombrajo todo el rato en la cabeza ¿Lo comprende?

—Ni falta que te hace.

Dolores quedó enmudecida por la respuesta de Irving y su mirada de admiración. Detrás de él, la joven y turbada Dolores advirtió que tenían compañía.

—La señora condesa y Carmencilla acaban de llegar. ¡Y yo todavía sin poner los búcaros! Dispense, señorito, que tengo mucha faena.

Dolores se escapó por la puerta de acceso al Patio de los Leones y no hubo manera de detenerla. Diose la vuelta Irving, algo aturdido por la rapidez jovial de la guardesa, cuando vio a dos bellas damas acercándose a él, ambas con sendos vestidos azules y dos abanicos en las manos. Una, por ser la madre, algo más alta y esbelta, la otra, por ser la hija, primorosa pero inexperta, caminaba con la elegancia forzada de una niña a la que se le ha enseñado a comportarse y quiere hacerlo con la meticulosidad del alumno aventajado. Apuntaba maneras, eso era evidente, e Irving

se imaginó cuántos pretendientes tendría esa niña cuando dejara de serlo, lo cual le entristeció porque él ya hacía varias décadas que no recordaba haber aspirado a tan bello botín.

Como bien digo, la condesa se dirigió a Irving con premura pero también con candidez, le extendió la mano y le habló en inglés, lo que el americano agradeció por recibirlo como un elegante gesto de cortesía. La niña Carmencita también le respondió en su idioma tan pronto la saludó, pero rápidamente volvieron a hablar en el idioma de la Alhambra, que no era otro que el de alabar las bondades del tiempo y la belleza de aquellas paredes.

—Esperamos poder presentarle a un grupo interesante. Tenemos una gran variedad de disciplinas bajo nuestro mecenazgo: pintores, escritores, compositores, filósofos… Mi marido es un ser muy inquieto, pica de aquí y de allá. Por supuesto, nuestra biblioteca queda a su disposición.

—Le quedo gratamente agradecido, señora —respondió Irving haciendo una pequeña reverencia.

—Sé que es usted buen lector. Los volúmenes de mi marido sólo pueden compararse a los del duque de Gor, si acaso… ¿Sabía usted que mi marido, el conde, es descendiente directo del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba?

Aquello interesó a Irving sobremanera, pues él conocía muy bien la historia de España al haberse documentado para escribir su conquista de Granada. La condesa prometió contarle más cuando estuviera presente su marido, lo que el americano agradeció.

—Los preliminares de una fiesta son los más comprometidos. Los anfitriones tienen que estar pendientes de cuanto sucede, relacionar a sus invitados, controlar las viandas y animar la conversación. Quedo agotada al término de cada una de ellas y vuelvo al calor de mi palacio, pero, sin duda, deseosa de comenzar otra.

—Además —convino Irving—, tienen ustedes la ayuda del embrujo de la Alhambra y de la joven Dolores…

Dolores pasó a su lado a instalar los búcaros con flores, y sin intención oyó el candoroso halago de los labios del señor, pero muy dignamente disimuló.

—Desde luego —se abanicó la condesa—. La Alhambra no sería igual sin esta famosa familia.

—Me han dicho que usted baila —dijo el americano dirigiéndose a la joven Carmencilla. La niña bajó el rostro ruborizada.

—Tendrá ocasión de comprobarlo, mi querido amigo. Siempre terminamos nuestras veladas con un baile tradicional a los acordes de una guitarra. Todo en España, señor Irving, todo, se hace bailando y al son de la música —respondió la condesa.

Mientras esto charlaban, Dolores, la Tía Antonia y el jardinero Pepe, colocaban alcarrazas en las esquinas del patio. Las ataban de cualquier saliente con el fin de que el agua aromática que contenían se evaporara con rapidez y se expandiera su olor por

todo el emplazamiento.

—¡A la paz de Dios!

Dolores y Pepe se miraron con complicidad. Los que así saludaron eran tres guitarritas famosos en el Albayzín por su maestría con el instrumento. Se habían puesto de moda y no había fiesta dignamente organizada que no contara con su presencia. Sin embargo, Dolores, aunque joven, conocía las artimañas de aquellos músicos, en cuyas fiestas privadas siempre se terminaba en el cuartelillo. Con todo, los condes habían arriesgado la moderación que alcanzaban sus fiestas por entrar en la dinámica de la moda.

—¿Son gitanos? —preguntó Irving a Dolores.

—¿Quién sabe? No son ni gitanos ni payos. Son de aquí y de allá y tienen lo malo de ambos. Pero es cierto que hay que reconocerles su valía, tocan como los ángeles.

—Así no podréis negaros a bailar ni la condesita ni tú. Espero que me dediques el baile.

La insinuación de Irving calentó las mejillas de Dolores, que colocándose la falda caminó muy orgullosa hacia el interior de las cocinas, de donde pretendía rescatar las primeras viandas.

Manolo, con el brazo aún en cabestrillo, reposaba junto a la chimenea, mirando a Dolores entrar y salir acalorada de tanto ajetreo.

—Si pudiera ayudarte, chiquilla… Yo aquí sentado, mirando, como un inútil.

Dolores contestó sin mirarlo, haciéndose la importante.

—¡Pero qué tunante eres! Cuando estabas bien de los dos brazos nunca te ofrecías a ayudar.

—Pero es que antes nunca te había visto tan bonita.

—¿Es necesario, entonces, que me atuse los cabellos para que reciba tus atenciones? Otros me las dan sin necesidad de ponerme un clavel en el pelo.

Manuel sintió el escalofrío de los celos cruzarle la mitad del pecho.

—Que no me entere yo que te pretenden, niña. ¿Me has oído?

Dolores se volvió con una bandeja de frutas bien asida.

—No, entérate tú bien. Quien me quiera tendrá que conseguirme. *¿Habe?*

La muchacha salió de las cocinas dejando a Manolo embobado, pues era la primera vez que manifestaba su inclinación por mantener una conversación tan comprometida. Y al muchacho le pareció que, de alguna manera que no concebía, Dolores, su pequeña Dolores, con la que jugaba a las tabas en la infancia, se había convertido en una mujer. Eso fue el impulso que necesitaba. Durante toda la tarde tuvo tiempo de recapacitar y lo hizo concienzudamente, mientras observaba a aquella gente tan fina, tan variada pero tan extraña, a través de las celosías de las ventanas.

Anochecía cuando el duque de Gor se acercó a Irving con una copa de vino en la mano. Dijo así:

—Señor Irving, le presento a uno de mis nuevos amigos. Este joven es pintor, ¡y de los buenos! Está muy bien recomendado en Granada, no hay persona humilde o acaudalada que no lo conozca. Ahora pretende pintar la Alhambra desde todos sus ángulos, dice que es mejor que la pinte un español a que lo hagan los ingleses y franceses que seguramente habrán de venir.

Irving miró a aquel muchacho alto, con perilla romántica. Vestía con elegancia y con ese porte se presagiaba que provenía de una familia burguesa.

—¿Le incomoda entonces que yo, como americano, muestre gran interés por la Alhambra?

—En absoluto —respondió el muchacho—. Agradezco que alguien, sea propio o extraño, se interese por nuestro más hermoso monumento. En España nos movemos por la envidia; tal vez si usted muestra interés por la Alhambra algún gobernante envidioso quiera hacerla suya y consecuentemente, sin saberlo, favorezca nuestro patrimonio.

Tanta elocuencia tuvo que ser traducida al inglés por la señora condesa que, casualmente, se acercaba. Irving sonrió con aprobación.

—Es usted un joven muy irónico. Pero todavía no me ha dicho su nombre.

—Manuel Cid. Ése es mi nombre.

Irving estrechó la mano del joven pintor cuando al mirarle a la cara y examinar su semblante exclamó:

—¡Yo a usted lo conozco! ¡Es usted el pintor que está cada mañana en el Paseo de los Tristes! Lo observo con mi catalejo todos los días…

Manuel Cid, el pintor de ruinas, era, como ustedes habrán deducido, mi padre. Mi padre contaba entonces con veintidós años y una gran fogosidad artística. Se dejaba arrastrar por los sentimientos, por los valores humanos, por todo aquello que diferenciaba al hombre de la bestia. Era, consecuentemente, un auténtico romántico e idealista, lo cual no puedo reprocharle al heredar de él cada una de sus muchas virtudes y defectos, cualidades en todo mejores que la codicia, la desidia o la ambición, que eran cotidianas en la España de entonces.

Manuel, mi padre, no era de los que callaban. Con su temperamento huidizo destacaba en las fiestas de sociedad cuando se veía a la altura de la gente que lo oía. Por eso, aún sin saber una palabra de inglés, miró a Irving a los ojos y continuó su conversación:

—Sabía que usted observaba Granada y que me observaba a mí. De hecho lo he pintado.

—¿Qué me ha pintado usted? —se extrañó Irving tras ser debidamente traducido, pues mi padre hablaba deprisa—. Pero ¿cómo es posible, si aún desconocía mi cara?

—He pintado el reflejo de su catalejo desde la ventana de la Torre de Comares.

Washington Irving rio la ocurrencia.

—Entonces no he sido tan meticuloso como pensaba. A estas alturas toda Granada debe de pensar de mí que soy un fisgón.

—A menudo es la única manera de conocer al género humano, y me consta que usted es buen observador de las costumbres de los pueblos. Tengo mis informadores fuera de España.

—Me gusta saber de lo que escribo.

—Lo mismo digo yo sobre mi pintura.

El primer encuentro de Washington Irving y Manuel Cid fue, cuando menos, interesante. Hubieran seguido charlando tan amistosamente largo y tendido de no haber sido por la aparición de un amigo de mi padre, un joven estudiante de historia del arte que al presentarse realizó una forzada genuflexión, quitándose el sombrero y quedando después tan estático como un muñeco de feria al que le han atizado con una pelota. Miró uno a uno a los ardorosos conversadores y se presentó:

—Perdonen la impertinencia, soy Mínguez, amigo de don Manuel Cid. Quedo enteramente a sus órdenes, señor Irving. —Dicho esto le tendió la mano efusivamente.

Julianito Mínguez era un joven estudiante de aspecto ratonil, de mirada miope pero inquisitiva, que solía ir a la sombra de mi padre. Con el tiempo, aquel joven imperturbable, imagen de otra época, irreverente pero metódico en todo cuanto decía o hacía, llegó a convertirse en un gran maestro, consiguiendo moldear mi carácter cuando de niño era yo un desesperante zopenco.

—Mi amigo Julián Mínguez habla así —se disculpó mi padre—, pero es el más aventajado de los alumnos de su clase. Aquí donde lo ve es polifacético, entiende de arte, de historia, de filosofía, de arqueología…

—¡Ah! —exclamó Irving—. ¿No es ésa la ciencia de las ruinas?

—En efecto, así puede llamarse —aclaró Mínguez—. Una ciencia que llegará a ser lo más grande que ha hecho el hombre… después del abecedario, claro está.

—Él estudia las ruinas y yo las pinto —continuó Manuel Cid—. Es una combinación interesante. De alguna manera hay que dejar constancia de lo que el bárbaro destruirá tarde o temprano.

—No cree usted en el género humano, me temo —apostilló el americano.

Mi padre contestó categóricamente:

—De ninguna de las maneras. Desde el momento en que un hombre nace sólo piensa en destruir y matar.

—¡Curiosa idea! —exclamó el duque de Gor, que había permanecido pacientemente callado y muy observador—. Aunque sus palabras las justifican las guerras que constantemente nos asaltan.

—¡Y la modernidad! —añadió Mínguez—. ¿Qué me dicen, ustedes, de la modernidad? Es la peor de la barbarie, con todo arrasa, no me extrañaría nada que muy pronto nos demolieran estos palacios para construir un castillo al estilo francés, que es lo que impone la moda.

En esto, así diciendo, con la vehemencia de los jóvenes que fueron mi padre y mi antiguo profesor, apareció Dolores con una bandeja con copas de vino y menudos

cortes de jamón alpujarreño que hicieron las delicias del americano.

Sin embargo, Juanito Mínguez, aunque miope, pudo fijarse y bien fijado en el rostro de la hermosa Dolores, y tan pronto hubo marchado la guardesa de la Alhambra el estudiante experimentó tal deseo de manifestar su entusiasmo que sin mediar sorbo de vino exclamó:

—¡Vaya belleza racial la de la joven! ¡Mil veces merecía haberla plasmado Fidias!

—¿Encuentra a nuestra Dolores más hermosa que las damas que concurren a esta fiesta? —preguntó el duque sólo por incentivar la locuacidad del jovenzuelo.

—¡Una diosa del Olimpo es lo que es esa joven! ¡Creo que me he enamorado!

Irving sonrió matizando:

—Pues lamento decirle que su diosa ya tiene un pretendiente y creo que muy pronto la hará su esposa, si es lo suficientemente listo como para declararse.

Julián Mínguez suspiró.

—¡Oh! ¡Qué desgraciado me acaba de hacer usted, señor Irving! Tengo el corazón partido en mil pedazos. ¡Venga un poco de vino para olvidar mis desdichas!

Julianito pareció olvidar, momentáneamente, su mal de amores. Pero eso fue sólo hasta que Dolores y la encantadora hija de los condes de Luque, Carmencita, se pusieron de acuerdo para bailar una toná y un vito.

Mientras el séquito del conde de Luque —tales eran su abogado, su capellán, su mayordomo y sus oficiales— se reunían a jugar al tresillo, la condesa y los demás invitados se dispusieron a escuchar el rasguear de las guitarras.

Anochecido ya, con el frescor de las alcarrazas y la brisa proveniente de Sierra Nevada, el lastimoso rumor de las guitarras parecía competir en armonía con el sonido de las fuentes cercanas y los aljibes de las salas próximas al patio.

Mientras los músicos afinaban sus instrumentos realizó su entrada una última invitada. Era muy querida por la familia y por ello se le perdonó el retraso, que asumieron al ser conocedores de su situación doméstica: que su hija pequeña se encontraba indispuesta.

—Lamento venir a estas horas —se disculpó la encantadora señora al hacer su aparición con un grupo de damas que la acompañaban. La condesa la recibió con los brazos abiertos y besó sus mejillas con ternura—. Es que la pequeña Eugenia está malita. Tiene una tos importante.

—Entiendo, querida. Los niños ya se sabe.

Washington Irving fue advertido de que la señora condesa quería presentarle a su último invitado. El americano se acercó y cuál no fue su sorpresa que besó la mano de la recién llegada con cierta familiaridad.

—¡Encantado de volver a verla, señora condesa!

—¿Cómo? ¿Se conocen?

Fue entonces cuando Irving le contó a la condesa de Luque que había tenido el honor de conocer a la bella dama. Se llamaba Manuela y era hija de William Kirkpatrick, un escocés de nacimiento pero americano de adopción.

A este individuo de ardorosa personalidad lo conoció Irving en su primer viaje a España, en 1826, y fue por entonces cuando fue invitado a su castillo, cercano a la ciudad de Granada. Allí conoció a Manuela, a la que habían casado con el conde de Teba y ya por entonces tenía con él varias hijas, la pequeña de las cuales le había impresionado a Irving por su pelo rubio y su cariñosa actitud. Se llamaba María Eugenia y había nacido en la calle Gracia, en Granada, en una casa cuya fachada había sido bellamente decorada.

La historia y la vida son algo muy curioso. Irving, que era un gran amante de los niños y que sobre sus rodillas había jugueteado con la pequeña María Eugenia, no pudo, ni por un minuto, suponer que con el tiempo casaría con el emperador de los franceses y sería aclamada por todos. Esta pequeña niña rubia sería la conocida con el nombre de Eugenia de Montijo.

—Siento lo de su pequeña, me han dicho que está indispuesta.

—¡Ay! —suspiró la condesa—. No es grave, pero el amor de una madre es agotador —dijo mientras se aireaba con un gran abanico de plumas blancas—. En cuanto María Eugenia se mejore tiene usted que venir a visitarnos. Podrá consultar nuestra biblioteca y por supuesto participar en nuestras veladas. Recibimos los martes.

—Las veladas de los condes de Teba son famosas —apuntilló la condesa de Luque—. La condesa, aquí la ve usted, es un ángel contando historias y leyendas que le vendrán muy bien para sus libros.

—Entonces acepto encantado.

Los músicos dejaron de afinar sus guitarras. Fue el preludio del comienzo de la representación.

—Siéntense, por favor, que va a bailar mi Carmen y la acompañará la encantadora Dolores, la guardesa de este palacio.

Cuando Irving tomó asiento vio cómo Julianito Mínguez mantenía la mirada fija en una diana que era Dolores Molina, quien se había recogido las faldas por su lado derecho para bailar e insertado las castañuelas en sus dedos. No era otra cosa que el bello movimiento de una muchacha alegre y jovial al ritmo de las guitarras, pero aquellos compases, improvisados e íntimos, llamaron la atención de los sentidos.

Las dos muchachas levantaron las manos y se hizo el silencio. Hasta los vencejos que buscaban sus nidos se paralizaron. Ambas, similares en estatura, similares en primaveras cumplidas, se entrelazaron, se dieron la espalda, zapatearon con un primor poco corriente y cada una incentivó a la otra en su candor para bailar la danza.

Cuando terminaron en un rítmico y tajante rasgueo de la guitarra, con las manos cruzadas sobre la cabeza, una explosión de aplausos despertó el letargo de la Alhambra. Desde las cocinas, oyó Manuel Molina la ovación y sus tripas se

revolvieron de celos, porque distinguió la voz de un hombre, la de Julianito Mínguez, exclamar:

—¡Bravo, bravo!

Y supuso que no era por la rubia condesita, sino por la exuberante belleza granadina de Dolores, a quien sabía acechada por el estudiante de ojos ratoniles.

—¡Bien, señores! —anunció la condesa de Luque dando palmas—. Ahora llega el tiempo de la reflexión. La condesa de Teba nos va a deleitar con una de sus historias, acérquense y escuchen.

Así fue cómo Irving conoció la leyenda de Zaida, Zoraida y Zorahaida y de lo peligroso que resulta enamorarse de quien no es de nuestra misma condición, ni de nuestro mundo, ni comparte nuestros ideales. Claro que todos estos razonamientos no son excusa para quien pone el corazón por encima de la razón.

Sigo frecuentando la biblioteca del duque de Gor, territorio sagrado de su palacete, cuyo acceso está prohibido incluso al servicio doméstico. Pasamos las tardes encerrados en ella, gozando del frescor propio de las habitaciones con altos techos. El duque yace cómodamente recostado sobre divanes de raso escarlata, viste amplias chilabas y calza holgadas babuchas.

Washington Irving, *Cuadernos secretos*

El ofrecimiento de los señores de Gor y de Luque de permitirle utilizar su biblioteca fue claramente agradecido por Irving, que semanas más tarde ya era dueño y señor de aquellos aposentos, donde se encontraba de vez en cuando con mi padre y rara vez con Julianito Mínguez.

Tantas veces se vieron mi padre, Manuel Cid y el escritor que, a fuerza de darse de narices, tuvieron que hacerse amigos. Frecuentaban los mismos lugares, incluso los que estaban deshabitados y olvidados por los granadinos. Mi padre terminó por ofrecerse como guía, aun a riesgo de hacerle la competencia a Mateo Ximénez, pero Irving no se desprendió de ninguno de los dos, pues cada uno le ofrecía una Granada que al otro le era desconocida.

Así que mientras Mateo continuaba siendo su cicerone en el recinto de los palacios, mi padre lo fue de las plazas de Granada, de sus fiestas populares, de sus alamedas concurridas por las señoritas casaderas y las otras que no tenían posición pero sí apodo y eran conocidas en todo el territorio decentemente granadino, pero a las que se les negaba el saludo.

Así paseando, Irving vio que España no era tan distinta de su América en cuanto a diferencias sociales. A la mujer la encontró más libre de movimientos al caminar sin carabina, aunque ésta, a veces, defendía la decencia de su joven ama a unos metros de distancia.

Mi padre, bien situado en la ciudad, debía de saludar y llegado el caso, conversar, con todo el que lo conociera. Se inclinaba el sombrero cuando veía acercarse a una dama o saludaba a los caballeros que lo obsequiaban con su reverencia.

—Señor… Señora… Señores…

Irving y Manuel Cid se encaminaron en una ocasión hacia la plaza de Bibarrambla, que estaba siendo desmembrada al haberse terminado la fiesta del Corpus. Los obreros trabajaban a destajo, llevando y cargando andamios, cartelones que simulaban fachadas y arcos romanos.

—Desvisten la plaza. Ya pasó el tiempo de las celebraciones religiosas. Ahora viene el verano y sólo queda salir de la ciudad para combatir el calor.

—¿Se va usted, señor Cid?

—No, me quedaré todo el verano. ¿Hasta cuando se quedará usted?

Irving no oyó la pregunta de mi padre, pues se sintió atraído por una joven dama, vestida de negro, pero con un traje indecorosamente español. Llevaba de la mano a una niñita rubia, de ojos encantadores, que al pasar a su lado, sonrió.

—¡Oh, estampa poco común en Granada! —exclamó Washington—. Una dama de luto con ese escote.

Manuel Cid tuvo que explicar:

—Esa dama no es española. Llegó de Italia hace apenas dos meses y tuvo la desgracia de enviudar el mes pasado. Se han afincado en la ciudad pero no les doy muchas garantías de permanecer en esta tierra que, como usted ha observado, se diferencia de sus costumbres.

—¿Sabe usted cómo se llama la dama de luto?

—Es la condesa Di Mare. Su hijita es un primor. Creo que se llama Francesca y tiene unos ojos que me gustaría pintar algún día.

Los dos hombres enmudecieron, cada uno pensando en sus laberintos sentimentales, cuando mi padre recordó:

—Pero usted… no me ha respondido a mi pregunta.

—¿A cuál?

—La del verano. ¿Hasta cuándo tendré el gusto de compartir su compañía?

Irving sonrió:

—Pretendo quedarme aquí mucho tiempo. De hecho, no me importaría que fuera toda la vida. —Y siguieron caminando.

El destino es caprichoso: pocas semanas después Irving recibió una carta que le obligaba a dejar rápidamente la Alhambra.

Un día, Irving llamó a Mateo. Parecía acuciarle una ansiedad interior. Cuando el guía llegó el americano suspiró y dijo:

—Lo he pensado mucho, Mateo, y creo que es mi deber dejar algo de mí en la Alhambra. Cuando pisé por primera vez este suelo, entonces con mi amigo Dolgoruki, la idea de crear un libro de firmas en donde pudieran participar todos los viajeros que acudieran al palacio nos pareció una fantasía. Pero ahora creo que es una gran idea.

—Un libro en el que puedan firmar todos los que vienen, ¿no es eso?

—Sin duda conocerás a algún librero que pueda encuadernarnos uno, con las páginas bien blancas.

—Déjame pensar… Tal vez en el Zacatín.

—Ve, querido Mateo. Tal vez lo necesitemos antes de lo que pensamos.

Mateo marchó presuroso mientras recapacitaba sobre las palabras de Irving: era como presentir la muerte antes de llamar a la puerta.

Al volver de misa, Dolores, con su velo de encaje cubriéndole la cabeza, se sentó a las mismas puertas del Cuarto Dorado. Tenía en su regazo una rosa bien linda, atada a una tarjeta dentro de la cual ponía en letras góticas: «Para Dolores».

No era la primera rosa que encontraba la pequeña guardesa. Cada domingo después de la fiesta celebrada en los palacios a la que acudieron todos los condes y sus amigos intelectuales, Dolores había recibido una flor que ocultaba las intenciones amorosas de algún caballero.

¿Cómo discernir quién la pretendía? Aquella estratagema sólo podía ser obra de un señor educado pero tímido, incapaz de demostrar su amor.

—¡Oh, cuánto tiene que estar sufriendo este caballero! —se lamentó Dolores con los ojos anegados en lágrimas—. ¡Y amarme a mí! ¡A mí! ¡Que sólo visto foeles y tengo la piel como una aljofifa! Debo corresponderle rápidamente o enfermará de amor.

Inmersa en sus pensamientos la encontró Irving al volver de uno de sus paseos con Manuel Cid. Se levantó el sombrero con educación y la saludó:

—Una señorita tan encantadora como tú nunca debería estar preocupada. ¿Puedo preguntar qué tienes?

Dolores miró a Irving como si no lo hubiera visto en su vida.

—Es que… he encontrado esta rosa y…

—Una rosa que no puede competir con tu belleza.

La niña quedó enmudecida y como si una estrella pasara a ras de suelo y la iluminara con su estela pensó: «¡Pero cómo no te has dado cuenta, boba, requeteboba! ¡Si es él! Él es el que te ha ofrecido la rosa cada domingo. ¡Ay, qué regomello tengo por no haberme dado cuenta antes!».

—Dolores, ¿estás enferma?

—¿Yo? —Saltó como una gata en celo y ocultando la rosa se encaminó hacia el interior de los palacios mientras decía—: ¿Enferma? Si no he estado mejor en mi vida. Ahora mismo le preparo al señorito un agua de limón bien fresca, con nieve de Sierra Nevada, que me la han traído de un nevero esta *madrugá*.

Irving no le dio importancia a la reacción de Dolores, porque ya se sabía, la adolescencia era así para todos, fueran pobres o ricos, y recordando que él también tuvo sus males de amores y sus recuperaciones súbitas de humor, se adentró en el palacio a recluirse en sus habitaciones, donde pretendía escribir sobre todo lo que había visto y aprendido con mi padre.

En las cocinas, Dolores puso en agua su nueva rosa. Las otras, las de los domingos anteriores, colgaban boca abajo con la finalidad de conseguir un ramo de flores secas que poder conservar en la cabecera de su cama, desde donde vería la demostración de amor de su maduro caballero.

Pensaba Dolores rápidamente, algunas veces imaginando lo que nunca podría ser

y otras fantaseando sobre cómo sería la vida en una casa americana, siendo la señora de una gran plantación. Pero todo eso se volvía humo cuando comprendía que estaría lejos de la Alhambra y entonces le entraban unos hipos que no podía remediar y lloraba como una niña, aunque disimulando su disgusto.

Manuel Molina, que ya se encontraba repuesto de su accidente y volvía de su trabajo con el galeno, siempre estaba al acecho de los sentimientos de la joven y aquel día detectó en ella una preocupación no conocida, así que se sentó en una silla de enea, junto a la mesa de cortar verduras, tomó una bota de vino y se echó un gran chorro que le humedeció la garganta.

—¿Qué tienes, Lolilla?

—¡*Na*, qué voy a tener!

—Algo te pasa, que me parece que tienes un bulle-bulle en la cabeza.

Dolores se volvió con ojos humedecidos y se sentó al lado de Manuel.

—Oye, primo… ¿tú cómo le dirías a una moza que la quieres?

Manuel se quedó sin respiración.

—Pues con palabras, ¿cómo habría de decirlo?

—Pero antes… ¿cómo pelarías la pava?

—La requebraría en su ventana, le diría cosas bonitas, le compraría flores…

—¿Rosas?

—Pues sí.

Dolores se levantó de súbito al sentir que algo incontrolado le subía por el escote.

—¡Virgencita! —exclamó.

—Pero ¿qué tienes?

Sacando un pañuelo, la joven Dolores se secó la nariz y luego, con el reverso de la mano, se abanicó para sentir el aire en su cara. Tan pronto volvió a respirar se tornó la Dolores de siempre.

—¡Bueno, no me entretengas con tus monsergas, que lo tengo todo medio *enjaretao*! ¿No ves que me estorbas?

Manuel respiró profundamente.

«A esta Dolores no hay quien la entienda», se dijo.

Durante la semana fue aumentando el nerviosismo de la niña. Vulnerable a todo cuanto le sucedía, manifestaba cambios de humor; tan pronto lloraba como expresaba opiniones tan maduras como la de una mujer. Se sentaba con la intención de coser unas enaguas y al poco se levantaba, tomaba su costurero y lo ponía sobre la cesta de frutas, sin darse cuenta de que lo había abandonado en sitio equivocado sin terminar su faena. A veces, la encontraba Manuel mirando al infinito y una sonrisa nerviosa asomaba a sus comisuras, para luego suspirar con unos ayes que le entraban por los oídos como un canto de sirenas meticonas que le advertían sobre el peligroso enamoramiento de su Dolorcicas. A Manuel le pasaban muchas cosas por la cabeza,

tal vez demasiadas, pero apretaba los puños y se marchaba a caminar por las alamedas de la Alhambra mientras recapacitaba sobre la manera de hablarle a su prima, sin rejas ni ventanas que atravesar con las palabras de un enamorado, sino más bien de forma directa y valiente.

Así sucedían los días, cuando Mateo Ximénez irrumpió en los palacios con premura.

—¿Dónde está el señor Irving?

—En los baños. ¿Para qué lo quieres? —le preguntó la Tía Antonia.

—Traigo una carta para él.

Cuando Washington Irving salió del fresco *hamman* con el papel en la mano, su paso era decidido y presuroso. Apenas parecía respirar, pues su cara se había vuelto pálida. Al pasar cerca de Dolores, que recogía los restos de la poda de arrayán de Pepe el jardinero, ésta oyó de boca del caballero lo siguiente:

—Dolores, dile a tu tía que tengo que ausentarme. Necesito hacer las maletas rápidamente. Me voy de la Alhambra.

La joven guardesa no tuvo tiempo de responder, se incorporó con la falda arrugada y manchada de hojas, miró a un lugar indescifrable y como si hubiera tomado el espíritu de un muñeco de feria, se desplomó sobre la mata de arrayán que impulsó su cuerpo hacia el estanque central del patio. Si no hubiera sido por Pepe, que dijo: «So… so… so… corro», la joven hubiera recibido un buen chapuzón sin merecerlo.

A la llegada a sus habitaciones, ignorando lo sucedido a la joven Dolorcicas, Irving se sentó en su escritorio y tomó la pluma.

> *Acabo de recibir la noticia de mi nombramiento para el cargo de Secretario de Legación y espero, por tanto, reunirme con usted en Londres tan pronto como me sea posible.*

La carta iba dirigida a sir Louis Mc Lane, ministro de su país en la ciudad del Támesis, pero no pudo evitar pensar en su hermano y con rauda letra cursiva inició la segunda de sus cartas:

> *Querido Peter: Partiré de la Alhambra dentro de pocos días y he de hacerlo con gran pesar. Nunca en mi vida he pasado días semejantes ni espero volver a pasarlos. El tiempo es ahora insoportablemente caluroso y el calor penetra aún en las salas principales; pero tengo un delicioso retiro en las salas de los baños que por ser casi subterráneas son frescas como grutas…*

Allí tomó aliento, se le hacía insoportable dejar aquellas tierras que en poco más de dos meses se habían convertido en su paraíso innegable. A punto estuvo de llorar —y lo hubiera hecho de haberse sentido solo— pero los gritos de la Tía Antonia reclamando la ayuda de Manuel como médico le hicieron comprender que la vida seguía, aún cuando él no estuviera compartiendo la que acontecía en la Alhambra.

Cuando fechó la carta transcurría el mes de julio de 1829.

Despertaron a Dolores haciéndole oler vinagre. Tan pronto recibió su delicada nariz el aroma del vino añejo, la guardesa abrió los ojos hasta parecer que se le desprendían de las órbitas. Pepe el jardinero consiguió decir de una sola vez: «Es que se va el señor Irving» y todos, incluido Manuel, se dieron cuenta de que la marcha del maduro caballero había impresionado a la niña, quien ya lo consideraba como a un padre.

La llevaron a su cuarto, la tumbaron sobre la cama y abrieron las ventanas para que el aire circulara. Así tendida, como una muertecita, la dejó Manuel viendo que recobraba el color de la cara y dormitaba. Al salir del aposento diose de cara con Washington Irving, que ocultaba su disgusto por partida doble, por su repentina ausencia y la indisposición de la bella niña de los Molina.

—No se preocupe usted —acertó a decir Manuel—, Dolorcillas es impresionable, como todas las jóvenes. Se le pasará.

—No era mi intención causar ningún mal. Mi ausencia es inevitable. Tengo que marchar a Londres lo antes posible.

—Usted hará lo que tenga que hacer.

El americano suspiró. Le sudaba la frente y fue a sentarse en los escalones de una cercana escalera. Cuando se llevó la mano a la garganta se dio cuenta de que no llevaba corbata ni lazo y se preguntó cuándo volvería a sentir esa sensación de libertad, de indisciplinada vestimenta; si una vez viviese en Londres evocaría la necesidad de andar descalzo, como lo hacía cada mañana al borde del Patio de los Arrayanes.

—Se me hace insoportable dejar la Alhambra. Créeme, Manuel, cuando te diga que estos meses que he vivido en estos palacios han cambiado mi vida para siempre.

—Lo sé —aseguró el joven—. Lo mismo le ha sucedido a Dolores. Lo tiene a usted en gran estima, quizá demasiada.

Irving miró a Manuel tras un silencio de reflexión. Su último comentario había despejado una duda en la cabeza del escritor.

—Verás, Manuel… admite el consejo de este viejo caballero que ha visto mucho mundo. Muy pronto serás médico oficial de la Alhambra y podrás mantener a Dolores con un sueldo muy decente. Cásate con ella.

Manuel no respondió, pero todo se entendió hablado y aceptado. Sólo que al terminar la conversación Manuel Molina oyó unos pasos a su espalda y al volverse vio a Dolores erguida, con las ropas húmedas y la cara desencajada. Había oído la conversación de los dos hombres.

No había pasado ni una semana cuando los preparativos estaban ya prácticamente

terminados. El americano apenas tenía equipaje. Había venido con un exiguo equipo que ahora se había dilatado con una caja de libros, la mayoría regalados, pues Granada no contaba con librerías por aquellas épocas.

Dolores veía impotente cómo su tía retiraba de las habitaciones de Irving enseres y ropas domésticas, pues una vez él ausente aquellas estancias, creadas para su uso particular, quedarían desiertas y sin merecido dueño. La tía Antonia no obligó a la niña a trabajar en la desagradable faena por temor a que volviera a recaer en su tristeza.

—Prima, tengo que hablar contigo.

Manuel había atravesado el patio con paso firme en dirección a Dolores, sentada en la misma puerta de la Sala de las Dos Hermanas, en donde se sentía una agradable corriente de aire. Aun así la joven se abanicaba con parsimonia.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Hablarte de una cosa importante.

—Pues habla.

A Manuel se le trabaron las palabras en la garganta. Había estado varios días decidiendo cómo enfocar el asunto y finalmente, viendo que Irving había contratado una tartana para emprender el viaje y suponiendo que éste era inminente, no podía hacer el feo de despedirse sin darle la noticia de la declaración.

—Yo… yo ya tengo el título de médico. ¿Lo sabías?

—Pues no.

—Desde ahora toda la Alhambra estará bajo mi custodia. Mi maestro tiene demasiados pacientes en la ciudad y es ya viejo, le cuesta subir la colina, así que es ya oficial: pondré mi consulta.

—¿Médico de la Alhambra? ¿Y a quién pretendes curar aquí? ¿Al fantasma de Boabdil o a los mendigos del convento? Ni uno ni otro te pagará.

—Poco a poco van asentándose familias en la calle Real. Tendrán hijos, necesitarán que les atienda en los partos. Nadie está libre de padecer algún mal.

—¿Cómo el mío?

Manuel miró a Dolores. La moza tenía un semblante triste y cadavérico.

—Sí, pero tu mal es de amores.

Al oír la palabra, el genio dormido de Dolores se sobresaltó. Miró a su primo con las cejas bien prietas.

—¿Qué quieres decir, mal pensado? ¿A quién le he dado yo mi palabra de amor?

—A ninguno, bien lo sé. Pero tienes un nido de pájaros en la cabeza. Mira que enamorarte de un señor que podría ser tu padre y de otro país…

—¿De dónde sacas esas andróminas, insensato?

—De tus gestos, de tus hipos, de tus suspiros. ¿Es que no ves que estoy al tanto de todo cuanto te pasa? ¡Qué me sé tu cara de memoria! Es lo malo de estar enamorado, que miras por los ojos del otro y ya no le ves más que a él.

La niña, acalorada por la discusión, dejó sin embargo de abanicarse. Una leve

brisa proveniente del Jardín de Lindaraja, de los dominios de Washington Irving, le revoloteó el pelo ensortijado. Se quedó mirando a Manuel como si antes no lo hubiera mirado ni un poquito, como si su primo fuera ahora otro primo al que no conocía, como si fuera un hombre nuevo.

—Pero tú…

Con un ímpetu que pareció inspirado por el propio espíritu del último de los nazaríes, Manuel se abalanzó sobre Dolores y la besó. A poco estuvieron de caerse ambos de la silla que la niña ocupaba. Tanto fue el ardor, que consiguió dejar sin palabras a la vehemente Dolores, que siempre tenía la réplica para todo.

—Entonces las rosas…

Manuel volvió a besarla y creyó la joven que con el beso contestaba a la pregunta que, habiéndose quedado en el aire, nadie entendió ni respondió.

De la mano salieron ambos a despedir a Washington Irving, que en la misma Puerta de la Justicia ayudaba a cargar el coche que le llevaría lejos de la ciudad.

Así fue. Sabiendo el americano que un inglés que vivía en Granada necesitaba un compañero de viaje, aceptó alquilar una tartana —coche de dos ruedas destartalado pero más cómodo que un caballo— que le obligara a cabalgar bajo el fiero calor de julio. A Mateo se le ocurrió la idea de colocar un colchón para amortiguar los golpes y sobre él se sentaron los dos extranjeros, guiados por un portugués al que habían pagado para hacer de guía, un antiguo bandolero cuyas intenciones eran un tanto confusas. Con todo, fue el mejor que encontraron en aquella fecha, pues nadie quería exponerse al sol de Andalucía.

La Tía Antonia, con todo su genio granadino, sacó su pañuelo y lloró. Mateo Ximénez y toda su andrajosa familia se arremolinaron alrededor de Irving y uno a uno fueron dándole un beso o un abrazo, según les parecía. El coronel de la Puerta del Vino le hizo un saludo militar. Manuel le tendió la mano y el escritor se la estrechó con determinación.

Para Dolores tuvo, sin embargo, unas palabras; la tomó de una mano y se la besó, como hubiera hecho con una noble dama, y dijo:

—Jamás en mi vida habité un lugar más delicioso que éste y nunca podré encontrar otro que se le iguale.

Fue un instante glorioso, pero triste, que Mateo supo evadir con el arrebato de la impulsividad:

—¡Señor, se me olvidaba! ¡El libro!

El guía le entregó un libro verde bien encuadernado, de hojas bien blancas, como las que él le había solicitado días atrás. Estaba aún vacío, nadie antes que Irving había firmado en el Libro de la Alhambra.

El escritor palpó la piel del ejemplar y luego pidió una pluma, que con rapidez Manuel le acercó. Garabateó unas palabras y luego, dando media vuelta, se subió a la

tartana. El portugués agitó las bridas del caballo hasta que éste empezó a andar y dejó tras de sí una polvareda abundante, dado que el camino estaba bien reseco del calor veraniego.

Los niños de los mendigos y los hijos de los Ximénez corrieron detrás de la tartana unos minutos. La chiquillería desapareció hacia la Puerta de las Granadas, ocultándose por los altos árboles del bosque.

La Alhambra se quedó en silencio. Y lo peor de todo fue que Washington Irving, quien regresaría a España años después y viviría en Madrid, jamás volvería a pisar suelo granadino. Nunca más visitaría los palacios, aunque la Alhambra fue siempre su paraíso perdido y permaneció impregnada en su memoria.

SEGUNDA PARTE

España acaba de devolvernos a Mérimée y éste la ha recorrido solo y por todas partes. Tanto y tan bien que ahora lo único que ve es España, la Alhambra, Granada, Burgos y las corridas de toros.

Carta del pintor Achille Deveria

PROSPER MÉRIMÉE
1830

Con la marcha de Washington Irving de la Alhambra la vida en la colina de la Sabika se volvió taciturna, monótona, tan aburrida que sus habitantes tomaron como una novedad agradable la confirmación de los amores de Manuel y Dolores.

Durante los meses de 1858 en los que acudí a la Alhambra a pedirle a Dolores que me contara su vida y los asuntos del palacio nazarí, ésta siempre encontraba algún momento para pasar a las habitaciones donde durmió Irving y enseñármelas. Hablaba de él con una ternura de madre: «desde aquí miraba el jardín», decía; «en esta silla escribía»… Llegado el caso, simplemente, recordaba con los ojos cerrados aquellos tiempos tan lejanos para mí pero tan próximos a su corazón.

—Nos quedamos solos —me dijo abatida en una ocasión—. Era como si estas paredes echaran de menos al escritor americano. ¿No dicen que la Alhambra habla? Pues eso, la Alhambra se lamentó durante muchos meses. Mientras yo bordaba mi ajuar sentada en una silla, el palacio lloraba la ausencia del señor Irving. Sólo vinieron por aquí su padre de usted y aquel amigo suyo de ojos de ratón…

—Julián Mínguez.

—Sí, ése. Apenas hablaba, pero me miraba con una cara tan amable que me daba mucha lástima.

¡Pobre profesor! ¡Qué triste es estar a la sombra de un ser más capaz y popular! Mi padre y el joven estudiante de arte eran afines en muchas cosas e iban juntos a la mayoría de los sitios, pero por arte de encantamiento los allí presentes siempre recordaban a Manuel Cid, ignorando a su acompañante.

Tal vez lo mismo ocurrió con todos los viajeros que irrumpieron en la Alhambra una vez la abandonó Irving. Estoy seguro que muchos la visitaron aquel año, pero como Dolores recordaba, la Alhambra se lamentaba y con ese lamento debió de rechazar a todos cuantos la saludaron.

En el verano de 1830, Dolores y Manuel formalizaron su relación. Se casaron un domingo en la Iglesia de San Gil, donde conocían al párroco. Durante la subida hacia la colina tuvieron un cortejo de inválidos y pobretones a sus espaldas y de chiquillos gritando «vivas» a cada paso. Una vez en la Alhambra, Dolores entró en los palacios y allí donde siempre se la encontraba cada domingo vio la rosa roja. La recogió y con delicadeza la introdujo en su pequeño ramillete de flores.

—¡Qué tonta fui al creer que las rosas me las dejaba Manuel cada domingo! —recordó Dolores.

Yo me quedé estupefacto.

—¿Y no era así?

—No.

—¿Pues quién le dejaba las rosas?

Dolores sonrió malévolamente.
—¿No se lo imagina usted?

En junio de 1830 llegó a España el francés más enamorado de nuestra cultura. Se decía que Prosper Mérimée, arrostrado por un fracaso amoroso, decidió hacer real un sueño, el de conocer España. Era un hombre enamoradizo, entusiasta, anticlerical y muy curioso. Todo cuanto dijo de los españoles, en sus cartas o a través de sus novelas y cuentos, proporcionó una idea preconcebida en el extranjero, desde luego, nos creó a su imagen convirtiéndonos en bandoleros y gitanos, pero, con todo, fue uno de los viajeros que más hizo por nuestra cultura expandiéndola por medio mundo.

Mi padre, pasado ya el verano, exactamente a finales de octubre, recibió una invitación de la condesa de Teba, Manuela Kirkpatrick, a la que no había vuelto a ver desde la velada en la Alhambra, que decía así: «Me haría muy dichosa poder contar con su presencia en mi humilde *soirée*. Estaremos esperándolo el martes a la hora de la cena».

Rechazar una invitación tan directa hubiera sido un desprecio tajante en la sociedad de mi padre. Con todo acudió a regañadientes, pensando que se encontraría inmerso en un baile de sociedad, tan de moda en aquella época. Sin embargo, la condesa no era una mujer común. A sus fiestas acudía lo más selecto de cada ciudad. Su domicilio lo había fijado definitivamente en Madrid, pero hacía unos días que había llegado a Granada a resolver unos asuntos. Así pues, era preciso no perder el tiempo si quería recibir a todos los conocidos que tenía en la ciudad en donde había nacido la pequeña de sus hijas, a la que adoraba.

Tan pronto entró mi padre en aquella casona de amplias salas y paredes enteladas de damasco, sobre las que había colgados cuadros linealmente exactos de sus antepasados, condes y más condes, sufrió un conato de arrepentimiento. Era aquella casa señorial un ejemplo de la moda del momento con una decoración recargada que expresaba la riqueza de sus dueños, expuesta toda y cada una como si fuera un museo. Sobre pilastras, estatuas de inspiración romana, bustos o caballos rampantes. Telones pesados que cubrían vanos de puertas, más parecidos a los del teatro que a las cortinas necesarias en un hogar. Un reloj de pie con su doblar de campanas advirtiendo de la hora, cual torre de iglesia llamando a misa. Una chimenea, siempre encendida, de cuyo interior se desprendía la tranquilidad de un hogar cálido y sereno, ausente de necesidades. Todas y cada una de estas cosas y muchas más vio mi padre al entrar en la casa de los condes. Manuela Kirkpatrick se abalanzó sobre él con cierta soltura, considerándolo un amigo de la familia aunque lo hubiese visto sólo una vez, y tomándolo del brazo lo arrastró hacia la sala contigua, dentro de la cual bullía un cierto desconcierto, risas y aplausos que confirmaban la animosidad de aquella clase social ociosa pero con claras inquietudes literarias.

—Me ha hecho usted feliz, señor Cid. Venga, dese prisa, está hablando Próspero. ¿Sabe a quién me refiero?

—Pues no, lo siento mucho.

—A Mérimée, el escritor francés. Me hice amiga de él en cuento lo vi. ¡Es tan vivaz y divertido! Nos está contando cómo nos ve a nosotros, los españoles. Creo que el corsé se me romperá de la risa…

Al llegar a la amplia sala mi padre vio un estrado en el que, ayudándose de gestos y con un locuaz español, un hombre, en todo francés, conseguía ganarse a una panda de condes y adinerados burgueses sentados a su alrededor. Entre los acomodados reconoció Manuel Cid a los condes de Luque, al de Gor, a otros de quien tenía vaga referencia y, alejada, en un rincón del gabinete, de negro riguroso pero con su consabido gran escote, a la viuda del Conde di Mare.

—En cuanto me decidí a venir a España, mis amigos me reprendieron. «¿A ese país de bandoleros, de ladrones y de gitanos?», me preguntaron. Pero yo necesitaba salir de Francia, ¿ustedes comprenden? Mi corazón estaba deshecho. Bayle, al que ustedes conocerán por Stendhal, amigo íntimo, me llamaba «el joven melancólico». ¿Se imaginan? Yo siempre vagando como un alma en pena… *Insupportable*! Tenía que tomar las riendas de mi vida y entonces supe que debería venir a España, a realizar el único sueño que he tenido desde que era un pequeño infante. Así que bien pueden decir ustedes que el amor, al menos de aquella *dame* que no me correspondía, hizo que conociera su país.

Mérimée se expresaba muy bien en español. Parecía que conocía nuestra lengua desde antiguo y su desenvoltura hacía dinámica su conversación. Sus gestos, demasiado amanerados para un español, movían a la risa, pero todo resultaba, en conjunto, un espectáculo delicioso.

—Pues bien, llegué a España en junio. ¿Qué hacer, entonces? Lo primero, vestirme como un inglés. «¿Cómo un inglés?», preguntarán ustedes. «¿No es usted francés? Entonces, ¿a qué vestirse del enemigo?» Muy sencillo: los españoles no saben diferenciar a un francés de un pigmeo. ¿Para qué esforzarme, pues? ¡Aquí todos los viajeros son ingleses!

Los asistentes prorrumpieron en palmas y risotadas. Tiempo que utilizó Mérimée para beber un poco de agua.

—*Bon!* Una vez vestido como el más elegante de los ingleses me mezclé entre la gente del pueblo, entre los muleros y gitanos. Una noche llegué a beber del mismo odre que un prisionero de galeras. Todo era poco para que yo conociera al verdadero pueblo español. Me he propuesto conocerlo tan de cerca que estoy decidido a presenciar hasta una ejecución si es necesario. Pues, ¿qué? ¿Los franceses no ejecutamos, acaso? Si no se sabe cómo trata un pueblo a sus miserables no sabremos de qué pueblo estamos hablando.

—¡Pero nosotros también somos el pueblo de España! —exclamó un burgués de la sala algo indignado por la actitud de Mérimée.

—*Au contraire, mon ami*, los condes, los acaudalados, los famosos y los afortunados son iguales en todas partes. Pero el pueblo, *oh mon Dieu!* Ése es el que está en la calle, el que asiste a las corridas de toros, el que insulta al matador por no descabellar como Dios manda.

—Parece que entiende mucho de toros. ¿No se opone usted a las corridas? Con frecuencia los extranjeros nos tienen por bárbaros debido a ellas —añadió otro espectador.

Mérimée se quedó un poco pensativo y respondió:

—La primera vez que entré en la plaza de Madrid temía no poder soportar la vista de la sangre. Temía que mi sensibilidad, de la cual desconfiaba, me pusiera en ridículo. Pero no hubo nada de eso. El único argumento que no se atreve nadie a aducir y que, sin embargo, no tendría réplica, es que, cruel o no, este espectáculo es tan interesante, tan atractivo y produce emociones tan fuertes que ya no se puede renunciar a él cuando se ha resistido el efecto de la primera corrida a la cual se asiste. Entre los españoles de la clase alta pocos hay que no sientan una cierta vergüenza al confesar su gusto por un género de espectáculo tan cruel, así que buscan las más graves razones para justificarlo. Pero ante todo es una fiesta nacional. Esta palabra, nacional, bastaría por sí sola, pues el patriotismo es igual en España que en Francia.

Hubo un instante de silencio en el gabinete que fue seguido por un total desconcierto. Pero muy pronto una mujer se puso en pie, aplaudió y prorrumpió un entusiasta «¡Bravo!», tan enérgico que todos la siguieron y aplaudieron hasta convertir la sala en una manifestación de solidaridad.

La condesa de Teba se acercó a mi padre, sonriente.

—Son tiempos difíciles, el patriotismo es necesario para serenar el espíritu, ¿no le parece?

Mi padre levantó los hombros con total despreocupación.

—No sé qué decir, ni siquiera sé si soy un buen patriota.

La condesa lo tomó del brazo y lo palmeó con ternura, advirtiéndole de su confianza.

—Aquí está usted a salvo de cualquier idea, política o religiosa. Mérimée temía que no lo dejaran entrar en la aduana por su fama de liberal y antiafrancesado. Sí, ya lo ve; nunca estuvo de acuerdo con que nos invadieran los franceses a pesar de ser uno de ellos. Yo creo que emplea la lógica por encima de la política. Lo debería conocer usted más íntimamente, seguro que congeniarían.

—Eso que ha dicho de las corridas de toros… ¿es cierto que piensa así?

—Totalmente.

A mi padre le resultó cuando menos chocante que un hombre tan liberal fuera un defensor a ultranza de la fiesta nacional. Pero así era en verdad, pues lo dejó bien escrito en una de sus cartas.

—¡Próspero! —exclamó la condesa, que siempre lo llamaba así, al estilo español—. Venga usted aquí, que he de presentarle a un buen amigo.

El francés bajó del estrado entre los espectadores que querían acercarse a él y lo abrazaban y felicitaban al tiempo.

Fue presentado a mi padre y desde ese mismo instante comprendió Manuel Cid que aquel hombre sería bien conocido en España y en el mundo entero, pues presagiaba tener el don de la escritura.

—La señora condesa me ha contado todo lo que hay que saber del Romancero español, de los antiguos moros de Granada, de las leyendas y el folklore de este país. Pero estoy seguro que usted me podrá contar algo más.

—Todo lo que necesite —se ofreció mi padre—. O si lo prefiere puedo enseñarle la ciudad. ¿Conoce la Alhambra?

—¡Oh, me encantaría! *Magnifique!*

—Pero una ejecución pública no puedo proporcionarle —bromeó mi padre—. ¿Es cierto que desea presenciar una?

—Creo que en España los establecimientos penitenciarios son mejores que los de Francia. Una vez vi a unos presidiarios construyendo carreteras que no me parecieron desventurados en extremo. Comían en grandes ollas un puchero igual que el de los soldados que los custodiaban. Y lo que más me sorprendió es que el pueblo español no rechaza a estos miserables, porque en Francia todo hombre que ha estado en galeras es un ladrón o cosa peor. En España, por el contrario, una persona honradísima puede estar privada de su libertad por sus opiniones y eso le hace ser querido por el pueblo.

A mi padre le cayó bien aquel francés tan explícito en sus comentarios.

—Bien, querido Próspero —medió la condesa—. Con estas opiniones no sé si podrá volver a Francia o, como bien dice, lo llevarán a galeras por hablar más de la cuenta. Pero a mí me gustaría ahora que nos contara una historia intrascendente, porque tengo una preocupación que me corroe el alma y sólo quiero diversión.

—¿Cómo? ¿Una señora tan bella, preocupada?

—Como se lo cuento. ¡Mi cuñado nos está dando un quebradero de cabeza! Ahora va y se enamora de una cigarrera…

—¡Oh, no podría culparle! ¡Es que las cigarreras españolas son encantadoras! Conocí una en Sevilla muy apasionada…

—Pues puede escribir una historia con la cigarrera de mi cuñado. La tal Carmen es una auténtica arpía, de las de armas tomar.

Mi padre callaba, observaba y escuchaba. No era consciente de que en aquel momento Mérimée acababa de gestar su personaje más famoso, el de Carmen, la cigarrera. Los que los conocieron dijeron que así fue, que a Mérimée le dio la idea la condesa de Teba, con quien mantuvo una relación tan peculiar como controvertida. Pero sería una década después cuando el francés se decidiera por hacer universal su personaje plasmándolo en una novela.

Finalizaba ya la velada y la gran mayoría de los invitados se marchaban cuando mi padre vio que Angelina, condesa Di Mare, se aproximaba con gesto decidido. Cuando estuvo frente a él le tendió la mano.

—No han tenido la cortesía de presentarnos, así que, aun sabiendo que me conoce, al menos de cruzarnos por El Salón, me presento formalmente.

—A sus pies, señora —dijo educadamente.

La condesa era de una rara belleza. Demasiado exuberante para la España del momento, muy exótica, de rasgos profusos, labios carnosos y pechos turgentes, que empequeñecían a cualquier española que se pusiera a su lado, no por fea, sino por discreta.

—Aunque usted no lo sabe —continuó con claro acento italiano— tenemos amigos comunes. Uno de ellos me ha contado que es usted un excelente acompañante. Yo, sin conocerle aún y sin haber mediado palabra con usted, necesito pedirle un favor.

Angelina di Mare parecía necesitar tanta ayuda que mi padre no pudo por menos de responder:

—Si está en mi mano, soy todo suyo.

Angelina pestañeó varias veces, parecía coquetear.

—Verá… dentro de unos días vendrá a Granada el señor David Inglis. Es un gran escritor, un viajero empedernido al que mi esposo, el difunto conde, no hacía más que alabarle las bellezas de España. Yo, como usted comprenderá, con este luto, no estoy en condición de pasearme del brazo de un inglés por la ciudad. Yo había pensado, ciertamente, que usted podría ser un excelente acompañante. Sin duda aprendería mucho de Inglis, es un hombre de mundo y usted podría enseñarle la Alhambra y todos los monumentos de Granada.

Manuel Cid se quedó pensativo unos instantes y luego afirmó.

—Bien, no encuentro ningún inconveniente. Será un placer.

—Sabía que podría contar con usted. Desde hoy le debo un favor.

Lo dijo con una insinuación inquietante que mi padre reconoció pero que obvió por decencia. Sin embargo, recapacitó y luego, educadamente, le contestó:

—Tiene usted una niña muy bella. Tal vez, algún día, me dé la autorización para pintar sus ojos. Son los más azules que he visto nunca.

Angelina cortó en seco su sonrisa. Claramente le había molestado la petición de mi padre, pero no por decoro, sino por envidia.

—Bien —replicó por cortesía—. Será un honor para la familia tener un Cid en nuestra galería. Seguro que con el tiempo llegará a ser un destacado pintor.

Mi padre sabía que lo decía por decir, pues nunca anheló ser famoso, ni se vanaglorió de ser buen pintor. Lo que mi padre deseaba de veras era pintar las ruinas de Granada, como si con ello pudiera conservar cada uno de los monumentos de la

ciudad y evitar su deterioro plasmándolos en un papel. Claro que lo de pintar los ojos de Francesca, la bella niña de la condesa, era por otra cosa.

Muchos inconscientes han arrancado trozos de la decoración de las paredes en distintas partes de la Alhambra, pero la vieja que ahora acompaña al visitante cumple su cargo tan cuidadosamente que, a menos que sea asequible mediante el soborno, me parece difícil que pueda cometerse un hurto.

David Inglis, *Spain in 1830*

Soportando temperaturas gélidas para ser noviembre, mi padre y su amigo Julianito Mínguez se dispusieron a cumplir su palabra con la condesa. Iba mi padre con el estudiante de arte por tener éste facilidad de lenguas, con la esperanza de que su verborrea inglesa pudiera servirles de ayuda con el escritor, que por lo que parecía sabía poco o nada de nuestro idioma.

Llegaron ambos a la fonda del Comercio, una de las más destacadas de la ciudad. Decían de ella que era cómoda y moderna, pero cuando mi padre tocó a la puerta de la habitación de Inglis con los nudillos y ésta fue abierta por orden del extranjero, su decepción fue justificada.

Se encontraba David Inglis metido dentro de la cama, vestido por supuesto, mientras se tomaba una taza de té. No era cuestión de excentricidad sino de necesidad, pues en la habitación no se conocía el brasero y era muy probable que en la calle se estuviera a temperaturas bajo cero.

—¡Pasen, pasen! —exclamó en inglés—. No estoy enfermo, como puede suponerse, es simplemente que no he pasado más frío en toda mi vida.

Julián Mínguez tradujo como pudo y mi padre sonrió intentando tranquilizarlo.

—Granada es así. En noviembre se congelan las aguas del Darro y en el verano desearíamos tenerlas heladas para bebérnoslas.

Inglis quedó paralizado sin comprender y los tres sonrieron forzadamente. Así que mi padre optó por no hacer comentarios innecesarios.

—¿Desea visitar mañana la Alhambra?

—*Oh*, *yes*, *yes*. La Alhambra —afirmó Inglis.

Todo se decidió en aquel momento, y los tres volvieron a sonreír incómodamente.

Pero el destino media sin proponérnoslo. La frialdad, tanto meteorológica como humana, que se alcanzó en aquella habitación se vio forzada a acabar rápidamente. Unos gritos de auxilio penetraron por la única ventana que daba a la plaza y cuando mi padre se asomó para ver qué sucedía, unas altas llamaradas lo cegaron. Se había declarado un incendio.

—*Oh, my God! My God!* —exclamaba aquel señor sin saber si salir de la cama o

acurrucarse en ella—. *Fire!*

Mínguez consiguió calmarlo con palabras ininteligibles para cualquier anglosajón, dado el estado de nervios que alcanzó el tímido estudiante. Mi padre, más decidido, fue a salir por la puerta, pero el dueño de la fonda se encontraba en los pasillos animando a todos los viajeros a resguardarse dentro de sus habitaciones:

—Los bomberos están en camino, no hay peligro. No hay peligro —decía moviendo las manos como las aspas de un molino—. No hay peligro, no hay peligro.

Muy pronto comenzaron a batirse las campanas de todas las iglesias de Granada. No era un sonido desconocido para un granadino, pues con frecuencia los incendios asolaban parte de las viejas casas de la ciudad. A las campanas de las torres de las iglesias le seguía el repiquetear de la campana más alta de la ciudad, la de la Torre de la Vela, y cuando éstas habían llegado a un acorde se oían, en la lejanía, los ladridos de los perros, algunos domésticos y otros callejeros, que parecían advertir del suceso allí donde estuvieran.

—Pasará pronto —dijo mi padre.

Pero la celeridad no es virtud del español, como pudo observar el señor Inglis; ya es sabido que el incendio ha de devastar se apague o no se apague.

Muy sorprendido se quedó el escritor de que mi padre y Mínguez se lo tomaran con tanta calma. Tal vez por eso, por la serenidad con que le obsequiaron, Inglis fue capaz de salir de las frías sábanas de la cama, ponerse los botines y asomarse a la ventana, desde donde pudo observar el movimiento social que produce un incendio. De él tomó notas y luego las añadió al libro que escribió, titulado *Spain in 1830*. Un título poco representativo de lo que finalmente narró, pero en cualquier caso objeto de agradecimiento para cualquiera que pretenda saber y recordar aquel lejano año de mi siglo.

Cuando el fuego empezó a apaciguarse, ya fuera por la intervención de los vecinos o de la bomba de agua del Cuerpo de Zapadores-Bomberos, la escena se tornó rápidamente hacia otro interés. Las campanas de las iglesias se transmutaron en otro sonido mucho más íntimo y bello: el del virtuosismo de unos monjes que se echaron a la calle junto a una imagen de la Virgen con la que pretendían, mediante su procesión callejera, sofocar el fuego con total impunidad.

David Inglis dijo algo en inglés. Y luego rio. Mi padre se volvió a Mínguez para rogar que tradujera:

—Dice que a buenas viene ahora el milagro… cuando ya han apagado el fuego los bomberos.

Mi padre miró a Inglis. Desde entonces le cayó bien aquel señor tan estirado.

Henry David Inglis llegó a España impulsado por la aventura irracional que prometían los viajeros de principios de siglo. No hay que olvidar que todos los ingleses, franceses o americanos que aparecieron en nuestro país huían del viaje

programado, de la visión correcta de una Europa civilizada que, aunque muy digna, resultaba tediosa.

En España todos los Irvings y todos los Inglis, todos los Mérimée y los que llegaron después perseguían la originalidad, la improvisación y a veces hasta la barbarie de los españoles. Todo ello, sin proponérnoslo, se lo ofrecíamos a cuantos llegaban.

Les ofrecíamos ruinas, incendios devastadores, desidia administrativa, niños harapientos, pero también mostrábamos nuestro lado más español: los bailes, la alegría, la generosidad y la caballerosidad que, con frecuencia, usábamos para sentirnos más importantes. Richard Ford había dicho que en todo español hay siempre un hidalgo, no importaba cuántos harapos vistiera, por eso los pobladores de la Alhambra, míseros hasta el tuétano, se denominaban a sí mismos «hijos de la Alhambra», dándose una categoría social que bien podía competir con cualquier condesado.

Inglis no era una excepción. Como británico y caballero se aprovechó de todas las diferencias que encontraba entre un español y un inglés. Y eso que en su país natal también conoció de las envidias y la desprotección de las artes, cosa común en todos los países sean éstos ricos o pobres.

He de decir que no sólo mi padre se sintió atraído por Inglis. Sirva un ejemplo para observar su carácter. Yo tuve el placer de leer su libro *Spain in 1830* y al traducir su dedicatoria me compenetré tanto con él que de haberlo conocido en persona supe, de inmediato, que hubiéramos congeniado. Ésta la dirigió a su primo, que acababa de alcanzar honores en la política, y decía así:

> *Desde que nos vimos por última vez hace ocho años, tú te has convertido en un Par del Reino, yo he alcanzado la posición de Autor. Cuando un hombre agrega un título a su nombre todo el mundo se entera, pero cuando empuña la pluma, es milagro que lo sepa alguien fuera de él.*

Gran hombre, sin duda, el señor Inglis. ¿No les parece?

A mi padre le fue fácil llegar a un entendimiento con el escritor, aun encontrándose en inferioridad de condiciones por su desconocimiento del inglés. Mínguez traducía e Inglis, con gran esfuerzo, intentaba pronunciar alguna palabra en español. Así, pudieron hacerse una idea completa de los mundos que los separaban.

Al día siguiente del incendio, luciendo el sol de noviembre, David Inglis parecía más animado y menos entumecido que la tarde anterior. Tal vez ayudó que el escritor era profundamente curioso y a cada paso miraba y preguntaba sobre las costumbres de los españoles.

Atravesando la populosa Plaza Nueva en el momento en que los verduleros habían extendido sus puestos de frutas y hortalizas, Inglis se paró a observar las granadas, llegando a comprar una y abrirla con una navaja. La olió, comió uno de sus granos y saboreó con buen ánimo.

Tampoco perdió la compostura cuando unos chiquillos lo rodearon haciendo mofa

de él, caminando como él lo hacía con su bastón bien tieso. En vez de replicarles ofreció unas monedas que los chicos tomaron como felinos hambrientos, sabedores de que el regalo les suponía la cena.

—¿Adónde van tan aprisa? —preguntó Inglis.

—Van a comprar una patata asada —contestó Mínguez.

En aquel tiempo la patata era un alimento barato y fácil de obtener. Muchos vendedores ambulantes las asaban con artilugios de invención propia en plena calle y los chiquillos y mendigos se daban un banquete en cuanto tenían unos reales.

—¿Qué hace ése hombre? —preguntó Inglis asombrado.

Ambos miraron. Señalaba el caballero a un tabernero que, en la misma puerta de su negocio, bebía a morro de una bota de vino. Le resultó a Inglis muy simpática la manera higiénica que tenía el español de beber, y todavía no conocía el porrón ni el botijo.

—¡Espléndido! —dijo el viajero—. ¡Vino y patatas! ¡Vino y patatas!

Continuaron atravesando la plaza. Una tartana los echó a un lado. Los vendedores gritaban sus mercancías, y un sacerdote los abordó con una imagen de la Virgen debajo de la cual llevaba un pequeño cepillo en donde los creyentes echaban unas monedas. Inglis no coló ninguna, así que una señora, muy recatada ella, que pasaba a su lado le hizo un mohín que lo identificó como hereje categórico. Así eran las beatas españolas. Tras la ferviente señora pasaron otras dos señoritas, muy puritanas y educadas, que se dirigían a una boda; iban bien vestidas y parecían de buena familia, pero todo ello no les impidió que lo miraran de arriba abajo, sin pudor ninguno.

—¡Disculpe! —dijo mi padre—. Es que en Granada no estamos acostumbrados a ver ingleses…

Eso lo entendió muy bien Inglis, pues se volvió algo indignado hacia mi padre.

—*I’m Scottish, please*.

—Dice que es escocés —sentenció Mínguez—. Parece que entre ellos se diferencian.

Mi padre se disculpó por su ignorancia y prosiguieron, pero advirtió de la ingenuidad con que los españoles trataban, igualmente, a los extranjeros. Sin duda, nosotros incurríamos en un error al intentar confundir la parte con el todo, englobando a todos los extranjeros, en este caso a los escoceses, en el saco de la generalidad. A fuerza de sentirnos confundidos con portugueses o con árabes, los españoles respondíamos con la misma moneda a todo extranjero que tuviera la valentía de visitarnos.

Tal vez por eso, Manuel Cid recapacitó y se preguntó cómo nos veía ese hombre gélido y de piel transparente, qué le sorprendía de nuestra actitud o qué le repelía de nuestro comportamiento. Todo el camino hacia la Alhambra lo pasaron los tres hombres comentando estas extrañezas y tanto Mínguez como mi padre tuvieron que reconocer que aquel inglés —quiero decir aquel escocés— era más amigable de lo que suponían.

Dijo Inglis que antes de llegar a Granada había pernoctado en una venta de cuya actividad habría de extraer ciertas notas para su libro. Lo primero que le sorprendió a la llegada es que tanto a extranjeros como a nacionales, tanto a adinerados como a humildes, el ventero trató de igual manera, lo cual deberían aprender en algunos puntos de Gran Bretaña, donde algún que otro lord tomaba como suya la fonda que ocupaba.

Dijo también el escocés que le sorprendió ver que ninguna de las ventas de España, fueran más grandes o menos, tenían en las ventanas cristales; tal vez por eso se agradecía el contacto con el mundo animal, cuya proximidad en establos podría presuponer una incomodidad. Pero aquel escocés de buenos modales se amoldaba a todo: incluso se atrevió a pinchar con una navaja dentro de una olla en la que compartían varios viajeros el estofado, y ya es decir mucho para un extranjero.

Atravesaron la Puerta del Vino charlando amigablemente, tanto que no se dieron cuenta de los improperios que les debieron de dedicar los inválidos de la Puerta de la Justicia cuando les ignoraron sin darles la propina que todo visitante debe, en conciencia, a la pobre gente que la guarda.

Apenas oyeron sus pisadas, la Tía Antonia salió de los palacios. Era como si después de Irving la anciana mujer estuviera preparada para saludar a todos los visitantes, instaurándose como guía oficial. Saludó Manuel Cid con deferencia y preguntó por Dolores:

—Se encuentra indispuesta, mi niña —dijo—. Ya sabe usted, la maternidad.

Julianito Mínguez se quedó de piedra. Y mi padre, claro está. Pero ambos se alegraron de la buena noticia, que por otra parte era de esperar, pues el casorio hacía ya algunos meses que se había producido.

Desde aquel momento Mínguez estuvo mucho más reservado y hubo que sacarle las traducciones a empellones, pues se declaró deprimido y sin ganas de vivir. Cosas de Julianito, sin duda.

Anduvieron por toda la Alhambra pero hicieron especial hincapié en el Patio de los Leones, donde a Inglis le sorprendió en exceso la construcción de la fuente. Estuvo varios minutos dedicado a observarla y tomar notas.

—¡Trece leones! —exclamó en español.

—Doce —corrigió mi padre.

—Trece.

—Doce.

Hubo un tira y afloja pero finalmente creo que mi padre lo convenció. Seguramente fue en aquella ocasión cuando Manuel Cid tuvo la revelación de ver con ojos nuevos aquella fuente. Muchos de los granadinos que pasean por los palacios ignoran esta pequeña obra de arte, sin duda desmejorada por la voluptuosidad de los techos de escayola. Para algunos, la fuente es como un adorno curioso pero construido con manos groseras que no pudo igualar a la elegancia del resto. Nunca

sabremos si el patio hubiera sido igual sin aquella fuente, pero lo cierto es que aquel enclave público y visitado se convertiría años más tarde en un lugar íntimo y particular. Cada león tendría para mi padre un significado especial y alentador, pues junto a esa fuente encontraría al amor de su vida.

En su libro, recogió el escocés una traducción de la inscripción de la fuente. No sé si es literal o si carece de exactitud, pero merece la pena repetirse, pues sea cierta o no, se encuentre en la fuente o no, sólo su significado expresa en sí mismo el concepto armonioso de la Alhambra:

> *La pureza del alabastro y del agua rivalizan entre sí. Si quieres distinguir el agua, mira cuidadosamente la taza, porque ambas pueden ser líquidas o ambas sólidas. El agua parece envidiar la belleza de la fuente que la contiene, y ésta está celosa del agua de cristal. Hermoso es el arroyo que brota de mi seno, lanzado al aire por la generosa mano de Mahoma. Su generosidad excede a la fuerza del león.*

Si no lo han entendido vuelvan a leer el párrafo; léanlo si es necesario varias veces, pero entiéndanlo. Y luego cuando vayan a ver la Alhambra piensen en ello.

RICHARD FORD
1831

Pero para comprender la Alhambra es preciso vivir en ella y contemplarla en la semioscuridad del atardecer, que tan bello es en el sur, y cuando los destrozos son menos evidentes que vistos a la plena luz del día.

Richard Ford, *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa*

Cuando llegó la primavera de 1831 mi padre se planteó que no había vuelto a visitar a Dolores Molina ni preguntado cómo evolucionaba su estado de buena esperanza. Sin decirle nada a Mínguez —pues presumía que éste continuaba ajado por la tristeza— se dirigió a la Alhambra y allí donde los aguadores descansan y las mulas de los chalanes beben de los frescos manantiales se detuvo mi padre a contemplar la gran explanada, las altas torres de la alcazaba y los frutales que allí plantados empezaban a florecer presintiendo el buen tiempo.

Respiró hondo y llenó sus pulmones del olor de los naranjos, de los tilos y los olivos, a riesgo de estornudar debido a su alergia, pero no pudo remediar sentir un escalofrío de placer al volver a recorrer aquel paraíso.

Entró en los palacios para ver a Dolores, a la que encontró sin esfuerzo, sentada en una hamaca, balanceándose mientras cosía una suave tela de Holanda, de las que llevan los niños en sus cunitas. Tan pronto vio Dolores a mi padre quiso levantarse, pero su prominente barriga le impedía realizar movimientos veloces. Tuvo que decirle él que no lo hiciera, que descansara, que ya buscaría otra silla. Como sucediera años después en mis charlas con la dicharachera Dolores, bajo las arcadas del Patio de los Arrayanes, se pusieron a hablar.

—¡Qué alegría me da el señorito! Cuénteme, cuénteme. En mi estado, la Tía Antonia no me deja bajar a la ciudad y yo reviento por saber las nuevas que hay por Granada.

Mi padre dejó su bastón apoyado en una de las columnas y suspiró:

—No son buenas noticias las que hay en la ciudad. ¿Sabe lo de Mariana Pineda?

—¿La Pinedita? ¿Qué ha sido?

—La han detenido. No sé si ya la habrán llevado al Beaterio de Santa María Egipciaca, ya sabe que allí van a dar todas las mujeres de mala fama, incluidas las prostitutas y las presas políticas.

—Pero ¿qué ha hecho?

—Dicen que bordar una bandera…

—¿Bordar? Si me consta que no sabe.

—Pues encargar el bordado a unas criadas.

—¿Y eso es delito?

—Sí, si se bordan las palabras «Libertad, Igualdad y Ley» sobre tafetán morado.

Dolores comprendió. Mariana Pineda había sido arrestada por traición al Rey y por defender las libertades. Una lágrima muy puritana le resbaló a Dolores por la mejilla. Sacó un pañuelo para limpiársela.

—Me lo han ocultado, supongo que para no darme problemas. Así que Granada está así… ¿Y qué dice la gente?

—Nada, ¿qué han de decir? No se puede hablar por miedo a ser detenido. Aquí en la Alhambra estáis a salvo.

Dolores se balanceó en su hamaca y suspiró:

—¿Y usted, señorito? ¿Es feliz?

Le sorprendió a mi padre la pregunta. Se lo pensó un rato y luego contestó:

—No. Mi padre quiere casarme.

—¡Oh, pero eso es…!

—Una obligación.

Dolores sintió pena por Manuel Cid, un hombre tan agraciado, tan sensible, tan buen amigo de sus amigos y tan triste.

—Usted tampoco ha encontrado a su mujer… —aseguró la joven con amargura, ocultando sentimientos que no quería filtrar a través de su mirada. Se palpó su vientre hinchado.

—Yo, por ahora, sólo deseo dedicarme a pintar. Y de vez en cuando venir a visitar la Alhambra, que no es poco.

Dolores abrió los ojos como afectada por un dolor incontrolable. Pensó mi padre que ya se aproximaba el parto cuando la joven guardesa exclamó con total regocijo:

—¡Ah, se me olvidaba! ¡Qué cabeza tengo, Virgencica! ¿Pues no sabe la noticia que yo tengo que darle? Pues que tengo un nuevo inquilino en las mismas habitaciones del señor Irving. Es un señor inglés que ha venido con su familia. Su esposa está delicada de salud y han venido a Granada a tomar los aires. ¿Y sabe qué? Conocen al señor Irving muy bien. Creo que hasta han hablado de usted.

Dolores se puso en pie con la ayuda de mi padre y luego, con su acentillo granadino, gritó:

—¡Tía! ¡Tía! ¡Avise usted al señor *For*, que ha venido el señorito Cid!

Y así fue como mi padre conoció a Richard Ford, escritor y pintor, y una de las personas que más hizo por la Alhambra y por Granada.

Richard Ford había nacido en Inglaterra en 1796. Había estudiado en Winchester y en Oxford y completado sus conocimientos en materia de derecho. Era un amante de los viajes, y había recorrido ya Italia y Francia. La salud de su esposa, Harriet, le había

hecho decidirse por un clima más benigno, por lo que decidió venir a Granada, y la experiencia fue tan grata que, en lo venidero, Ford, bien solo o con la familia, volvió a la ciudad de la Alhambra varias veces a lo largo de su vida hasta compendiar una inmejorable documentación sobre nuestras costumbres que ayudaron a que los españoles no fuéramos considerados tan bárbaros a los ojos de los extranjeros.

Cuando apareció Ford se mostró amable y respetuoso. En esos momentos, tanto su mujer como él mismo realizaban bocetos de la parte de la Alhambra que daba al Jardín de Lindaraja. Nuevamente, las antiguas habitaciones de Irving volvían a usarse para un nuevo viajero, y aunque al principio a Dolores le invadió una terrible desazón por verlas usadas por inquilinos distintos a su adorado Irving, finalmente reconoció que la Alhambra deseaba que la comprendieran y eso sólo se conseguía viviéndola muy de cerca.

—Pasamos el rato haciendo dibujos —dijo Ford en un aceptable español—. Mi mujer, Harriet, me supera en calidad, pero a los dos nos divierte. ¡Hay tanto que pintar en la Alhambra!

—Sí, bien lo entiendo —aseguró mi padre.

—¡Por supuesto! Usted es también pintor. Me lo dijo Washington, quien me da gratos saludos para usted.

—De su parte los tomo —afirmó.

—¿Le placería dibujar con nosotros mañana mismo? Será agradable comentar con usted las costumbres españolas. Nunca se sabe, tal vez escriba algo en el futuro.

—Será un placer. Mañana vendré con mi caballete.

Así se despidió mi padre, animado por la invitación sincera de otro colega. Pero cuando se volvió para despedirse de Dolores la vio gimoteando; seguramente recordaba la noticia de Marianita. Granada se había vuelto despiadada y peligrosa, así que tomar los pinceles era de las pocas cosas que podía hacerse sin miedo a ser detenido por traición.

Ford resultó un entretenido compañero. Preguntaba mucho, tanto, que mi padre tenía que decir a veces «no sé» y otras «lo consultaré». Su inquietud abarcaba todas las áreas culturales españolas: la elaboración de la comida, la calidad de las fondas, las corridas de toros, los espectáculos… nada había que no pudiera ser motivo de interés.

—He notado que en España gusta más el chocolate —decía Ford—. ¿No les gusta el té?

—Sólo cuando nos duele el estómago.

—Pues bien lo tienen que tener si desayunan todos los días una jícara de chocolate espeso con su correspondiente pan frito.

—No nos quejamos. Los españoles somos fuertes.

—Y los granadinos muy apuestos y elegantes —añadió Harriet.

—¿De veras? —se asombró Ford—. A ti te ha intrigado un majo que vimos a la

entrada de la ciudad, moreno y bien formado.

—¿Un *mago*? —repitió la esposa, menos versada en lenguas.

—Majo, querida. Son los dandys españoles.

—Pero algo más peligrosos —recalcó mi padre—. Su navaja los delata.

—Todo me sorprende de este país, amigo Cid, la calidad humana de sus gentes, la felicidad que todo español lleva dentro.

—Pues entonces yo debo de ser una excepción —afirmó mi padre con total ironía.

Ford lo miró y exclamó:

—¡Oh, pero usted es un romántico! Y los románticos siempre están tristes.

El inglés tenía razón, y muy especialmente en aquellas fechas. Manuel Cid presentía que le llegaba la hora de formalizar su matrimonio con una joven de buena familia que mi abuelo conocía por tener negocios con su padre, y esa hora se le parecía a mi antecesor como la hora de la horca.

—Bien —finalizó mi padre—, si soy un romántico, démonos a los placeres y cuidemos el espíritu. ¿Se apuntan ustedes a un michi-michi? Dolores lo sabe hacer muy bien.

—¿Un michi qué…? —preguntaron inquietos los Ford al haber dado con una nueva palabra española.

—Es un refresco hecho de agua de cebada y horchata de chufas; cuando estuve en Madrid a visitar a mi tío lo probé y, créanme ustedes, es una delicia.

Mi padre hablaba de mi tío abuelo Leandro, a quien he de agradecerle muchas cosas; gran parte de mi infancia la pasé a su cargo y de él parten todos los recuerdos del Madrid de la década de 1850. Pero finalmente, Dolores no tenía chufas, así que se tuvieron que conformar con un quesito, o sea, un helado enfriado en un molde elaborado con nieve de primavera y mucho azúcar.

Fueron deliciosas esas mañanas en el recinto de la Alhambra, pintando columnas desplomadas, puertas abatidas por el viento, recintos olvidados dentro de los palacios. Con todas las notas que Ford pudo compendiar durante los años 1831 y 1833 escribiría un libro a mediados de los años cuarenta, titulado *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home*, que sería traducido en España como *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa*. En él habló de la Alhambra y dijo:

> *Pocos granadinos van a visitarla, ni comprenden siquiera el interés total, la devoción concentrada que despierta en el forastero. Es triste esta falta de aprecio por la Alhambra por parte de los naturales; completa en cierto modo la decadencia de la estructura al quitar incluso a las ruinas su prestigio abstracto. ¡Ay de España, rica, ciertamente, en ruinas y recuerdos!*

Con la documentación que no pudo utilizar en este libro escribió otro más completo años después. *Las cosas de España* ha sido y será uno de los libros más sorprendentes de mi siglo. Con el aprecio que nos tuvo y lo bien que nos conoció

Ford supo distinguir de nosotros, los granadinos, esa virtud tan española de la desidia, de la vagancia, que ha hecho tanto daño a lo que es nuestro, que han de magnificar los otros para que nos demos cuenta de nuestro mérito. Esto nos pasó con la Alhambra.

Disertaciones aparte, sobre Ford y las miserias españolas, mi padre disfrutó mucho compartiendo su tiempo de pintura con aquella respetable familia. Aunque no sólo disfrutaron buenos tiempos, también la execrable política que nos gobernaba en aquel momento y que permitió que una mujer, rubia y de ojos azules, subiera al cadalso un 26 de mayo de 1831 para convertirse en una leyenda viva de nuestra ciudad.

El día en que ajusticiaron a Marianita Pineda llegó a la Alhambra un agotado Julián Mínguez. Subió sin resuello por la calle de Gomérez con intención de plantarse en los palacios y contar lo visto en el patíbulo a todos los visitantes y guardianes del monumento nazarí. Como era de esperar encontró a mi padre pintando con los Ford, que intentaban calmar su desazón con el pincel. Julianito se quitó las gafas para limpiarlas con su pañuelo y dijo:

—¡Una injusticia, señores! ¡Una injusticia donde las haya! Pero ¡qué quieren! En Granada no se puede ni suspirar.

Lo ayudaron a sentarse y le dieron de beber. Dolores se le puso muy cerca para ser testigo fiel de lo que contaba. Su mano temblorosa acariciaba su barriga salida de cuentas, pero no quería sentarse pues algo le inquietaba su interior.

—Nunca la he visto más bella, a la pobre Marianita, con su melena rubia cayéndole por los hombros, tan rubia que destacaba sobre el birrete y la saya negra. Dicen que la quisieron obligar a desvestirse, incluso a quitarse las ligas, por si acaso le daba por suicidarse, pero ella dijo que no, que no iría con las medias caídas al patíbulo, que ante todo su dignidad, y así lo hizo. Pedrosa, el juez que ha urdido todo este complot, la amenazó si no delataba a todos sus compañeros, pero ella respondió: «Nunca una palabra indiscreta escapará de mis labios para comprometer a nadie». ¿Se dan cuenta qué gran mujer? Yo me muero sólo de vergüenza de ver cómo en España matamos a lo mejor de nosotros… ¡Una infamia, sí señores!

Hubo que calmar a Mínguez y rogarle que se compusiera, pues aunque la Alhambra estaba fuera de peligro, nunca se sabía dónde podía haber delatores. Con todo, se volvió a limpiar las gafas y continuó:

—Después de que el pregonero diera sus redobles de tambor y anunciara la sentencia, Marianita fue conducida maniatada. Menos mal que le dieron el privilegio de montar sobre una mula atendiendo a su noble condición. Cuando llegó al patíbulo todo el mundo lloraba y sólo se oían los sollozos de hombres, niños y mujeres. Nadie decía ni una sola palabra de desaprobación y si alguien tenía la osadía de hacerlo lo acallaban rápidamente. Pusieron a Mariana la garganta de hierro y apretaron el

garrote con tanta fuerza que quedó inmóvil como un pajarito, y su pelo rubio cayó sobre su cara ocultando el rigor de la muerte. El llanto del público se convulsionó como si saliera únicamente de una sola persona. Entonces…

—¡Ay, tía! —gritó Dolores, que acababa de apoyarse sobre una de las columnas—. ¡Tía, llame a Manué, que estoy de parto!

—¡La emoción! Era de esperar… Voy *volá*… —dijo la vieja.

Nadie prestó, entonces, atención a lo que Mínguez iba diciendo. Todos se volcaron hacia los gestos de dolor de la guardesa, a la que introdujeron cuidadosamente en sus habitaciones.

Se quedaron todos, visitantes granadinos e ingleses, a esperar la llegada del nuevo miembro de la familia alambreña; como el parto se dilató al ser primeriza, hubieron de esperar parte de la tarde.

Llegada ya la noche y habiendo salido Manuel Molina a dar la noticia de que era padre de una niña bien regordeta y hermosa, todos se regocijaron de que el destino siempre se compensa. Una vida se perdió a cambio de otra nueva. Dolores sugirió que pusieran Marianita a la niña, pero Manuel dijo que dada la situación política podría considerarse una traición, por lo que, finalmente, se convino que llevaría el nombre de Dolores Antonia, por la madre y por la tía.

Al anochecer, cuando mi padre y su amigo volvían caminando por la Cuesta de los Chinos hacia el Paseo de los Tristes, ya se oía la canción:

¡Oh, qué día tan triste en Granada
que a las piedras hacía llorar
al ver que Marianita se muere
en cadalso por no declarar…!

JOSEPH PHILIBERT GIRAULT DE PRANGEY, DAVID ROBERTS y JOHN FREDEDRICK LEWIS 1832-1833

De todas sus glorias, de todas sus maravillas, a la Alhambra sólo le quedan aquellas que ni el tiempo ni los hombres le han podido quitar y que son su cielo y las brisas perfumadas de sus montañas; pero sus palacios de oro y de azur, sus mezquitas de cúpulas radiantes, sus minaretes, incluso sus jardines, todo ha desaparecido. Dos o tres conventos, algunas familias miserables, establecidas entre sus ruinas, viejos inválidos que se mueren de hambre, estos son actualmente los sucesores de los Reyes.

Girault de Prangey, *Recuerdos de Granada y de la Alhambra*

Tal y como sucedió con Irving, cuando Richard Ford dejó la Alhambra toda la colina careció del dinamismo y la alegría de los extranjeros, que, sin quererlo, daban nuevas expectativas a los aburridos alhambreños.

Con la ausencia de Ford, mi padre volvió a recluirse en su casa o a salir al Paseo de los Tristes para poner su caballete y pintar perspectivas del monumento. Muchos de los cuadros los guardaba inacabados, sintiendo una extraña sensación de inapetencia pictórica, de rabia contenida hacia sí mismo, que venía, sin duda, impulsada por su espíritu fácilmente disperso y, por encima de todas estas peculiaridades, la presión que ejercían sobre él sus padres, mis abuelos, sobre el tema del desposorio.

Muchas veces había evitado la conversación Manuel Cid sobre su matrimonio. No quería verse inmerso en la dinámica obligada de unos esponsales negociados, necesarios e inevitables, sin que mediara amor o, cuando menos, conocimiento de la esposa. Pero los años que corrían eran implacables en las costumbres familiares y no dejaban respirar a un ser tan sensible como mi padre.

Aquella tarde, al volver a casa, vio un coche descubierto en la misma puerta de la mansión de los Cid. El cochero esperaba paciente mientras se fumaba un cigarro y de vez en cuando palpaba la larga crin de los caballos de tiro. Parecía un coche de propiedad y no alquilado, lo que indicaba que sus dueños eran personas respetables y acaudaladas.

Al entrar en el zaguán de la casa, un criado se dirigió a él para recogerle los bártulos de pintor, su caja de madera llena de pinturas, sus lienzos y su caballete.

—Señorito, su señora madre le espera en el salón de invitados.

—¿El salón de invitados? ¿Es día de visita hoy?

—No, señorito. Pero la señora dejó dicho que había visita.

—¿Alguien que yo conozca?

—Dos señoras, madre e hija.

Manuel Cid quedó mosqueado. No era la primera vez que su madre le tendía una trampa para que conociera a muchachas de su clase.

—Pues dígale a mi madre que aún no he llegado.

—Pero señorito…

—Sin peros.

Manuel se dirigió a su cuarto rápidamente; no esperó ni a quitarse el gabán algo embarrado de los márgenes del río, a donde había ido a seleccionar perspectivas aún mejores para pintar la Alhambra. Sin embargo, las madres tienen un sexto sentido para lo que bien les interesa. Apenas había llegado a la puerta de su cuarto cuando su madre salió, no supo bien de dónde, interceptándole el camino.

—¡Ah! ¿Ya has llegado? Tarde vienes. Te estábamos esperando.

Manuel Cid no protestó.

—Espera que me quite el abrigo, será sólo un minuto.

—Bien.

Aunque su deseo era olvidarse del mundo tumbado sobre la cama, dejó su gabán sobre una silla, se atusó el cabello y se colocó las solapas de la chaqueta. Fue caminando hacia el salón de invitados con resignación.

Al entrar observó a tres mujeres, una su madre, junto a la chimenea encendida. Las otras dos —como bien había dicho el criado, hija y progenitora— estaban acomodadas en el mejor sitio del salón, frente al ventanal abierto al río Darro, desde donde disfrutaban de una excelente vista de la Alhambra. Ambas tenían el mismo perfil, la misma postura con su taza de té en la mano. Se volvieron al tiempo y miraron al extraño que atravesaba la puerta.

—Oh, aquí está. Disculpen su atuendo. Es que viene de pintar —se justificó mi abuela.

Manuel se acercó a las damas. Tendió su mano e hizo una elegante reverencia.

—A sus pies, señora… señorita.

—Beso a usted la mano, caballero —respondió la joven.

—Son la señora de Benajara y su hija, Bárbara.

Manuel se sentó y se le ofreció un té que rechazó. Su aspecto era osadamente arisco.

—¿Y a qué se debe el placer de su visita?

Mi abuela ya conocía aquel ademán de Manuel, su altivez irónica cuando algo no le gustaba. Así que lo mejor que podía hacer en esos casos era normalizar la actitud, hacer como que no se daba cuenta, ignorar las osadas señales de su hijo. Con una sonrisa ficticia, trató de evitar un posible enfrentamiento.

—La familia Benajara está de paso en la ciudad. Ahora mismo me estaban diciendo lo bonita que les resulta la Alhambra.

—¿Hasta qué día piensan quedarse, si no es incorrección preguntarlo?

—Saldremos para Valladolid después del baile de los García Linares. Ustedes asisten ¿verdad?

—Sí.

—No.

El sí lo había dicho tajantemente mi abuela y mi padre lo había negado. Se miraron en un claro enfrentamiento, pero mi abuela supo salir del paso.

—Mi hijo es poco amante de los bailes, aunque me consta que es buen bailarín. Prefiere estar sólo o en compañía de artistas… cosas que pasarán cuando madure o encuentre esposa.

Barbarita, la estirada hija de los Benajara, se abanicó con destreza. El sonido del abanico sobre su pecho interrumpió el tenso silencio que parecía anticiparse al resto de la conversación. Manuel Cid miró a la joven. Era Bárbara una mujer altiva, no sé bien si elegante u orgullosa, pero sabía sacar partido a su largo cuello y sus hombros rectos.

—Pues mi Bárbara no puede vivir sin los bailes de salón. Aprecia tanto la música que a veces he pensado que se haría compositora o algo semejante. Y el piano no se le da mal, lo toca como los ángeles. Tal vez un día puedan ustedes comprobarlo. Tienen que visitarnos en nuestra casa de campo, Valladolid es una tierra maravillosa.

—Oh, excelente idea —mi abuela pareció entusiasmada con las palabras de la señora Benajara—. Pero todo eso lo podremos concretar en el baile de los García Linares, allí habrá tiempo para todo, incluso para que Barbarita le reserve un baile a mi Manuel; seguro que harán muy buena pareja.

Mi padre no pareció amilanarse ante tanta presión:

—No voy a poder asistir al baile. Seguramente tendré un compromiso en la Alhambra.

—¿Cómo? —protestó severamente mi abuela—. ¡Qué tontería! Pero si tú no tienes nada más importante que hacer que acompañar a este ángel del cielo… ¡Fíjese, señora Benajara, cómo me hace rabiar este chico! Y yo soy tan tonta que siempre caigo en sus bromas. Vamos, vamos, les acompañaré a la puerta. Nos vemos el sábado en el baile.

Manuel se levantó y saludó nuevamente besándoles las manos. Las mujeres salieron de la sala y mi padre quedó más que atormentado por la extraña escena que acababa de vivir.

Al rato la puerta se abrió y entró mi abuela.

—Tú te casarás quieras o no quieras —dijo.

Y luego desapareció.

Los días previos al baile de los García Linares fueron un suplicio para mi padre. Sus ausencias fueron más prolongadas tanto de día como de noche, pero ninguna de ellas fue causa de enfrentamiento hogareño, porque bien sabía mi abuela que por mucho que mi padre hiciera valer sus derechos tomándose ciertas libertades, finalmente accedería a ir al baile y, sumisamente, bailar con Barbarita Benajara.

Tal vez por eso, Manuel Cid hizo cosas que no hubiera hecho en otro momento. Como asaltar, casi literalmente, a un pintor desconocido que plasmaba una perspectiva de la Plaza Nueva desde la iglesia de San Gil hasta el lugar donde el río Darro se oculta en su bóveda. Posiblemente la más bella vista de la plaza para un pintor.

Allí había visto afincarse al artista aquellas mañanas, con sus bártulos y un ayudante aprendiz que le cuidaba los aparejos. Mi padre pasaba cerca de él y con disimulo miraba su cuadro y lo veía ciertamente impecable, porque había retratado tanto la fachada de la Chancillería a la izquierda como la de la derecha, en donde se levantaba la Fuente de las Ninfas junto a un gigantesco pilar de mármol blanco.

Después de la escena descrita en la casa de los Cid junto a las Benajara, mi padre, como bien digo, se sintió tan deprimido y despreciado como artista que no tuvo más ocurrencia que liberar sus temores con aquel pintor desconocido al que siempre se encontraba en la plaza. No obstante, entre artistas hay siempre un código de honor que los demás mortales no comprenderíamos, por lo que su asalto, aunque pareciera inoportuno, fue justificado.

—Señor —empezó mi padre, quitándose el sombrero y saludando—, mi nombre es Manuel Cid, soy también pintor. Créame que es un placer darle la bienvenida a Granada.

Aquel hombre lo miró con ojos curiosos, dejó sus pinceles y se volvió a mi padre, comenzando a interpelarle en francés. Muy pronto entendió el extranjero que mi padre no hablaba su idioma, así que con mucho esfuerzo empezó a tartamudear en español palabras inconexas que, con paciencia e imaginación, podían llegar a tener un significado lógico.

—En… can… tado —dijo—.Yo, Philibert Girault de Prangey.

—Su cuadro es muy interesante. Muy descriptivo.

—Oh, *certainement!* Me interesa mucho la *architecture*. La ag… quitectura, dicen ustedes, ¿no es cierto? En Granada hay mucha ag… quitectura.

Efectivamente, Girault de Prangey era un pintor peculiar. Ninguno antes que él se había interesado por la arquitectura de la ciudad, por su perspectiva realista. De hecho a él le debemos la única imagen que se conoce del Pilar de Plaza Nueva y su famosa Fuente de las Ninfas. En su cuadro se podían presentir sus grandes dimensiones: diez metros de ancho por ocho de alto. Bajo sus arcos había jugado mi padre de niño y mojado sus manos en la fuente que lo adornaba, un aljibe con leones y una

provocadora mujer con pechos emanando agua. No es de extrañar que muchas beatas se santiguaran al pasar junto al pilar.

—El sábado —empezó a decir el pintor con gran esfuerzo— nos reunimos en un taller unos cuantos pintores. ¿Desearía usted acudir?

—¿El sábado? —exclamó mi padre pensativo.

Suspiró. A ojos del pintor parecía que recapacitaba, que buscaba en su memoria, a falta de agenda, los quehaceres encomendados para el día propuesto. Lo que no sabía Girault de Prangey es que el sábado era el día en que los García Linares ofrecían su famoso baile.

—No puedo prometerle nada —sentenció mi padre—. Pero me encantaría ir.

—¡Bien! ¡Bien! —respondió el pintor—. Mi ayudante le dará las señas…

Sin mediar despedida, Girault de Prangey volvió a coger su paleta y sus pinceles y dio la espalda a mi padre como quien sabe terminada la conversación. Su joven ayudante indicó a Manuel que el taller se encontraba muy cerca del Campillo, allí donde paraban las diligencias.

La vuelta a casa fue agotadora. Los escasos metros que le separaban del caserón de los Cid se transformaron en un camino intransitable. Tanto fue así que varias veces se paró y habló en alto. La fortuna impidió que lo tacharan de loco porque iba solo. Se paraba y decía: «No iré al baile». Pero luego recordaba la cara resignada de su madre y sólo por no incomodarla o discutir con ella, se detenía y exclamaba: «Sí, debo ir».

Como si deshojara una margarita fue sentenciando «sí iré», «no iré», hasta llegar al zaguán del caserón. Allí suspiró nuevamente, convencido de que su débil carácter sería vencido por una sola lágrima de su madre.

—¡Vamos, vamos, holgazán!

Mi abuela, doña Encarnación, era menuda pero tenaz. Nada se le había quedado en el tintero a aquella mujer de alma de ardilla, previsora y algo mandona. Con su sonrisa conseguía todo y cuando no lo hacía utilizaba la táctica del mimoseo, convencida de que la mujer, por serlo, tenía más razón que nadie, y si era madre mucho más. Se tenía por la esposa perfecta para cualquier Cid, dado que el padre de mi padre, mi abuelo, era tan calzonazos como lo fue mi progenitor y más tarde yo mismo. Es una «virtud» que nos viene de herencia y yo diría que va perfeccionándose respecto de las generaciones anteriores.

Manuel Cid estaba pensativo, sentado frente al ventanal que daba a la Alhambra. No era un día luminoso, más bien gris, pero le apetecía pasear y no dar saltos descoordinados en una sala llena de improductivos patanes.

—Creo que estoy malo —dijo con la esperanza de ser eximido de su obligación de danzar en la casa de los García Linares.

Doña Encarnación se abalanzó sobre él, le puso la mano en la frente y tras un

segundo exacto dijo:

—¡Qué tontería! Tú estás más fresco que una lechuga. Levántate y ponte el traje, lo tienes bien planchado sobre la cama. Si no eres capaz de ponerte bien el cuello dímelo y te ayudaré. Los hombres sois unos inútiles. ¡Qué seríais sin una mujer a vuestro lado! ¡Ni haceros el lazo podríais!

Manuel la oyó murmurar mientras se iba. Continuó sentado, sin moverse, pensando en la invitación de Girault de Prangey, en lo interesante que sería conocer su técnica de dibujo. Era imprescindible mantenerse en contacto con los círculos artísticos si deseaba fortalecer su pintura, y dado que sus padres no le habían permitido estudiar en ninguna escuela, lo único a lo que podía aspirar era aprender con la experiencia de otros, que le contaran qué se pintaba fuera de España, en París o en Londres.

—¡Tú quieres matarme! —gritó la abuela Encarnación al entrar por segunda vez en su cuarto y verlo sin vestir—. ¡Las Benajara han quedado en pasar a recogernos en su coche y tú sin arreglar! Un soponcio es lo que me va a dar a mí con estos hombres. ¡Maximiliano! —gritó llamando a mi abuelo—. ¡Pon orden!

Como era de esperar, mi abuelo Maximiliano no puso orden. Ni siquiera se aproximó a la habitación de mi padre para recriminarle la crueldad que estaba ejerciendo sobre mi abuela al no hacerle el mínimo caso. Él ya estaba, sumisamente, esperando la orden de su esposa, con la capa puesta y el sombrero bien enroscado en la cabeza en el último escalón de la escalinata de entrada.

—¡Adelantaos vosotros! —convino Manuel Cid—. Yo me arreglaré e iré por mi cuenta. Llamaré un coche o caminaré.

Doña Encarnación bajó las escaleras rabiosa. Murmuraba enfadada mientras se alisaba los guantes blancos en sus regordetas manos. No protestaba, iba ensayando la excusa que pondría a las Benajara nada más entrar en el coche, porque, lo sabía de antemano, la joven Bárbara se desilusionaría al no poder ver a su Manolito. Si es que estaban hechos el uno para el otro, razonaba, tan claro estaba que no era capaz de pensar en otra cosa desde hacía días.

Veinte minutos más tarde, Manuel Cid se encontraba frente al espejo, aún remiso, incapaz de dominar su voluntad. Cuando se encontraba así prefería dejar pasar el tiempo, propiciar lo desconocido, y con su inmovilidad conseguía casi siempre ver cumplido su deseo, porque todos los que le rodeaban lo dejaban por imposible, por soso o por indeciso.

—Ya tiene el señorito su coche esperando —oyó decir al criado.

Como un muñeco de feria que es dirigido por una mano inteligente se puso el alto sombrero, se abrochó la capa sobre los hombros y tomó su bastón. Al llegar a la puerta del coche dio con el bastón dos veces para advertir al cochero y dijo:

—Al Campillo.

Y así fue cómo resolvió mi padre que debía acudir al taller de pintura de Girault de Prangey: ignorando momentáneamente la cara teatralmente compungida que

pondría mi abuela al enterarse.

La estampa que tenía mi padre vestido de etiqueta resultó divertida al pintor francés. Lo reconoció rápidamente al abrirle la puerta de aquel taller, que más parecía un cobertizo con paredes pero tenía buenas vistas y, presumiblemente, agradable luz para dibujar. Allí se reunían unos cuantos artistas para hablar, intercambiar pareceres artísticos y enseñarse sus dibujos. Como muchos de los allí presentes eran extranjeros hablaban a su manera, a veces en inglés y otras en francés, pero en general en el idioma universal, que era el del arte.

No voy a ser demasiado meticuloso con este tema, pues mi padre, sin saber ningún idioma más que el suyo, supo entender todo cuanto le decían, ya que el pincel, el carboncillo o la tinta tienen su propio lenguaje. Así pues, me limitaré a describir lo que mi padre apreció y observó, pues durante aquel año Granada recibió tres visitas prestigiosas: las de Girault de Prangey y dos británicos, David Roberts y John Frederick Lewis. Entre los tres dejaron infinidad de dibujos de Granada y de la Alhambra, la calcaron, diseñaron y describieron hasta la saciedad; tanto que estoy seguro de que, aunque pasen siglos, seguiremos recordando a Granada a través de los ojos de estos hombres.

En aquella época en que no existía aún la fotografía la meticulosidad de un pintor era primordial. Eran los encargados de universalizar una imagen, fuera de una ciudad o de una persona. Así se explicaba que siglos atrás los pintores estuvieran asociados a una corte, pues tenían el poder de manipular, si era el caso, la visión que para la posteridad nos quedaría de su siglo.

En el taller hubo muchos más pintores extranjeros y españoles, pero mi padre sólo recordó a estos tres hombres, tan parecidos y tan distintos entre sí, porque congeniaban a su manera, compartiendo la fantasía del dibujo, si bien también se contrariaban en la perspectiva de su estudio. Lo que sigue es lo que yo imagino que pasó.

Mi padre preguntó:

—¿Roberts y Lewis? ¿Ingleses?

—Yo soy escocés —aclaró el regordete Roberts.

—Entonces conocerá a David Inglis, un compatriota suyo.

—¡Bien que lo conozco, desde luego!

Mi padre describió los días pasados con Inglis en la Alhambra y el frío que soportó en la ciudad intentando combatirlo con sesiones de cama. La circunstancia la rieron los tres pintores, pues conocían muy bien las necesidades y penurias que pasa un artista cuando no es reconocido.

—Puedo asegurar que yo hubiera hecho lo mismo —dijo Roberts—. Cuando eres pobre y no tienes con qué calentar tus huesos usas el ingenio. Mi padre era un simple zapatero remendón; como comprenderá, querido Cid, no tuve una casa opulenta ni

una chimenea encendida. Cuando pude valerme por mí mismo utilicé mi vocación y ésta me sacó de la miseria. Fui escenógrafo de circo y pintor de escenarios teatrales. También fui un experto en dioramas, ¿sabe usted lo que son los dioramas? Pues ponga un paisaje en tres dimensiones sobre un fondo curvo, ilumínelo y tendrá una representación de la vida real. La pintura y el cartón dan para mucho si se saben utilizar.

—Ya lo veo —se convenció mi padre—. Sin embargo, finalmente ha conseguido pintar excelentes cuadros.

—Mis dibujos son la expresión de mis viajes. Hay algo de inquietud en mi necesidad de pintar. Ahora viajo por Europa, pero muy pronto emprenderé mi viaje a Egipto y todos los grandes monumentos, todo su paisaje, acabarán dentro de mi carpeta de dibujo.

—Compartimos el amor por la arquitectura y por los países orientales —aclaró Girault de Prangey—. He completado estudios de arquitectura antigua, por eso los países con influencia oriental tienen esa riqueza que yo deseo ver en mis cuadros. Todo lo que me interesa de la arquitectura lo plasmo en mis dibujos; es como si mi pintura fuera la consecuencia de mi amor por aquélla.

—De lo cual se deduce el porqué de la exactitud con que refleja nuestros monumentos —intervino mi padre.

—En eso diferimos —sentenció Roberts—. Un pintor no sólo debe describir, también debe dejarse llevar por su fantasía. Su licencia artística lo excusa. Yo practico lo que llamaríamos una fantasía arquitectónica.

—¿Por eso quitas casas de donde te estorban o cambias iglesias de lugar?

—Las plazas y las calles que yo dibujo siguen siendo las mismas; una iglesia no cambia la perspectiva de la plaza. Yo tomo la belleza de esa iglesia y la llevo donde me parece mejor.

El tercero de los pintores no había hablado todavía. Mi padre lo vio reflexivo y atento.

—Usted, señor Lewis, ¿se interesa por la descripción arqueológica o por la fantástica?

Durante algunos segundos quedó pensativo y luego exclamó:

—Me interesan más los tipos humanos, los toreros, con sus trajes de luces, los majos y majas, tan raciales. Creo que la gente es la que inmortaliza la escena y no el edificio. Tengo en mente dibujar una casa semiderruida en los Jardines del Partal, creo que es de un tal señor Sánchez. La casa sola no diría nada, pero póngale usted una mula y dos majos sentados en la puerta: entonces la perspectiva cambia. Habrá quien se pregunte, ¿viven esos dos hombres en esa casa abandonada? El pintoresquismo, la cotidianidad. No le digo más que una de mis obsesiones es poder pintar a ese bandolero que trae de cabeza al gobierno español, un tal José María.

—¿El Tempranillo?

—El mismo.

—Ya veo que ustedes son tres ejemplos de cómo puede utilizarse el arte. Y los tres me gustan. Mi madre siempre dice que…

Manuel Cid quedó mudo de súbito. ¡Acababa de acordarse de su madre! ¡El baile!

Con la velocidad máxima que pudieron darle sus brazos y piernas se puso la capa, el sombrero y tomó su bastón. Se despidió de aquellos hombres prometiéndoles que les llevaría a ver la Alhambra para que pudieran buscar los mejores lugares para ser retratados. Como eran artistas, por lo tanto bohemios y un poco excéntricos, dieron por sentado que su huida era algo normal en España. Pero lo que no sabían es que mi padre se jugaba su futuro en aquel instante, pues todo dependería de si llegaba a tiempo a la casa de los García Linares y nadie le había echado en falta, todavía.

Al tercer baile doña Encarnación Gómez, señora de Cid, dio un abanicazo a su marido en pleno brazo haciéndole derramar el ponche. Muy enojada preguntó:

—¡Maximiliano! ¡La hora!

Mi abuelo sacó su reloj de cadena, lo abrió y miró en su interior.

—Las doce y cinco, querida.

—¿Las doce y cinco? ¡Y Manuel sin llegar! ¡Un bribón se nos está volviendo este niño! ¡Un bribón y un calavera! Te lo digo yo.

—Mujer… si hasta la una no se anima ningún baile. Espera que no tardará en venir.

Mi abuela descorrió el abanico y lo golpeó contra el pecho con rabia contenida. Sus carnes temblaban como las de un flan a la par de los golpes de abanico hasta que, finalmente, Barbarita Benajara se acercó algo acalorada por la última pieza de baile y se sentó a su lado.

—¿No ha llegado aún Manolito?

—No, hija. Con los hombres nunca se sabe…

—Qué pena. ¡Yo que le había reservado la…!

—No te aflijas, Manolito es lento pero seguro. Vendrá a tiempo para sacarte a bailar. ¡Hacéis tan buena pareja!

Bárbara no pudo evitar sonrojarse.

—Mi madre dice lo mismo, pero yo creo que no le gusto a su hijo. No quiere ni cruzar palabra conmigo.

—Porque es muy tímido. A los hombres hay que extenderles la alfombra por la que tienen que pisar.

—Mi madre dice que, tal vez para el verano, podríamos alquilar una casita en Granada. Así me vería más y tal vez…

—¡Oh! ¡Excelente idea! Yo me ocuparé. Una en la Vega, para que estéis bien aireados. ¿Te gusta la jardinería? Esta tierra nuestra es perfecta para plantar. Aquí agarran hasta las orquídeas.

Hubo un momento de ociosa reflexión mientras la orquesta tomaba un receso. La

Benajara madre se acercó con eufórica sonrisa.

—¡Magnífica fiesta, desde luego! Y cuántos condes. Me han presentado por lo menos a tres.

—Últimamente los hay y muchos en Granada —sentenció doña Encarnación—. Pero las peores son las condesas, de ésas, salvo que tengan un apellido compuesto, no hay que fiarse.

—Las cosas en España no dan para confiar demasiado —añadió la Benajara—. Por todas partes hay enfrentamientos políticos, demasiados cambios están surgiendo. Las cosas parece que se nos van de las manos. La moral ya no se cuida. ¡Y qué le voy a decir a usted del honor!

—En mi familia siempre ha prevalecido la honestidad —aclaró mi abuela—. No tenemos antecedentes nobiliarios, nuestra situación económica nos la hemos ganado a pulso, pero con extrema honradez. Todos nos conocen en Granada y no encontrará a alguien que hable mal de nosotros. A veces es mejor tener un apellido de tres letras y no tanto condesado, ¿usted me entiende? Fíjese, por ejemplo, en esa señora condesa Di Mare que acaba de llegar. Como es italiana, todos los hombres se la disputan. Pero en definitiva, ¿qué? Se quedará viuda por tercera vez y no tendrá ni un chavico.

—Sí, pero mire usted cómo se las gasta. Polvos en la cara y perfume de París.

—¡Bah! —dijo muy salerosa doña Encarnación—. A poco que te pones a mirarla parece más bien una tarasca, con tanta pintura en la cara. Y por ahí cuentan que en sus fiestas se baila hasta el vals.

—¡La Virgen!

—No, señora, no. Ésa mujer es una descarada y su pobre hija aprenderá de ella.

—¡Dios no lo quiera!

—Las madres somos el espejo donde poder mirar. Déjeme usted unos días a Barbarita y yo le prometo que será la niña mejor vista de Granada. No sé a dónde nos llevará la política de liberales ni de absolutistas, yo sólo sé que lo que entra en mi casa sale más relimpio que una patena.

Las Benajara se sonreían maravilladas. «¡Qué gran mujer —comentaban—. Con una suegra como ésa no hacen falta amigos, qué dichosa la mujer que case con su hijo.» Y todas esas cosas se decían entre ellas, tan animadamente que no se dieron cuenta de que el tiempo pasaba y los invitados empezaban ya a pedir el álbum de firmas para dejar su recuerdo en el libro encuadernado de los García Linares. En él algún gracioso puso la consigna «¡Viva el Rey Carlos!» refiriéndose al hermano del rey Fernando VII, quien pretendía sucederle por encima de su hija y haría valer su derecho con las armas.

La señora de la casa, tan pronto vio aquel desatino, ordenó guillotinar la página, y así fue cómo el autógrafo de Barbarita Benajara fue a parar a la basura, pues al lado estaba de la firma del carlista.

A punto de romper a toser llegó Manuel Cid corriendo a la acera opuesta de la casa de los García Linares. Eran ya las dos de la mañana y justo en aquel instante vio salir a su madre agarrada del brazo de su padre y a las Benajara, muy contentos los cuatro, a pesar de la afrenta que había supuesto su deserción.

Se subió el cuello de su capa, pues hacía una noche muy fría, y respirando el aire de la sierra decidió volver a casa caminando, dándose tiempo para pensar y recapacitar, pues presumía que tan solo en cinco horas tendría a su madre introducida en sus habitaciones con el claro propósito de armarla bien gorda.

El golpe de unos nudillos contra la puerta despertó a mi padre. Con los ojos semiabiertos vio entrar a doña Encarnación arrastrando los pies con verdadero esmero para hacerse notar, dirigirse al ventanal y descorrer la pesada cortina de cretona y así dejar entrar toda la luz otoñal. Manuel Cid se incorporó con los ojos dañados por la claridad y disimulando un bostezo. Colocó, pues, el embozo de la cama para estar más cómodo presintiendo que allí habría de quedarse durante un buen rato soportando la regañina de doña Encarnación.

Mi abuela se paseó un rato por la estancia mano sobre mano, sin saber si regañaría o suspiraría. Finalmente se acercó a la cama y se sentó a los pies. Miró a mi padre y le palpó la mano.

—Vamos a ver —dijo—, ¿a ti por qué te disgusta Barbarita?

Manuel Cid no respondió de inmediato.

—Ni me disgusta, ni me gusta.

—Tú no la has mirado bien. ¡Pero si tiene el cuello más bonito de toda España!

—Sobre eso habría discusión.

—Bien. Pero es que a ti te tiene que importar un bledo el cuello de esa señorita, te lo digo para que veas que no me chupo el dedo. A ti lo único que te tiene que importar es que tiene una dote monumental. Tú te casas con ella y luego, aprovechándonos de la desamortización de los bienes eclesiásticos, te vas a hacer fila al ex convento de los Trinitarios y te compras unos cuantos conventos de los de tres plantas. Nos montamos un buen negocio, algo que sea fácil de dirigir pero que te permita vivir de la renta y sanseacabó.

—Pero madre, ¿tú no eras religiosa? ¿Pretendes aprovecharte de los bienes que les han arrebatado a la iglesia?

—Hijo, yo soy más cristiana que nadie, pero en cuestión de dinero… ¡Qué caramba! ¿Para qué necesitan tanto los curas? Ya les daremos unos cuantos reales para misas y compensaremos.

—Mamá…

—Ni mamá ni mamó. Arréglate y ve a recoger a la Benajara, que se quedará unos

meses con nosotros y tú te encargarás de enseñarle Granada. ¿No te conoces tan bien la Alhambra? Pues eso… ve, ve a enseñársela.

Mi padre quedó consternado. Nunca había visto a su madre tan contundente y tan metódica. Se vaticinaba una rendición total de mi padre, pues ¿quién osaría enfrentarse a tan potente espíritu dictatorial?

Aunque obligado, recogió a Bárbara Benajara y la trajo a la mansión de los Cid. Era domingo y propuso subir a la Alhambra con la excusa de que hacía meses que no la visitaba y así, al tiempo, la enseñaba a su ilustre invitada. Su madre no pudo objetar nada, pues ella misma fue la instigadora de la propuesta, así que, finalmente, se felicitó del buen resultado de la conversación mantenida con su hijo. Los vio alejarse solos, aún a riesgo de las malas lenguas, por la Cuesta de los Chinos, subida que había elegido maliciosamente mi padre sólo por gusto de ver a Barbarita tropezar entre los cantos con sus altos tacones.

Pero la joven no se arredró. Se subió las faldas hasta los tobillos y fue siguiendo a mi padre con paso firme.

Al llegar a lo alto del camino, pasado el acueducto y entrado al recinto de la fortaleza, en las mismas puertas del palacio donde cada domingo Dolores Molina recogía su rosa roja, vio a Julianito Mínguez encorvarse y sacar de entre sus ropas una flor. La dejó con un tacto detallista, colocada, como cada domingo, en el mismo lugar donde lo había hecho años atrás.

No le saludó, lo ignoró por respeto a su amigo.

Por mucho que crees conocer a una persona, el destino nos pone a todos en nuestro lugar. Mi padre, con toda su facha rebelde y sus modales liberales, era, en el fondo, un pelele sin carácter. Pero el ratonil estudiante de arte Julianito Mínguez resultó ser un hombre sorprendente. Nada de lo que me contó Dolores Molina sobre él, en las tardes larguísimas de confidencias, pude yo rebatir, pues con el tiempo conocí muy bien a aquel hombre y fue de las compañías más gratas con las que conté en vida.

Dentro del Patio de los Arrayanes se encontraron los tres. Mínguez se quitó el sombrero al ver a Bárbara, claramente contrariado pues se creía solo.

—¡A sus pies, señorita!

Bárbara no dijo nada, sólo extendió la mano y lo miró de arriba abajo. Calculaba con su mirada hasta qué punto debía confiar en aquel estudiante desarrapado.

—Es mi amigo Mínguez. Lo verás muy a menudo por aquí.

—Afortunadamente don Manuel acepta mi humilde compañía —explicó el estudiante—. A veces creo que somos inseparables.

Bárbara continuó en silencio y se separó unos metros de los dos amigos para contemplar por su cuenta las columnas y techos del patio. Mi padre se acercó a

Mínguez con secretismo:

—Julián… la suerte está echada. ¡Me casan!

—Pero ¿cómo?

—Con la susodicha —contestó señalando con la cabeza en un gesto teatral pero simulado—. Mi madre mataría antes que echarla de casa.

—Pues te acompaño en el sentimiento, amigo.

—Lo sé. ¿Y tú? ¿Desde cuándo eres jardinero?

Mínguez, que era muchas cosas pero no era lento en entender, se volvió de la grana al haberse visto descubierto como amante fiel.

—¿Se lo dirás a Dolores?

—¿Qué he de decirle? ¡Ahora tengo la cabeza en otras cosas!

—¡Qué injusta es la vida! El amor es como el aire: te das cuenta de que existe una vez que lo has sentido pasar… y entonces ya es demasiado tarde.

—Lo que es injusto es que además te obliguen a casarte sin haberlo sentido nunca.

—¡Eso también!

De las puertas de una de las salas salió una niña acelerada envuelta en varios vestidos que ocultaban sus manos y pies. Los zarandeaba como si fuera un títere, y como llevaba la cara semioculta no tuvo tiempo de pararse antes de arremeter contra las faldas embasquiñadas de la Benajara.

—¡Válgame Dios! ¿Qué es ésta bola de pelos?

Para que se le pasara el susto tuvieron que ir los dos hombres a separarlas. Muy sabios son los párvulos de las clases bajas, pues ni uno sólo evitaría la ocasión de ridiculizar a una dama con copete. Así que la niñita no perdió tiempo y le sacó la lengua a Barbarita con tanta gracia y tan maliciosamente, que la Benajara sufrió un sofoco de los buenos.

Mientras la agredida se abanicaba y encontraba con ello el alivio, Dolores salió de la Sala de las Dos Hermanas buscando a su hija:

—¡Ah, Dolorcicas! ¿Qué has hecho esta vez? ¡Loca me tiene esta niña! Le estaba probando los vestidos y se me ha escapado como una lagartija. ¡Tunante! ¡Descarriada! ¿Qué le has hecho a esta señora?

Dolores echó a la niña a las cocinas no sin antes sacarse la alpargata y amenazarla con ella; luego se aproximó a la dama tratando de auxiliarla. Pero Barbarita vio a la guardiana como un enemigo público, se la imaginó sucia porque tenía el pelo rizado y no hizo Dolores más que hacer el gesto, la señorita extendió la mano con prudencia:

—¡No, no! No necesito nada. Ha sido sólo un susto. ¡Manuel! Volvamos.

Manuel miró a Mínguez con la confianza de saberse entendido por sus penurias. No respondió nada a la solicitud de Bárbara pero se creyó en el derecho de hacerse esperar.

—Julián, quédate tú. No hay por qué hacer el feo a Dolores. Acompáñala, que ya sé que tú estarás a gusto. Y tú, Dolores… disculpa la ñoñería. Ya vendré la semana

próxima a saludarte.

—¡Dios le guarde, señorito!

Manuel se volvió a Bárbara y le ofreció el brazo. Bajaron esta vez por la Cuesta de Gomérez y la joven, apoyada en su pretendiente, fue más henchida que un pavo antes de Navidad. Con este gesto se confirmaba que ya estaban en amores.

Al llegar cerca de la Plaza Nueva en las inmediaciones de la iglesia de Santa Ana, tan recogida entre las casas, sufrieron el percance de ser alcanzados con el contenido de una bacinilla que una mujer tuvo a bien aliviar por encima de un balcón. Aquello enfermó definitivamente a la Benajara, que llegó a la casa de los Cid llorando e indispuesta para todo el día.

—Lo siento mucho. Ofrezco mis disculpas sinceras, estimada Dolores, yo… ya sabe que…

La joven guardiana de la Alhambra conocía bien a Mínguez. Siempre lo había tenido por un muchacho agradable y de buen corazón.

—Es la misma canción de siempre, señor Julián. En España pasan los gobiernos pero quedan las mismas desigualdades. Quiera Dios que algún día admiren tanto a la Alhambra como a los que hicimos que se mantuviera en pie.

El joven estudiante observó a Dolores con admiración. ¡Qué voluntad tenía aquella mujercilla regordeta y menuda! Si toda la fuerza se le salía por los ojos.

—Venga por aquí, señorito. Manué está en las cocinas y desea hablar con *usté*… a falta del señor Cid. Dice que tiene grandes e importantes cosas que decirle.

—¿A mí? —preguntó asustado Julián Mínguez, temiendo que se hubiese descubierto su osada costumbre de regalar flores—. Tal vez sea mejor otro día, cuando Manuel Cid pueda quedarse…

—Mi marido dice que es importante, que tanto da que sea usted como el otro señorito.

Fue arrastrado literalmente a las cocinas. Allí estaba la niña Dolorcicas esmerándose en rebañar con los dedos un pocillo de chocolate. Su padre, Manuel Molina, miraba la leña consumirse en el hogar. Tenía una cara realmente preocupada que Mínguez confundió con exasperación.

—Usted dirá, señor Molina… —dijo Mínguez titubeando.

—Siéntese. Hay nuevas que contarle.

—¿Nuevas? ¿Algo le preocupa?

—Sí, y mucho.

—Pues le escucho.

Mínguez tenía su sombrero entre las manos. A tiempo estuvo de aplastarlo entre sus dedos nerviosos.

—Verá usted… ya sabe que por mi condición de médico estoy al tanto de las cosas que pasan en otras ciudades. ¿Ha oído usted algo de la epidemia que ya asola

Portugal?

—¿El cólera morbo?

—El mismo.

—Sé que es una de las peores enfermedades que se están dando en Europa. ¿Qué me quiere decir con eso?

—Que es muy posible que las autoridades sanitarias recomienden la cuarentena. Yo, en conciencia, debo avisar a quien estimo por si quieren marcharse antes de que esto ocurra. Ya sé que ustedes no tienen privaciones como nosotros, la gente pobre, pero por eso mismo les aviso. Están a tiempo de dejar Granada.

—Pero ¿sabe de algún caso en la ciudad?

—Alguno hay, aunque no se ha confirmado todavía.

—¿Y cómo voy a dejar yo esta ciudad? ¡Si es toda mi vida!

Manuel miró directamente a los ojos ratoniles de Mínguez.

—Pues tal vez se la quite.

Julián miró a Dolores, que compungida, acariciaba a su revoltosa Dolorcicas.

—Espero de un momento a otro que el gobernador nos ordene cerrar las puertas de la Alhambra. Menos mal que tenemos a Manué para cuidarnos.

Mínguez se despidió cabizbajo y bajó presuroso la colina.

Como si la enfermedad se presintiera avisada, se hizo efectiva unos días después. Cientos de casos asolaron barrios enteros de Granada. Y el caos llegó a la ciudad.

OWEN JONES
1834

Encontramos en la Alhambra el arte de la elocuencia de los egipcios, la gracia natural y el refinamiento de los griegos, las combinaciones geométricas de los romanos, los bizantinos y los árabes… Los moros siempre tuvieron en cuenta lo que nosotros consideramos que es el primer principio de la arquitectura: decorar la construcción, jamás construir la decoración.

Owen Jones, *The Grammar or Ornament*

Aunque los vecinos de Granada supieron de la epidemia a través del boca a boca, del rumor desorganizado y malevolente, las autoridades negaron la existencia del cólera incluso durante las primeras jornadas, ocultando los casos en los hospitales.

Esto no hizo más que agravar la situación política. Todo lo que fluye de una sociedad en cambio y desencantada se imputa a los regentes políticos o, excepcionalmente, a la religión. Bien era cierto que por aquel tiempo los eclesiásticos estaban en el centro de la diana y existía un rencor irracional hacia la iglesia —justificado a veces, no digo que no— que se había exacerbado al arrebatarle sus terrenos con la desamortización de Mendizábal y ahora culpándoles con propagar el cólera.

La lógica no puede aplicarse en medio de un desconcierto. La vorágine social fue tanta por aquellos días que a nadie se le ocurrió que la enfermedad era causada por una precaria situación higiénica. Aun cuando la epidemia fue declarada y ordenada la cuarentena se seguían tirando micciones de orinal por los balcones o secreciones de otra índole al río. Incluso el cuerpo mortecino de algún infeliz apareció flotando en las aguas del Darro. En estas circunstancias, difícil era que alguien se salvara de contagiarse.

El primer brote afectó directamente a las clases sociales más desprotegidas. Era corriente; la falta de alimentación y el contagio expuesto a otras áreas de riesgos cuando salían y volvían de la ciudad tras realizar su trabajo en el campo les hacían más vulnerables.

Por suerte, la vida en Granada continuaba activa. A mi padre no le dejaban salir mucho de casa y los Cid se habían refugiado como ratones temblones en el fondo de su hogar. A Bárbara, que le había pillado la epidemia mientras estaba con los Cid, se la veía radiante siendo el centro de los cuidados de la familia. Ahora más que nunca, doña Encarnación la tenía en palmitas, pues nadie deseaba que estando al cargo de

una familia tan respetable pudiera contagiarse.

Pasaron muchas horas juntos mi padre y Barbarita. Parecía que el destino los unía irremediablemente. No fueron todas las veladas tan pasmosas como creía mi padre; Bárbara Benajara resultó ser una mujer inteligente, con capacidad para la conversación, bien educada y enterada de la vida social que la rodeaba. Pero tenía un punto de frialdad que asustaba a mi padre. No era nada sensible al error humano ni tenía don para las artes. Estas circunstancias la hacían aborrecible a los ojos de Manuel, que exigía de las mujeres lo mismo que se exigía a sí mismo.

Sin embargo, las largas tardes de cuarentena se le hicieron algo más llevaderas y terminó por aceptarla e incluso convencerse de que podría vivir con ella en un futuro próximo.

Una tarde llamaron a la puerta de la casa de los Cid. Doña Encarnación dio orden de no abrir, pero insistieron tanto que, finalmente, el mismo Manuel salió. Se trataba de Julianito Mínguez. Fue tanta la tozudez de aquel joven esmirriado que lo dejaron pasar sólo al zaguán y con condición de que no se tocaran. Mi padre le habló desde encima de la escalera y Julián contestó desde el mismo suelo de mármol de Macael.

—No te lo vas a creer, Manuel… he conocido a un hombre singular. No han cerrado la Alhambra, así que camina por ella como Pedro por su casa. Se llama Owen Jones y es un estudioso del arte islámico. Se habla mucho de él en la Universidad. Ha venido a Granada con su amigo Jules Goury.

—¿Es inglés?

—Galés, creo.

—¿Y no ha encontrado otro momento mejor para venir a esta ciudad?

—Cosas de los viajeros. Ha estado en Turquía, en Egipto, en Italia… Habla de una manera que me parece que me está descubriendo el mundo.

—No será para tanto, hijo. A la Alhambra ya han venido muchos pintores y a estas alturas ya la debe de conocer todo el mundo.

—Primero Irving, que la ha hecho universal con su libro de cuentos; luego esos pintores que conociste el pasado año y que la han pintado por todas partes, me refiero a Roberts y al francés… Pero este señor cree haber descubierto el misterio de la arquitectura nazarí. Dice que es capaz de desvelarnos los colores que utilizaron en su origen y que ahora ya se han desintegrado de todas sus paredes. ¿Te imaginas? Es fundamental para poder reconstruirla.

—¿Reconstruir la Alhambra? ¿Y a quién le interesaría eso?

—Pues… a un arquitecto. Llegará el día en que el gobierno se dé cuenta de que es un monumento que hay que conservar. Tiene que llegar el día.

—¡Qué pájaros tienes en la cabeza! ¡Construir! ¡Conservar!

—Tú es que eres un pesimista. Pero Jones nos ofrece la oportunidad de hacer los vaciados de sus escayolas para poder reconstruir esas zonas que ahora no existen.

—Tú ves la Alhambra como un arquitecto, yo como un pintor. Lo que veo es lo que me hace feliz. No sé si querría que la Alhambra fuera tan esplendorosa como

cuando era la casa de Boabdil.

—Tú lo que eres es un romántico. Y amas las ruinas como si las creyeras hechas a propósito para tu pincel.

Mínguez se dio media vuelta, desilusionado por la funesta acogida con que se le recibió. Y con su sombrero entre las manos dijo:

—Y además estás deprimido porque te van a casar…

Julianito se marchó. Nadie lo vio, pero iba gimoteando. ¡Era tan sensible este muchacho!

Maximiliano Cid, mi abuelo, de quien tuve el honor de heredar el nombre, llegó aquella tarde compungido, sin resuello, consciente de que su edad ya le pesaba más de la cuenta y sobre todo, horrorizado de lo que había visto en la calle.

Le trajeron un caldo que le restituyó el habla y, así sentado, rodeado de su esposa, su hijo y la invitada, que ya venía siendo como de la familia, habló:

—Es una locura, una locura. Ocultan los muertos pero los hay y muchos. Dicen que ya van por cuatro mil. Y lo peor es que ha comenzado ya el segundo brote, que siempre suele ser en las clases pudientes, puesto que los pobres son los primeros conejillos de indias al carecer de reservas con las que combatir la enfermedad. —Don Maximiliano tomó un sorbo del caldo—. El tío de Manuela Kirkpatrik, conde de Montijo, ha muerto contagiado. Y dicen que en la Alhambra también hay muertos por doquier al estar poblada de tanto inválido y harapiento.

—¿En la Alhambra? —preguntó mi padre preocupado por Dolores y la Tía Antonia—. ¿Se sabe si algún guardián ha sido contagiado?

—No sabría decirte. Las noticias se contradicen y nos sumen en un caos. Y mientras esto sucede los negocios se abandonan o por fallecimiento del dueño o porque nadie compra o nadie vende. Los campos están desiertos, nadie los cosecha y la hambruna sólo hará que empeorar esta situación.

—¡Virgen Santa! —exclamó doña Encarnación—. Y eso si la naturaleza no hace de las suyas y nos viene algún terremoto o crecida del río.

—¡Mujer, no seas agorera! Habrá que confiar en Dios.

—Y en los médicos… —dijo Barbarita extrañamente.

—Eso si no ocultan el peligro de la situación para pregonar su sabiduría médica —respondió mi padre.

—En las cocinas —añadió Bárbara— hablan de unos polvos famosos, llamados de viboreras, que según dicen son efectivos para el mal. La misma reina los está mandando hacer para su previsión.

—Más le valdría haber prevenido la guerra, que todo es consecuencia de lo mismo —acertó a decir mi abuela—. Cuando la política va mal y se desprecia a la iglesia, es lo que se tiene. Un mal de ojo nos ha caído.

Manuel se levantó y se dirigió a su cuarto. No se quedó a gusto con la noticia que

había anunciado su padre. Se sentó en su escritorio y escribió: «Querido Julián: ¿Sabes algo de tu querida Dolores?».

Al momento ordenó a un criado que le llevara la nota a casa de Mínguez y éste, como era habitual en él, le respondió tan pronto pudo: «El amigo de Owen Jones, el arquitecto que pretende reconstruir la Alhambra, ha muerto contagiado. Dolores, la Tía Antonia y Manuel se han librado. Pero sus corazones lloran la ausencia de Dolorcicas, que fue la primera en caer».

Terrible noticia, sin duda.

A pesar de la tristeza que invadía la ciudad fueron capaces de celebrar el cumpleaños de mi abuelo. Don Maximiliano era un hombre entrado en años, al que no le gustaba decir cuántos tenía sobre la espalda porque en el fondo era un presumido. Vestía bien y llevaba buenos complementos, tal vez debido a ello o a la extraña situación que soportaban encerrados como bestias en celo en el interior de la casa, se alborozó mucho cuando abrió el regalo que mi padre le dejó sobre su mesa de caoba.

—Gracias, hijo. Un bastón me será de gran ayuda en esta Granada que empieza a desmoronarse. Nunca se sabe cuándo pisarás un cascote caído de una fachada. Si tu madre me ha comprado un yelmo de hierro seré entonces el hombre más feliz, porque así no seré objetivo de los orinales.

Maximiliano tenía a veces, sólo a veces, cierto humor. Había que tenerlo si se convivía con doña Encarnación.

—¿A ver? —preguntó la curiosa abuela—. ¿Un bastón? ¿No tenían otro con otro puño? Una oca parece poco serio para tu padre. Un caballo hubiera sido más apropiado.

—Mamá —se disculpó Manuel Cid—, es simplemente una oca, y me pareció que simulaba un buen agarradero. No creo que la gente se fije mucho en un simple bastón.

—No sé qué decirte —intervino Barbarita Benajara, que ya estaba aprendiendo de mi abuela—. Los complementos en el vestir hacen la elegancia y definen el estatus social. Un hombre de bien ha de presentarse con su solapa bien planchada y su pañuelo en el bolsillo.

—Bien… la próxima vez elegiré un elefante.

Con aquella salida de mi padre se terminó la discusión. Mi abuelo abrió los demás regalos y quedó satisfecho de todos, incluido el de la invitada, que le había regalado unos atractivos gemelos.

Por fortuna, en las cuarentenas no es todo dolor y amargura. El ser humano, y más el español, siempre encuentra la manera de divertirse.

Doña Encarnación, con su consabida capacidad de premonición, había augurado un

desastre natural. Era cierto que las epidemias siempre venían acompañadas de males mayores. Cuando éstas acababan arrastraban otras preocupaciones para el pueblo llano que confirmaban el refrán popular de «Mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer».

En Granada se realizó el Te Deum de finalización de la epidemia antes de que se hubiera producido la confirmación de su final. Pero aun así no hubo más casos graves conocidos y la vida empezó a fluir con cierta cotidianidad.

Poco a poco, la gente confió y se recobraron de sus miserias. Los negocios se asentaron e incluso se proyectaron otros nuevos. El de los Cid, dependiente de la labor agrícola, se había debilitado mucho, y las viñas plantadas no habían proporcionado la uva esperada. Se preveían malos tiempos para el vino de la zona y todo ello sin contar con la amenaza de la filoxera, la peste propia de la uva. Por fortuna, los campos de olivos parecían seguir en buen estado. Pero el abuelo Maximiliano ya no daba para más.

Eran los primeros meses de 1835 cuando mi padre, con ánimos renovados, decidió visitar la Alhambra. Ya no tenía la presión de Bárbara Benajara a sus espaldas. La confianza en sí mismo le proporcionaba la fuerza suficiente para volver al interés por las cosas, aunque todavía le faltaba inspiración para pintar.

Se vistió su mejor traje y acudió a la Sabika. Al subir por la Cuesta de Gomérez aspiró los primeros aromas de la primavera. Ya no recordaba lo que era pasear entre castaños y álamos, estornudar si venía el caso, saturándose de germen primaveral.

Al llegar a la Puerta de la Justicia le sorprendió ver la zona tan despoblada, tan vacía y silenciosa. Los inválidos, muy posiblemente, habían encontrado la muerte el año anterior. La población más desprotegida había sido la más afectada en el primer brote, pues en el segundo, el que dicen que marca la virulencia de la enfermedad, había terminado por introducirse en casas de la burguesía y la nobleza, como era el caso de los condes de Montijo.

Pero mi padre se sentía afortunado. Su familia y sus amigos no habían sido dañados… a excepción de la encantadora Dolores, que seguramente aún lloraría la muerte de su pequeña Dolorcicas.

—¡Tía, tía! —gritó Dolores entusiasmada—. ¡Que viene el señorito Cid!

Mi padre fue recibido con alharacas, casi hasta con aplausos. Manuel Molina lo abrazó como hacen los hombres cuando estiman y a Dolores le besó mi padre la mano como hubiera hecho con una auténtica dama. La Tía Antonia, a pesar de ser mujer recia, empezó a llorar de la emoción y se fue a las cocinas para no ser vista en su momento de debilidad.

—Dolores, Manuel… Siento no haber venido antes a daros el pésame.

La guardiana se quedó paralizada por el recuerdo. Tenía el vestido aún de color de luto, pero al momento sonrió y dijo:

—Dolorcicas se fue con todo nuestro pesar. Pero ahora vendrá otra, estoy segura… —dijo palpándose el vientre.

A mi padre le entusiasmó aquella nueva noticia. Ver florecer la vida era lo único que apetecía en aquellos tiempos.

—¿Qué se cuenta la Alhambra?

—¡La Alhambra, la Alhambra…! —musitó Dolores—. Es la única que queda cuando los demás se van. Pero también tiene sus alifafes. No hace mucho que se hundió una torre, y ahora la llaman todos la Torre Quebrada. ¡No será por imaginación en Granada! —Mi padre sonrió—. Pero también nos ha dicho el gobernador que muy pronto vendrán unos señores a instalar una cosa en el Patio de los Leones. No sé si el señorito querrá verlo.

—¿No sabes a qué se refiere?

—No, ni quiero saberlo. En la Alhambra ya no tenemos voz ni voto. Se dice que llegará el día en que alguien vendrá a hacerse cargo del monumento y entonces nos echarán y no podremos vivir como hasta ahora lo hemos hecho.

—No será para tanto. Saben que sois sus mejores guardianas.

—Espero, al menos, que mi hija nazca en los palacios. Que no se diga que no va a ser una verdadera hija de la Alhambra.

Con su optimismo, mi padre volvió a casa. Y tan pronto llegó fue a buscar su caballete y sus pinturas. Había vuelto a verse atrapado por una actividad creativa que era incapaz de controlar pues ésta venía inspirada por la cercanía de la Alhambra.

Como se imaginaban, unos señores bien vestidos seguidos de unos obreros llegaron a los palacios. Entraron hasta el mismísimo Patio de los Leones y allí dejaron cemento, herramientas y una caja que parecía bien pesada, dentro de la cual nadie sabía qué había. A Dolores le pareció que no presagiaba nada bueno.

—¡Ay, que nos van a cambiar la fuente! —se lamentó la muchacha—. ¡Que los moros la pusieran va a hacer ya cientos de siglos y vienen ahora unos catetos y se la llevan en el bolsillo! ¡Habrase visto tal villanía!

Dolores se marchó para no ver lo que aquellos fulanos, que se habían hecho dueños del patio, pretendían realizar. La Tía Antonia, sin embargo, fue fiel testigo, porque ella se consideraba la principal de las guardianas y no podía volver la vista a algo que era su responsabilidad controlar.

—¡Tía, dígame usted lo que hacen esos peales! —rogó la sobrina, que no quería ver pero sí enterarse de lo que sucedía.

—Pues ahora abren la caja. ¡Válgame Dios! Que sacan una cosa de piedra. Parece mismamente otra fuente y entre cuatro hombretones la ponen encima de la Fuente de los Leones.

—Pero ¿para qué? ¿Con qué propósito?

—Con el de fastidiar, supongo. Que en España nunca se hace nada a derechas, que todo es para fastidiar al vecino.

—¡Ya verá qué avenate le va a dar al señor Cid cuando lo vea!

—¡Y a todos los que vengan, niña mía!

—¡Quiá! —respondió indignada Dolores—. Aquí mucho siribulle, mucho enojarse, pero al final nada de nada. Nos desinflamos como un odre de vino. Estos señoritos del gobierno están todos hechos una pacharreta.

Hablando así, a su manera, la Tía Antonia y Dolores habían manifestado el sentir general de todos los intelectuales de Granada. La Alhambra, que en aquellos momentos no era de nadie pero en ella todos gobernaban, empezaba a sufrir la incontinencia imaginativa de unos cuantos palurdos que creían que añadirle restos de otros monumentos era como restaurarla. Sin embargo, habrían de pasar mucho años hasta que alguien, finalmente, pensara en afianzar sus cimientos, tapar sus grietas, fortalecerla en vez de embellecer, cosa que resultaba inútil ya que el monumento era bello por sí solo.

Así surgió el hecho de que la Fuente de los Leones tuviera que soportar un añadido durante años. Una segunda taza que no venía a cuento y que a lo largo del siglo llevaría de cabeza a historiadores, profesores y arqueólogos, unos debatiendo su permanencia y otros a favor de su eliminación.

—¡Es una infamia! —exclamó Julianito Mínguez con su habitual pedantería—. ¡Hago personal la osadía y me voy mañana mismo al gobernador a pedirle explicaciones!

—Pero hombre, ¿qué conseguirías? —preguntó mi padre—. No estamos en situación de exigir. Lo que sí podemos hacer es recaudar dinero para rehabilitar el monumento. Tal vez hablando con los ricachones de la ciudad, con el gobernador…

—¡Con los ministros!

—Con quien sea. En el Ayuntamiento no tengo conocidos.

—Pues los haremos. Tal vez una fiesta para animar a la concurrencia. A tu madre se le dan bien esas cosas… Una fiesta en donde presentar los dibujos de nuestros amigos extranjeros. ¿Y si escribimos a Irving? Si nos mandara algunas notas que animaran a la burguesía…

Mi padre reflexionó.

—Es mal momento. Después del cólera la gente ha perdido la esperanza. Debemos esperar a que pase el bache. Después del verano…

—¡Te me rajas, Manolito, te me rajas!

—No huyo de la situación. La Alhambra es mi vida, pero somos dos ilusos, dos infelices. No tenemos nada. Así sólo conseguiríamos dar mala publicidad al monumento.

Mínguez respiró hondo. Tal vez mi padre tenía razón.

—Bien… esperaremos. Para entonces habré terminado mi carrera y opositaré. Si gano alguna plaza en la universidad tendré más contactos.

—La universidad está tan podrida como la política. Nunca te aceptarán entre ellos.

—¡Manolito, no desanimes!

—Te lo digo por tu bien. Eres demasiado chincha para ellos.

Mínguez suspiró nuevamente.

—Bien, ya me has quitado la ilusión. Volvamos a casa que se barrunta una tormenta.

Los dos amigos caminaron por las orillas del Genil. Con el calor del incipiente verano tuvieron que desabrocharse los cuellos de sus chaquetas. Desde hacía días una sensación de bochorno inquietaba al salir a las calles e incitaba a resguardarse en los patios centrales de las casas, donde el frescor se adueñaba de los hogares.

Pero Mínguez, por tener casa baja, y Manuel, por vivir en la de sus padres, no hallaban lugar mejor para soportar el verano que la orilla del río.

—Me duelen los huesos, pronto empezará a llover —comentó el estudiante de arte.

—Pues si llueve, que llueva en los campos. Por lo visto los olivos han sufrido mucho este pasado año, y la cosecha de uvas se ha perdido. Dice mi padre que habrá que cambiar de cultivo.

—¡Ah, los terratenientes! Lo mejor es un negocio en la Alcaicería. Allí nada te detiene. Las telas, por ejemplo, siempre son un buen cebo para las señoritas de Granada.

—Vamos, cabeza pensante, corre, que nos vamos a mojar.

Los días siguientes fueron extremadamente húmedos. Llovió copiosamente y nada parecía augurar que las nubes dieran paso al sol. La abuela Encarnación, que empezó diciendo «¡que llueva, que llueva, a ver si se riegan los campos!», terminó por decir «esto es el diluvio. ¡Después del cólera nos ahogaremos!». Era la pura contradicción hecha mujer. Nunca estaba a gusto con nada.

Mi abuelo, que aunque achacoso gustaba de caminar cada mañana, se vistió con intención de salir.

—¿Dónde está mi sombrero, Encarnación? ¿Y mi bastón? ¡Encarnación!

—Bueno, no alborotes. Ahí los tienes, en el perchero. ¡Qué hombre, qué carácter! ¿Y ahora vas a salir? ¿Quieres nadar como los patos? Mira que puedes resbalarte y caer.

—No seas agorera, mujer.

—Como si no tuvieras otra cosa que hacer hoy. Quédate y juega al solitario. Sal al patio que hay un fresco agradable.

—Ni fresco ni fresca. Yo a mi paseo.

—¡Que volverás calado, hombre!

Mi abuelo, aunque sumiso, tenía repentes de soberbia. Era su manera de decirle a su esposa que estaba harto de tanta orden. Así que aquel 28 de junio de 1835 se puso un sombrero, una capa que le cubriera de la lluvia y tomó su bastón.

Ya atardecido sonó la campanilla de la puerta y un criado recogió una carta. La mandaba Barbarita Benajara. Mi abuela, que ya deseaba verla en casa en el verano, llamó a mi padre, encendió un velón, se puso las antiparras sobre los ojos y se dispuso a leer:

> *Estimada familia: Todos en casa nos acordamos mucho de ustedes. Yo en especial, porque me trataron muy bien los días que tuve el honor de estar en su casa. Ardo en deseos de alquilar una casita y poder pasear por las alamedas de Granada. Ya me dirá usted, doña Encarnación, si ha visto algo que nos pueda interesar. Atentamente. Barbarita Benajara.*

El silencio se adueñó de la estancia al acabar de leer la carta. Manuel Cid resguardó la mirada para evitar traslucir su incomodidad.

—¡Qué ángel del cielo! Mira que me gusta a mí esta chiquilla… ¿A que no has sido capaz de escribirle? Ella que te quiere tanto… ¿Cuál es el problema?

—Ése, precisamente: que me quiere tanto.

—No comprendo.

—Me agobia, me presiona, me anula. Entre tú y ella me estáis haciendo la vida imposible.

—¿Yo? ¿Tu madre? —preguntó ofendida doña Encarnación—. Cualquiera diría que te maltrato, y sólo quiero lo mejor para ti.

—Pero desearía poder elegir yo mismo…

—¿Tú? ¿Tú quieres…?

El enfado de mi abuela se apaciguó cuando se oyó un sonido indescifrable proveniente de la calle. Madre e hijo se quedaron inmóviles intentando discernir qué sucedía, de dónde provenía ese rumor que iba ascendiendo y se convirtió en un grave estruendo en cuestión de minutos.

—¿Qué sucede? —preguntó asustada mi abuela—. ¿Es la guerra? ¡Una sublevación carlista!

—No, cálmate. Es otra cosa.

Mi padre se acercó al ventanal del salón y descorrió las cortinas.

—¡Un terremoto! —gritó doña Encarnación sin haberse asomado aún a la ventana.

—¡Calla, es el río!

Mi padre no pudo por menos de observar con pavor lo que sucedía frente a sus ojos. La naturaleza se agitaba violentamente a través de las aguas del Darro, que se habían vuelto feroces y de un color negruzco, tanto era así que parecían arrastrar sangre. Era bien cierto que el río había tenido en el pasado sus ataques de furia, pero el de aquel momento parecía el más impetuoso que jamás se había visto en Granada.

Desde el ventanal observaron aterrados cómo el agua arrastraba el cercano puente que lo surcaba, lo rompía en mil pedazos y llevaba a su paso algunos árboles que crecían en las márgenes del río. Momentos después un ruido estruendoso llegó a sus oídos.

—Tengo que salir, madre. Algo ha pasado en la plaza.

—¿Salir ahora? ¡Y sin tu padre! ¡Tu padre! —pareció recapacitar la abuela—. ¡Tan tarde y sin volver! ¡Virgen de las Angustias! A este hombre le ha pasado algo. Fijo, como te lo digo. Se lo ha llevado el río y ahora está en la desembocadura del Genil.

—Calla, madre, no me pongas más nervioso.

—¡Tú no sales de aquí, te lo prohíbo! —dijo agarrándolo por la solapa de la chaqueta. Pero mi padre consiguió desasirse y llamar a los criados, que se ocuparon de mi abuela, ya histérica, derrumbada en un sillón.

Salió Manuel Cid sin sombrero, sin capa ni nada que se le pareciera. No en vano la lluvia parecía haber amainado y toda la fuerza de la naturaleza se había concentrado en el desahogo de las aguas, que buscaban el cauce original del río tuviera o no tuviera casas, puentes o petos artificiales.

Pudo mi padre caminar entre ramas caídas de álamos y cipreses, saltando cajas de madera y sillas de enea que el río había arrastrado. Auxilió a un anciano que se resguardaba en un portal sin ver manera de poder levantarse. Lo irguió y apuntaló contra la puerta de la casa, a la que llamó con verdadera vehemencia con el fin de que pidieran ayuda o lo socorrieran si eran cristianos. Pero nadie abrió. Tuvo que dejar al anciano allí, con la promesa de que volvería.

Más adelante el espectáculo era espantoso. Una manzana de casas cercana a la Plaza Nueva, unidas por la famosa Fuente de las Ninfas, se había desplomado como un escenario de teatro. Las aguas aún rebotaban entre los inmensos cascotes, volvían sobre sí, hacían círculos concéntricos y luego buscaban una salida a su furia dejando atrás una nube de polvo, de tierra y de viento que presagiaba que la mismísima furia de todos los demonios había caído sobre la ciudad de Granada.

Se empezaron a oír voces de socorro. Alguien dijo que habían avisado a los bomberos zapadores para que ayudaran a las víctimas. Unos curas salieron de las iglesias de Santa Ana y de San Gil y se ofrecieron a separar los cadáveres y rescatar los cuerpos que posiblemente aún estaban con vida debajo de las piedras o golpeados contra ellas.

Mi padre rescató a una chiquilla que tomó en brazos y la fue a dejar en medio de la plaza, en medio de la estupefacción de los presentes, muchos de los cuales se asombraban o se persignaban pero permanecían inmóviles.

Los ladronzuelos sí que no perdieron el tiempo. Muy cerca de mi padre pasó un niño harapiento con un bastón en la mano. Su puño era el de una oca.

—¡Eh, mocoso! ¿Dónde has encontrado ese bastón?

Tan pronto lo vio sorprendido, el niño soltó el bastón y se dio a la fuga. Mi padre tuvo el tiempo suficiente para dejar a salvo a la niña herida que llevaba en brazos y asegurarse de que el bastón era el mismo que había regalado a mi abuelo por su cumpleaños.

Entrada ya la noche decidió volver a casa. Mínguez se había unido a la búsqueda de cadáveres y como él otros muchos, estudiantes, comerciantes, panaderos… cualquiera que tuviera un corazón bondadoso se acercó a la plaza. Mi padre, agotado, temía el encuentro con mi abuela. Pero no tuvo más que entrar en aquella sala donde lo esperaban con la cara cubierta de polvo blanco, las manos de sangre, el traje humedecido por las aguas del Darro y agarrado fuertemente el bastón con puño de oca, para que mi abuela, mujer inteligente, se diera cuenta de que había sucedido lo peor. Soltó un agudo grito de angustia y luego prorrumpió en un llanto acompasado que daba repelús hasta de oírse.

Mi padre se acercó a sus habitaciones para cambiarse de ropa. Mínguez lo siguió.

—Descansaremos y continuaremos la búsqueda. Hay mucho escombro por todas partes, pero los zapadores podrán levantarlos y puede que tu padre se haya quedado protegido por un hueco, debajo de alguna puerta… A veces sucede en los terremotos.

—No te esfuerces, Julián, aunque te lo agradezco. No llegó el cólera a esta casa, pero igualmente ha llegado la desgracia.

Una criada entró dando voces al salón. Habían llamado a la puerta de la casa de los Cid y alguien decía que habían encontrado el cuerpo del abuelo Maximiliano. Así fue cómo mi abuela se quedó viuda y mi padre, el artista simplón e idealista, tuvo que asumir las riendas de la madurez dedicándose a los negocios que tanto aborrecía.

Granada no salía de una para meterse en otra. Siempre había algún motivo para la tristeza y el desconsuelo. Muchas mujeres rezaban, y sólo se les ocurría pedir que no les castigaran ahora con algún terremoto.

Siendo verano, los granadinos seguían paseando por las alamedas, surcando las avenidas, buscando el frescor de las tabernas o de los aguadores callejeros. Pero la Plaza Nueva había quedado muy deteriorada, todavía con escombros por doquier que daban al rincón más frecuentado de los granadinos la imagen de un basurero caótico.

No en vano, los miembros del Ayuntamiento y los deseosos de cambiar la imagen envejecida de Granada tuvieron su gran oportunidad. Hacía mucho tiempo que se proyectaba alinear la plaza, volverla moderna, embovedar el río y conseguir que sus aguas fluyeran sin perjuicio para la población.

Aunque la idea era, en principio, positiva, todo terminó por embarullarse. Porque no bastaba con haber perdido una de las zonas más pintorescas de la ciudad, incluida la famosa Fuente de las Ninfas y su monumental pilar, sino que se quería más, mucho más. Imitando a la rabiosa naturaleza se pretendía tirar otras manzanas de casas de la plaza para hacer la zona tan rectangular como fuera posible. Así lo mandaban los cánones de la modernidad. Si una plaza tenía que ser cuadrada, pues cuadrada se haría, aunque tuvieran que derribar casas o monumentos.

Al entierro del abuelo Maximiliano no llegó a tiempo su único hermano, el tío Leandro, porque residía en Madrid, ni asistió Barbarita Benajara. Pero tres días

después del mismo compareció la joven con toda la parafernalia propia de una duquesa: un coche de cuatro caballos cargado hasta el asiento del palafrenero del cual salieron, no sin antes extender la escalerilla, la misma Barbarita y su ama de compañía, una asturiana llamada Teolinda.

Entró en el zaguán, ordenó que colocaran los baúles en zonas que no estorbaran, se quitó los guantes blancos y subió las escaleras. En el salón de invitados la esperaba la abuela, que se echó sobre ella para abrazarla, aliviando el dolor que tenía con aquel recibimiento.

—Eres un sol, hija, visitándonos en estas condiciones. No sé qué va a ser de esta casa. Sin mi Maximiliano, yo no soy nada. Nada, como te lo digo.

—Vamos, doña Encarnación —dijo la joven acariciándole las manos—. Si todos saben que era usted quien llevaba los negocios.

—¡Valiente desdichada estoy hecha! Yo sin mi buen esposo y con mi hijo, un bribón que no hace caso a su madre.

—Déjeme usted a Manolito, que yo le pondré bien firme.

—¿Tú, hija?

—Como una vela lo voy a llevar. A partir de ahora usted a descansar que yo me ocupo de todo.

—Pero Barbarita…

—Nada de Barbarita, desde hoy se me llamará Bárbara, que soy ya una mujer.

La abuela, tal vez por estar cansada o dolida, dejó las riendas sueltas. Bien enseñó mi abuela, no sé si conscientemente, a esa muchacha castellana que nada tenía que ver con las tierras de Granada. Pero el amor, o el interés, lo pueden todo.

Mi padre llegó al salón a saludar a la recién llegada y agradecerle su visita.

—Nada, nada de visitas, vengo para quedarme —respondió.

Mi padre notó en su testarudez tinturas de amenaza. Sin su padre, el único que podría haber objetado algo a la boda con Bárbara Benajara, se encontraba indefenso.

La boda era inminente.

Y así sucedió. Pasados unos meses para superar el luto, con la decencia que se exigía en estos casos, se anunciaron los esponsales de Manuel Cid y de Bárbara Benajara.

Desde el mismo momento en que salieron las amonestaciones mi abuela empezó a perder peso en el hogar de los Cid. Los criados acataron las órdenes de la intrusa como si hubiera nacido en esa misma casa y Teolinda, la doncella de Barbarita, se apropió de las zonas más alegres de la mansión para decorarlas a la manera que le gustaba a su señora.

—Habremos de cambiar las cortinas, estas telas tan pesadas parecen del castillo de irás y no volverás. Y tan pronto se realice la boda miraré dónde enviar a tu madre, que la pobre necesita salir de esta ciudad. Sólo le trae malos recuerdos —conspiró la Benajara.

—¿Vas a echar a mi madre de su casa?

—Yo no voy a hacer más que lo que ella me ha enseñado: que la casada para sí quiere la casa. No podemos mantenerla aquí sin hacer nada. Ahora vuestros negocios os llevan a la ruina; los sacaremos adelante con mi dote. Tal vez para entonces tengamos otros medios para hacer volver a tu madre. Además, he pensado en montar un negocio en la Alcaicería, con mi dinero claro, porque tú ahora, querido, no tienes ni para pagar el pan. Habrá mucha animación en esta casa y tu madre se aburriría de tanto vernos ir y venir.

—Espera, al menos, a casarnos.

—Desde luego, hijo, qué cosas tienes, no soy tan mala nuera.

Y esperó, claro que esperó. Dos días después de la boda, mi abuela salió para unas tierras que teníamos aún en la población de Salobreña. Y Bárbara Benajara se hizo dueña y señora de la casa de los Cid.

Mi padre entró en una profunda melancolía. Se le ocurrió que, al menos, se le permitiría ocupar el despacho que antes fue de mi abuelo y edificar allí su paraíso, donde poder leer, escribir o pintar. Bárbara Benajara, que a veces mostraba una incipiente sensibilidad, comprendió que habría de ceder en algunos puntos y convino en entregarle las llaves del despacho, de las que se había apropiado desde la boda.

No puedo contarles cómo fue la noche del casamiento, ni siquiera si hubo festejo o no, nunca se habló de tales cosas en casa, pero supongo que mi padre cedió como todos los hombres en tales circunstancias porque el primer impulso del humano es cumplir los dictados de la humanidad, que es el de reproducirse. Y a fin de cuentas debió de suceder porque un día mi madre, Bárbara Benajara, golpeó la puerta del despacho en donde se protegía mi padre de las adversidades hogareñas y sucedió lo que sigue:

—¿Quién es?

—Tu esposa.

—Espera que salgo.

—¡Déjame entrar!

Mi padre abrió la puerta con la picardía de no dejar vislumbrar nada del interior. Tras la puerta y sólo con el fin de preservar su íntimo y virginal mundo transformado en su despacho, había hecho colocar mi padre una de esas pesadas cortinas que mi madre ordenó desmontar de los ventanales. Tan pronto se hizo ver Manuel Cid echó la cortina y nada pudo otear mi madre, a pesar de hacer un gran esfuerzo para conseguirlo poniéndose de puntillas y echando un rápido vistazo hasta donde pudo.

—¿Qué deseas, mujer?

—Nada… no sé qué guardas tan esmeradamente en esa habitación.

—Lo que a ti no te importa.

—Grosero.

—¿Quieres decir a qué vienes?

Mi madre respiró con resignación y contestó:

—Que serás padre para noviembre, eso es lo que te quería contar.

Dio media vuelta y se marchó. Y a Manuel Cid no le quedó otra que volver a su despacho, echar la llave y sentarse en su sofá a reflexionar. Porque se había quedado tan frío como una piedra.

El 1 de noviembre de 1837, con las calles heladas, chapiteles colgando de las ventanas y la techumbre de la Alhambra cubierta por un espeso manto blanco, nací yo. Eran las tres de la madrugada. Y como mi madre no se opuso y mi padre insistió en ello, me pusieron como al abuelo desaparecido, Maximiliano, aunque de adulto la mayoría me llamaron, simplemente, Max.

TEÓPHILE GAUTIER
1840

Habíamos establecido nuestro cuartel general en el Patio de los Leones. Nuestro mobiliario consistía en dos colchones que recogíamos y dejábamos enrollados de día en algún rincón, en una lámpara de cobre, en un jarro de tierra y en algunas botellas de vino de Jerez que poníamos a refrescar en la fuente. Nos acostábamos unas veces en la Sala de las Dos Hermanas y otras en la de los Abencerrajes.

Théophile Gautier, *Viaje a España*

Siempre que se producía un nacimiento, las mujeres casadas o solteras con las que solían relacionarse las nuevas madres acudían de visita a conocer al recién llegado y agasajarla con regalos.

Mi madre no lo fue menos. La costumbre se mantenía por encima de antipatías o enemistades. Era una forma de asegurarse que con el nacimiento de los hijos de las demás mujeres también se disfrutaría de regalos, pues la visita funcionaba como una rueda en la que ninguna madre quedaba sin felicitar.

Las niñas o las casaderas hijas que acompañaban en las visitas aprendían a hacerse hueco en la sociedad. Veían lo importante que era parir en una colectividad. Alcanzar los galones de madre significaba llegar a lo más alto, tener el poder de decisión sobre una vida indefensa, convertirse en una escultora de la personalidad de los demás. Esta prerrogativa permitía llegar a las tiendas con la altivez de quien se consideraba dueña y señora de una casa. Era la rotundidad de la maternidad. No había meta más alta para una mujer.

Así pues Bárbara Benajara, aún sin haberle llamado la edad ni el reloj biológico, ni eso que dicen que tienen las mujeres cuando saben que deben ser madres, se enfrentó a mi nacimiento con elegancia pero con indiferencia. Abrió su casa para enseñar el moisés donde reposaba mi tierno cuerpecillo, los encajes de Holanda, las botitas de lana que había tejido con sus propias manos cuando estaba encinta, los modernos biberones y hasta presentó al ama de cría, pues lo mismo que era un honor parir era un desprecio alimentar al pequeño. No se fueran a pensar las demás invitadas que ella era una vaca lechera.

Mi padre sabía que aquella tarde había visita de señoras. Las oyó pasar con el rumor de sus faldas y el taconeo de sus botines cerca de su despacho. Se dirigían todas, en fila india, hacia la sala de invitados. Allí estaba mi madre, junto a mi cunita y el ama de cría, por si me despertaba y le tocaba sofocar una llantina a doña Bárbara

sin haberlo hecho nunca.

Era de mala educación que un hombre escuchara o que estuviera presente en aquella reunión de señoras, pero sí era corriente que se pasara, saludara y se marchara, dejándolas en una pletórica exaltación de risas y felicitaciones.

Se dirigió, pues, a saludar a las damas, alguna de las cuales ya conocía y respetaba. Se habían congregado allí algunas avisadas por mi madre y otras avisadas por éstas, es decir, que se había hecho una cadena, lo que casi siempre terminaba siendo un poco peligroso pues alguna persona que en otras circunstancias no se hubiera recibido en una casa honesta tendría entrada libre en esa ocasión.

—Buenas tardes, señoras.

Las mujeres, sin levantarse, agitaron el abanico, saludaron con la cabeza, emitieron alguna risita o izaron la taza de té respondiendo. Mi padre reconoció a la condesa de Teba, que se encontraba por entonces en Granada, a las García Linares y sus tres hijas, a la señora de Pardo Moliner, rebosante como un botijo a causa de su embarazo, y en una esquina, incomprensiblemente, a la condesa Di Mare con su joven hija Francesca.

De entre toda esa panda de mujeres interesadas, altivas, condescendientes o groseras, la belleza de la dulce Francesca di Mare sobresalía por sí sola.

Debía de tener la muchacha entre quince y dieciséis años, pero aparentaba ya ser toda una mujer. No en vano a esas edades ya eran casaderas y bien podría haber estado comprometida, de no haber sido porque su madre, italiana de origen, tenía una mente algo más abierta que las españolas.

Fue apenas un instante y mi padre, con su retención de pintor, pudo calcular sus facciones y recordar su pelo rubio auténtico cayendo en tirabuzones sobre sus hombros blancos. Tenía unos ojos tan azules que ni el mar en reposo podía comparársele. Era un placer para la vista y para los sentidos y Manuel Cid, en aquellas circunstancias, abatido y oprimido, alcanzó el éxtasis al conocer a aquella chiquilla.

Volvió a su estudio y tomó los pinceles. Quería pintar los ojos de Francesca y retenerlos en la memoria el tiempo mayor posible. Estuvo emborronando pliegos y pliegos de papel hasta que oyó que las damas se marchaban y se asomó hacia el Darro para ver cómo algunas tomaban un coche y otras caminaban. Las Di Mare, como era de esperar, se alejaron andando. Posiblemente no era debido a la falta de costumbre, ni a pretender hacer ejercicio. Se sabía en toda Granada que no andaban bien de dinero.

Durante los meses siguientes, mi padre sólo tuvo una cosa en la cabeza: Francesca. Su recuerdo le hacía soportar las largas horas hogareñas, los reproches de mi madre sobre que descuidaba los negocios y los insultos a su vocación artística.

Yo, por entonces, no era más que un estorbo. Me crié solo o con las criadas y fui

bastante rebelde desde mis comienzos, por lo que no puedo reprochar ni a uno ni a otro que no disfrutaran de mí como hubieran hecho otros padres.

Manuel Cid continuaba entregado a la pintura. Habitualmente salía y visitaba a su amigo Julián Mínguez, que por aquellas fechas se encontraba colaborando con las instituciones artísticas de Granada, las cuales, contrariamente a lo que pudiera parecer, eran muchas. Parecía que la ciudad tomaba conciencia de la necesidad de proteger su patrimonio, y como todo esto partía de personas involucradas en círculos artísticos también se observaba cierta permisividad con las actitudes creativas. Así vieron la vida el Liceo Artístico y Literario de Granada, la Escuela de Bellas Artes, la Real Sociedad Económica, la Comisión Provincial de Monumentos y, por supuesto, el Museo Arqueológico.

Antes de que el museo abriera sus puertas, una comisión científica se encargó de elaborar el inventario de las piezas a exhibir. Muchos artistas, profesores, escritores o simplemente filántropos, que esperaban convertir su ciudad en una de las más modernas de España, se volcaron en una labor agotadora.

Julián Mínguez fue uno de los apasionados colaboradores del Museo Arqueológico. Durante las etapas de inventario sólo lo veía mi padre deambular por la ciudad con papeles, muy agitado, diciendo que llegaba tarde o que no había dormido, compensando su cansancio con la satisfacción de un trabajo bien realizado.

De todas las provincias que en España solicitaron tener un Museo Arqueológico Provincial, Granada era la ciudad que más piezas, pinturas o esculturas, ofrecía. Su herencia romana, árabe y cristiana había dejado en la ciudad infinidad de recuerdos. De no haber sido por las mentes obtusas de algunos gobernantes y su piqueta demoledora nos habrían dejado una fascinante herencia arqueológica para exhibir en las salas museísticas.

Un día, mi padre fue a ver a Mínguez a su casa y éste lo recibió con cara de agotamiento. Era tan joven como mi padre, pero al parecer de la gente siempre había resultado un poco deslucido para sus años. Con todo, mi padre lo encontró aún más envejecido de lo que se pudiera suponer.

—Una insigne labor la que estamos haciendo, querido amigo —aseguró Mínguez bebiendo un café con sabor a tierra que él mismo había preparado y ofrecido a mi padre—. Como te lo cuento. Se hará historia. El Museo Arqueológico Provincial se abrirá en el verano. Y no cesan de aparecer piezas en los fondos de la Chancillería o en donaciones particulares o casas anónimas…

—Muchos cambios se están experimentando en la ciudad.

—¡Muchos! Y tú deberías participar en ello. Ven a la Comisión y ayúdanos. O si lo prefieres, al Liceo. Ya sabes que todos estamos en el que fuera convento de Santo Domingo. Te relacionarás bien y aprenderás. ¡Si vieras lo bien que me tratan! A veces hasta me imagino que soy de esa nueva ciencia que llaman arqueología… ¡Ah! Qué días tan maravillosos estoy viviendo. Pero tú… ¿Acaso no tienes nostalgia? ¿No te encuentras solo ante tu caballete?

—Un pintor tiene que estar solo para pintar.

—¡Ah, amigo mío! Salvo el aseo, nada de lo que el hombre hace debería hacerlo solo. Es bueno para el espíritu compartir las inquietudes. Y a ti te veo yo muy abandonado.

—Gracias —dijo irónicamente mi padre.

—¿Vendrás a la Comisión?

—Iré.

—Y cómprate el periódico *La Alhambra*. Leerás cosas interesantes.

—¿Es nuevo?

—Salió a la calle en abril. En él escribe el padre de mi amigo Aureliano Fernández-Guerra. Gran hombre, sin duda.

Mi padre prometió acercarse por el convento de Santo Domingo. Y lo hizo, desde luego, pero como un alma en pena que lleva un secreto en el corazón y no puede desvelarlo. Durante algún tiempo estuvo intentando hablar con Mínguez de sus sentimientos, de ese amor que lo corroía por dentro. Pero mi padre era tímido, reservado y débil, así que viendo que aquellos hombres de la comisión científica se dejaban llevar por la pasión a las artes, por una desbordada alegría y un esfuerzo anímico, mi padre se vino abajo y decidió continuar solo frente a su caballete intentando recordar los ojos de Francesca.

El verano de 1839 transcurrió con nuevas riadas. Dice por ahí el saber popular:

Darro tiene prometido
El casarse con Genil
Y le ha de llevar en dote
Plaza Nueva y Zacatín.

Bien cierta fue esta cancioncilla, que definía cómo el Darro arrasaba todo lo que le venía en gana, incluida la Plaza Nueva y el Zacatín, hasta llegar a su desembocadura con el río Genil.

Mínguez y los comisionados del futuro Museo Arqueológico continuaron su tarea, a pesar del temporal, incluso después de que un desalmado robara unas piezas destacadas de entre los fondos inventariados. «¡Obras de Alonso Cano, nada menos! —exclamó enfurecido Julián Mínguez—. ¡Depravados, rufianes! ¡Adónde vamos a llegar en España si robamos lo poco que nos queda! ¡Contra la figura del vil saqueador hemos de batirnos los científicos y hombres de bien! Recuerda esto, amigo Cid, un país que trata así su patrimonio artístico, ¡no se merece más que ser invadido por los bárbaros!»

El profesor era un hombre fácilmente emocionable. Mi padre sabía esperar a que se le pasara esa vena tan digna que no sólo se le hinchaba en el cuello sino también

en su espíritu. Pero justo es decir que pocas veces vio mi padre a aquel hombre tan abatido.

Con todo, el museo se inauguró un 11 de agosto de 1839 y a su sede del convento de Santo Domingo acudió lo más selecto de los círculos artísticos y científicos de Granada. Por supuesto, mi padre fue invitado y allí fue donde conoció a figuras destacadas de la cultura granadina que con el tiempo han sido referentes claros de una generación única que, por desgracia, desconfío que vuelva.

Allí reconoció Manuel Cid a un Mínguez desbordado por la felicidad al ver que sus esfuerzos eran compensados. Iba el profesor con un muchacho llamado Aureliano Fernández-Guerra, joven singular donde los hubiera. Con algo más de veinte años ya era reputado arqueólogo, pintor y autor dramático, aptitudes que le habían llevado a ser elegido censor teatral. Sería tanta su consideración social que unos años después llegaría a ser nombrado redactor único científico y literario del Boletín Oficial de Granada.

Mientras hablaban, mi padre volvió la vista y no pudo disimular que se fijaba en cierta dama vestida de azul que conversaba en los grupos del fondo de la sala. Cuando ésta se giró, tal vez por la clarividencia que tienen los enamorados, dejó bien visible su perfil: parecía que Francesca di Mare se había propuesto descubrirse ante los ojos de mi padre.

—¡Ah! ¿Te fijas en la condesita? —exclamó Mínguez—. Nos ha ayudado mucho. Es un encanto de muchacha. Sabe lo indecible de arte y tiene un interés por Granada que es imposible achacar a muchos granadinos de pura cepa. Me acercaré a saludarla.

—Voy contigo —continuó mi padre con ansiedad.

Dejaron a Aureliano Fernández-Guerra y acudieron a besar la mano de la joven condesa, lo que hicieron con rectitud y diligencia.

—Señores…

—Señorita.

—Querida amiga, ¿recuerda usted a don Manuel Cid?

A mi padre le tembló una ceja, circunstancia que supo disimular con prontitud, pero Francesca lo miró con tanta complacencia que toda su agitación terminó por disiparse.

—¿Cómo iba a olvidarme? Estoy encantada de volver a verlo, señor Cid.

Desde aquel momento mi padre acudió complacido a las reuniones de los comisionados y a las salas del museo. Sería injusto decir que iba con el único propósito de ver a Francesca, pero incierto si dijera que su afán era totalmente artístico. De una u otra manera, lo que consiguió mi padre es involucrarse de lleno en los círculos intelectuales granadinos, lo que combinado con su faceta de guía de viajeros extranjeros le creó una reputación envidiable en toda Granada, pues no había escritor, pintor o científico que en adelante no lo conociera y, en algún momento de su vida, no tuviera que pedirle un favor.

Durante el año 1840, la Alhambra empezó a experimentar los primeros cambios. No fueron éstos por pura mejora, pero sí se mostró un incipiente interés por el monumento. La campana de la Vela, por ejemplo, situada a un lado de la torre, se llevó a la zona central. El recuerdo de este hecho se manifiesta desde entonces en una inscripción que dice: En agosto de 1840 se trasladó esta campana desde el ángulo derecho que ocupaba al sitio donde se halla, y se reedificó la torre que amenazaba ruina.

Lo mismo ocurriría con el Patio de los Leones, ahora prioridad de los primeros restauradores, aunque su finalidad causó controversia pues limpiaron los leones con total impunidad, haciendo creer que así los respetaban.

Esta pequeña preocupación por la Alhambra era fruto de la publicidad que los viajeros ingleses y franceses hacían de ella fuera de España. El gobierno español terminó por comprender que el interés mostrado por tanta gente no podía ser casual. Sin embargo, faltaban dos cosas extremadamente importantes para hacer del país un ejemplo de cordura artística: la iniciativa y el dinero.

Los más listos, por aquel entonces, fueron los taberneros. Las tascas, tabernas, fondas y casas de pupilos se esforzaron por dar una imagen actual a todos cuantos venían. Se ofrecían danzas de la tierra y buen vino y los extranjeros quedaban maravillados.

—Vamos a ver la nueva taberna que han abierto junto a la Puerta de los Siete Suelos —propuso Julián Mínguez a mi padre una tarde de verano tediosa y canicular.

—¿Junto a la puerta? ¿A quién se le ha ocurrido?

—Pues a un tabernero muy inteligente. Con ello ofrece frescor y buenas vistas. Los extranjeros se quedan maravillados de comer al lado de tan alta puerta mora.

—¿Y qué ofrecen?

—Su especialidad es el pan con jamón, previamente untado en tomate. Dicen que es riquísimo.

—Suena bien, vayamos.

Tan pronto insinuaron salir cuando mi madre apareció abanicándose.

—¿Sales?

—Sí, vendré pronto.

Mi madre miró a Mínguez de arriba abajo, como siempre. No le importaba que ya fuera profesor, ni que hubiera ganado una plaza en un respetado colegio sacrificando su vocación de catedrático.

—Recuerda que tenemos baile la semana próxima, hay mucho que hacer.

—Lo sé.

Mi padre callaba, daba la razón, afirmaba, cualquier cosa para no oír los reproches de la boca de doña Bárbara. Fue caminando en silencio todo el rato al lado de su amigo, pero cuando se sentaron en la taberna de los Siete Suelos y les atendieron ofreciéndoles buen vino y el delicioso pan con jamón untado en tomate, mi padre se vino abajo.

—Julián… Te prometo que yo hago una locura.

—Pero ¿qué dices?

—No soporto más a Bárbara. Se pasa el día persiguiéndome. Apenas me deja ver a Maxi, lo encierra cada dos por tres para no oírle llorar, por lo que el niño se está volviendo como un animal enjaulado. Cada vez que se le saca o muerde o patea. Y yo… te aseguro que tengo ganas de hacer lo mismo.

—¡Hombre! Alguna solución habrá.

—Sí, las fiestas, los bailes, las *soirées* y las mil mandangas que se busca la Benajara para aparentar ser lo que no es. Durante esas celebraciones me deja en paz y es la única manera que tengo de ver a…

—¿A quién?

Mi padre bajó la mirada. Le daba mucha vergüenza confesar.

—Hay una mujer…

—¡Manuel! ¡Me dejas patidifuso! Eres un hombre casado.

—Sí. E infeliz.

—Pero casado.

Mi padre bebió del vaso de vino y se lo volvió a llenar desde una jarra de barro.

—Sabía que no me comprenderías.

—Pero ¿has entrado en relación con esa mujer?

—No, no podría.

—Y ella… ¿entiende?

—¿Cómo que entiende?

—Si se deja…

—¡Julián!

—¡Por las barbas de Ulises! ¡Quiero saber si habéis llegado a mayores!

Mi padre negó.

—Ella parece que ni siquiera me mira.

—Pero entonces… ¡Ah! Eres un romántico…

—Como tú y Dolores.

Ambos se callaron, pues empezaban a ofenderse. Bebieron y, tras dejar pasar un largo rato en silencio, mi padre dijo:

—Es la hija de la condesa Di Mare. Sí, ya sé, es una niña. Pero me he enamorado.

No se dijo más. Volvieron cabizbajos ambos hombres, cada uno a su casa. Pero cuando caminaban cercanos a la Puerta de las Granadas, Mínguez exclamó:

—¡Por Dios bendito! ¡Mañana es domingo y no he comprado la rosa!

Vaya dos románticos, sin duda.

Días después, mi padre recibió una carta que le fue entregada en mano. La traía un chiquillo al que habían pagado para realizar el trabajo. Mi madre siguió la carta con la mirada mientras mi padre la abría delante de ella y la leía con parsimonia.

—¿De quién es?

—De un amigo.

—¿Qué dice?

—Me pide un favor.

—¿Qué favor?

Mi padre dobló esmeradamente la carta y se la metió en el bolsillo. Miró a mi madre sin la intención de contestar.

—¿Cuándo es el baile?

Ella, con cierta reticencia, respondió que el sábado, pero como eso ya lo debía de saber a esas alturas, conjeturó que Manuel Cid cavilaba algo muy contrario a sus gustos.

—Tenemos que invitar a una persona.

—¿A quién? —preguntó con cierto escrúpulo.

—A un escritor francés llamado Théophile Gautier. Su amigo, Mérimée, a quien tuve el gusto de conocer hace años, me suplica que lo atienda y la enseñe la Alhambra.

—¡La Alhambra! ¡La Alhambra! —repitió con retintín la Benajara—. Y tú de guía. ¿Qué ha sido de ése señor Ximénez, tan famoso? ¿Se ha jubilado? ¿Es que acaso no hay nadie más en Granada que tenga el oficio de enseñar la Alhambra? Tú tienes ahora un negocio en la Alcaicería que has de sacar adelante. Si al menos te pasaras de vez en cuando por la tienda de telas, pero no… estás muy ocupado llevando a extraños a lo alto de una colina. ¿Y de los olivares? Pues lo mismo. Otros ya se han enriquecido con la venta de aceite o han visto los beneficios de la manufactura de tejidos y bien que han levantado una fábrica en la Vega, pero tú no, porque para eso hay que estar en el ajo. ¡Que todo lo tengo que llevar yo!

—Mi madre te enseñó eso, ¿no es verdad? A ocuparte de todo.

—¡Pues claro! Porque todos los hombres de la familia Cid sois unos inútiles. ¡Anda, que vaya chasco me he llevado contigo! ¡Vaya chasco!

Mi padre suspiró esperando que pasara el chaparrón.

—Bien. ¿Puedo invitar a Gautier a venir a nuestro baile?

—¡Un francés! ¡Nada menos que un francés!

—Tiene buena reputación.

—¿Cómo de buena?

—Se codea con los mejores escritores de Francia. Es conocido de Víctor Hugo.

Bárbara, mi madre, era muchas cosas —inteligente, atractiva, organizadora—, pero entre todas sus virtudes no se encontraba la de la afición por la lectura. A Víctor Hugo lo conocía de oídas por la novela *Nuestra Señora de París*, pero ignoraba de él todo lo demás. De haber investigado lo habría desterrado de su baile por hereje y liberal.

—Ese Hugo es el del jorobado que vivía en una catedral, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y el francés que quiere venir a mi baile es amigo suyo?

—Y de muchos ilustres franceses.

—¿Es ateo?

—No lo sé.

Doña Bárbara titubeó.

—Lo que sí sé es que si lo invitas hablarán de ti en toda Granada.

Mi madre, por muy lista que era a veces, se dejaba engatusar como una colegiala. Respiró con la satisfacción de haber ganado y dijo:

—Bien, puedes invitarlo.

Así fue cómo mi padre mandó recado a la casa de pupilos de la calle Párraga, cerca de la Carrera del Darro, donde se alojaba Gautier, para hacerle partícipe de la invitación.

Ustedes habrán advertido por la conversación mantenida entre mis padres que Bárbara Benajara ya había organizado la vida de Manuel Cid con dos nuevos negocios que atender. El primero era una tienda en la Alcaicería donde se vendían telas, mantones de Manila y algún complemento de moda. Todavía no era habitual la venta de trajes confeccionados, así que el negocio de la sastrería y consecuentemente la venta de telas podían considerarse provechosos. A mi madre le hacía ilusión esa tiendecilla que les exigía poco tiempo y les daba una pequeña renta mensual. Su dirección se la ofrecieron a don Venancio Higueruela, hombre de confianza de la Benajara, que la adulaba con tiernas palabras en cuanto la veía atravesar la puerta. Higueruela era un vendedor nato. Lo manipulaba todo para que estuviera a tu gusto o te convencía de que sin un cinturón color «*llama del Vesubio*» no podrías vivir si querías ser respetable, no ya en Granada sino en toda su provincia. Mi madre sabía que con él a la cabeza del negocio nunca le quedaría género sin vender.

Pero la tienda era, básicamente, un pasatiempo. Lo que realmente enderezó la economía de los Cid en aquellos tiempos fueron los amplios olivares, cuyo fruto se vendía a almazaras o simplemente se aderezaba como aperitivo. Poco a poco, mi madre fue ampliando el negocio de los olivos y de los viñedos para dedicarse casi por completo a cultivar la caña de azúcar, que con el tiempo sería lo que les aportaría más dividendos.

A mi padre, bien lo saben ustedes, se le hacía insoportable tener que ocuparse de negocios que le eran extraños. Él no entendía más que de pintar, ruinas, para ser exactos, lo que provocó el mote de Pintor de ruinas, que tanto usaba mi madre despreciativamente.

Mientras estaba en casa él evitaba hablar de estos temas y cuando salía se esfumaba lo más lejos posible, pero nunca en dirección a la Vega, donde se ubicaba su pasmosa y monótona vida de terrateniente. A mi padre le vino bien que doña Bárbara fuera una mujer dominante. Ella estaba al tanto de cuanto sucedía en las

tierras y sólo de vez en cuando accedía a pasarse por la Alcaicería, saludar a don Higueruela y preguntar cómo iba el negocio.

De hecho, de no haber sido porque Gautier había aparecido en su vida, ni siquiera se hubiera planteado asistir al baile que mi madre programaba para el sábado siguiente. Pero la experiencia de conocer a tan extravagante personaje permitió a mi padre ponerse al día de los movimientos sociales e intelectuales de Francia.

Días antes, Théophile Gautier y su amigo Piot habían llegado a Granada y se habían instalado en una casa de pupilos cercana a la plazuela de San Antón. Era ésta una casa muy decente en la que se les ofreció una planta baja blanqueada con cal y con escasos muebles. La ventaja se encontraba en un patio rodeado de columnas de mármol blanco coronadas con capiteles moros, lo que hacía sospechar que antes habían estado coronando alguna casa nazarí. En su centro, como era habitual, había un aljibe que les proporcionaba el frescor necesario en ese verano granadino.

Allí, ambos amigos disfrutaron mucho leyendo y escribiendo, utilizando un novedoso manubrio que asombraría a los granadinos y del que luego hablaremos, viendo a lo lejos la silueta de la Alhambra.

Sin embargo, el extravagante poeta, periodista, pintor y no sé cuántas cosas más decidió una tarde acceder al palacio de la Alhambra con su amigo, portando un colchón por equipaje con el firme propósito de dormir en medio del Patio de los Leones. Así se lo propusieron a la Tía Antonia, y como Dolores no daba abasto con los cuidados de las habitaciones y las trastadas de su nueva hija, Antoñica, tuvo que ceder en este punto y dejarles pasar la noche en pleno césped.

Allí, Gautier y su amigo bebieron vino bajo el espléndido cielo estrellado, el mismo que vio Irving junto a Dolores años atrás. Enfriaron la botella en la misma taza de los Leones, ahora coronada por una segunda pila, pero cuando mejor dormían, oyendo el tintineo de los cascabeles de las burras de leche atravesando la Carrera del Darro, la Tía Antonia, con su peculiar carácter, hizo funcionar el surtidor que regaba el suelo del patio, de manera que los franceses recibieron la lluvia más refrescante de toda su vida.

Sin embargo, el corazón de Tía Antonia se ablandó cuando Dolores intercedió por ellos, que eran hombres bohemios y no entendían de convencionalismos, así que se les permitió dormitar un día en la Sala de los Abencerrajes y otro en la de las Dos Hermanas, y, mientras, jugaban con su hija, Antoñica, que cada vez crecía más y más lista.

Llegó la noche de la fiesta a la misma puerta del caserón de los Cid un hombre de algo menos de treinta años vestido con levita ajustada y un pañuelo rojo bien anudado al cuello. Llevaba los cabellos largos y algo alborotados, lo que impresionó a las criadas, que al verlo pasar temieron que se hubiera colado algún menesteroso.

Bárbara Benajara no puso cara distinta sino más bien inexpresiva cuando mi

padre se acercó a presentarle al extravagante francés que había osado atravesar el umbral decente de los Cid. Mi madre extendió la mano y a riesgo de ser besada la mantuvo.

—*Enchanté* —dijo el escritor, que viene a ser el besamanos de los franceses pero con más finura.

—Théophile Gautier es un gran enamorado de Granada —afirmó mi padre para dulcificar la escena—. Ya conoce la Alhambra, no es necesario que se la enseñe, querida.

—¡Oh, eso es un alivio! Mi marido está muy ocupado últimamente. Nuestros negocios, ¿sabe?

Gautier sabía español aunque no lo hablaba con soltura, pero con sus gestos y ademanes facilitaba que se le entendiera.

Al entrar en la sala en donde ya esperaban las petulantes señoritas granadinas, las García-Linares, las Pardo-Moliner y toda esa panda de ociosas jóvenes casaderas, Gautier fue objeto del más descarado recibimiento. No les bastó con objetar un «¡oh!» que puso en ridículo a mi padre, sino que, con prontitud, las mozas de guante blanco y tirabuzones se acercaron al extranjero sin disimulo alguno con el propósito de entablar conversación.

—Me parece que les ha atraído su aspecto francés, sólo querrán que les ponga al día sobre moda —murmuró mi padre.

—Tiempo hay para todo —convino el invitado—. Hasta para ser galante. Pero rescáteme en unos minutos, se lo ruego. Desearía hablar con usted de ciertos asuntos.

Así sucedió. Mi padre esperó paciente a que las señoritas se despacharan a gusto con el elegante.

—No sé qué encuentran ustedes, lindas damiselas, en los vestidos de París —objetó Gautier rodeado de abanicos batientes—; las mantillas españolas son mil veces más atractivas que las cintas y los volantes.

—¡Oh! —exclamó una jovencita—. ¡Las mantillas! ¡Se nota que usted estará harto de ver pasear a las señoras más elegantes de Francia y es por eso que no las tiene en cuenta! Yo mataría por tener una modista francesa.

—¡Y yo! —gritó otra.

—¡Y yo también! —apuntilló la de más allá.

Entonces Gautier dijo:

—¡Quiera Dios que nuestras modas francesas no invadan nunca la ciudad de los califas! ¡De hecho yo ardo en deseos de vestir un traje de majo y a ello me dedicaré en cuanto encuentre un sastre que quiera hacérmelo!

—Vaya usted a Juan Zapata —intervino la mamá de las Pardo—; es un hombre de gran reputación en la Alcaicería.

—¡Sí! —sentenció finalmente doña Bárbara—. Pero antes pásese por nuestra tienda, que le venderemos el mejor paño.

El francés agradeció la deferencia de las señoras, pero no por ello se vio privado

de sus preguntas.

—Pero cuéntenos, joven —dijo una pechugona dama de pelo blanco—, ¿qué es lo que llevan ahora las señoras en París? Usted lo sabrá mejor que nadie.

—Siento desilusionarla, bella dama —Gautier sabía muy bien ganarse a su audiencia—, pero no me interesa la moda. Sé que este verano se llevaban los colores «ratón espantado» y «araña meditando su crimen», pero no me pregunte si el sapo es marrón o verde o la araña del color del ámbar.

—Usted se está riendo de nosotras —sentenció la García-Linares con clara animadversión—. No me creo lo más mínimo que existan colores así.

—Pues créalo, señora mía, créalo. Los franceses no tienen otra cosa en qué perder el tiempo y pueden, magníficamente, dedicarse a buscarle motes a las cosas.

—¿Y los sombreros?

—¡Ah! Los sombreros —gesticuló Gautier fingiendo que llevaba uno sobre su cabeza—. Los podría encontrar, *madame*, de paja tipo espantapájaros, o turbantes a lo turco, como popularizó Lord Byron…

—¿Lord qué? —se preguntaron las niñas casaderas.

—También los hay con plumas tipo nido de estornino o con cintas de seda simulando un sauce llorón. Cualquier cosa es capaz de ser un sombrero, estoy seguro que si toman una bota de vino y se la cuelgan en la cabeza harían moda en París.

Las mujeres se quedaron algo desconcertadas. No supieron si agasajarle con risas y aplausos o ignorarlo. Aun después de que mi padre se acercara a rescatarlo de sus opresivas preguntas mantuvieron las damas cierto silencio preventivo.

Haciendo uso de su poder de anfitrión, mi padre llevó a Gautier a su estudio. Lo invitó a sentarse y allí hablaron largo y tendido de las experiencias en su viaje por España, de la situación política internacional y del romanticismo, que se había apoderado de todos los aguerridos intelectuales franceses. Hablaban con tanto entusiasmo que mi padre no pudo por menos de sentirse en las alas del Fénix y desear ser como él, libre, sin ataduras morales, genial y afortunado.

De aquella charla salió la decisión de visitar la ciudad y acompañar al francés a la tienda del mejor sastre de Granada, el señor Juan Zapata. Y como lo prometido era deuda pasarían antes por su tienda de telas, en donde el señor Higueruela tendría a bien recomendarles el mejor paño.

Gautier volvió al baile y se relacionó con mi madre, actitud que le honraba por querer ser amable. La Benajara estuvo todo el tiempo con una mueca patética en la comisura de los labios que reflejaba su desconcierto. Pero ya terminada la fiesta y en el silencio de una casa vacía, mi madre comentó:

—Ése francés es un patán y un hereje. Se cree que todas las españolas somos unas provincianas. ¿Pues no va y me dice que tiene un artilugio que es capaz de tomar la imagen de la Alhambra y hasta de una persona si te pones…? ¡Lo que yo te diga, Manuel! Te engañan como a un infeliz.

Naturalmente mi madre hablaba del daguerrotipo, el origen de la cámara

fotográfica. De haber vivido hasta nuestros días, la Benajara habría cambiado su parecer sobre aquel francés expresivo y estrafalario, que era, como muchos de su época, todo un visionario.

A mi padre se le vio más animado después de la conversación con Théophile Gautier. En su monótona e improductiva vida, el escritor fue un soplo de aire fresco. Renovó todas sus esperanzas, lo revivió para que volviera a interesarse sobre temas ya olvidados, como era la pintura o el interés sobre la Alhambra.

La mañana elegida para acompañar a Gautier al sastre, Manuel Cid se paró frente al espejo y con aire respetable estuvo haciendo muecas hasta que doña Bárbara lo sorprendió de esa guisa. Mi madre ya estaba suficientemente molesta por el resultado del baile, pues toda Granada comentaba que habían invitado a un indeseable que se había mofado de las decentes señoritas casaderas. Por eso ella no preguntó y fue el nuevo Manuel Cid el que explicó:

—He decidido dejarme bigote.

—¡Bigote! —exclamó la Benajara—. ¿A santo de qué?

—A santo de que me da la gana.

—¡Ya volvemos con las groserías!

—Y si no te parece bien, me dejo barba…

Mi madre arrugó el ceño y se dio media vuelta. Desapareció por los pasillos con su característico rumor de volantes.

Al rato, Manuel Cid esperaba a Gautier asomado a uno de los puentes de la Carrera del Darro. Bajo el arranque de lo que siempre creyó que era el viejo puente árabe del Cadí encontró al escritor, que había bajado de la Alhambra por la Cuesta de los Chinos. Iba admirado, sorprendido por aquella imagen manida de la fortaleza, que era tan conocida como variable. Se paró el francés y dijo algo que se le quedó a mi padre grabado:

—¡Se diría mismamente un decorado de teatro y que nosotros andamos entre los bastidores! Ciertamente esta imagen de la Alhambra parece hecha de fantasía.

Si fuéramos un poco millonarios, una de nuestras fantasías sería hacer una reproducción del Patio de los Leones en uno de nuestros parques.

Théophile Gautier, *Viaje a España*

El entusiasmo de Gautier produjo en Manuel Cid la necesidad de enseñarle hasta el lugar más íntimo de la Granada de su tiempo. Lo agradecido de servir de guía a los extranjeros interesados en la Alhambra era que su visión de la ciudad cambiaba, sometiéndose a los gustos de cada uno de ellos. Unos se fijaban en el folclore, otros en el orientalismo, otros en la Granada real y otros, como sucedía con Gautier, lo abarcaban todo, haciendo de la visita de un interés recíproco también para mi padre.

El francés preguntaba o se admiraba a cada paso. Mi padre, por tenerlo todo muy visto, apenas reparaba en una u otra cosa. Y así fue como el escritor se paró frente a uno de los caserones próximos a la iglesia de Santa Ana, despejada ahora toda la manzana por el derrumbamiento de la fuente:

—¡Qué curiosa manera de pintar las casas! Ya había visto fachadas parecidas en Toledo pero distan mucho de las de Granada. ¡Qué bella ornamentación y singularidad de colores!

Debería haber sido fácil para un pintor, o cuando menos para un granadino, el detectar los adornos de las fachadas granadinas. Era cierto que las de las casas más ricas venían desde hace años adornándose con falsos bajorrelieves, volutas, amorcillos y otras monerías que daban a la vista la sensación de caminar entre cortinas. Era otra de las impresiones de Gautier: «Volvemos a caminar entre bastidores, me parece», decía asombrado. Toda Granada era para él un gran teatro, una invitación a la interpretación y al colorismo. Y no le faltaba razón, pues a lo largo de toda la Carrera del Darro fueron encontrándose con casas blasonadas o sin blasón, pero todas o la mayoría, pintadas de arriba abajo.

—Debe de ser una herencia de los antiguos árabes, que a falta de piedra utilizaban yesería. Pues ahora hacen igual: a falta de fachadas con bonitos relieves, pintan un trampantojo y se quedan tan anchos —explicó mi padre.

No faltó tampoco que Gautier se fijara en los espléndidos balcones de las casas que, abiertos a los paseantes, sugerían jardines colgantes dentro de cada maceta de geranios, de claveles reventones o de jazmines entrelazados por las enrejadas ventanas.

—¡Ya veo que aquí todas las granadinas tienen su carmen en cada balcón! —exclamó el francés—. ¡Y qué frescor debe de darles por la noche, cuando salgan a ver la luna!

—Realmente así es. Los afortunados como yo tenemos un patio con un aljibe,

pero la gente humilde sólo tiene un balcón con macetas y un abanico.

Era aún de mañana y el sol asomaba tímido por las colinas. Algunos reflejos empezaron a impregnarse en las fachadas más modestas de manera que, poco a poco, las granadinas fueron saliendo al balcón y bajaron su persiana, enrollada desde la noche en la parte alta. La desplegaban, la estiraban bien estirada y la dejaban caer sobre el voladizo. Así, con cierta parsimonia, Granada fue despertándose y modificando su fisonomía. Balcones ocultos tras persianas rayadas, descolgados sobre el río o sobre una plaza.

Como era verano, también los toldos cubrían las calles estrechas. La Alcaicería parecía un antiguo zoco árabe, algunas tiendas aún conservaban el origen musulmán. Eran algunas pequeñas, diminutas. Dentro empezaba a insinuarse la actividad del comercio con zapateros remendones acuclillados golpeando sobre sus hormas de zapato. Otras, sin embargo, eran grandes casas moriscas, en cuyo interior se disfrutaba de un aljibe y algún capitel nazarí. Éstas eran tiendas de alto nivel, de venta de sedas, de alhajas, de género importante. Pero todas, incluso las modestas, disfrutaban de los toldos veraniegos, sin los cuales no podían pasear los exquisitos clientes.

—Hemos llegado, ésta es la humilde tienda de los Cid —dijo mi padre señalando una modesta tienda de telas.

—Bello negocio.

—Yo hubiera preferido una librería.

—Entiendo.

Pasaron a su interior. Una campanilla avisó a Higueruela de que habían entrado compradores. El género se encontraba expuesto meticulosamente en estantes. Telas de todos los colores, de todos los diseños, de todos los tejidos. Mantones de Manila colgados en las esquinas alegraban con sus flores el establecimiento. No faltaban las cintas, los encajes, las blondas y excepcionalmente algún sombrero de señora.

—¡Pasen, pasen señores! Venancio Higueruela, servidor de ustedes.

Higueruela hizo una esmerada reverencia. Ya estaba acostumbrado a curvar la espalda en según qué ocasiones.

—Le traigo un cliente. Trátelo bien.

—No hay ni que decirlo, señor Cid.

Se le informó rápidamente del objeto de la visita. Higueruela sacó distintos tejidos y los expuso sobre el mostrador con la maestría de un ilusionista.

—Vea qué suavidad, qué elaboración. Nada parecido encontrará en otra tienda, se lo aseguro. Traído directamente de París.

Gautier expresó un gesto de asombro que el dependiente interpretó positivamente, pero mi padre, advirtiéndolo, se acercó y dijo:

—Saque género nacional.

—¿Cómo?

—De la tierra.

—Pero señor…

No hubo manera de convencer a Higueruela de que el francés quería un género español, pues para comprar tela francesa no viene un francés a España, pero tuvo que ceder en sus ofrecimientos y venderle a Gautier lo que deseaba.

—Hágalo llevar a la tienda de Juan Zapata. Ahora vamos para allá.

Gautier hizo el ademán de pagar, pero mi padre con elegancia sentenció:

—Esto corre de mi cuenta.

Gautier lo agradeció, aunque Higueruela emitió algo parecido a un gruñido que despertó en mi padre la necesidad de explicarse:

—Lo aclararé con mi señora esposa.

Todo se convino así. Y al punto de despedirse la campanilla de la tienda sonó.

Los tres hombres se volvieron para ver entrar a dos mujeres, lindas ambas, la más joven esplendorosa. Eran las Di Mare. Y a mi padre se le aligeró el corazón.

Hacía tiempo que no coincidía con las Di Mare. La esperanza de coincidir con Francesca en las reuniones de la comisión científica había quedado en eso, en una ilusión latente, pues el encuentro se había producido en cortas e inesperadas ocasiones. Y desde la última, concretamente, habían pasado varios meses. Mi padre había vivido con el recuerdo platónico e inocente de un hombre que recordaba la cara angelical de una jovencita. Era ella tan inaccesible como distinta de su mundo. Nunca hubiera osado acercarse a ella, coquetear o insinuarle su amor. Y cuando el tiempo pasó y todo empezaba a quedar en un recuerdo apareció Francesca di Mare con su madre, habiéndose convertido en toda una mujer.

Las damas advirtieron, rápidamente, que mi padre iba acompañado de un forastero. La joven Francesca se dirigió a él en francés, hecho que demostró su esmerada educación en el extranjero durante los últimos años.

Angelina, la condesa, se había transmutado en una gruesa mujer, tan extravagante como siempre, que no se sonrojaba por enseñar el inicio de los pechos y si lo hacía, lo empleaba como forma de flirteo. Tenía ademanes bruscos y éstos lo parecían más al lado de su hija, de una timidez serena, distinguida hasta en su pestañeo, lo que acrecentaba aún más la belleza y atractivo de la italianita.

En cuanto la condesa creyó interesar a Gautier lo tomó del brazo y con la excusa de pedirle su consejo sobre la moda de París —lo que empezaba a ser considerado por el escritor como una condena— abandonó a Francesca a su suerte, que vino a ser como entregarla a la responsabilidad de mi padre.

Francesca di Mare miró a Manuel Cid con unos ojos de gata que mi padre nunca había visto en persona ni en pintura. Era su mirada tan intensa, tan azul y atrayente, que era muy difícil no perder la compostura.

—Su hijo de usted, ¿sigue bien?

—Muy bien, señorita. Muchas gracias.

—¿Y su señora esposa?

—Perfectamente.

—Lo celebro.

El silencio volvió a inmiscuirse para dejar paso al murmullo de la conversación entre la condesa y Gautier. Francesca miró a mi padre y sonrió apurada.

—Mamá es muy meticulosa en elegir tela para los vestidos. He vuelto recientemente de Roma, donde he estado interna los últimos años. Un colegio para señoritas, ¿sabe usted? Lo mejor de lo mejor, según mi familia. Y ahora… pues seguramente me preparan para presentarme oficialmente en sociedad —dijo con un gracejo tan particular que mi padre no pudo por menos de sonreír.

Manuel Cid comprendió, entonces, la causa de no haber coincidido con Francesca en las salas del Museo Arqueológico o en las reuniones de los comisionados. Se encontraba cursando estudios en el extranjero. ¡Cuántas veces había temido que su ausencia se debía a que quería evitarlo! Sonrió al comprender su equivocación y supo continuar hablando, elegantemente.

—Todas las madres quieren que sus hijas sean populares. Pero a usted no le hacen faltan lazos ni sombreros: triunfará en cualquier fiesta cuando se lo proponga.

Francesca pestañeó con dulzura.

—Es usted muy amable, caballero. No me pirran las fiestas ni soy dama de círculos femeninos, prefiero pasear y relacionarme con quien puede enseñarme lo que yo no sé. En Roma, cuando las profesoras me lo permitían, paseaba por el foro observando las ruinas y me introducía entre ellas hasta el punto de perderme horas y horas… Algunas veces tuvieron que ir a buscarme.

Manuel Cid quedó absorto. Aquella jovencita era distinta a todas las que había conocido. Bien era cierto que el casarse con mi madre no le había permitido alternar más que con muchachas vanidosas y petulantes, engreídas y necias, expertas en el deporte de cazar al mejor marido. Presintió que Francesca no encajaba en la sociedad que él conocía.

—Entonces aquí podrá emplear su tiempo en pasear por el Salón, como hacen las muchachas de su edad.

—Yo —sonrió intencionadamente— preferiría pasear por el bosque de la Alhambra, aunque para ello tuviera que ocultárselo a mi madre y decir que voy a misa, por ejemplo.

Mi padre, que no era demasiado astuto con las mujeres, detectó una insinuación que no supo interpretar en su justa medida. No obstante, exclamó:

—Yo paseo por el bosque de la Alhambra casi todos los días, sobre las diez.

Francesca bajó la mirada. Era su forma de decir que la vería muy pronto.

Terminada la elección de género en la tienda de los Cid, la condesa Di Mare y su hija se marcharon. Gautier y su fiel acompañante, mi aturdido padre en aquel momento,

fueron a la tienda de Juan Zapata a hacerse tomar las medidas para el traje.

El camino que atravesaron se le supuso a Manuel Cid un inacabable sendero que en otro momento y circunstancia habría recorrido en pocos minutos. Iba concentrado en sus pensamientos, o más bien en sus sentimientos, que habían aflorado como un girasol buscando la luz de la mañana. El flechazo de la incertidumbre le había atravesado el corazón y sentía el dolor en su pecho, tal cual hubiera sucedido con una flecha de las de verdad.

Durante el camino no habló, se limitó a hacer que escuchaba. Gautier terminó por callar también porque lo vio taciturno y ausente, así que disfrutó del paseo y de la observación de las pequeñas pero curiosas tiendas granadinas.

Tal vez por esa razón, porque mi padre resultó ser un nefasto anfitrión dentro de la tienda, Gautier y Juan Zapata congeniaron en exceso. Ambos tenían la misma aversión por los trajes de levita, los procedentes de París o los seguidores de la moda. Y eso que todavía no se conocían los trajes confeccionados y vendidos en almacenes que causarían furor años más tarde.

Zapata era un hablador empedernido, no paraba de comentar cosas mientras medía con la agilidad de un bailarín de ballet. Doblaba el brazo de Gautier, medía y anotaba a la velocidad de un rayo. Calculaba a simple vista medidas imposibles de tomar con una cinta métrica y luego, guiñando un ojo, enhebraba una aguja y más tarde hilvanaba las costuras con una maestría que embobaba hasta al más pintado. Pero ahí no quedaba la cosa, no sólo era maestro en el coser, sino todo un filósofo que encandiló a Gautier:

—¡Ah, señor Gautier, cuánto gusto me da poder confeccionarle un traje español, un traje de majo! Yo que he cosido, pespunte a pespunte, hasta los trajes de luces de los más afamados toreros de Granada, me siento honrado de hacerle uno a usted para que lo pasee por los Campos Elíseos, que dicen que son muy concurridos, y vaya dejando en buen nombre el de Zapata y el de los españoles. ¡Sí, señor Gautier! Todavía recuerdo el tiempo en que a un extranjero se le abucheaba bien abucheado o se le tiraban mondas de naranja por pasearse con una levita. Pero ahora no, ¡ahora ya no compran trajes españoles más que los ingleses!

En verdad que Théophile Gautier pasó una buena velada hablando con aquel señor tan nervioso, tan elocuente y tan testarudo. Se pinchó varias veces mientras tomaba las medidas y luego dijo con gracejo:

—Esto da suerte. Gustará.

A tenor de los pinchazos que se llevó el tal Zapata, el traje sería un verdadero éxito.

Pero mi padre no pudo disfrutar de las alabanzas de las costumbres españolas ni pudo disculparse por la vehemencia con que el sastre insultaba a los extranjeros, aunque Gautier lo tomara como una anécdota. Estuvo todo el tiempo mirando por el cristal del escaparate ansioso de ver pasar a las dos Di Mare agarradas del brazo o con intención de entrar en otras tiendas. Bien podrían llegarse a la de Zapata si éste

también confeccionaba trajes para mujer.

Una vez terminada la toma de medidas y prometido tener el traje en menos de tres días, Gautier agradeció la deferencia de ambos caballeros y al salir comprometió a mi padre para que acudiera a la Alhambra a enseñarle su artilugio de tomar imágenes. De haber sido así, mi padre hubiera sido el primer granadino en ver retratada la Alhambra, pero como el corazón es caprichoso, tuvo que rechazar el ofrecimiento por sentirse abatido y triste. Eran cosas del amor, bien lo sé, que tan pronto te alza en alas misteriosas como te estrella contra el fango.

Pasó Manuel Cid todas las mañanas siguientes yendo a pasear al bosque de la Alhambra.

—¡Pues vaya manía que te has cogido ahora! —protestaba mi madre—. ¿Es que no puedes quedarte un solo día en casa y echar un vistazo a los libros de cuentas? ¡Qué mal acostumbrado te tenía tu madre! ¡Vaya chasco, hijo! ¡Vaya chasco contigo!

Mi madre se ausentaba del lado de su esposo a sabiendas de que no conseguiría más que molestar, lo cual ya era una heroicidad, porque conociendo a mi padre jamás hubiera imaginado que le hiciera caso y cambiara de parecer.

Pero funcionaba. Sus artimañas funcionaban. Con el carácter voluble de mi progenitor, conseguía desorientarlo desde primeras horas de la mañana. A veces, ni siquiera la esperanza de encontrarse paseando con Francesca le animaba el espíritu.

Lo intentó durante semanas. Subió y bajó la colina por distintos caminos, llegándose hasta el Generalife o hasta las Torres Bermejas. No halló rastro de pie femenino, lo cual era normal, pues ninguna mujer que se preciara andaría por aquellos lugares propios de mendigos y hasta de asaltadores.

Pero tuvo que ocurrir que una mañana, cansado ya mi padre de hacerse el encontradizo sin resultado, se sentó en medio del camino. El sol de agosto empezaba a filtrarse por las copas de los árboles y los castaños y álamos se volvían dorados y luminosos. Entre ellos vio aparecer una sombra que más parecía de ángel o de hada que de señorita. A mi padre le dio un vuelco el corazón, pues la muchacha vestía al estilo italiano y, claro, no podía ser otra que Francesca.

Se puso en pie vacilante, se levantó el sombrero para saludar y entonces su desilusión lo dejó sin aliento, pues no era Francesca, sino una joven damita que se aproximó con cierto temor.

—Señor, ¿es usted Manuel Cid?

—Lo soy.

—Mi ama me manda un recado —dijo con leve acento italiano—. Me encarga que le diga que lo espera en el palacio, junto a los leones.

¡Qué alegría le debió de entrar a mi padre por todo el cuerpo! Y al tiempo, ¡qué miedo incontenible!

Con toda la compostura comedida de la que fue capaz dio las gracias a la doncella

y se dirigió a los palacios. Naturalmente no se dejó entretener por ningún hijo de la Alhambra, pues muchos, al conocerlo, lo pararon para entablar conversación o para saludarlo.

—¡Señorito! —exclamó Dolores Molina al verlo—. ¡Cuánto bueno por aquí! Venga, venga, que tengo un encargo para usted.

Sin disimulo, Dolores lo tomó de la mano. Lo llevó hasta la misma entrada del Patio de los Leones y allí, ocultos ambos entre las columnillas, vieron a la dama que esperaba junto al león número dos con su sombrilla abierta, envuelta en el ir y venir de los vencejos, con el aire majestuoso de una princesa, estirada en una pose que, aunque natural, bien podría haber sido la exigida por un pintor.

Mi padre debió de poner una cara tan expresiva que a Dolores Molina se le tradujo todo su misterio en un segundo. La guardesa, recordó años más jóvenes en los que el corazón rendía cuentas al cerebro y aunque éstos eran lejanos y posiblemente irrepetibles, nunca dejaron de estar frescos en su memoria.

—La señorita es un encanto —acertó a decir Dolores—. Ha besado a mi Antoñica sin mostrar ningún tipo de repugnancia. Deberían aprender las señoronas de Granada.

Manuel Cid recordó que la Benajara había despreciado a la hija de Dolores el día que la conoció. Seguramente se refería a ella.

—Quiero que sepas que esto no es lo que…

—¿Lo que parece? —preguntó Dolores con picardía—. No se preocupe el señor. Lo que parezca que parece, me parecerá bien.

Manuel dio un paso y al poner su pie en las frías baldosas despertó el vuelto de unas golondrinas. Al hacerlo, Francesca se vio impulsada a volverse y ambos se miraron.

No hay palabras para expresar un sentimiento tan profundo, una sensación tan imprevista. Pero todos los que me lean en estos momentos habrán recibido, alguna vez en su vida, la llamada del amor; así pues, huelga el decir nada sobre este sentimiento tan universal pero tan variable en cada ser humano.

Manuel Cid se acercó tímidamente. Vio cómo Francesca cerraba la sombrilla y la apoyaba sobre la fuente.

—Señorita… —saludó tocándose el sombrero.

La luminosidad del amanecer dio en la cara del caballero y la joven italiana observó:

—¿Se está dejando usted bigote? No lo había advertido.

—No lo había decidido todavía. A mi mujer no le gusta y…

¡Qué tontería! No debería haber hablado de su condición de casado, se dijo aturdidamente mi padre; no se debe si se ha concertado una cita con otra mujer. Pero Francesca lo asumió con elegancia.

—Pues a mí me gusta.

Guardaron silencio, necesario entre personas que quieren conocerse. Porque a veces los silencios son más elocuentes que las palabras, alguna de ellas traidoras a los

sentimientos. No obstante, muy pronto volvieron a la conversación de una manera natural.

—Es la primera vez que vengo a este patio. Acostumbrada a Roma… qué belleza inspiran estas pequeñas paredes. La grandiosidad del Coliseo te llega al corazón, pero la modestia de lo efímero te rompe el alma.

—Usa usted palabras nada corrientes en una joven de su edad.

Entonces Francesca dijo algo que mi padre no olvidaría nunca:

—Yo no soy una mujer corriente.

La observación no era gratuita. Allí estaba ella, sola con un hombre casado, admirando con prudencia el arte que otras mujeres no hubieran sabido apreciar. Vestía recatadamente, desde luego, porque sus ojos eran tan exuberantes que nada de lo que tapara su cuerpo o dejara de tapar podría llegar a ser más provocativo.

—Pero veo que hay vigas por todas partes. Tablones de madera desusados, sacos de cemento inutilizados… ¿No se ha planteado la restauración del palacio?

Manuel Cid sonrió apesadumbrado.

—Verá… el gobierno no ve la prioridad de cuidar la Alhambra.

—Pero ¿cómo es posible?

—Es cierto que gracias a los extranjeros que vienen a verla se ha experimentado un interés antes inimaginable.

—¿Y la reina? ¿Qué dice la reina? —Mi padre levantó los hombros demostrando su desconcierto—. Entonces habrá que hablar con ella, ir a Madrid si viene al caso. Hablar con los poderosos, que se rasquen el bolsillo los ricachones de Granada…

Mi padre se quedó boquiabierto. La reacción fue abrumadora y contundente.

—Esas mismas palabras las oí hace unos años de la boca de mi mejor amigo, Julián Mínguez. Entonces me parecieron pura entelequia, pero ahora, dichas por usted, recobran un nuevo sentido. Será que usted me ha infligido un sentimiento que yo desconocía.

Francesca se turbó creyendo que hablaba de otro sentimiento distinto al del arte.

—Verá, mi madre y yo solemos hacer todos los martes una velada musical. Mi madre toca el arpa y yo el piano, e invitamos a unas cuantas señoras y otros tantos señores que disfrutan de la música. Pero para lo que realmente sirven nuestras reuniones es para conspirar.

Mi padre, tan inocente para algunas cosas, palideció:

—¿Cómo?

—Conspiramos contra los artistas célebres, contra los mamarrachos de monóculo, contra las beatas que acuden a la iglesia y son incapaces de dar un real a un ciego. Contra los patanes que han heredado y se creen árbitros de la elegancia y contra los políticos que exigen decencia cuando mantienen a dos esposas… Yo conspiro contra todo, como ve.

Manuel Cid se sintió como una concha arrollada por la fuerza de la ola, conquistado involuntariamente y no avasallado como le ocurría con mi madre.

—Es usted toda una rebelde.

—¡Es mi mayor virtud!

—Entonces nos será de gran ayuda a mi amigo y a mí. Tal vez hablando con el gobernador…

—El martes venga a casa. Ya sabe que vivimos cerca de la Alhóndiga Zaida, en la Puerta Real. Una amiga de la familia, la condesa de Grosvenor, casada con el marqués de Westminster, está en Granada y nos visita. También conocemos al gobernador, al señor Cambronero, no se vaya usted a creer que somos dos mujeres solitarias. Mi madre ha hecho muchas amistades mientras yo estaba en Roma formándome como señorita.

—Lo cual han hecho admirablemente.

—No, señor Cid. La finalidad de mis estudios era prepararme para casarme con un hombre de mediana edad y de buena hacienda. Pero una cosa es lo que te enseñan y otra es lo que aprendes. Y yo he aprendido mucho, sí, lo suficiente como para formarme con mis propios ideales. ¿Se asusta usted? ¿Es de los que piensan que las mujeres han de estar entre los fogones? Pues yo no soy de ese tipo.

Mi padre tardó mucho en emitir una palabra porque miraba a aquella mujer y se quedaba anonadado.

—Verá —explicó Manuel Cid—, mi madre y ahora mi esposa son mujeres de carácter. Pero hay una diferencia entre usted y ellas.

—¿Y cuál es?

—Ellas tienen valor, pero usted tiene valores.

A Francesca di Mare se le acabaron las palabras.

—Es el mejor halago que me han hecho nunca. Le doy las gracias, caballero.

Bajaron la colina de la Sabika en silencio. Uno junto al otro, deseando rozarse, tocarse con disimulo, saber cómo reaccionaría su piel al contacto del otro, estar lo suficientemente cerca para oler su perfume o su colonia de aseo. Todo eso pensaban y por tanto no podían hablar.

Antes de despedirse ya anhelaban el momento de verse de nuevo.

Los días siguientes los pasó mi padre sobre una nube. Tenía un amor adolescente que no podía dominar. Mi madre, que lo veía raro, preguntaba esto y aquello, pero nada contestaba Manuel Cid, que, con la excusa de ocuparse de las cuentas de la tienda, se encerraba en su despacho y se pasaba las horas intentando recordar el perfil de Francesca, la sensación que le produjo caminar a su lado y oler su colonia de jazmín.

Doña Bárbara, viéndose ignorada, manifestó un carácter mucho más inquieto. No protestaba pero se lamentaba a cada momento. Decía que se mareaba, que no digería bien la comida, que se aburría. Una variedad de memeces que mi padre pasó por alto pero no por ello desmanteló, pues las rabietas de mi madre parecían aumentar con el paso de los días.

Es de aquella época de cuando tengo mis primeros recuerdos. Mi padre, aprovechando el buen tiempo y tratando de evitar el agotamiento que provocaba en todo el personal de la casa, me hacía vestir y tomándome de la mano me daba un largo paseo. Me llevaba al Salón y él, viendo pasar al voceador de periódicos, le daba cuatro reales y exigía un ejemplar de *La Alhambra*, semanal que ya se consolidaba gracias a una gran mayoría de intelectuales de la ciudad. Mi padre leía sus artículos, algunos sobre política, otros sobre historia, todos con un acento muy propio de la época, con su prosa altisonante y expresiva.

No sé muy bien si mi padre me utilizaba para acudir al Salón a la espera de encontrarse con Francesca, pero lo cierto es que aquél era lugar de moda para las señoritas granadinas, y ya quedó dicho y manifiesto que Francesca era todo menos influenciable.

Aquellos paseos son mis mejores recuerdos de mi padre. Con él paseaba, corría, daba patadas a las piedras, hacía todo lo que no se me permitía en casa y luego, a la vuelta, agotado de mi experiencia al aire libre, caía en brazos de la niñera, que era la única que me daba cierto cariño y comprensión.

Una noche, al ir a dar las buenas noches a mis padres —cometido que realizaba obligado a riesgo de quedarme sin paseo— oí cómo decía mi madre algo que fue un nuevo motivo para mis ya consolidados temores nocturnos. Mi madre hablaba con diligencia, con rotundidad, pero mi padre negaba y en eso lo vi yo muy contundente.

—Te digo que no lo consentiré mientras yo viva en esta casa —dijo mi padre—. Mi hijo se educará conmigo y no con un extraño.

—¿Es que no te das cuenta de que se está volviendo un bárbaro? Ayer mismo ató los zapatos a la cocinera y casi se da de bruces cuando se levantó.

—Eso le pasa por quedarse dormida en horas de servicio.

—¡Sí, tú alienta sus gamberradas!

—Es un niño, mujer.

—Pero de niños así salen luego ladrones y asesinos.

—¡Bárbara!

—No, hijo, no. No consentiré que Maximiliano sea un perdedor como…

—¿Como yo?

Mis padres se miraron pero sus pupilas estaban heladas por el rencor y la incomunicación. Nada les unía salvo una casa, unas tierras y, en última instancia, un hijo.

—Es mejor que pienses dónde enviaremos a Maximiliano. Hay colegios muy buenos que…

—Si he de enviarlo fuera de mi casa, que sea con alguien de confianza.

Mi madre quedó pensativa y luego preguntó con precaución:

—¿No te estarás refiriendo a tu tío Leandro?

—Ya lo veremos. Mientras tanto lo cambiaremos de colegio y asistirá a las clases de Mínguez.

—¡Ese desarrapado!

—Sí, ese desarrapado que es admirado por toda Granada.

—¡Dónde vamos a ir a parar!

La Banajara se dio la vuelta y se dirigió a la puerta del salón detrás de la cual yo esperaba para dar mis buenas noches. La abrió con tanta ira que me lanzó a un metro de distancia. Tuve un buen chichón en la cabeza que me duró algunos días.

Así pues empecé a asistir a las clases de Mínguez, pero con chichón.

No habían pasado ni dos jornadas cuando mi madre irrumpió como una exhalación en el comedor. Mi padre estaba sentado a la mesa y yo me mantenía todo lo recto que podía aunque mis piernas colgaban de esa silla tan alta y robusta. Se sentó doña Bárbara a sabiendas de que la estábamos esperando y no hizo ningún ademán de disculpa. Tomó su servilleta, la extendió sobre su falda, recogió su cuchara y empezó a hacer el gesto a la criada para que sirviera cuando dijo:

—¿No vas tú a ir a la casa de las condesitas italianas dentro de unos días?

Mi padre mudó el rostro. Supuso que algo sabía aquella mujer tan despiadada.

—Sí.

—Pues yo también voy.

—Pero si no estás invitada.

—¿No puede una esposa acompañar a su marido?

—Pues…

—Ni una palabra más. Te acompaño.

Un silencio gélido me hizo comprender que no era buen momento de retirar las verduras al borde del plato. Me las comí aunque me parecían repugnantes.

—¿Se puede saber a cuento de qué quieres ir a esa velada de música?

Mi madre miró a mi padre con recelo y luego, cambiando la osada postura, pareció retomar la conciencia de una jovial jovencita.

—Me han dicho que acudirá la condesa de Grosvenor y dicen que viste a las mil maravillas. Las Pardo-Moliner se morirán de envidia cuando sepan que la conozco. No voy a perder una oportunidad así. —Engulló una cucharada de sopa bien caliente y dejó a mi padre respirando tranquilo pero molesto, pues a fin de cuentas mi madre resultaría un estorbo en la casa de las di Mare.

Entonces supuse que la tensión había acabado y me arriesgué a retirar la verdura. Recibí un fuerte cachete en toda la cabeza, de los que era experta mi madre. Nunca supe cómo era capaz de repartir guantadas sin dejar de masticar su buen trozo de comida.

La casa de las Di Mare se encontraba muy cerca de la Alhóndiga Zaida. Este edificio, en época árabe, debió de ser importante como pósito y luego fue reutilizado por los

cristianos en la reconquista. Tenía dos fachadas, una con puerta de mármol blanco y gris muy parecida a la que tuviera la Casa de Comedias o Coliseo, que se encontraba muy cerca y había sido demolido años antes de nacer yo. Era un lugar pintoresco el de Puerta Real, cuyo nombre había adoptado de una antigua puerta de la cual ya no quedaba más que un recuerdo en la cabeza de algunos viejos. En su lugar habían puesto una capilla que llamaban del Santo Cristo de la Puerta Real.

Por su proximidad con el río era una zona húmeda que, a diferencia de la Carrera del Darro, no compensaba con las vistas de la Alhambra. Sin embargo tenía próximos el Teatro Principal y la fonda del Comercio, famosa por ser una de las mejor acreditadas, en cuyas dependencias se encontraba el despacho de billetes de la compañía Diligencias Peninsulares, lo que confería a la plaza categoría de bulliciosa. En resumidas cuentas, era lo mejor que habían podido encontrar las Di Mare en aquellos tiempos en que dos mujeres solas tenían que salir adelante.

Así pues, los coches se pararon frente a la casa de las italianas y los invitados, apeados ya o con preferencia de paseo, fueron adentrándose en el zaguán y recibidos por las propias anfitrionas.

Al no esperarse la llegada de mi madre, la joven Francesca tuvo que reprimir un gesto de asombro. Con elegancia le tendió la mano y saludó a mi padre con deferencia.

—Entren al salón de té, enseguida empezará la música.

Atravesaron pasillos con grandes cortinas, y paredes empapeladas con grecas y motivos romanos, lo cual parecía muy a propósito dado el origen de sus inquilinas. Bustos de emperadores sobre pedestales, desnudas diosas sin recato alguno —de las cuales supo muy bien mofarse mi madre—, láminas reproduciendo pinturas de Rafael Sanzio, mundialmente famoso. Todo, en definitiva, muy italiano, aunque Francesca tuviera la osadía de ser más granadina que los granadinos.

Todo en casa de las condesas italianas transcurrió con suavidad, con una distinción ya olvidada en los círculos de los Cid. Era como si las dos mujeres no tuvieran que demostrar nada a la sociedad que las acogía y esto, en definitiva, resultaba muy extraño en la Granada de mi siglo, en donde era común vanagloriarse de la fama o de la desgracia ajena.

El abanico de mi madre se violentaba en un rincón de la sala donde Angelina y Francesca tocaban virtuosamente arpa y piano. Hacía calor, bien era verdad, pero mi madre parecía ocultar un mareo o una mala digestión propia de las mujeres de corsés de fibra de acero que gustaban de lucir una cintura diminuta. Por eso no faltaban nunca unas sales bien surtidas a las cuales acudir en caso de desmayos. Con todo, mi madre era una mujer fuerte y vergüenza hubiera pasado de haberse desplomado contra el suelo. Por eso Manuel Cid, de vez en cuando, observaba que los abanicazos de mi madre no eran normales y temió por un momento que pudieran molestar a todo

el expectante público que se había congregado para disfrutar de tan magno espectáculo.

Toda buena señorita debía saber tocar, al menos, un instrumento. Cada uno de ellos, de viento o de percusión, representaba la personalidad de la dama o de la alcurnia de la familia. Ninguna señorita que se preciara se hubiera presentado en sociedad tocando una guitarra, pero sí acariciando un piano, que era como simbolizar el carisma, la elegancia y la cultura.

Francesca lo sabía tocar con gran finura. Tenía dedos largos y sus movimientos eran sensuales. Sus brazos abarcaban el teclado del piano, lo acariciaban, lo mimaban. Su cuello se erguía y su clavícula dejaba al descubierto un esqueleto tan bien formado como el de una bailarina. Mi padre, que a esas alturas de la velada ya se la había imaginado plasmada en uno de sus lienzos, observaba embobado los ademanes de aquella chiquilla. Frente a su madre, algo torpe y descoordinada, Francesca era un primor; a nadie dejaba indiferente y ella lo sabía, pues con su peculiar atractivo jugaba a encandilar tanto a mujeres como a hombres.

Acabada la música ambas mujeres recibieron fuertes aplausos. Les pidieron que repitieran pero se negaron, justificando su rechazo en que debían darse a sus invitados. Estaba más que claro que sólo se sabían esa pieza, pero le habían sacado un buen provecho en cada reunión.

—¡Espléndido! —exclamó la Benajara queriéndose mostrar más erudita de lo que ciertamente era—. ¿Han tocado a Chopin?

—No, querida —le confió Angelina, la condesa—. Mi hija es una excelente compositora y ha ejecutado una pieza suya. Haría carrera como pianista, sin duda.

—¡Ah! —suspiró mi madre sin saber qué decir—. ¡Compone!

Con sus exclamaciones claramente espontáneas mi madre conseguía insinuar su reprobación más que su admiración. Como cuando a mi padre lo llamaba Pintor de ruinas, con la misma aseveración llamaría más tarde Compositora a Francesca.

—¡Qué degradante! —musitó al oído de mi padre mientras se abanicaba, creyendo por ello que nadie más podía oírla—. Una mujer componiendo. Mejor haría en buscarse un marido, con esas costumbres no conseguirá ni que le dediquen un baile en una fiesta.

—Mira, querida —contestó irónicamente mi padre—. Acaba de llegar la condesa de Grosvenor, ¿no deseas que te la presenten?

—¡De mil amores!

Dio un respingo y desapareció como una burra desbocada en medio de un mercado, empujando a las señoras finas y a los maridos que las saludaban.

Así fue como mi padre tuvo su primer momento de paz y pudo levantar la cabeza y observar a Francesca, que lo miraba desde el otro lado del salón con sus ojos clavados en él, abstraída y con las mejillas coloradas. ¿Qué estaría pensando la joven Francesca mientras miraba a mi padre?

Muy posiblemente los enamorados llegan a leerse el pensamiento y algo les dice

que ha de llegar el momento en que han de acercarse y descargar el uno sobre el otro un raudal de sentimientos incomprensibles para el resto del mundo. En una ciudad como Granada en que las mujeres y los hombres tenían prohibido hablarse dentro de la catedral se permitía cierta permisividad en las costumbres sociales, sobre todo en momentos de ocio.

Ninguno de los dos se atrevió a cruzar el salón para emitir una frase o un saludo que pudiera entenderse como personal, pero sus miradas fueron más que elocuentes: se encontraban después de hablar con una anciana señora o con un representante de la política, siempre acababan por buscarse y si no se hallaban, uno y otro sentían un abatimiento tan extremo que no paraban hasta volver a contactar visualmente.

Largo rato estuvieron así, creyendo que no darían que hablar si se miraban, ignorando que lo más prudente hubiera sido hablarse en una fiesta, cuando la Benajara fue a dar con Francesca, sentada en un sillón rococó.

—¡Ah, qué cansada estoy, amiga mía! No puedo con este calor de Granada. En mi tierra el calor es otra cosa… pero con esta solanera no voy a poder ni ponerme los zapatos. ¡Y ahora con esta moda de ponerse tacones las mujeres! Terminaremos por rompernos los tobillos.

Francesca asentía, no decía nada. Miraba a su adversaria con cierta indiferencia, como quien observa desde un cristal.

—Tengo que decirle, jovencita, que me está resultando una velada muy grata —dijo mi madre abanicándose—. La condesa de Grosvenor, a pesar de no saber español, dice cosas muy prudentes.

—Ah… ¿Domina usted el inglés?

—Ni una pizca. Pero cuando se trata de hablar de moda, de bailes o de actualidad, entiendo en todos los idiomas.

—Ya veo.

—Usted es muy joven todavía, no puede hacerse a la idea de lo mucho que nos presionan a las mujeres de mi edad. Es una gran responsabilidad mantener a una familia, a veces se hace incluso insoportable.

—Pero usted tiene a su esposo. El señor Cid es un gran hombre.

Francesca temió haberse descubierto. Sin embargo mi madre sólo pensaba en sí misma.

—Mi marido es un gran hombre para los demás, para los desconocidos. Con ellos es el más educado, el más erudito, el mejor relacionado, pero en casa… Le aseguro, querida Francesca, que los hombres son de dos maneras. Y cuando la peor te toca en el hogar, has de emplearte tú misma como marido y como esposa a la vez.

—Exagera usted, señora. Es muy afortunada, a su marido lo adoran en todos los círculos de Granada.

—Pues ya veremos si nos siguen adorando cuando entremos en bancarrota. Se vaticina un desastre, se lo digo yo. Y ahora es el peor momento. Volvemos a ser cuatro en casa y la economía no da para más.

—¿Vuelve la madre del señor Cid a vivir con ustedes?

La Benajara miró a Francesca con extrañeza. Luego, entendiendo que ella había tomado a doña Encarnación por la cuarta inquilina de la casa, contestó:

—No, querida. Usted piensa que seremos cuatro contando a mi suegra, pero no. Lo que ocurrirá es algo mucho peor. Porque mi suegra, la pobre, ya no come más que sopas. Me refiero a que dentro de poco tendremos a uno más en la familia. ¿No entiende, ahora? Quiero decir que estoy encinta.

Francesca detuvo la sonrisa helada en su cara. Sus ojos parpadearon involuntariamente.

—Reciba mi felicitación.

—Sí, sí… se lo agradezco. Pero me encuentro en un laberinto. ¡Si no puedo soportar a mi pequeño Maximiliano y ahora viene otro! ¡Qué egoístas son los hombres!

Francesca se levantó y con disimulo dejó a mi madre mascullando sus propias preocupaciones. Mi padre la observó desde lejos. Le inquietaba que estuvieran ambas hablando con la intimidad a que son dadas las mujeres.

Cuando Francesca se levantó no buscó la mirada de Manuel, como había hecho durante toda la fiesta. Más bien la rehusó, por lo que mi padre supo que la Benajara había vuelto a hacer de las suyas. Pero ¿cómo?

Bajamos a la Sala de los Secretos, una galería de susurros que conduce a tres bellas estancias con dos grandes baños para el rey y la reina y uno más pequeño para el principito.

Elizabeth Mary Grosvenor

Francesca di Mare tenía el don de la elocuencia, de congeniar con cualquier persona de su entorno. Era lista y atrayente. Su voz, melosa pero contundente, estaba bien modulada y con ella conseguía convencer hasta al más pintado. De hecho habría sido reconocida como una gran diplomática, caso de que las mujeres pudieran llegar a serlo en su sociedad.

Con todas estas virtudes habló con el gobernador, el señor Cambronero, haciendo hincapié en la necesidad de evitar la ruina de la Alhambra. Lo convenció para que se realizara un informe que debería extender quien estuviera en condición de hacerlo, alguien entendido en materia de arte. Luego, previendo que el dinero sería imprescindible para tomar cualquier decisión, tomó del brazo a los adinerados comerciantes y empresarios de la ciudad y les hizo ver que el invertir en arte era una apuesta segura, pues no hay nada más beneficioso que ver la mejora de su propia ciudad.

Durante algunas horas, interminables para mi padre, Francesca fue acercándose uno a uno a aquellos hombres distinguidos y como una abejita que se posa sobre una flor para sacar su néctar fue la italiana exprimiendo a cada invitado. Manuel Cid la observó y su impaciencia le oprimía el pecho, pues presentía que la Benajara había herido muy concienzudamente a Francesca y era por eso que la joven lo evitaba.

Tan atento estuvo de los movimientos de Francesca, que al momento de verla desaparecer por un pasillo, sabe Dios para qué, mi padre la siguió y en un recodo escondido de la casa la asaltó sin disimulo, asustándola sin intención:

—¡Señor! No es ésta manera de comportarse en una casa ajena —lo regañó la italiana.

Mi padre la tomó por los hombros pero no fue capaz más que de intentar leer en su mirada azul.

—Algo tiene usted. ¿Soy yo la causa?

Francesca bajó la mirada. Se mordió el labio con una mueca que parecía preceder a las lágrimas, pero sus ojos sólo consiguieron humedecerse y azularse aún más.

—Debo felicitarlo, ya que va a ser padre.

Manuel Cid tardó algún tiempo en reaccionar. Luego de recapacitar pareció desinflarse como una bota de vino. Se tomó la cabeza como si quisiera arrancársela, pues convencido estaba que tarde o temprano le explotaría.

—¡Debe de pensar que soy un monstruo! —exhaló—. Yo debo explicarle…

—No tiene que explicar nada, señor, todo lo sé. Sé lo mal que debe de sentirse conviviendo con una persona a la que no quiere.

¡Qué finura la de aquella mujer! ¡Qué gallardía femenina, si es que eso existe! Créanme ustedes que Francesca era única entre todas las de su clase, pues de no haber sido así no habría podido leer en los sentimientos de Manuel Cid.

Pudo sentir mi padre tanta vergüenza, tan herido su orgullo, que su impotencia se le reflejó en los ojos y las lágrimas que no consiguió llorar Francesca prorrumpieron en su rostro súbitamente. De haberse visto delante de la Benajara hubiera reprimido el llanto, pues las lágrimas, cuando son de hombre, no hablan más que de debilidad. Pero mi padre era artista, a los que se les permiten ciertas licencias sentimentales, y por supuesto nadie más que Francesca lo miraba; así pues, lloró y lo hizo como un niño, hasta que sus pupilas le escocieron.

—No soy un santo, pero tampoco un calavera. Me casé cuando no debí hacerlo. Y bien que lo he pagado, créame. ¿Es justo que tenga que cumplir condena toda la vida? ¿Es justo que tenga que desear la muerte de mi esposa para sentirme libre?

—No puedo dar respuesta a esas preguntas —dijo tímidamente Francesca—. Pero me tendrá cuando lo necesite.

Le tomó la mano y la acarició con ternura. Ese contacto revivió a mi padre, que besó el dorso de aquella mano suave pero firme; luego ella se separó y desapareció por el pasillo con un zapateo ruidoso y acompasado.

Cuando volvió mi padre al salón ya lo esperaba mi madre con gesto adusto:

—¿Dónde te has metido? ¡Ah, tienes los ojos rojos! Ya has bebido más de la cuenta…

El sincerarse con Francesca sólo le aportó mayor confusión. Era una sinceridad a medias, pues nadie había hablado de amor todavía. Pero ¿qué necesidad había de formular la palabra si se habían tocado, acariciado, observado en los momentos más miserables al que un hombre puede llegar?

Mi padre, hombre débil y de carácter atormentado, no veía más salida que evitar, en lo sucesivo, volver a encontrarse con Francesca. ¿Qué podría explicarle si el encuentro ocurría? ¿Le hablaría de amor dándole a entender que aún compartía cama con su repulsiva esposa?

Tienen ustedes que pensar que mi padre no era un ser mezquino pero tampoco había observado voto de castidad. Dejaba que la vida lo guiara para acá y para allá y, claro, el ser un pelele tenía sus consecuencias.

Así pues ocurrió algo que tuve que agradecer durante el tiempo en que viví en la lúgubre casa de los Cid. Mi padre, a sabiendas de que no podía verse de nuevo con Francesca, se volcó en mi educación y en mi bienestar.

Tal fue así que una mañana me llevó a casa de Julián Mínguez para hablar de mi asistencia a sus clases. Yo llegué al patio de aquella casa baja inundado de basura —o

al menos a mí me lo parecía—, de trozos de piedra, de restos de excavaciones que el profesor hacía por examinar y catalogar. Pero yo, lejos de parecerme sucias todas aquellas cosas, encontraba aquel batiburrillo de desorden un paraíso para el juego. Nada hay más atrayente para un niño que un lugar donde poder ensuciarse.

Yo jugaba mientras mi padre y Mínguez hablaban. El profesor, bien lo sabía, me observaba.

—Es un niño inquieto, de eso no hay duda, pero está sano y quiere lo que quieren los niños de su edad.

—Bárbara desea que lo envíe fuera. A Madrid.

—¿Con tu tío?

—Sí, pero si a ti te tiene en poca estima a mi tío lo odia. Bárbara admira a las personas por su capacidad de codicia y no ha llegado a comprender cómo mi tío se mostró tan pasivo al no recibir nada de la herencia de mi padre.

—¡Ah, la sangre! —exclamó Julián—. No existe más que para dar problemas. Los romanos sí que eran bien listos: primero acogían a un joven con buenas cualidades y cuando estaban seguros de que sería un buen hijo lo adoptaban. Pero de la sangre… sólo se hereda lo malo pero nunca los castillos.

Julián encontró a mi padre abatido.

—¿Qué tienes? ¿Es a causa de la condesita?

Manuel Cid suspiró.

—He decidido no volver a verla.

—Es lo mejor que puedes hacer.

Mi padre levantó la mirada con clara angustia.

—¡Pero la amo!

—Entonces ve a decírselo…

—No puedo, estoy casado.

El profesor se levantó de su asiento y comenzó a mover los brazos como un actor de teatro.

—¡Que Dios me libre del romanticismo! ¿Hay cosa más absurda e inútil? Los artistas tenéis el don del inconformismo. Es el perro del hortelano.

Mi padre suspiró.

—Desde la última velada en su casa no hace más que mandarme cartas y yo ni las abro. No me siento con fuerzas. Sólo pensar que algún día puedo llegar a besarla me corroe las entrañas… porque después de haber entrado en el Paraíso volveré a casa y veré al demonio.

Julián Mínguez se limpió sus gafas con un pañuelo.

—Ocúpate de tus negocios y ven a las comisiones. Nos han encargado que hagamos un informe de la Alhambra para evaluar los daños… Pero eso tú ya lo sabes, Francesca di Mare fue la inspiradora del proyecto.

—¿Cuándo iréis?

—Te avisaré.

Mi padre me tomó de la mano y volvimos a casa, él cabizbajo y yo sucio hasta las orejas. Después de meterme en la bañera y restregarme con estropajo mi madre me tuvo estudiando hasta que llegó la noche. Y mi padre no se libró de la reprimenda, aunque a él no le amenazó con lavarle la cara con papel de lija.

Julián Mínguez avisó a mi padre con el otoño a las puertas. Incluso en las pequeñas comisiones artísticas, liberadas del poder y la burocracia, también se observaba el papeleo y la desorganización. Tardaron más de lo que pensaban en organizar la evaluación de daños y el profesor mandó una carta a mi padre informándole de la visita a la Alhambra.

Dejó Manuel Cid a una Benajara quejumbrosa sobre la cama —decía que no se podía levantar a causa del lumbago— y subió a la Alhambra conmovido por la nueva actividad que lo esperaba.

Saludó a Dolores y a la Tía Antonia y dio un caramelo a Antoñica, que correteaba salvaje por los jardines de los adarves. Como presentía que Mínguez tardaría en subir con el comité emprendió él por su cuenta la supervisión y volvió a los lugares que hacía años no visitaba. Todos ellos le trajeron recuerdos ya lejanos de Washington Irving, de David Inglis, de Richard Ford, de Mérimée… Extraños que fueron para él más que su familia, pues le permitieron compartir algo tan íntimo como un deseo.

Al llegar a la Fuente de los Leones sintió una grave angustia, pues fue allí donde mantuvo su primer encuentro con Francesca; evocó su sombrilla cerrándose y su rostro iluminado por el sol.

Bajó a lamerse las heridas del recuerdo al Jardín de Lindaraja y allí se sentó, entre el frescor de los árboles frutales y el piar de los pájaros. Se transportó a otro mundo de paz y de sosiego, tan distinto al que le esperaba en su vida familiar.

Una leve modorra lo condujo a un letargo de fantasía. Allí, en la soledad del jardín, soñó con volver a ver a Francesca, besarla, abrazarla. Mientras el placer de ser libre lo inundaba en su sueño, un sonido estridente cercenó su descanso. Fue entonces cuando en su fantasía la cara de Francesca se transformó en la de Bárbara vestida de luto.

—¡Manuel!

Julián Mínguez daba con su lápiz en el borde del banco que había servido de cama al adormilado Cid. Tic, tic… tic, tic… Un sonido liviano que provocó en mi padre un sobresalto, pues le pareció que los cielos se abrían para descargar sobre él truenos y centellas.

—Manuel, te he visto aquí dormido y me he adelantado para avisarte. La comisión está en el Patio de los Leones. ¿Nos acompañas?

Mi padre se desperezó, se colocó la corbata, se alisó el cabello y la barba.

—Desde luego. —Pero al ver que Julián lo miraba con reservas preguntó—: ¿Ocurre algo?

Mínguez hizo una mueca que mi padre no supo identificar.

—Ha venido Francesca.

Mi padre se planteó durante algunos segundos la cobardía de la huida, pero se sintió tan ridículo como aterrado. Sopesó sus posibilidades y cuando aún no había decidido oyó que la comisión se acercaba a una de las ventanas de la Sala de las Dos Hermanas, en donde Francesca se hizo visible una vez que el resto de los comisionados le dejaron espacio suficiente para asomarse. Tardó un instante en dar con mi padre, pues no esperaba encontrarlo allí, a donde había acudido por motivos artísticos. Pero su cara cambió súbitamente cuando alguien dijo:

—Mire, ahí está el señor Cid. Vayamos a saludarlo.

Una vez efectuadas las presentaciones y consumados los saludos, el sagaz Julián Mínguez se esmeró en llevar prontamente al resto de los comisionados al Peinador de la Reina. Aquel hombre dogmático y silencioso había advertido la necesidad de dejar a solas a los dos enamorados, pues a veces el destino exige un poco de colaboración.

Los hombres de ciencia allí reunidos desaparecieron llevándose el rumor de sus palabras. Y cuando Manuel y Francesca quedaron totalmente en silencio, salvo por el piar de las aves, hombre y mujer se miraron con retraimiento.

—No ha contestado usted a mis cartas… —dijo ella.

—No tuve valor.

—Ni se ha dejado usted ver por el Salón ni por las alamedas.

—Quería evitar verla a usted.

Francesca, que había mantenido un gesto alegre y sensual, suspiró y evitó la mirada.

—Bien, si mi presencia lo ofende me marcharé.

Muy rápido estuvo mi padre para tomarla del brazo. Aquel contacto revivió en ambos sentimientos aletargados.

Se miraron. Y fue cuando más se dijeron.

—Venga.

Llevó mi padre a la bella Francesca a un lugar en todo recogido, oculto en los bajos de la Sala de las Dos Hermanas. Era el lugar que llamaban Sala de los Secretos o de los Susurros.

Manuel la tomó por el talle, la atrajo para sí y plasmó en sus labios un beso. Fue éste tan postergado que una vez probado y disfrutado, dieron por bueno el permanecer más rato así abrazados, no fuera que aquel sentimiento tan exquisito no pudiera repetirse nunca más.

Se intentaban separar pero no podían. Sus brazos parecían hechos para rodearse o palparse. Se besaron pacientemente en los ojos, en la nariz, en la comisura de los labios, con una lentitud ahora pasmosa, pasada ya la euforia del primer contacto.

Contra la esquina de la sala arrastró mi padre a la joven italiana y dijo:

—Escucha.

Y al otro lado de la sala acudió él a hablar desde donde las palabras buscan el espacio suficiente para filtrarse. La chiquilla, enamorada, pensó que iba a oír requiebros, te quieros o te amos. Pero mi padre dijo simplemente:

—¡Francesca!

Y lo dijo en un susurro tan leve y bien modulado que Francesca entendió que bien le había dicho te amo.

Fue ella también y contestó:

—¡Manuel!

Y todo quedó dicho.

Tardaron tanto en subir de la Sala de los Secretos que la comisión había abandonado los palacios. Iban mi padre y Francesca de la mano y ella algo despeinada, tanto que a la Fuente de los Leones necesitó acercarse para mojarse las manos y enderezar el peinado. Y cuando lo hubo hecho y sonreído a mi padre con la confianza que da el saberse querido, la muchacha fue acariciando león por león de la fuente:

—Uno, dos, tres, cuatro…

Mi padre la observó admirado de tener bajo su influjo a una mujer tan especial.

—¿Sabes lo que es un *pasquino*?

Mi padre se asombró de aquella pregunta, a la que tuvo que contestar negativamente.

—El pasquino es una estatua parlante. Hace muchos años, en Roma, existieron varias de ésas, y se utilizaban como vehículo para transmitir ideas, protestas ciudadanas o mensajes de amor. Se introducía en su interior una carta, un papel…

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque nosotros podemos tener nuestro pasquino. ¿Has visto el número cuatro de estos leones? Tiene una grieta en su boca. Desde hoy, dejaremos en la boca de este león nuestros mensajes de amor.

—Así sólo será testigo la Alhambra.

Francesca di Mare y Manuel Cid compartieron un romance imposible de describir, pero real y continuado. Sin duda sería criticable por más de uno. Pero piensen que, aunque enamorados, fueron también adúlteros y bien por eso o porque el destino trabajó desafiándolos, tuvieron que enfrentarse a grandes desgracias. Muy pronto su amor tuvo que ponerse a prueba, la ruina económica, los celos y la muerte lo instigó… pero eso fue en el año de 1843.

GEORGE BORROW
1843

Los andaluces no muestran mucha inclinación por el tema del intelecto. La persona más apreciada entre ellos es el majo y para alcanzar este título hay que hacer gala de valiente, pavonearse, fumar a todas horas, bailar pasablemente y saber aporrear la guitarra. Son inclinados a lo obsceno y a lo que llaman picardías. Entre ellos, la cultura es una tacha terrible.

George Borrow, *Los zíncali: los gitanos de España*

El año 1842 comenzó nuevamente con lluvias torrenciales que duraron intermitentemente varios meses. De hecho, cuando Bárbara Benajara daba a luz a mi hermana Agustina, una lluvia espesa caía sobre la ciudad de Granada provocando la oclusión de algunos puentes a lo largo del cauce de los ríos Darro y Genil.

Nosotros, que vivíamos ciertamente cerca del Darro, vimos peligrar nuestra casa. Las riberas del río habían desaparecido y ahora formaban parte de las calles adyacentes. No se veía un alma, sólo se oía la lluvia haciendo crepitar los tejados. Durante buena parte de la primavera los criados se afanaron en poner baldes bajo las goteras y en taponar las grietas que aparecían sistemáticamente por todas las paredes de la casa.

Mi madre, acabada de parir, continuaba manifestando sus peores vaticinios. Decía que perderíamos la casa por culpa de una tormenta y que el pedrisco echaría a perder los olivares y con ellos nuestra fortuna.

Reconozco que yo no ayudaba en nada a resistir la situación. Se me ignoraba a causa de los llantos de mi hermana, que según decían tenía cólicos y no paraba ni de día ni de noche. Cuando mi madre se cruzaba con mi padre y tenía a la niña en brazos, le decía «¡Anda, que estarás contento!», echándole la culpa de haber procreado. Sin duda mi madre hubiera parado conmigo, pues venía con ventaja al haber sido un varón, pero por aquella época el control de natalidad dependía de algo tan científico como la suerte.

Mi hermana Agustina no tuvo en aquel tiempo su fiesta de presentación. No recibió regalos de ninguna de las mujeres de Granada porque, apenas se preparaba un encuentro, el cielo parecía oponerse, abriéndose y expulsando el diluvio.

Dos fueron las ocasiones en que se preparó la fiesta y hubo que anularla. Y mi padre se quedó con las ganas de compartir unos momentos con Francesca, quien hubiera visitado a la pequeña Agustina acompañada de su madre.

Muchos cambios sufría la ciudad, no sólo por la violencia de las aguas, sino también por la mano del hombre. La Comisión de Ornato que se había propuesto modernizar Granada no había dado tregua y, poniendo como excusa los desbordamientos del Darro y su consecuente peligro para la población, ordenó desmontar todos los saledizos de las casas, es decir, los balcones o rejas que pudieran suponerse peligrosos para los ciudadanos. Granada, ya lo había podido ver el viajero Gautier cuando se admiraba de los balcones de las casas, era ciudad que gustaba de balconadas en donde poner tiestos o disfrutar de la frescura de la noche. Como la mayoría de las casas eran centenarias, muchos saledizos, bien era cierto, amenazaban ruina. Lo que no había previsto la Comisión era que con esta medida se terminó por tener casas más seguras pero horripilantes, mutiladas y desproporcionadas, ya que en sustitución de los suprimidos saledizos se colocaban elementos decorativos chocantes, sin ningún rigor estético. Nuestra casa tampoco se li bró de la persecución de la comisión de ornato. Nuestro balcón de grandes dimensiones dirigido a la Carrera del Darro simbolizaba una meta a conseguir por parte de los comisionados, que se habían enfrentado muchas veces con mi padre en el Liceo Artístico o en la comisión científica a causa de la Alhambra.

Julián Mínguez y sus amigos consiguieron paralizar muchas de las pretensiones de la comisión, y como la medida fue en todo impopular, poco a poco fue haciéndose imposible e ineficaz y terminó por ignorarse por parte de las autoridades. Así que nuestro balcón quedó donde estaba y pudimos asomarnos a la Carrera y ver desde él la mejor imagen de la Alhambra que podía obtenerse desde el caserón de los Cid.

Por aquellas fechas mi padre se enteró de que Washington Irving había vuelto a España. Ocupaba el puesto de embajador de Estados Unidos y se había establecido en Madrid. Para Irving volver a Granada se le hacía insoportable, era ya viejo y su salud carecía de lo que, de joven, lo había animado a venir a la Alhambra. A mi padre le pasaba lo mismo: ir a Madrid se le suponía un viaje inabarcable. Pocas veces había salido de Granada y ahora que se encontraba atado por una familia era algo que no se podía ni plantear.

Así pues, los dos amigos no hicieron más que respetarse y apenarse por sus ausencias. Se escribieron, manifestaron su deseo de verse, se disculparon y guardaron sus respectivas cartas en sus escritorios.

Sería ya cercana la primavera cuando mi madre, de forma improvisada, recibió la única visita de la Pardo-Moliner junto a sus dos retoños, José y Alma, quienes fueron enviados directamente a mi habitación de juegos. Recuerdo que José, al que llamaban Pepillo, era más bien un esqueleto movible, con la cara más imperturbable que un general pasando revista. Muy contrariamente, Alma era una niña temerosa y dulce, para mi gusto demasiado, pues siempre quedaba al margen de todo cuanto hacíamos o maquinábamos. Con todo, Pepillo Pardo y yo nos lo pasamos en grande aquella tarde. Sin pretenderlo prendimos fuego a las cortinas de mi cuarto. Suerte hubo de que empezó a llover y apagaron el incendio con la ayuda de la naturaleza.

Mi actitud no hacía más que acrecentar las intenciones de mi madre de largarme fuera del hogar. Era, desde luego, lo último que yo hubiera deseado, pero algo en mí provocaba mis arranques gamberriles sin poderlos evitar y los realizaba a sabiendas de que me perjudicarían. Vamos, que era como el río Darro, que arrasaba todo cuanto pasaba a su lado involuntariamente.

Pero sin duda sería el destino lo que haría la situación aún más caótica. En la mañana del 26 de mayo, no se me olvidará, ocurrió una cosa que marcó en todo la vida de los granadinos y consecuentemente la de los españoles.

A la puerta de nuestra casa llamaron repetidas veces con golpes certeros, tan insistentes que mi padre se asomó y vio a Julián Mínguez demudado. Mi madre quería dejarlo en la puerta, pero la mandó a la habitación de Agustina con una impetuosa reprimenda.

—Pasa, pasa, Julián. ¿Qué hay? ¿A qué vienen esos golpes?

—¡Ay, Manuel, Manuel! ¡Esto es la hecatombe!

—Pero ¿qué dices?

Tan pronto dijo esto mi padre cuando se empezaron a oír gritos y golpes, ruidos incontrolados que venían de todas partes, producidos por el patear de caballos o el castañetear de músicos.

Mi madre salió al zaguán, donde estaban los dos hombres, más que asustada:

—¡Manuel! ¡La guerra!

Mi padre miró a Julián y Julián miró a Bárbara. En un instante súbito parecieron aceptarse los tres como eran, como personas que se enfrentaban al amargo trago de la muerte, pero mi padre, apocado en otros menesteres, se precipitó hacia la parte alta de la casa a mirar por los balcones más altos.

—Se han levantado contra el general Espartero —iba diciendo Mínguez mientras corría detrás de mi padre, siguiéndolo sin saber a dónde iba—. La gente está en la calle, bailando, gritando vivas a la Reina, diciendo que no quieren al regente y que se vaya fuera de España.

—¡Pero es una locura! —exclamó Bárbara—. ¿Qué les ha hecho ese pobre hombre?

Mínguez no tuvo tiempo de explicar a Bárbara la situación sociopolítica que sufría España.

—Pero ¿ha habido muertos? —preguntó mi padre, ciertamente preocupado por Francesca.

—No lo creo. La gente parece que está en una fiesta. Se besan, se abrazan; yo no he visto más que castañuelas en vez de armas.

—¡Herejes! —murmuró Bárbara mientras acunaba a Agustina—. Arderán en el infierno. ¡Besarse en la calle! Cualquier cosa es buena para darse al libertinaje…

—Pero en Madrid tendrán que decir algo —comentó mi padre con cierta razón—. O sofocarán el levantamiento o lo apoyarán, pero esto no quedará así.

—Se decía por ahí que ya se ha levantado Málaga. ¡Esto va a ser una masacre!

Espartero no se quedará con los brazos cruzados.

El murmullo y griterío de los manifestados comenzó a ser audible a los pocos minutos. Avalanchas de gente cantando vivas, bailando y tocando las guitarras caminaban por la Carrera del Darro y subían hacia la Alhambra.

—¿Pero qué van a hacer? —preguntó asustado mi padre—. ¿No irán a dañar la Alhambra? Hay que avisar a la Tía Antonia y a Dolores y…

—Pero ¿cómo? —exclamó Mínguez—. Es imposible. *¡Alea iacta est!* —dijo retóricamente citando la famosa frase de César—. ¡La suerte está echada!

A mí me sacaron de mis habitaciones y me llevaron al salón, donde empezó a reunirse el resto del servicio. Me senté, atontado de ver a tanta gente y de que se me hiciera el favor de tenerme en cuenta. Al poco de esperar en silencio, con las criadas abrazadas y llorando, se oyó el repiqueteo de la campana de la Vela.

—¿Qué suena? —pregunté valientemente.

—Es la campana de la Torre de la Vela. La hacen sonar los sublevados. ¡Pobre Alhambra! ¡Y que todavía tenga que ver otra nueva masacre!

Las canciones llegaban como un susurro cuando el viento regresaba de la Sabika. Las campanadas se repitieron durante toda la tarde y los gritos de vivas y aplausos se entremezclaron. No pegamos ojo en toda la noche. Bueno, Agustina sí, sería su primera noche serena desde su nacimiento. Ya desde entonces era experta en llevar la contraria.

Mi padre se mantuvo sereno la mayoría del tiempo, pero al pasar la medianoche una intranquilidad le invadió el corazón. Deseaba saber si Francesca se encontraba bien, así que con grave disimulo se fue a las traseras de la casa y como si fuera un jovencito se descolgó por una ventana hasta llegar a los tejados de una vivienda colindante, desde donde saltó a la Carrera.

Entre la multitud, muchos de ellos borrachos a esas horas, pisando micciones y vómitos, llegó a casa de Francesca, pero lo que vio allí tampoco le gustó en demasía.

En Andalucía las revoluciones no eran siempre, dado el carácter del andaluz, tan violentas como se esperaban. La gran mayoría de granadinos se temía lo peor: represión, fuegos cruzados, muertes inocentes que no contribuirían en nada a lo ya manifestado. Bien porque la rebelión no era contra la reina sino contra el general Espartero, la situación parecía mantenerse dentro de un orden. El tiempo lo puso todo en su lugar, pero en aquel momento ni mi padre ni el resto de los granadinos podía imaginarse en qué pararía todo aquello.

Llegó Manuel Cid a las mismas puertas de la casa de las Di Mare sin resuello, bien porque había corrido, bien porque el temor le anulaba el aliento y esperó agitado a que las damas le abrieran la puerta.

Seguramente alguien lo vio previamente, porque fue Francesca la que abrió sin miramientos y ambos se echaron en brazos del otro sin temor a ser vistos o espiados.

—Pasa, pasa, querido —le indicó la jovencita italiana tras el primer momento de delirio—. Mi madre está dentro y tenemos una visita. Entra, te presentaré.

—Pero…

Francesca miró pacientemente a Manuel y luego dijo:

—No temas por mi madre, lo sabe. ¿Crees que podría ocultar mis sentimientos a la persona que más me quiere?

Mi padre entró de la mano de Francesca pero muy pronto la italiana, al verse cerca de la puerta del salón, se desprendió de su amante para hacer su entrada tan distinguida y flemáticamente como pudo.

La razón no era otra que la visita que ocupaba el sitio más destacado de la estancia. Era un hombre joven, bien vestido y de buen porte; alto y de pelo rubio. Adoptaba el canon de belleza de la época y también la moda romántica, por lo que su pose, un tanto artificial, provocó recelos en Manuel.

—Éste es un amigo, el señor Víctor Vanel. Ha tenido la gentileza de venir a prestarnos ayuda.

Mi padre se acercó al invitado y le tendió la mano, obligadamente pero con reticencia.

—Encantado.

—Señor, es un placer conocer a Manuel Cid. Tenemos amigos comunes aunque usted no lo sabe.

Mi padre asintió agradeciendo el cumplido. Ambos hombres se sentaron en zonas opuestas y callaron ante la pasividad de las mujeres, que no hacían más que mirar al reloj y preguntarse si alguno de aquellos hombres tan interesados harían algo por ellas.

—Espero que usted, con su sentido común, convenza a la condesa de que vengan a mi casa. Allí estarán protegidas, son muchos los que están bajo mi techo. Y al estar mi madre no correrán el riesgo de perder su buen nombre.

Mi padre calló. Por su cabeza pasaron muchas preguntas: ¿Cómo se habían conocido? ¿Qué le daba derecho al señor Vanel para ofrecerse como paladín de su amada? ¿Querría Francesca ir a la casa de aquel hombre?

—Verá —continuó Vanel—, el levantamiento no puede mantenerse. Dicen que volverá del exilio el general De la Concha y obligará a Espartero a marcharse de España. Muchos intelectuales se han unido a la causa de la reina, entre ellos Lafuente-Alcántara y Fernández-Guerra…

Mi padre continuó en silencio.

—¡Creo que voy a ir a hacer una pequeña maleta! —exclamó improvisadamente la condesa Angelina di Mare—. No sé cuánto tiempo pasaremos en su casa, así que prepararé lo más esencial.

Se levantó y se marchó. Francesca se puso en pie, pero pensó que era mejor no dejar a solas a los dos hombres.

—En mi casa no correrá peligro, se lo aseguro. Además han venido el señor

Mesonero Romanos, un periodista muy conocido en Madrid, y la familia de Juan Ignacio Morell, que viene con su hijo Juanito. Les ha gustado tanto Granada que dicen que se establecerán en esta ciudad. Seremos muchos, muchos.

Mi padre continuaba mudo, pero de forma imprevista y viendo que no podría cambiar la opinión de aquel hombre tan insistente se levantó y sentenció:

—Pues todo está dicho, entonces. Buenas noches, caballero.

Fue Manuel a atravesar la puerta de la calle cuando Francesca lo siguió con la excusa de ir a despedirlo, y lo detuvo por la manga de su chaqueta.

—¿A qué viene todo esto? ¿Es que prefieres que me quede aquí sola, con mi madre y dos sirvientas muertas de miedo?

—No quiero que te vayas con ese hombre, no sé cuáles son sus intenciones.

—No creo que tenga el mal gusto de hacerme el amor estando su casa de bote en bote.

—¡Francesca! No te metas en política.

—No lo deseo.

—No quiero verte cerca de ese galán. Yo te protegeré.

La italiana, respirando hondo, se estaba concentrando en su respuesta, que sabía podría doler a su amado:

—¿Y cómo vas a protegerme… teniendo esposa y dos hijos?

Mi padre salió de esa casa abatido, reprochándose tantas cosas o más que otro cualquiera hubiera podido echarle en cara. A la vuelta ya no se ocultó a los uniformados miembros del batallón de Asturias que habían apoyado al pueblo granadino en su levantamiento y recorrían las calles de la ciudad. Tampoco evadió los vítores de algunos borrachos gritando «¡Mueran los ayacuchos!», que era como llamaban a los partidarios de Espartero, y alguno hubo que soltó por sus balcones el contenido de su bacinilla, pues también había quien defendía al general. A mi padre no le importaban ni unos ni otros, sólo que Francesca se iba a resguardar en los brazos de otro hombre.

Los acontecimientos siguieron su curso. Granada entró en una cierta anarquía en donde hasta el más pintado opinaba sobre política. Un conocido zapatero tomó un tonel y como si estuviera en el Hyde Park de Londres se puso encima y empezó a hablar a la muchedumbre, cantando las gestas del general De la Concha, que había desembarcado en las costas de Málaga para proteger a la reina frente a Espartero.

Lo que el astuto zapatero contó no se había ni producido. Su imaginación había enardecido las mentes de los granadinos, pero casualmente esos hechos tendrían lugar un mes después, entrado ya el verano. Mientras todos, incluido mi padre, se debatían entre el miedo y el desconcierto.

Manuel Cid subía cada día a la Alhambra. Llegaba al Patio de los Leones y disimuladamente miraba dentro de la grieta del león número cuatro por si había algún

mensaje escrito por Francesca. No había sabido de ella desde aquella noche en que se refugió en casa de Víctor Vanel. Ningún amigo común la había visto salir, ni siquiera para ir a misa, lo cual hubiera sido lo más razonable si la señora de la casa acostumbraba a hacerlo. La desesperación ahogaba el corazón de mi padre.

Pero como dijo el zapatero subido a un tonel, el general De la Concha desembarcó finalmente en la costa de Málaga y la sublevación llegó a su fin. Fueron días arriesgados, insoportablemente hogareños, pero la ansiedad que le llevaba cada día al Patio de los Leones consiguió mantenerlo vivo y esperanzado hasta que, finalmente, Granada volvió a la tranquilidad y a la paz.

La fiesta del Corpus se retrasó aquel año. No obstante, llegado el día, la Plaza de Bib-Rambla lució sus mejores galas y a ella acudieron todas las familias, humildes o pudientes, a disfrutar de la libertad que daba la estabilidad política.

Mis padres salieron a la calle ansiosos de pasear con sus dos hijos, mostrándose como una pareja unida y feliz. A mí me vistieron bien y a Agustina la envolvieron en volantes de batista.

En la plaza encontraron a todos y cada uno de los respetables de Granada: a los Pardo-Moliner con sus dos hijos Pepillo y Alma; a los condes de Luque, de luto, pues su hermosa hija Carmencita había muerto; a Julián Mínguez, acompañado de sus amigos de la comisión artística; a los Morell, que les fueron presentados por amigos comunes y cuyo hijo Juanito era aún más endemoniadamente gamberro que yo; a la condesa Di Mare sin su hija…

Todos, menos Victor Vanel y Francesca paseaban por la plaza de Bib-Rambla. Aquello sólo podía ser una señal y no era, precisamente, buena.

Mi padre dejó varios recados en casa de las Di Mare y en la boca del león, pero no recibió contestación alguna. Era tanta su desesperación que subía a la Alhambra de día y de noche. Y finalmente, la noche del 20 de julio de 1843, consiguió ver a Francesca. La italiana lo esperaba en el Salón de Embajadores, disfrutando de las estrellas que comenzaban a salir al despejado cielo de verano.

Mi padre no esperó ni a que se volviera. La abrazó por la espalda como un niño abarca el cuerpo de una madre, con total necesidad y súplica de amor. Estuvieron un rato así abrazados, sin hablarse, y cuando Francesca se volvió adivinó unos ojos llorosos y apesadumbrados.

—¿Por qué te ausentas? ¿Qué te he hecho? —preguntó mi padre quejumbroso.

—Nada. No has hecho nada.

Se besaron largamente. Ya no les importaba que los vieran, la Alhambra mantenía su secreto.

—¿Has estado con él?

Francesca no contestó.

—¿Lo quieres?

—No preguntes, te haré daño. ¿No ves que he venido?

Decidieron mirarse y no actuar. Eran como el Genil y el Darro, implacables y contrarios. Se presentía que, de seguir así, se desbordarían.

Se tomaron de la mano y se sentaron juntos en la fría piedra del suelo, bajo el mirador que daba a la falda de la colina. Mi padre irguió la cabeza para mirar hacia el techo de la sala, la bóveda de un cielo que semejaba el paraíso.

—¿Qué haremos si sólo podemos ser felices en este universo? —preguntó mi padre pensando en voz alta—. La Alhambra no podrá protegernos eternamente. ¿Qué haremos?

Francesca entreabrió los labios para contestar. Algo parecía que iba a decir a mi padre, algo contundente, certero. Su corazón se activó al creer que iba a proponerle la huida, sin embargo algo más fuerte que ellos se interpuso.

Llegó nerviosa Dolores a la Sala de los Embajadores con la cara demudada y dijo:

—¡La Alcaicería! ¡Que arde la Alcaicería!

Los dos amantes se pusieron en pie y miraron por el ventanal de la sala. Un reflejo áureo emergía de la techumbre de las casas. Era cierto, un nuevo incendio amenazaba la ciudad y esta vez parecía que había alcanzado la Alcaicería, donde se concentraban las mejores tiendas de la ciudad y, consecuentemente, la tienda de telas de los Cid.

Mi padre salió corriendo. Era imprescindible que fuera a cuidar de su negocio, por lo menos esta vez.

Fue uno de los peores incendios que sufrió Granada. Todas las estrechas calles de la Alcaicería y aledaños, con su entramado árabe, estrecho y laberíntico, sucumbieron a las llamas. Nuevamente se había perdido uno de los más destacados recuerdos árabes de la ciudad. Parecía como si el destino estuviera en pie de guerra contra el patrimonio de Granada. Poco a poco, lo que el hombre no destruía lo hacía el fuego, los terremotos o los desbordamientos.

Todos los negocios ubicados en la zona fueron devorados por las llamas. Familias enteras se vieron en la calle o arruinadas. En el caso de mis padres la desolación no era menor, aunque todavía les quedaban las tierras y acciones en algún negocio secundario.

—¡Te lo dije! —masculló la Benajara abanicándose—. Mi nariz no se equivoca nunca. Presentía malos tiempos para la familia. He recibido cartas de todos nuestros amigos ofreciéndonos su ayuda. ¡Fíjate que he recibido una tarjeta hasta de la condesita Di Mare!

Mi madre lo dijo con cierto retintín, pero no por provocar alguna actitud beligerante en mi padre sino por simples ganas de criticar.

—Va a resultar que la Compositora tiene corazón y todo… Y eso que, según dicen, va cada noche al teatro con un nuevo acompañante. Bueno, habrá que agradecerlo igualmente, hay que tener amigos hasta en el infierno.

A Manuel Cid se le revolvió el estómago sólo de pensar que podía ser cierto lo que la Benajara decía de Francesca. A fin de cuentas, era una mujer libre a la que no podía controlar. Y los celos asomaron a su cara hasta ponérsela amarillenta.

—¿Qué te pasa? ¡Ah, a ti también te ha afectado lo de la tienda! Te he juzgado mal, en el fondo te preocupas por la familia. Pues bien, ahora es buen momento para pensar en desprendernos de Maximiliano. Es una carga total para nosotros y deberíamos hablar con tu tío Leandro. Ellos no tienen hijos, lo acogerán con placer. No hay nada que deseen más los matrimonios mayores que ocuparse de un niño cuando ya el cielo es incapaz de darles hijos propios. ¿No te parece?

Mi padre no contestó. Se marchó dejando a mi madre con el total convencimiento de que seguía conmovido por la pérdida económica de la familia.

Mínguez subió a depositar su rosa, como cada domingo, y al volver de su romántica rutina se encontró con mi padre y conmigo. Creo que era la primera vez que subía a la Alhambra y su alameda me pareció un inmenso jardín en donde poder perderme, corretear y hacer deliciosas barbaridades, como dejar mochos a los castaños o subirme a las acacias para extirparles sus espinas, herramientas indiscutibles para un gamberro indomable como yo.

Se miraron los dos amigos y no tuvieron otra manera de saludarse que abrazarse, como hacen los hombres españoles en ese gesto tan varonil que escandalizaría a la mayoría de los estirados ingleses. Hacía tiempo que no se veían, pues mi padre estaba ocupado intentando recomponer el negocio y el profesor trabajaba en la legalización de una comisión de monumentos que los defendiera de su demolición. Así pues, Mínguez tuvo que manifestar sus condolencias.

—Amigo, sé que son momentos penosos para ti. Y como tú hay tantas familias que sólo subsistían de ese negocio… ¡Ah, Vulcano, qué cruel eres con los humildes mortales! Que nos libren de las fuerzas de la naturaleza, primero el agua, luego el fuego… No quiero ni imaginar qué tiene que venir después…

Mi padre esperó que la perorata de Mínguez terminara. Luego, como si el profesor advirtiera el tedio que provocaban sus palabras, me miró y dijo:

—Estoy contento con Maximiliano. Es buen estudiante, aunque un poco díscolo.

—Bárbara insiste en que lo lleve a Madrid. Tal vez sea lo mejor que puedo hacer por él.

—Como si lo viera: quiere convertirlo en un señorito de la capital.

—Piensa que si se queda aquí terminará siendo un fracasado como su padre.

—¡Por las barbas de…!

—Y tiene razón.

Julián levantó los hombros ante su impotencia de recursos.

—Avísame cuando lo hayas decidido, quiero despedirme de él como se merece. Ahora en el verano estoy muy ocupado, aunque no doy clases me he volcado de lleno en lo de la comisión y… ¿sabes que quieren derribar el Maristán?

—¿El Hospital de Locos? Pero ahora pertenece a un particular, si bien durante años se dedicó a viviendas…

—¡Ha sido tantas cosas…! Pero sólo una nos interesa a la futura comisión, y es que fue el hospital nazarí y está en pie desde el siglo XIV. Creo que sólo nos quedará recordarlo, así que podrías ir a rescatarlo de la ignominia administrativa y plasmarlo en el papel antes de que desaparezca para siempre.

—Lo haré.

Ambos volvieron a quedarse sin palabras. Hablar de demoliciones artísticas sumía a ambos en un estado total de pesimismo. Pero en esto estaban cuando Mínguez alzó la cabeza como recordando algo:

—¡Por los dioses de Roma, se me olvidaba! Francesca está en la Alhambra y me dijo que quería verte…

Mi padre recibió de lleno en la cara el color de la vida. Me tomó de la mano y me hizo subir la empinada colina tan rápido que llegué a los palacios sudoroso y despeinado.

A tenor de lo que cuento debió de ser ésa la primera vez que vi a Francesca, pero yo no lo recuerdo. Tenía yo por cumplir los seis años y Francesca, aunque a mí me pareciera una mujer ya vieja, era una jovencita que despertaba a la vida.

Se encontraron los amantes en su consabida fuente y por lo que me dijeron fue Francesca conmigo muy cariñosa; me besó y me colocó el cabello despeinado. Me dio un caramelo y mi padre me permitió juguetear por el palacio, así que yo me aproveché de mi licencia y desaparecí.

—¡Menos mal que has venido! —exclamó la italiana—. Quería saber cómo estabas. En la ciudad se habla de ruina total, que hay familias que lo han perdido todo…

—Estamos haciendo frente a la mala suerte. Nos han asegurado que muy pronto reconstruirán las tiendas, aunque nos suponga un desembolso aún mayor.

—¡Qué lástima! ¡Todo ese género! ¡Esas columnas árabes aún conservadas!

—Por fortuna no ha habido víctimas mortales.

—Es un consuelo.

Mi padre tomó la mano de Francesca.

—Querida… tengo que proponerte algo. Mi espo… Bárbara insiste en que llevemos a Maxi a Madrid. Y yo me pregunto que ya que tengo que hacer el viaje… ¿sería posible que vinieras con nosotros?

—¿Los tres? Pero ¿qué pensaría Bárbara?

—No tiene por qué saberlo. Podríamos estar juntos unos días…

—¿Y tus tíos?

—Déjalo de mi cuenta.

—¡Es una locura!

—Vernos aquí es una locura.

Francesca suspiró. Se mordisqueó el labio inferior con preocupación.

—¿Qué le diré a mi madre?

—Tú sabrás hacerlo bien.

—Pero…

Mi padre presintió que Francesca, mostrando una nueva excusa, sería capaz de hablarle de Victor Vanel, lo cual demostraría definitivamente que estaban juntos. Pero ella no puso más pretextos.

—Déjame pensarlo.

La cosa quedó así. Mi padre tomó como bueno su derecho a la reflexión. Se besaron y cuando fueron a despedirse mi padre volvió a la vida.

—¿Y Maxi?

—Estaba aquí hace un instante.

Había desaparecido por completo. Mi espíritu aventurero me había llevado a adentrarme en pasadizos olvidados y escurrirme por zonas aún sin descubrir.

Llamaron a la Tía Antonia y a Dolores. Manuel Molina, que estaba en los palacios, púsose a buscar también. Por todas partes se oía el eco de las voces de los hijos de la Alhambra gritando: ¡Maximiliano! Y luego la voz de mi padre: ¡Maxi! Y finalmente la voz de Francesca, dulce y armoniosa: ¡Max! Pero ninguna de ellas obtuvo respuesta.

Pasaron algunas horas sin lograr ninguna pista de mi paradero y los remordimientos asomaron a la cara de mi padre. Entrada ya la tarde, a Dolores se le ocurrió entrar en los baños, donde Irving escribía al frescor de los atanores, y allí fue donde me encontró. Estaba yo en cuclillas, asustado y aterido de frío, desorientado entre tanta sala antigua. Vi a aquella mujer morena y de cara dulce acercarse.

—Señorito —me dijo—. Su papá lo está buscando, que menudo regomello que tiene el pobre de haberle dejado solo. Ande, *venacapacá*, que lo llevo con su padre.

Dolores, ahora lo recuerdo, me tomó en sus brazos y pude sentir el calor de su cuerpo, algo que me resultó tan agradable y desconocido que exigí para mí durante las últimas horas de la tarde. Mi padre se alegró tanto de que hubiese aparecido sano y salvo que me permitió quedarme en las cocinas con la familia Molina. Y no fue demasiado rígido, pues sabía que muy pronto me separarían de él y de Granada.

Mi madre demostró tener algo de ternura en su corazón. Los primeros momentos imaginándose sin mí debieron de remover sus entrañas más escondidas porque jamás, después de aquel suceso, fue capaz de abrazarme como lo hizo.

Una vez superado el disgusto tuvo tiempo, sin embargo, de echarme una buena bronca y a mi padre también. Pero en la casa se respiraba un cierto optimismo. No hay nada más complaciente que saberse poseedor de buena suerte. Y mi padre, bien porque me había recuperado, bien porque presentía que Francesca accedería a ir a Madrid, se encontraba pletórico.

Sin embargo, mi última trastada había sido la gota que colmó el vaso. Esa misma tarde se escribió una carta al tío Leandro para confirmar que, en adelante, me quedaría bajo su custodia. Yo entonces lloré lágrimas de sangre, pero con el tiempo pude comprobar que fue lo mejor que me podía haber ocurrido, lo que demuestra que la vida, finalmente, compensa sus malas acciones.

Días después mi padre tomó sus lápices y sus papeles de pintor y fue a plasmar, para la posteridad, los restos del Maristán nazarí. No se encontraba muy lejos de nuestra casa, por lo que, con frecuencia, pasábamos cerca de él. Ya no era Maristán, hospital de locos, ni Casa de la Moneda, como la quisieron llamar los reyes cristianos. Tampoco era ya almacén ni cárcel, como lo fue en siglos más cercanos. Tantas cosas había sido que ya no era ni lo que parecía, una vivienda de humildes propietarios que tendían su ropa sucia sobre los restos de lo que fue reputado edificio.

Mi padre se sentó sobre una piedra y empezó a pintar. Sin embargo, ya estaban desmontando parte del Maristán y los inquilinos mudándose a otros hogares, para lo cual esperaban en la Carrera carros de varas repletos de fardos.

Cada vez que algo desaparece en una ciudad no vuelve a recuperarse. Es una mutilación completa, tan traumática como la pérdida de un brazo para un hombre.

Si a mí me dejaran elegir entre la ciudad y la naturaleza elegiría siempre la ciudad, porque la naturaleza es algo vivo pero involuntario mientras que la ciudad es pura inventiva y creación, la expresión misma del hombre que la habita. Esa capacidad que tiene la ciudad de transformarse me conmueve. No sé por qué no existe una disciplina que, basándose en *la antropología de las ciudades*, pueda denominarse *antropometropología* o algo similar, ya que si la antropología estudia al hombre en sociedad, con esta nueva ciencia podríamos estudiar la ciudad interaccionada con el hombre.

Aparte mis peregrinas teorías, he de decir que la demolición del Maristán me marcó para siempre. Fui testigo paciente y horrorizado de aquel hecho cogido de la mano de mi padre, y sólo el destino evitó que siguiera siendo un testigo mudo de los cambios de Granada en los años siguientes por mi traslado a Madrid. No serían los únicos y yo no me libraría de luchar contra otras demoliciones. De hecho, creo que toda mi vida ha sido evitar que se produjeran, aunque sin conseguirlo.

La noche antes de partir a la capital mi padre subió a la Alhambra, seguramente más deprisa que otras veces porque, aunque los años se manifestaban irremisiblemente, la esperanza anidada en su pecho le henchía de vigor.

A la misma boca del león número cuatro llegó Manuel Cid agitado, y esta vez encontró una pequeña nota. La abrió y con la exigua luz proveniente de la luna, leyó: «Voy a Madrid».

Y Francesca vino.

El tiempo destruye el encanto y las ilusiones.

Washington Irving, *Carta al príncipe Dolgoruki*

Mi tío abuelo Leandro era el hermano pequeño de mi abuelo. Entre ellos había una notoria diferencia de edad que a mí me benefició, pues mi tío demostraba claramente que pertenecía a otra generación posterior, más entusiasta y liberal.

He de decir que la actitud de mis tíos, Leandro y Aurora, fue, cuando menos, singular. Se mostraron tan cariñosos conmigo desde el primer momento que yo no sabía bien si portarme diligentemente para compensar tanta devoción o por el contrario liarme a hacer gamberradas para quitármelos de encima.

El destino hizo que mi corazón se enterneciera y optara por lo primero, y desde aquel año de 1843 la relación con mis tíos fue la más espléndida que jamás un niño pudo disfrutar.

Mis tíos vivían cerca del Prado. El paseo era de lo más encantador que ojos pudieran ver; ni siquiera los de Granada podían comparársele. Y esto se debía a la popularidad que ejercía entre los madrileños. Atraían de él no sólo sus árboles y su frescor, sino también su bulliciosa fila de coches a caballo, que no paraban nunca de circular. Era una ciudad viva, alegre y extensa, que a mí me pareció la mejor del mundo, entre otras cosas porque allí se me permitía disfrutar y olvidarme de la opresiva Benajara.

No muy lejos, en los alrededores del barrio de Embajadores, uno de los más populosos del Madrid de entonces, estaba la Fábrica de Tabacos, en donde mi tío Leandro trabajaba. Las cigarreras fueron, en mis años mozos, fuente de inspiración, pero no voy a contar aquí mis más íntimas miserias, eso ya lo dejo para otro momento.

Mi padre no quiso pernoctar en casa de mis tíos. La excusa para negarse fue peregrina, pero mis tíos supieron ver en ella que algo oculto había y respetaron la decisión de mi padre. Eso sí, se permitieron aconsejarle sobre lugares de ocio, los cafés de los que era tan famoso Madrid y un lugar de categoría donde poder pernoctar.

Muy cerca de la Puerta de Alcalá encontraron alojamiento distinguido. Era un hotel moderno, muy distinto a lo que suponía una fonda de lujo, al que acudían las personas más destacadas que visitaban Madrid, y por ello, acostumbrados a recibir a extranjeros, no se extrañaron ante la solicitud de habitaciones separadas pero suficientemente cercanas y con buenas vistas. Los tomaron a ambos por italianos, lo cual les sería provechoso si querían pasar desapercibidos.

Llegados a este punto he de recordar el grado de complicidad al que habían llegado mi padre y Francesca. Llevaban varios años de relaciones pero nunca habían

traspasado la puerta de la carnalidad. Sus furtivos encuentros en la Alhambra no les habían permitido más que besarse, acariciarse si cabe, en la oscuridad del *hammam*, pero su decisión de compartir el viaje a Madrid consolidaba un vínculo ya irrenunciable.

—¿Quieres que vayamos al teatro? —preguntó Francesca recostada sobre un diván, agotada, pues un viaje en diligencia resultaba extenuante.

—No sé, prefiero quedarme aquí, a tu lado.

—En el hotel murmurarán si permanecemos en la misma habitación —dijo provocativamente.

—¿Qué pensarán, acaso? ¿Que somos amantes?

—Mejor todavía: que estamos enamorados.

Mi padre fue al encuentro de los brazos de Francesca y ambos permanecieron en aquel diván, muy estrecho para depende qué cosas pero totalmente universal si se trataba del amor.

—¿Te das cuenta? Estamos solos. Sin Benajaras, sin niños, sin pretendientes…

Mi padre hablaba con finura pero con intención. Deseaba ver reaccionar a Francesca.

—¿Tienes pretendientes? —preguntó irónicamente la italiana evadiendo la cuestión.

—Sabes que me refería a los tuyos, a Víctor Vanel…

—Víctor es un buen amigo.

—¿Con derecho a roce?

—El roce no sería un derecho sino un privilegio.

Mi padre se puso muy serio. Y comprendiendo que la conversación no llevaría a buen puerto, exclamó:

—¡Fuguémonos!

Lo dijo con tanta convicción que Francesca tuvo que cortar en seco su risa juvenil. Se permitió unos segundos para acariciar su barba y besarlo detenidamente, pero luego se desenredó de sus brazos y se puso de pie.

—¿Dejarías a tu familia por mí?

—Sí.

—¿Y luego qué?

—Nos iríamos.

—Fuera de Granada. No volverías a ver la Alhambra.

—Estoy dispuesto.

—No lo estás.

Mi padre se levantó del diván con intenciones claras de atraer a Francesca hacia su terreno, de convencerla sin modo alguno de evasión.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Tienes que creerme, nadie como tú me ha comprendido tanto. Me respetas, no como Bárbara, que a cada minuto me reprocha que no he mirado las cuentas de la tienda o que no me he ocupado de las

tierras. Tuvimos hijos sin quererlo, pero nosotros podríamos hacer un hogar nuestro.

—¿Dónde? ¿Cómo? Un hogar sin posibilidad de unión sagrada… sabes lo que eso significaría para nuestro entorno. Para ti sería indigno, pero para mí humillante.

—Nosotros seríamos diferentes…

—¡No!

Francesca gritó y mudó el rostro por el llanto.

—¿No lo comprendes? Si viviéramos juntos me convertiría en otra Bárbara, te exigiría que cuidaras de nuestros negocios, de nuestros hijos… Tú me adoras porque eres libre cuando estás conmigo, pero cuando se forma una familia hay que afianzar ciertos valores. Hay que sacrificar. Tú no lo entiendes porque los artistas y los hombres sois unos inmaduros… —Francesca se tapó la cara con las manos—. ¿Ves lo que me has hecho decir? No quiero ser una mujer llorona, ni intolerante, pero debes comprender que una relación es algo más que estar juntos, que besarse… Es responsabilidad, y tú no podrías dármela.

Mi padre recibió aquellas palabras como una bofetada. Se sentía aturdido, desorientado, incapaz. Se sentó nuevamente en el diván.

—Entonces, ¿no hay futuro?

—¿Futuro? Te ofrezco todo mi futuro. Pero tendrá que ser a mi manera.

Manuel Cid suspiró, en aquel momento deseó llorar y comportarse como un chiquillo, pero el que lo llamara inmaduro le hirió lo suficiente como para recomponer su pena.

—Bien, salgamos entonces al teatro.

No muy lejos de la Puerta de Alcalá, en las inmediaciones del Salón del Prado en donde se encontraba ubicada una famosa fuente llamada de la diosa Cibeles a la que los madrileños querían incondicionalmente, se encontraba el teatro Circo, inaugurado el año anterior sobre el solar de lo que fuera un local circense y junto a una de las casas más destacadas de la ciudad, llamada de las Siete Chimeneas por tener sobre su tejado siete de aquéllas.

No era éste un teatro principal, por lo que no había necesidad de arreglarse en exceso ni prevenir los encuentros comprometidos. Vieron la representación y disfrutaron. En Granada nunca podían compartir situaciones cotidianas, tan elementales en la España de aquel momento entre gente acomodada.

Francesca se colgó del brazo de mi padre y salieron a la calle, en un Madrid siempre bullicioso y alegre. Se dirigieron hacia el Prado, sonrientes, cómodos, disfrutando de una compañía elegida y no impuesta, como les ocurriría en su ciudad.

A la altura del Palacio de Buenavista, le pareció a mi padre que reconocía a un hombre que caminaba en sentido contrario. No tuvo tiempo de reaccionar ocultando su rostro, aunque la alegría de ser reconocido le compensó de la estupefacción.

—¡Señor Cid! —exclamó aquel hombre—. ¡Quién me hubiera dicho que

volveríamos a vernos!

Aquel hombre, envejecido por el paso del tiempo, bien ataviado y elegante, no era otro que el duque de Gor, a quien había conocido en las fiestas de la Alhambra cuando aún era un joven brillante y con futuro incierto. Se dieron la mano afectuosamente. La biblioteca del duque había sido un refugio inolvidable en aquellos tiempos en que la Alhambra estaba habitada por románticos y bandoleros.

—Déjeme que le presente, ésta es Francesca di Mare…

El duque miró a Francesca deslumbrado. Besó sus manos con respetuosa afectación, lo que resultó a la italiana muy humorístico.

—¡Preciosa! ¡Divina! ¡Era de esperar!

A tales comentarios no hubo respuesta inmediata. Ninguno de los dos entendió el porqué de su comportamiento. Pero el duque era conocido por su espontaneidad, así que sus palabras y gestos solían caer en saco roto.

—¿Saben quién está en Madrid? El mismo Washington Irving. A su casa me encamino. Vive muy cerca y estoy seguro de que estaría muy honrado de recibirles. No pueden irse de Madrid sin hacerle una visita.

Mi padre asintió reconociendo que estaba comprometido a realizarla.

—Él mismo les enviará una carta a su… ¿Dónde se alojan?

Se le explicó que en un hotel cercano y tomó buena cuenta de ello.

—¡Me han hecho ustedes muy feliz!

El duque se despidió pronto, parecía que tenía prisa. Y tanto fue así que cuando llegó a la misma casa de Irving y se encontró con él le comentó:

—He encontrado al joven Manuel Cid, ¿recuerdas a aquel pintor de Granada? Pues ha venido a Madrid con su mujer. ¡Encantadora, sin duda una deidad!

Irving envió al hotel una carta que Manuel y Francesca recibieron de manos de un botones.

> *Estimado amigo Cid:*
> *Será para mí un honor que usted y su esposa me acompañen esta noche.*

Con estas confusas palabras los dos amantes discutieron la conveniencia de acudir a la invitación. Sobrevino una necesidad sentimental de aceptar, así que siguieron las indicaciones al pie de la letra, pues en la misiva se les indicaba que acudieran a la conocida mansión del marqués de Mos, en donde Irving había alquilado un apartamento. Se situaba cerca de la calle de las Infantas, es decir, en el mismo barrio del teatro Circo, lo que explicaba que hubieran encontrado al duque de Gor en su cometido de ir a visitarlo.

Mi padre respiró varias veces antes de llegar a la casa de Irving; lo hizo involuntariamente, pues el encuentro con aquel escritor al que admiraba, también como persona y no sólo como literato, le causaba inquietud.

Les recibió un Irving avejentado pero con la misma mirada vivaracha que cuando residía en la Alhambra. De hecho esta felicidad reflejada en sus ojos azules debía de ser la expresión del reencuentro. Pero su mirada no pudo disimular su astucia, pues tan pronto besó la mano de Francesca ya presintió que no saludaba a la señora de Cid. Con todo, no dijo nada. Es lo que tiene ser un elegante.

—Me honran ustedes con su visita. Es como volver a estar en Granada. Me servirán ustedes de recordatorio.

—No podíamos dejar de visitarlo —respondió educadamente mi padre, pero claramente embustero—. Dejó usted una gran huella en mi vida y como a mí, a mucha gente de Granada.

—Se lo agradezco. ¿Cómo están mis amigos? ¿Y la Tía Antonia? ¿Y Dolores?

—La señora Antonia sufre de reuma y Dolores casó con Manuel Molina.

—¡Soberbio! ¿Y los condes de Luque?

—Su encantadora hija, Carmen, falleció no ha muchos años.

Washington Irving se tornó pálido al recibir tan cruel noticia.

—Eso es sobrecogedor. ¡Qué injusta es la vida!

—Lo es.

Irving se permitió unos instantes para recordar a la bella niña, tan alegre y buena bailarina, y sus tardes en la Alhambra admirando su toque de castañuelas.

—Pero ¿y usted? ¿Cómo le va en la corte? —preguntó mi padre.

—La diplomacia es complicada en estos días —afirmó Irving—; las relaciones entre España y Estados Unidos no siempre son tan buenas como debieran. Pero, en general, la vida es agradable. Y desde que vivo en este apartamento disfruto de más silencio y de saludables paseos por El Retiro.

Cenaron los tres con total naturalidad, como una familia que se reencuentra después de un tiempo de ausencia. Contaron anécdotas, se desvelaron chismes de la corte y, lógicamente, se habló de la Alhambra.

—Así que a la señora también le interesa el monumento… —inquirió Irving, mirando inquisitivamente a Francesca.

—Hago todo lo que está en mi mano para que se conciencie Granada y trate de restaurarla.

—¿Restaurarla o conservarla?

—Ceo que esa pregunta nos traerá de cabeza muy pronto —vaticinó involuntariamente mi padre.

—Es que no sé si el español está preparado para enfrentarse a estos conceptos. Es muy fácil cambiar la fisonomía de un edificio con la excusa de salvaguardarlo, pero nadie se dejaría injertar un brazo si con ello cambiáramos de identidad. La Alhambra va a procurarles muchos problemas, y creo que yo he contribuido a ellos.

—Por fortuna —sentenció Francesca—. Si no fuera por sus cuentos, la Alhambra continuaría siendo alojamiento de vagabundos.

—No sé, no sé…

Washington ya no era el hombre valiente de otros años, ni el romántico, ni el idealista. Estaba en esa etapa de la vida en que empiezas a dudar de todo cuanto haces y piensas.

—Señor Irving… —empezó a explicar mi padre con la clara intención de sincerarse—… creo que debo aclarar cierto aspecto comprometido que nos atañe a mí y a la señorita Di Mare.

Irving sonrió imaginando la explicación.

—A mí no me tiene que decir usted nada, joven. Soy hombre de mundo y ahora vivo en una corte en donde se ven cosas más comprometidas que la que usted expone.

—Yo no quiero que se imagine…

—Yo no imagino nada. Lo supe en cuanto vi a la bella dama italiana. Tenemos conocidos comunes que vienen desde Granada alguna vez a visitarme y, créame, los caballeros también son chismosos y me cuentan cosas que, a veces, no quisiera oír.

—Entonces está al corriente de la relación que tengo con mi esposa…

Irving asintió.

—También sé que ha venido a dejar a su hijo a cargo de unos tíos. Será un placer para mí visitarlo de vez en cuando y preguntar por el seguimiento de sus estudios.

Mi padre tuvo la ingrata sensación de que se le invadían los ojos de lágrimas ante tanta generosidad.

—Es usted todo un caballero y un buen amigo —dijo en tono claro de gratitud.

—Y respecto a ustedes… no se preocupen. No saldrá de aquí. Yo ya no volveré a Granada, así que su secreto estará guardado conmigo.

—Pero ¿cómo es eso? ¿No volverá nunca más a Granada? No puedo creerlo…

A las palabras de Francesca Irving sólo pudo objetar:

—Prefiero guardar el incierto recuerdo de la Alhambra que presenciar una Alhambra trocada por la mano de algún inmoral.

Irving cumplió su palabra, no volvió a Granada y el secreto de los dos amantes estuvo siempre garantizado.

Se despidieron del escritor y diplomático con entera serenidad, convencidos de que un ángel les protegía. Su sensación de bienestar les duraría muy poco: el duque de Gor viajaba asiduamente a Granada y en su próxima visita deseaba permanecer más tiempo en la ciudad para consumar unos negocios.

Así pues, cada vez faltaba menos para que mi madre se enterara de que era una esposa burlada.

A la vuelta en la diligencia sus miradas eran insoslayables. Seguramente pensaban en la oportunidad que habían tenido al estar juntos aquellos días en Madrid y se arrepentían de no haberlo aprovechado mucho más. Recordarían aún el roce de sus cuerpos en la intimidad de la noche y sospecharían que habría de pasar mucho tiempo hasta poder disfrutar de otra ocasión así. Pero el caso es que, dentro de su melancolía,

se sentían dichosos. Mi padre, estoy seguro, no echó de menos mi compañía, pues su amor era, sobre todas las cosas, egoísta. Consecuentemente fue un retorno ausente de comentarios, creo que todo lo que tuvieron que reprocharse ya estaba dicho.

Al llegar a Granada ambos se encaminaron a sus casas, despidiéndose educadamente y guardando las distancias. Al encaminarse hacia la Carrera mi padre vio a un hombre rubio montado en un asno. Iba rodeado de chiquillos, algunos gitanos adultos, que le hablaban y saludaban familiarmente.

—¡Es Jorgito *el Inglés*! —aclaró un gitano que pasaba por el lado de mi padre—. Me apuesto el *güito* a que sigue con esa manía tan rara de volver la Biblia al caló. A éste lo encarcelan en dos días.

Luego se enteró de que se trataba del inglés George Borrow, un protestante muy particular que había venido a España a enseñar la Biblia. Curiosa la noticia de que un inglés llegara a Granada sin ánimo de hablar de la Alhambra. «¡Qué bochorno más grande! —dijo la Benajara cuando se enteró de que había venido un protestante a enseñar la Biblia en España—. Así nos estamos quedando los católicos, apostólicos y romanos… esperando a que vengan otros a contarnos cuántos fueron los Apóstoles.»

Este señor, al que cariñosamente llamaban Jorgito en las cuevas del Sacromonte y en los lugares más disparatados, fue la comidilla de la servidumbre durante algunos días. Permitieron a mi padre evadirse de los remordimientos que le supuso el abandonarme en brazos de mis tíos. Tal vez me quería, a pesar de todo, pero conseguía recuperarse prontamente si insistía en pensar en Francesca.

Ahora era preciso dejar un tiempo prudencial de destierro amoroso; evitar, en lo posible, encontrarse en público y más aún en privado. Muy pronto llegaría la Navidad y con ella el nuevo año, y no sería difícil resistir, pues por las fechas venideras se producían visitas y situaciones sociales que hacían posible el intercambio.

Entre tanto, la vida de Granada seguía y esta vez mi padre estaba dispuesto a comprometerse más activamente, pues la Comisión Provincial de Monumentos abriría sus puertas en breve y con ella una clara esperanza de recuperación de los vestigios de la ciudad, entre los que se encontraban, con gran interés, la Alhambra.

Al ex convento de Santo Domingo fue mi padre a buscar a Julián Mínguez y enterarse de las novedades, y lo halló en una sala que habían habilitado como casino o zona de reunión pública. Allí se comentaban, paralelamente, las discusiones a las que llegaban los miembros del Liceo o de la comisión, todos ellos reputados y doctos en las disciplinas artísticas pero la mayoría de las veces en desacuerdo, bien por las medidas acordadas o, simplemente, por la visión con que se emprenderían.

Aquella tarde, los miembros discutían una actividad más comprometida: se habían descubierto restos arqueológicos en las inmediaciones de la Vega, cadáveres aparentemente romanos, y se votaba sobre su utilidad en el campo museístico.

En la sala que denominaban casino esperaban los colaboradores externos, los

miembros honoríficos y los intelectuales no comprometidos que iban a pasar el rato o a ponerse al día de los acontecimientos. Tomaban un café o leían el periódico; fumaban con pipa o cigarro y pasaban la tarde, comentando el anecdotario granadino.

Mientras Mínguez, que tomaba muy en serio su actividad, acudía a las sesiones donde se votaba tal o cual cosa y con los resultados iba a contarlo al casino, donde esperaban ansiosos los allí reunidos.

Con su característica pedantería, Mínguez describía las noticias imitando a los miembros de la Comisión o del Liceo, hacía aspavientos con las manos escenificando lo que había visto y, a menudo, terminaba por ser escarnecido por los ociosos intelectuales del casino tan pronto emprendía la vuelta para continuar su labor de corresponsal.

—Dicen que en el término inmediato del cortijo de las Monjas se han encontrado huesos, adornos de plata, oro y cobre… Se ha votado expedir un informe —explicó Mínguez—. Lafuente Alcántara irá a la Vega. Y ahora viene La Alhambra, señores… Dicen que habrá restaurador oficial.

—Pero ¿quién? —preguntaban los allí reunidos. Y Julián Mínguez encogía los hombros y volvía a salir.

Así pasaron algunas tardes y mi padre fue testigo de lo sucedido. Se divertía viendo a su amigo ejerciendo de correveidile, y hubiera sido su estancia allí una de las más placenteras si no hubiera hecho su aparición cierto personaje que entró en la sala saludando con finura.

Se trataba de Víctor Vanel.

Aquel hombre alto, distinguido, arrogante, atractivo incluso para los hombres, se destocó y dejó su sombrero en un perchero de pie. Todos lo saludaron y siguieron leyendo o bebiendo, incluso murmurando, pero mi padre sintió tanta desazón al verlo entrar que Vanel confundió su mirada de desaprobación con la de cortesía y éste fue a sentarse a su lado, agradeciéndolo.

—Manuel Cid, ¿verdad?

—El mismo —contestó mi padre con seriedad.

—Es la primera vez que vengo; insistía tanto la condesa Di Mare que, finalmente, le he tenido que hacer caso.

Mi padre tragó saliva intentando ser comedido en sus gestos y palabras.

—Hace mucho que no tengo el gusto de ver a la condesa. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente.

—Lo celebro.

—Dígame… ¿qué se cuece en este lugar?

—La historia de Granada, ¿le parece poco?

Vanel sonrió creyendo que mi padre exageraba.

—Bien, entonces he venido al sitio adecuado. Me gusta ver la historia en primera fila.

Vanel sacó un cigarro y le ofreció a mi padre, que lo rechazó. En ese momento

entró Mínguez como un rayo.

—¡Se dicen nombres! —gritaba—. ¡Alguien ha propuesto a Contreras!

Vanel, que no conocía a Mínguez, quedó estupefacto.

—¿Qué dice ese loco? ¿Hay revolución, acaso?

Mi padre podría haber tomado el comentario con humor, pero Vanel le ponía, literalmente, enfermo… de celos, con toda seguridad. Ello se transformó en:

—Señor mío, ese señor al que usted llama loco es uno de los hombres más distinguidos de Granada y además un amigo.

Vanel paralizó su sonrisa al entender que había sido descortés.

—Reciba mis disculpas, caballero. No quise ser insensible.

—Pues lo ha sido. En adelante trate usted de no emitir opiniones tan arrogantes.

El otro calló, a pesar de que la actitud de mi padre hubiera sido motivo de enfrentamiento en otro lugar o con otro hombre. Sin duda, Vanel, era un auténtico elegante.

Mínguez quedó algo aturdido al ver la escena y no tuvo tiempo de explicar nada más. Vio cómo mi padre tomaba el sombrero y se marchaba enojado, tan enfurruñado como un adolescente herido de celos.

Aquello traería consecuencias, sin duda.

Pero Vanel no era como el resto de los hombres. Seguramente esta virtud, la de no amilanarse unida a la de controlar sus instintos, contribuyó a mantener una amistad sincera con Francesca, mujer tan comedida como él pero tan apasionada como la que más, si venía al caso.

Unos días después del incidente, mi padre encontró una misiva en la boca del León número cuatro escrita por Francesca, en la que le reprendía por su actitud infantil. Mi padre lo tomó como una nueva afrenta y comprendió que debería volver a preparar otro viaje a Madrid con el que intentar reconciliarse con la condesa.

—Tengo ganas de ver cómo avanza Maximiliano —dejó caer un día mi padre en el transcurso de una comida—. Aquí no hago demasiado, últimamente.

—¿Quieres ir a Madrid? —preguntó extrañada mi madre—. No tardarán mucho en terminar la reconstrucción de la Alcaicería. Deberías estar en Granada ocupándote de que todo quede como estaba.

—En Madrid podré hacer nuevos clientes.

Mi madre se mostró intrigada al ver la inclinación de mi padre a volver a la capital. Le dijo:

—He estado pensando. Ya sabes el interés que están mostrando en Granada sobre la confección de telas. Esa fábrica de la Vega me parece un buen negocio. Podríamos asociarnos a los capitalistas, sería un buen empujón para nuestra hacienda.

Mi padre miró a la Benajara con escepticismo.

—Pero si no tenemos ni para mantenernos… ¿de dónde sacaríamos el dinero?

Los olivos no dan para más.

—¡Amigos! ¡Eso es lo que nos hace falta! Un amigo que nos avale.

—O sea que nos preste el dinero.

—Llámalo como quieras.

—No, no estoy de acuerdo.

Mi madre tenía el don de saber ganarse el interés de la gente. Viendo que mi padre no cedería por ese punto exclamó:

—Bien, ve a Madrid… tal vez allí encuentres algún cliente generoso o algún caprichoso adinerado que pueda ayudarnos.

Mi padre tuvo que ceder, pues era la única manera de volver a Madrid con el consentimiento de mi madre.

Por la tarde subió al Patio de los Leones y dejó su nota, que fue contestada pocos días después por Francesca: «Iré, desde luego».

Una semana después tomaba mi padre la diligencia con la compañía Las Diligencias Generales en la Plaza de los Lobos, cuyo despacho de billetes se hallaba establecido en la fonda de Minerva. Francesca compró los billetes en otra compañía, la llamada Diligencias Peninsulares, en la antigua fonda del Comercio. No querían sembrar sospechas sobre sus viajes, así que tomaron sus precauciones.

Con todo, llegaron ambos a Madrid y volvieron a amarse. Tanto como si realmente fueran un matrimonio, sin temor a ser vistos o delatados.

Si la Alhambra había sido para ellos su referente amoroso, Madrid consiguió transformarse en su refugio, el lugar en donde se sabían protegidos y aislados del mundo. Se volvían egoístamente amorosos, vivían para tocarse o para entenderse.

—No debes tener celos de Vanel —explicó Francesca acariciando el pelo de Manuel Cid con gran ternura—. Es ridículo.

—Pero…

Ella lo mandó callar poniendo sus dedos sobre sus labios.

—Tienes que confiar. Nunca podrá haber algo entre Vanel y yo.

En aquel momento la creía, hubiera dado toda su existencia por ella y su honor por defenderla, pero tan pronto llegaban a Granada el virus de los celos anidaba en su cerebro y no lo dejaba descansar.

A veces sus viajes se alargaban. Una excusa cualquiera era suficiente para darse un poco más de placer, para caminar por El Prado cogidos del brazo, hecho impensable en Granada. Los veían y se admiraban de que un matrimonio pudiera ser tan feliz. A veces se encontraban con el duque de Gor y éste los saludaba inclinando el sombrero. Más tarde recordaban que debían ir a visitar a Washington Irving y quedaban con él para su paseo diario por El Retiro.

A la vuelta, introduciéndose ambos en sus casas familiares, volvía la monotonía. Y lo que era peor, la farsa, a la que empezaron a acostumbrarse como si fuera su vida

un permanente carnaval.

—¿Qué se cuenta en la capital? —preguntó en una ocasión Bárbara, ansiosa de nuevas noticias.

—Nada de particular. Dicen que la reina se casa.

—¿Se casa? ¿Con quién?

—Con un tal Francisco de Asís, un Borbón. Se prevé el acontecimiento para octubre.

—¡Prodigioso! Para entonces podemos celebrar algunos bailes en honor de la reina y para presentar oficialmente a Agustina. Así, poco a poco, allanaremos el camino para conocer a su prometido.

—¡Pero si tiene cuatro años!

—En algún momento tendrá dieciséis y tendrá que pensar en estas cosas. Tener hijos es una carga, pero claro, como tú no te preocupas de ellos no sabes lo que hay que sufrir para darles un futuro.

—Vale, mujer, vale; lo que tú digas.

A mi padre poco le importaban los bailes, las mascaradas ya las soportaba diariamente.

—Bueno, y de los clientes, ¿qué?

—Pues nada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

—No, no hay.

—Ya.

La Benajara era demasiado lista. Nunca pudo imaginarse que su marido, tan alelado y ausente, pudiera ir a encontrarse con otra mujer, pero sí sospechaba que pasaba el rato pintando en alguna calle retirada o, como mucho, visitando las salas de los museos.

Mientras los viajes se sucedían, los viajeros y los eruditos de Granada habían tomado un nuevo interés por la Alhambra. En el Liceo y en la Comisión de Monumentos se seguía discutiendo y se hacía verdadero hincapié en el vandalismo que sufría el palacio por aquellos años. La Alcazaba seguía siendo prisión militar y no hacía más que unos meses se habían sublevado los reclusos. Con esto aumentaba la preocupación de los artistas sobre la desidia del gobernador. De hecho Lafuente Alcántara había dicho que «sería muy plausible que el señor gobernador de la Alhambra pusiese dependientes, de los muchos que tiene a sus órdenes, para estorbar este daño. En los jardines y paseos hay guardabosques que evitan a los transeúntes arrancar las plantas o coger las flores, que pueden reponerse. ¿Por qué no se ha de vigilar con el mismo esmero para conservación de una obra, en la cual es irreparable el más pequeño detrimento?».

Esta pregunta se la hacían muchos granadinos, pero siempre se obtenía la misma

respuesta: la dejadez, la holgazanería gubernamental o la pereza artística que planeaba sobre España.

Los viajeros seguían siendo testigos de todo lo dicho. Dora Quillinan, por ejemplo, que viajó con su esposo el poeta Edgard Quillinan a nuestra ciudad, dejó constatado en un libro que en el Generalife encontraron a vulgares yeseros blanqueando las delicadas tracerías árabes mientras su dueño se admiraba de lo bonitas que estaban quedando. Era el precio que había que pagar si el Generalife y muchos de nuestros monumentos eran propiedad privada de un patán.

Llegado el final del verano de 1846 y presintiéndose la magnificencia social que representaba la boda de la reina Isabel, los presuntuosos señoritos se pusieron a maquinar cómo aparentar y se volvieron a olvidar de la Alhambra.

Bárbara Benajara, como representante inevitable de esa panda de ineptos, resolvió preparar su baile, bien preparado desde luego, en el que pretendía aunar a todas las familias merecedoras de su saludo.

—¡Muchos condes! —dijo a su amiga Pardo-Moliner—. Y duques. ¡Y marqueses! ¿Conoces a marqueses? Se hablará de mi baile por encima del de la reina, te lo digo yo.

Las dos mujeres tomaban el té por dictado del estilismo, aunque les repugnaba, pero de esa manera se creían importantes.

—Creo que ha vuelto a Granada el duque de Gor —dijo la Pardo-Moliner—. Aunque no es santo de mi devoción he de reconocer que tiene gran fama en la ciudad. También están los condes de Luque, los de Villamediana, los Linares, los de Barrios Mantuano o los Valero y García. Últimamente se está hablando muy bien de los Morell y de su amigo Víctor Vanel, siempre tan inseparables.

—¿Victor Vanel? ¿No es ése el que va con la condesita?

Mi madre se refería a Francesca, naturalmente.

—Sí, la italiana Di Mare. La madre es un poco ordinaria pero tiene relaciones. Y su hija un encanto, aunque no sé por qué no tiene buena reputación.

—La reputación hay que ganársela, ¿no crees? Si vas por ahí diciendo que trabajas, dando opiniones entre señores, molestando a unos y a otros para obtener dinero para la Alhambra… pues eso, que mejor haría con pedir dinero para los niños pobres.

—¡Eso desde luego!

—Pero me temo que la tendré que invitar —se lamentó mi madre—. Es lo que tienen las fiestas, siempre se te cuela un indeseable.

Aquella tarde había sido provechosa para mi madre, pues con la ayuda de la Pardo-Moliner había resuelto la escabrosa tarea de las invitaciones. Ahora quedaba mucho por hacer, lavar los cortinajes, pensar en las viandas, elaborar los ponches, abrillantar la plata y buscar vestido para la anfitriona, que dadas las hechuras que iba tomando con la edad iba a tener que comprarse muchos figurines hasta decidir un modelo.



ALEJANDRO DUMAS
1846

Rece por el Patio de los Leones, señora; rece para que el Señor lo mantenga de pie o rece, por lo menos, para que si se cae no lo vuelvan a levantar. Prefiero un cadáver a una momia.

Alejandro Dumas, *De París a Cádiz*

Llegó el día. Tan enardecido estaba mi padre como mi madre, porque para Manuel Cid un baile era igual que otro, aburrido y presuntuoso, salvo que a él asistiera Francesca. Por esa razón temblaba al anudarse el lazo de su traje de baile y por esa razón no encontraba los gemelos.

Caso idéntico fue el de la Benajara, las ballenas de cuyo corsé se rompieron al intentar apretarlas y tuvo que cambiárselo por otro, más viejo pero holgado, en donde reducir sus carnes.

El gran salón de la casa, al que apenas accedían, se abrió de par en par y quedó tan sorprendentemente alegre que nadie diría que aquel hogar pecaba de lúgubre en sus días corrientes. Fueron llegando uno a uno los representantes de los condesados, los marquesados y los ducados; luego los ricos comerciantes; más tarde los afamados artistas que también gustaban del boato y, finalmente, los prudentes de aquí y de allá que asistían por compromiso. Entre éstos se encontraban Víctor Vanel y Francesca, que, casualmente, entraron juntos, y así los vio mi padre con la boca reseca de celos adentrarse en el amplio salón.

Como Manuel Cid vivía en un mundo imaginario en el que la responsabilidad no hacía acto de presencia, la elaboración de todos los detalles festivos se los dejó a la Benajara, e ignoraba el número y nombre de los invitados. Recibir a Vanel en su casa supuso un revés, pero lo supo encajar lo mejor que pudo dando por hecho que si Francesca coqueteaba con él evitaba que el resto de los invitados pudieran sacar conclusiones sobre su relación amorosa.

Así pues ignoró que un problema mayor que ése se cernía sobre su cabeza.

Cuando comenzó la música, para cuya interpretación se había contratado a una recomendada orquesta de baile, Bárbara aplaudió encantada, como una chiquilla en su fiesta de compromiso:

—¡Un rigodón! ¡Un rigodón, que a la reina le gusta mucho! Se lo dedicaremos.

De moda se había puesto y con ello las clases indispensables para saber bailarlo, así que las señoritas casaderas se centraron en la sala, y los caballeretes que las perseguían también, para iniciar los movimientos.

Mientras la danza empezaba, entretenimiento de los sedentarios, Bárbara fue saludando a cada uno de sus invitados y Manuel, mi padre, urdía la manera de encontrar a Francesca en algún rincón fuera de las ociosas miradas de los asistentes.

Finalmente, el instinto que tienen los enamorados procuró citarles en una pequeña salita cercana al gran salón. Cerró mi padre la puerta corredera con esmerado disimulo y luego, en plena oscuridad, atrajo a Francesca y la besó con la pasión de quien necesita de una droga que hace tiempo no toma.

A Francesca se le cayó el abanico pero no hizo ademán de cogerlo, pues así tenía las manos libres para abrazar a su enamorado.

—Es una locura pero no he hecho más que contar los minutos para poder hacer esto —susurró Cid.

—Y yo me he cambiado tres veces de vestido porque quería ser la mujer más bella de la fiesta sólo por darte gusto.

—No hay otra mujer en la fiesta, salvo tú.

—Me resulta inquietante hablar con tu esposa.

—No temas, ahora mismo está más pendiente de sus volantes que de su marido.

Volvieron a besarse. Mi padre estaba muy confiado porque ignoraba lo que sucedía detrás de la pared. Mi madre, la Benajara, había visto al duque de Gor y se dirigía hacia él.

—Duque… —dijo mi madre extendiendo su mano para ser besada.

—Señora…

El duque hacía tiempo que faltaba de Granada, por lo que recordaba a pocos y conocía a menos.

—Soy el duque de Gor.

—Lo sé. Manuel estará muy agradecido de que haya venido.

El duque miró, pues alto era, por encima de las cabezas de la gente.

—Me gustaría saludarlo.

—Vendrá pronto.

—También me gustaría saludar a su señora… la conozco de sus viajes a Madrid.

Bárbara se abanicó ingenuamente.

—¿En Madrid? ¡Oh, no puede ser!… Manuel siempre va solo a Madrid.

—No, no, señora. Estoy completamente seguro de haber conocido a los señores Cid en Madrid. Su esposa me fue presentada en plena calle y he de decir que es un encanto, tan rubia y tan culta. Y su acento italiano es un primor.

Mi madre debió de perder la respiración en aquel instante.

—¿Acento italiano?

—Oh, sí. Ahora no recuerdo, es la condesa de… Pero dígame, ¿sabe usted si podré saludarles pronto? No creo que permanezca mucho tiempo en el baile. A decir verdad, me aburren soberanamente.

Bárbara Benajara extendió nuevamente su mano para despedirse. Cualquiera hubiera visto que estaba tan entusiasmada como al comenzar la fiesta, pues si algo sabía hacer mi madre era guardar la compostura.

—Señor duque, me ha servido usted de mucho. Tenga por seguro que Manuel Cid hablará con usted.

Abanicándose se dio media vuelta y caminó, imperturbable, hacia un rincón del salón. Allí se sentó y tomó un ponche.

Mi padre, que en aquel momento entraba, vio al duque en medio de la sala y corrió a auxiliarlo. Se marcharon ambos a hablar de otros rumores, los que decían que muy pronto nombrarían a Rafael Contreras restaurador de la Alhambra, cuya familia estaba ligada al monumento desde hacía años. Tan ignorante estaba mi padre de todo cuanto acontecía a su alrededor que el mero hecho de citar a Contreras le parecía un buen augurio. Mi padre, era, definitivamente, un infeliz.

Ustedes, a juzgar por lo que próximamente voy a relatarles, podrán decidir si la mente de mi madre lindaba entre la frialdad o la enajenación.

Los días posteriores al baile hizo la Benajara todo cuanto solía hacer, con la misma compostura y sin dejar traslucir sus sentimientos. Por eso, mi padre se confundió y dio por hecho que todo seguía tan felizmente como siempre.

Pero mi madre maquinaba algo. Se sentaba silenciosa sobre la hamaca y daba sus balanceos con un ritmo casi exacto, tanto o más que un reloj. Luego se levantaba y marchaba a otra parte de la casa.

Como mi padre no le prestaba mucha atención no advirtió que tanto silencio podría considerarse demostrativo de un nuevo intruso casero: la incertidumbre. Pero con todo, dejó pasar el tiempo y fue a darle a mi madre el empujoncito que necesitaba la llegada de una de las criadas:

—Señora, he encontrado este abanico en la salita de estar. Debieron de perderlo durante el baile.

—Dame aquí.

Lo miró con dedicada observación, no fuera a ser de marfil y prefiriera quedárselo, y luego preguntó:

—¿Dónde lo encontraste?

—En la salita.

No había mucho que razonar. Quien lo perdió había estado ocultándose de los demás.

Dijo mi madre que todo estaba bien y se fue a vestir para salir a su paseo diario.

Lo hizo sin más consecuencias y al volver, todavía quitándose los guantes, encontró a mi padre mirando por el ventanal que daba a la Alhambra, tan ensimismado como siempre.

—¡No te vas a creer lo que he presenciado!

—¿El qué? —preguntó mi padre con resignación.

—Pues en el mismo Paseo del Salón se ha desmayado la condesita Di Mare, allí mismo, como te lo cuento. Se desplomó como un saco de patatas y todos nos arremolinamos a ver qué le sucedía.

Mi padre se volvió tan alarmado que la camisa parecía no rozarle el cuerpo. La respiración se le interrumpió de súbito y le fue preciso toser, lo que aseguró a mi madre que su plan surtía efecto.

—Pues nada, chico, que se le tomó el pulso y parecía que ya no estaba entre nosotros. Pero luego llegó Victor Vanel, la tomó en brazos y se la llevó. Y cuando hubieron desaparecido todos murmuraban lo que me temía.

—¿Qué?

—¿No te lo imaginas? Pues que la condesita está embarazada.

—¡Cómo!

—Yo pensé como los demás: que la Compositora parecía una mosquita muerta, pero luego fíjate… embarazada. Y esto no es lo último que oí, que en el fondo no hay que criticarla, bueno, sólo de embusterilla, porque la Pardo-Moliner me dijo, de buena tinta, que sí, que embarazada estaba, pero no soltera, pues se había casado en secreto con el Vanel.

Mi padre se sentó desplomado en un sillón, como un pelele. ¿Qué estaba sucediendo?, se preguntó. Si apenas unos días atrás estaba en sus brazos y se encontraba bien y lo quería como el primer día que lo vio en la Alhambra.

—Ya veo que te has sorprendido. Toma, bebe un vaso de agua. Es que no hay nada como el amor. Aunque sólo hay que reprocharles que lo ocultaran, porque nos hemos quedado sin invitación de boda.

Mi madre salió de la sala con el cuello bien erguido. Mi padre, sin embargo, no sentía el suyo, sólo unas palpitaciones tan grandes en las venas del cuello que pensó que le iba a dar un infarto.

Al rato se oyó un portazo en el portalón de la casa y mi madre, con sonrisa contenida, presintió que mi padre había salido precipitadamente.

Iba Manuel Cid con los ojos bien abiertos por la calle, pero sin mirar. Ya anochecido iba topándose con los enamorados que pelaban la pava en las estrechas calles de Granada; algunos lo insultaban y otros lo empujaban, pero con ninguno discutía pues sólo llevaba en la mente una cosa y era ver a Francesca.

Llegado al Campillo quedó oculto entre las sombras mirando hacia las ventanas iluminadas de la casa de las Di Mare. Esperó, no sabía bien a qué, pero lo hizo. Entonces vio cómo se acercaba a la ventana, pues su sombra se difuminaba con la luz de un candil, el perfil de Víctor Vanel y esto fue el indicativo de que dentro de la casa de Francesca estaba, a esas horas y con aire tan íntimo.

Corrió mi padre como un caballo desbocado hacia el portal, entró y subió las

primeras escaleras con la mente en blanco. De pronto se encontró en medio del salón de las Di Mare, pues no recordaba haber llamado a la puerta y haberse presentado, tanta confusión lo invadía.

Cuando recobró el seso encontró a Francesca frente a él con cara de consternación. Y a Víctor Vanel fumándose un puro, apoyado en la chimenea. La madre de Francesca estaba en cama, por lo visto, enferma.

Así que sin mediar palabra arremetió contra el elegante acompañante de Francesca, lo abofeteó y luego le espetó:

—Quedemos en algún lugar, así tendré la satisfacción de matarlo con mis propias manos.

Todo fue tan sorprendente, tan rápido y extravagante, que Francesca no supo a dónde acudir, si a auxiliar a Vanel, que sangraba por la nariz y se había desplomado contra la alfombra, o a mi padre, que parecía guiado por una droga.

—¡Pero qué locura es ésta! —exclamó a punto del llanto la italiana—. ¿Qué significa esto, dime, Manuel?

—¡Calla! ¡Contigo haría lo mismo si no fuera por tu hijo! ¿De quién es? ¡Dime!

Se le veía tan desesperado y tan fuera de sí que Víctor sacó su pañuelo blanquísimo, se lo puso en la nariz y aconsejó a Francesca que acudiera a su inmediata calma. Una vez levantado, fue él mismo el que consiguió sentar a mi padre, esta vez ya ablandado como un monigote de feria después de haber soltado toda su bilis.

—¡Te has vuelto loco! ¡Eso debe de ser! ¿Qué hablas de hijos ni de muertes? No te reconozco, Manuel.

Mi padre se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar con unas convulsiones que daban lástima. Francesca, contagiada, se acercó y lo abrazó.

—Dime, ¿de quién es tu hijo? ¿Es de Víctor? ¿Es de ese fantoche?

—¡Caballero, sin faltar!

—Dime, ¿ya estabas con él antes de ir a Madrid?

El silencio no contribuyó a resolver el enigma, pero indudablemente proporcionó el ambiente necesario para explicarlo.

—Vamos a ver, no sé de qué hijo me hablas… No estoy embarazada ni tengo relaciones con el señor Vanel. ¿Qué es lo que te ha hecho creer lo contrario?

Mi padre la miró a los ojos y creyó que no mentía.

—¿No te has casado en secreto?

—Pero ¿con quién?

Entonces mi padre comprendió que había caído en una trampa. Pero fue tanta su alegría de sentir a Francesca a su lado que la vergüenza de su comportamiento no le remordió la conciencia.

—Así que van diciendo por ahí que nos hemos casado y tenemos un hijo —exclamó Vanel contenida ya la hemorragia—. Es algo que confirmo, ciertamente, interesante.

—No se ría usted de mí, señor Vanel —rogó mi padre entrecortadamente—. Y disculpe la extraña intromisión. Está usted en su derecho de pedirme explicaciones y de un resarcimiento. Entendería que me retara usted con arma blanca o con los puños.

—¡Pare el carro, caballero! —exclamó Víctor—. No me he pegado con nadie en mi vida ni pienso hacerlo ahora. Aunque no ha sido agradable, he de decir que encuentro conmovedor que existan aún hombres tan románticos como usted.

—Yo no entiendo el romanticismo de este modo —se quejó Francesca—. No si entras a la gresca como cualquier chalán que porfía por la mejor venta de su mula. Quiero dejar muy por sentado que yo no me presto a esto, señor Cid. Y si no lo puede comprender será la última vez que me vea en su vida.

Estaba tan enfadada la italiana que mi padre tuvo que reconocer su error. Se puso de rodillas y se agarró a ella como un niño, suplicando su perdón.

—¡Pero ¿qué mente tan retorcida ha podido urdir un rumor así?!

—Bárbara me dijo que te habías desmayado esta tarde en el Paseo de la Bomba…

—¡Pero si esta tarde no he salido de casa!

Aquella noche fue la peor que vivió mi padre, en eso no cabía la menor duda. No sólo se sintió el más miserable de los hombres sino también el más amenazado.

—Eso sólo puede explicar que Bárbara se ha enterado.

Los tres se sentaron amigablemente en el salón de la casa. Parecían ahora cumplir las normas de la galantería. Los hombres se ahuecaron el cuello de la camisa y la mujer se colocó el cabello. Después se permitieron tomar un té.

Julián Mínguez llegó al Liceo con una carta bien agarrada. Iba a enseñársela a mi padre, que había tomado el ex convento de Santo Domingo como el lugar más seguro de toda Granada. Ahora necesitaba convencerse de que Bárbara no lo envenenaría, dado el nivel de venganza en ella fraguado. El profesor no se dio cuenta de que Manuel Cid estaba cabizbajo y preocupado.

—¡Ten, léela!

Mi padre hizo un esfuerzo para abrir la carta y leerla. Luego dijo, con total indiferencia:

—¡Ah! Alejandro Dumas llega a Granada.

Mínguez miró a mi padre sin comprender.

—¿Cómo? ¿Y lo dices así?

—¿Cómo tendría que decirlo?

—Pues con bravura, con frenesí… ¡Que es Alejandro Dumas, el autor de *Los tres mosqueteros* y de *El conde de Montecristo*!

—Para condes estoy yo…

Con aquella respuesta demostró mi padre que algo pasaba. Fue Mínguez todo oídos y cuando se enteró de lo sucedido entendió la postura de su amigo.

—Ya. Una situación indecorosa, la mires por donde la mires. Pero también

previsible. Sabías que jugabas con fuego.

—No me atormentes.

—Pero te propongo suplir tus bajos instintos por los más altos. ¡Enseñemos a Dumas la Alhambra!

Mi padre asintió, pues no le quedaba otra. Y así fue cómo un día 27 de octubre de 1846, Julián Mínguez y Manuel Cid se encaminaron a la casa de pupilos de la calle del Silencio a dar la bienvenida a Alejandro Dumas, el famoso novelista.

La casa de pupilos donde se hospedó Alejandro Dumas y sus acompañantes era un hervidero de personas, algunas allí reunidas por pura casualidad y otras por la expectación que causaba ver a tan digno representante de la literatura francesa. El arrogante novelista había llegado a España a cubrir las bodas de la hermana de la reina Isabel II con el duque de Montpensier. La boda se había celebrado el 10 de octubre al tiempo que la de la reina, lo cual resultaba anecdótico y espectacular. Apenas habían pasado diecisiete días y ya se oían coplas sobre el regio matrimonio diciendo del nuevo rey, Francisco de Asís, que vestía más volantes que la reina. La peor intencionada que se oyó por esas fechas fue la de «Isabelona, tan frescachona, y don Paquito, tan mariquito». Cosas, sin duda, de la España de entonces, tan portentosa en imaginación popular.

Al llegar Mínguez y Manuel Cid a la misma puerta de la casa de pupilos, reconocieron a un Alejandro Dumas inconmensurable. Estaba en mangas de camisa, pues parecía que tenía calor y por aquella razón pedía al señor Pepino, dueño de la hospedería, que le preparara el baño. Parecía que el tal Pepino tenía la cabeza en homenaje a su nombre, pues no acertaba a entenderle por más que el señor Dumas hacía gestos de lavarse la cara y enjabonarse.

Finalmente, el novelista tuvo que ceder y quedarse sin el baño.

Dumas entendía y leía el español, pero lo hablaba con dificultad, por lo que se agenció a un francés llamado Couturier que vivía en Granada que le hizo de guía y de representante. Pero Dumas no había venido sólo; lo acompañaban varios pintores, un amigo íntimo y colaborador y por supuesto su hijo, Alejandro, que aún no se había hecho famoso pues todavía no había escrito *La dama de las camelias*.

El encuentro fue, cuando menos, curioso. Couturier los presentó y todos se dieron la mano amigablemente. Tenía algo ese escritor tan opulento de esnob pero también de afable, con todos hablaba aunque fuera en su dramático francés y era tanta su presencia que a veces dudaban, cuantos estaban a su alrededor, de que no estuviera interpretando.

Se le informó de que Manuel Cid, mi padre, había conocido a Gautier y a Mérimée y que ambos habían quedado complacidos de su ayuda. Mínguez se ofreció, claro está, a enseñarles la Granada artística y todos, muy entusiastas, hasta el propio Couturier, al que no se le negó su contribución, accedieron a ir primero al Generalife

y más tarde a la Alhambra, dejando tal acuerdo para el día siguiente, una vez hubieran descansado.

Ya salían Mínguez y mi padre de la hospedería cuando se cruzaron con varios hombres de aspecto peculiar, aquél que tienen los que trabajan en imprentas. Se trataba de unos corresponsales del diario *Capricho* que iban a entrevistar al gran Dumas y a obsequiarle con un diploma, no sabemos muy bien de qué, pero que embriagó al novelista de tal manera que fue capaz de responder escribiendo espontáneamente unas décimas.

Allí lo dejaron mi padre y el profesor. «¡Qué admirable este Dumas!», se asombró Mínguez.

Y, en efecto, Alejandro Dumas era un hombre para admirar. Así lo pudieron reconocer al día siguiente dando un paseo por el Generalife. No paraba, el francés, de maravillarse de esto y de aquello, de ponerle nombres a los árboles y las flores, de preguntar y de, en definitiva, disfrutar de todo cuanto le rodeaba. Tenía ese aspecto bonachón de padre bien nutrido que conseguía equilibrar con una imaginación extrema, a todo le sacaba partido para una novela y todo cuanto veía le parecía al gran Dumas una aventura. Así pues, parecía que las incidencias lo perseguían, pero él se las tomaba con gran humor y complacencia.

—Esto parecería un jardín inglés —empezó a decir en francés mientras recorría los caminos arbolados del Generalife— si no fuera porque estos árboles tienen, al menos, ciento cincuenta pies de altura. O podría ser París, si no fuera por este cielo tan azul y luminoso. Sin embargo estamos en las verdaderas posesiones de los antiguos reyes moros y esto hace que Granada sea única.

A Dumas le sorprendieron las numerosas palmeras que adornaban nuestros paisajes, los áloes y las grandes chumberas que brotaban de la parte baja de la colina, perfil puramente árabe que luego se veía compensado con la delicadeza de los jazmines, de las damas de noche y de las violetas. Todo le pareció al francés encantador, en su punto justo.

Una vez consiguieron dirigirlo hacia el interior del palacio, adentrados en la intimidad del Patio de los Leones, dijo recordar que en París se había hablado de una reproducción en miniatura realizada por un español, réplica exacta del famoso patio. Preguntó si era verdad y cómo se llamaba su autor.

—Se llama Rafael Contreras —explicó Mínguez—. Es un diestro miniaturista que sabe utilizar el cartón piedra como nadie. Puedo concertarles una entrevista para que vean sus pequeños entretenimientos. Tiene la Alhambra realizada totalmente sobre una mesa.

—*Magnifique!* —exclamó el francés.

—¡Yo vivo cerca de Contreras! —aseguró Couturier, el guía francés—. Será un placer acercarles a su casa.

Mínguez perdió la oportunidad de mediar ante Rafael Contreras y, por lo tanto, de conseguir el preciado reconocimiento del escritor. Pero con todo se sintió satisfecho

de poder servirlo.

Una vez hubieron paseado, admirado y tomado notas para las pinturas que iban realizando sus amigos simultáneamente, dijo Dumas:

—¡Oh, vayamos a beber! ¡Me apetece una taberna! ¿Hay tabernas decentes por aquí?

Se le aconsejó la de la Puerta de los Siete Suelos. Y como el nombre ya era del todo estimulante, Alejandro Dumas aceptó y su séquito fue con él.

Allí sucedió algo muy curioso. Fueron testigos de un baile gitano entre dos mujeres, tan sensual que mi padre tuvo reparo por aparecer ante los extranjeros como un pueblo primitivo y falto de moral. Las gitanas, en cuanto olieron acento francés, se pusieron a dar vueltas, a subirse las faldas de volantes, a menear los pechos con total desfachatez y a entrelazarse entre ellas en una sinuosa danza que empezó por ser de mal gusto y terminó al borde de la lascivia.

Mi padre intentó disculparse pero Dumas estaba exultante. Le parecieron unas gitanas bellísimas, quizá por el efecto del vino de la taberna o la sensación general de sensualidad que impregna toda la Alhambra, pero el caso es que, entre todos, decidieron pagar a las gitanas para que posaran en algún lugar y utilizarlas de modelos.

—No me parece buena idea —intervino mi padre—. Los gitanos tienen sus propias reglas, si infringimos alguna de ellas por desconocimiento podemos meternos en un lío.

Pero Dumas dijo que no, que tendrían el cuidado necesario, que sólo las pintarían o plasmarían con su máquina de daguerrotipo y nada más.

Así pues se quedó en que irían primero a ver el Patio de los Leones en miniatura de Rafael Contreras y más tarde, cruzando la calle, podrían utilizar el patio de la casa del señor Couturier para trabajar con las bellas gitanas.

Una jornada muy excitante, sin duda, pero aún no sabían cuánto.

La casa del señor Rafael Contreras se encontraba en una placeta típicamente granadina. Era la plaza de uso entre varias viviendas, de ahí que pudiera parecer un patio particular, pero no lo era. Allí salían las mujeres con sus sillas de enea a tejer o los ancianos a fumar. Era igualmente usado por humildes como por burgueses, en medio de los cuales se encontraban los intelectuales o artistas como Contreras, cuya familia era muy conocida en toda Granada.

Iban todos los representantes de la literatura y pintura francesas tras el señor Couturier, que conocía al señor Contreras. Y tras de ellos mi padre y Mínguez, que parecían los forasteros por no saber a dónde se dirigían y dónde pararían. Pero finalmente llegaron a una puerta, y fue curioso lo que sucedió: de la misma puerta de la casa de los Contreras salió Venancio Higueruela, el dependiente de la tienda de telas propiedad de mis padres, quien estaba en situación de cesante obligado por el

famoso incendio de la Alcaicería. Mi padre se quedó sorprendido al verlo y lo saludó, pero comprendió que si no vivía allí mismo habría ido a hacer algún negocio. En cualquier caso todo le pareció tan baladí que al poco tiempo ya lo había olvidado.

Entraron en la casa de Contreras y fueron recibidos amablemente. Era en esa fecha el susodicho un joven prometedor que había estudiado con su padre, el arquitecto José Contreras, muchas de las cosas que le servirían en su futuro como arquitecto, restaurador y escritor.

Les enseñó su colección de miniaturas y sus reproducciones de piezas nazaríes que había conseguido con vaciado de yesos tal cual lo hacían los antiguos andalusíes. Todos se quedaron boquiabiertos de la exactitud de su obra, todos incluidos Mínguez y mi padre, razón por la cual el profesor recibió un mensaje inexistente para los demás, pero tan claro para él que tuvo que manifestar su desconcierto públicamente.

—Ciertamente es muy bello lo que usted hace, señor Contreras. Pero sólo deseo que no se le ocurra poner su obra cerca de la verdadera, pues nunca sabríamos cuál es la auténtica y cuál no lo es.

—De eso se trata, caballero —contestó el maquetista—. Mi intención es ésa, completar lo que está arruinado, de esta forma podríamos reconstruir cualquier monumento y salvarlo de la ignominia del tiempo.

—Pero no sería moral —exclamó mi padre viendo sentido a la protesta de Mínguez—. ¿Quiénes somos nosotros, los humanos, para intervenir en lo que el destino corrompe?

—¡Inútil discusión! —exclamó Dumas en francés. Creo que él tuvo un presagio del futuro que le esperaba a la Alhambra en los años venideros.

Por educación se dio fin a la disputa. Era evidente que Contreras era un artista y un experto en lo que hacía. De hecho unos años atrás le había sido encargada por la propia reina una miniatura de la Sala de las Dos Hermanas que había captado la atención mundial.

Cuando se despidieron dijo Contreras:

—Alhambrismo es lo que hay que ofrecer a los extranjeros, para que conozcan la maravilla que tenemos en nuestra ciudad.

Mínguez se acercó a mi padre con disimulo y dijo:

—Si a éste le dejaran sería capaz de reconstruir hasta la Torre de Babel.

Pero todavía quedaba por suceder lo más significante de esa tarde. No lo fue el conocer en qué ocupaba su ocio el enigmático Contreras, ni el desparramar por la placeta bártulos de pintores y extraños daguerrotipos. Esperaron la llegada de las sensuales gitanas durante dos horas, tiempo que a mi padre le pareció perdido, hasta que llegada la noche aparecieron, algo bebidas pero bellísimas, todo hay que decirlo.

Empezaron los franceses a colocarlas para mejor pintarlas y tomar de ellas su mejor perfil. Cuando vieron la máquina de fotografiar las muchachas mostraron su

reticencia, pero prontamente se les indicó que no era artilugio peligroso y así empezaron a reírse, ellas por tener varios vasos de vino dentro y los franceses por estar tomándolos, hasta que sucedió la extraña circunstancia.

En medio de aquel jolgorio lanzó el señor Couturier un tremendo aullido. Parecía que le habían atravesado la espalda con una flecha india cuando se dieron cuenta de que, en verdad, había recibido un impacto enorme, sólo que de piedra.

No hubo tiempo de mirar hacia el cielo por si el ataque venía de mano divina; no hubo tiempo más que de cubrirse en algún saledizo de los que Granada era ejemplar, pues la lluvia de piedras no discriminaba y golpeaba tanto a hombres como a mujeres.

Alejandro Dumas hijo se echó la mano a la cara, pues había sido herido en un ojo. Su ira fue tanta que, a pesar de estar diluviando pedriscos, se puso en marcha y se adentró en la casa de los Contreras, desde donde parecía que provenían los proyectiles.

Dumas padre lo siguió y, tras ellos, los pintores y mi padre, quedando rezagado Mínguez junto a las mujeres, pues parecía que había recibido el golpe en una de sus enclenques rodillas.

La situación era ésta: mi padre llegó acelerado, sangrándole la cabeza, al rellano de una de las casas de vecinos de los últimos pisos y encontró a Alejandro Dumas hijo peleándose con un hombre, disputa que había agravado el padre y novelista tomando al sujeto por el cuello de la camisa y zarandeándolo con fiereza.

—¡Razonemos, señores, razonemos! —gritó mi padre—. ¡Llamemos a la policía!

Finalmente, como oso que ve la sumisión de su presa y decide abandonarla, Dumas padre empujó al hombrecillo que pataleaba en el aire y se fue a apoyar en una pared, agotado del enfrentamiento. Miró Manuel Cid a Alejandro hijo y vio que tenía el ojo amoratado y que el golpe había sido importante.

En esto que consiguió Mínguez subir las escaleras cojeando y al tiempo que se esforzaba dijo:

—Yo ahora mismo me voy a la calle Duquesa —era como decir que iban a las dependencias policiales allí establecidas—. Esto es de juzgado de guardia, señores.

Finalmente, mientras la pelea dejaba paso a la discusión, llegaron varios representantes de la ley. Entonces, tanto unos como otros mostraron clara intención de hermanarse, los acusados por no querer nada con la justicia y los extranjeros para no ralentizar su viaje acudiendo de testigos a un juzgado. El caso es que todo terminó y el resultado fueron unos cuantos moretones, de los cuales, casualmente, salió mi padre peor parado.

Viéndolo Mínguez sangrando de una brecha en la cabeza se le ocurrió decirle que se acercaran a la casa de Francesca, cercana a la de Contreras. Como la prioridad era ahora del herido no se planteó deshonor en la idea y más sabiendo que iría acompañado de Julián, dicho lo cual llamaron al timbre de la puerta de las Di Mare escasos minutos después.

Acertó a verlo Francesca con la cara compungida, pues no podía creerse que a su

amado lo hubieran descalabrado sin venir a cuento, lo sentó y lo curó esmeradamente. Mi padre no dejaba de decir:

—¡Esto es culpa de Bárbara! ¡Esto es culpa de Bárbara!

—¿Pero cómo ha de serlo? —preguntó Mínguez—. La piedra te ha dejado seco, amigo mío. No riges.

—Yo sé muy bien lo que me digo. ¿No viste que de la misma casa salía Venancio Higueruela, el perrito faldero de mi mujer? No me extrañaría que lo hubiera pagado para espiarme.

—¿Con qué fin? —preguntó ahora Francesca.

—Para humillarme o para acobardarme. La Benajara siempre te la juega; a la chita callando, pero te la juega.

—¡Ay, qué chifladura te ha dado ahora con que la Benajara te quiere matar o poco menos! ¿Piensas que eres Augusto y que vas a ser envenenado por tu esposa Livia?

—No me hagas comparaciones, Julián, con personajes romanos, que sólo quiero poneros en antecedentes de lo que posiblemente pase. Conozco a Bárbara muy bien y puedo aventurar que la cosa no quedará en menores.

Mi padre tenía razón, pues al volver a casa se encontró a mi madre sentada como una estatua, imperturbable. Era evidente que ya conocía el suceso. De boca de quién, no lo sabremos jamás, pero su gesto era el de quien se sabe en posesión de la sabiduría eterna.

—¿Cómo te encuentras, querido? Ya me han dicho que la italianita te ha vendado la cabeza. ¡Qué amable ha sido! —exclamó con ironía—. Será mi deber acercarme mañana a su casa a demostrarle mi gratitud.

—No lo harás —contestó contundente mi padre.

La Benajara sonrió con malicia intentando mostrar un rostro sereno.

—No, no, hijo. Yo siempre he sido muy agradecida. Francesca tendrá lo que se merece, quiero decir… ¿qué menos que un agradecimiento?

Los Dumas y sus amigos aceleraron su marcha de Granada al haberse visto envueltos en el incidente. Aunque la justicia insistió en que debería culparse a los agresores, los Dumas hicieron público su perdón, pues deseaban olvidar el altercado para continuar con su viaje.

Este incidente fue nombrado en el libro *De París a Cádiz. Viaje por España* que escribió Alejandro Dumas, aunque nunca citó a mi padre, detalle que no le molestó, pues con el gran literato fue todo muy rápido y extravagante y no llegó a congeniar tan fuertemente como le sucedió con sus compatriotas anteriores.

Nunca se llegó a saber quiénes fueron los instigadores de la batalla, ni la causa de tirar los pedruscos a diestro y siniestro. Algunos dijeron que se los tiraban a las gitanas, que en Granada si un gitano sale de su zambra, a la que se le va a admirar, se le trata peor que a un perro. Los representantes de la justicia dieron varios

sospechosos y diferentes móviles, pero a mi padre sólo le cabía una cosa en su cabeza maltrecha y era que aquello lo había dirigido la malicia de su mujer.

La susodicha, mi madre, acudió a casa de las Di Mare como avisara el día antes. Francesca la esperaba con el corazón palpitante esperando del encuentro una declaración desagradable o, cuando menos, comprometedora, pero la Benajara atravesó el umbral de la casa de las condesas y se sentó a tomar el té con gran elegancia.

—¡Qué bonita morada! ¡Qué buen gusto y distinción tienen ustedes, querida, se nota que son italianas! —las aduló—. Bien, no he podido por menos de pensar en el incidente que tuvo lugar ayer… ¡Fíjese usted si me quedo sin marido por una tontería así! Si fuera por *otra mujer* se entendería, pero claro, el destino es el destino.

En ese momento mi madre sacó de su bolso un abanico, lo abrió y se abanicó. Sus movimientos tan exagerados tenían una finalidad: la de captar la atención de Francesca. Ésta, deseando evadir sus ojos de la astuta mirada de su rival, fue a dar con el abanico, es decir, su abanico, pues no era otro que el que dejara olvidado en el baile de los Cid justo en el impúdico momento de abrazar a mi padre.

Con este gesto, la Benajara decía mucho más que con palabras. Hacía saber a Francesca que de la misma forma que era poseedora del abanico lo era de su marido, a quien jamás dejaría olvidado en ninguna fiesta ni en ningún baile.

—No tenía que haberse molestado en venir a visitarme —dijo Francesca intentando suavizar la escena.

—Oh, no es molestia, querida. Es mi deber. A mí me enseñaron a hacer lo correcto.

Volvió la tirantez y Francesca no tuvo otra ocurrencia que ofrecerle otra taza de té con pastas, que la Benajara engulló como si no hubiera comido en un mes.

—Verá, yo le quiero decir a usted una cosa…

Terminada la frase, Francesca debió de sentir que le clavaban un puñal en el costado. «Ahora es cuando me tachará de canalla y me exigirá que deje a su marido», se dijo. Y entre tanto se imaginó desmayada o deshonrada, vejada por aquella mujer cruel y despótica, incluso hasta llegar a las manos, considerando su falta de cortesía.

—Usted dirá.

—Llevo varios meses con una idea fija en la cabeza. Usted sabrá que yo estoy felizmente casada, pero mi esposo es un… ¿Pensaba usted que iba a decir un golfo, un calavera, un adúltero?

Cada vez que mi madre negaba el adulterio de mi padre no hacía otra cosa que confirmarlo. Sabía jugar con las palabras, con su entonación, con esa ironía tan suya, particular de las mujeres finas pero retorcidas, que convertía a mi madre en la reina de la mordacidad. Lo confirmó cuando se proclamó felizmente casada, comentario que Francesca detectó como el aviso de una leona marcando su territorio.

—Pues no, querida, mi marido es un infeliz. Y claro, no atiende a razones ni a responsabilidades. Todo lo tengo que decidir yo. Y hace tiempo, como le digo, que he

pensado en hacerme copropietaria de la fábrica de telas que hay en la Vega, aliarme con esos señores que tan astutamente han sabido sacar provecho de la situación… Nos sería muy provechoso ahora que nos vuelven a abrir la tienda en la Alcaicería…

A esas alturas de la conversación Francesca se había perdido. No sabía si considerar sospechosa tanta delicadeza y sinceridad.

—No veo en qué puedo yo ayudarla en ese punto…

—¡Oh, mucho, mucho! Puede usted ayudarnos mucho. Tenga en cuenta que la situación económica de mi familia tras el incendio de la tienda no nos dejó muy bien parados. Así que no me queda otra que pedir ayuda a mis amigos… o mejor dicho, a los de mi marido… porque usted es muy buena amiga de mi marido…

Francesca temblaba. ¡Qué entonación tan mezquina y qué mirada tan provocativa!

—Pero usted… ¿me está pidiendo dinero?

—Oh, yo no lo llamaría así. Dese cuenta que mi marido, con su personalidad tan variable (ahora le ha dado por decir, al pobrecito, que yo tengo intención de matarlo) —Se abanicó con cierta fuerza y Francesca se imaginó aquellas manos apretando el cuello de mi padre con vigor y frialdad—. Fíjese usted, ¡yo!, con lo buena que soy yo. Pues eso, que si no obtengo el dinero y compro mi parte de la fábrica… mi marido va a caer en la más honda de las depresiones porque de esa manera no tendría que estar todo el día pendiente de mí, de esto y de aquello, podría sentirse libre con sus negocios y, si tuviéramos beneficios, incluso hasta seguir pintando y salir a dar sus paseos por la Alhambra, que es lo que más le gusta.

—Déjeme que lo entienda. Dice usted que si no le doy el dinero su marido sufrirá…

—Lo ha entendido divinamente.

Era tanta la osadía de aquella mujer, con su miserable chantaje, que Francesca se admiró de no echarla a patadas de su casa. Lo cierto era que la tenía en sus manos. Manuel nunca la abandonaría y como habría de quedarse, al menos tendría que jugar su propio juego.

—¿Y cuándo calcula usted que me lo podrá devolver? —preguntó la italiana utilizando la misma frialdad que le demostraba la Benajara.

—¡Oh, pronto, muy pronto!

—Ya veo.

Francesca accedió. A dar el dinero y, consecuentemente, a la extorsión. Nada dijo a mi padre para no avergonzarlo.

Pero no sería la única visita que recibiera Francesca de la Benajara.

RAFAEL CONTRERAS
1847

Conservando la Alhambra con el entusiasmo desplegado por todas las clases de la sociedad, pueden augurarse mejores días para la ventura de nuestro decadente pueblo; porque aprenderá a respetarse a sí propio, venerando las obras de sus antepasados, como un signo de justicia y de pública moralidad.

Rafael Contreras, *Sobre la conservación de la Alhambra y la creación de un museo oriental*

Los días parecieron detenerse durante aquel año. Mi padre volvía a casa con la certeza de que sería la última vez que vería la luz y empezaba a obsesionarse hasta con lo que comía, pues la sospecha era peor que el miedo.

Mi madre se mostraba diligente, muy activa al haberse incorporado al negocio de la manufactura de telas. Iba y venía de la Vega, preguntaba y dirigía, manduqueaba todo lo que podía fuera y dentro de la casa y las criadas trabajaban como al mando de un general.

Mi hermana Agustina se acostumbró a la soledad y apenas daba problemas. Mi madre la empezó a considerar una niña torpe y perdió todo el interés por acompañarla en sus juegos o en sus paseos; de hecho la encontraba tan molesta que una nueva idea saltó a su interesada cabeza, y ésta era la manera de poder deshacerse de la pequeña lo antes posible.

Mi padre continuó viéndose con su amante. De hecho fue el mejor período de su vida, su relación más tranquila, y esto se debió a que mi madre, sabiendo de su adulterio, ignoraba su deshonra a cambio de las pequeñas visitas realizadas a la casa de Francesca, en donde a veces le insinuaba que necesitaba más dinero prestado o le pedía recomendaciones para un peluquero.

—No creo que estés haciendo lo correcto —le advertía Víctor Vanel paseando con Francesca por las alamedas—, has consentido que te coaccione y ahora te tiene en sus manos.

—No imaginas lo que es capaz de hacer esa mujer. La forma en que te mira, la hipocresía que se gasta.

—Pero puede que no sepa que eres la amante de su marido…

—¡Qué inocente eres, Víctor! ¿Cómo no ha de saberlo? Si cada vez que habla de Madrid me mira como diciendo: «Sé de buena tinta que te acuestas con mi marido cada vez que vas a Madrid». Y yo me muero de vergüenza cuando lo hace. Sabe que

me muero de vergüenza.

—¡Bueno, querida mía! —exclamó Vanel acariciándole la mano—. Es el precio que hay que pagar. Eso no te pasaría si estuvieras casada conmigo.

Francesca cambiaba de gesto al oír la insistente intención de Vanel de contraer matrimonio con ella.

—Sabes que no puede ser. Además, ¿por qué quieres casarte conmigo si no me quieres?

Vanel respondía con cierta resignación.

—Me fuerza la sociedad.

El 23 de noviembre de 1847 sucedió un hecho que cambiaría la historia de la Alhambra. Finalmente, después de tantos años de insistir, de exigir ayuda y de ser visitada por extranjeros que manifestaron su ruina, la Alhambra iba a ser restaurada.

Para tal fin se nombró un restaurador adornista. Y este orgullo recayó sobre Rafael Contreras, a quien se le veía muy sobrado en las disciplinas relacionadas con la arquitectura y el arte.

Fue motivo de discusión el nombramiento de Contreras en el casino, empezó la discordia entre dos grupos enfrentados, ejemplo de lo que luego sería una disputa universal: si era mejor restaurar o era mejor conservar.

Víctor Vanel llegó en el momento justo en que uno y otro bando discutían. Julián Mínguez, como era de esperar, era un gran escéptico de las pretensiones de Contreras, a quien tenía por seguidor de una nueva teoría, la de Violet-le-Duc, que buscaba la restauración total del monumento volviéndolo a su idea original y haciendo que sus piezas restauradas fueran de tal exactitud artística que fueran incapaces de diferenciarse de las originales.

A Mínguez esta idea le horrorizaba porque era, según él, como hacer de dioses, anticiparnos a una imagen de la Alhambra que, posiblemente, nunca correspondería con la realidad.

Al lado opuesto de estas ideas conservacionistas de Mínguez se encontraba Juan Ignacio Morell, un hombre recién llegado a la ciudad que, sin tener grandes conocimientos de arte, opinaba con cierta soltura. Vanell lo conocía porque lo había invitado a su casa varias veces y frecuentaba a su familia.

—Yo no dudo de la capacidad del señor Contreras —afirmó Julián intentando calmarse—. Es un hombre reputado, sabedor de todo cuanto controla, y su padre le ha llevado por buen camino. Sus decisiones son las que me preocupan… Hemos estado muchos años intentando que la Alhambra sea tomada en serio y me horrorizaría que ahora vengan unos cuantos señores, doctos desde luego, y digan que hay que reconstruirla pieza por pieza, como si se tratara de un decorado de teatro.

—Discrepo, señor Mínguez —dijo Morell—. Por lo que yo sé, este señor es la viva imagen de la seriedad. Hasta la reina lo tiene en gran estima. Su trabajo es como

una obsesión; es meticuloso y hará de la Alhambra el mejor monumento de toda España.

—Pero es que quizá no sea necesario que haga más que procurar que la Alhambra no se desplome. Antes de ocuparse de los alicatados y de dar color a las estalactitas de los techos es mejor acometer la solidez de las torres, de sus techos resquebrajados, ocluir las fisuras de las paredes… En fin, hay que curar la Alhambra, no embellecerla.

—¿Pero a usted le gusta la imagen de la Alhambra? —preguntó extrañado Morell—. Tan pronto la vi por primera vez me pareció un montón de piedras.

—También hay belleza en las ruinas —intercedió mi padre—. Nunca tendremos la Alhambra en la que vivió Boabdil, si es eso a lo que se refiere usted.

—Pues sería necesario…

—¿Para quién? —preguntó Mínguez.

—¡Para la historia, señor mío! —replicó Morell—. Tengo entendido que en Roma el arco de Tito y el Coliseo fueron restaurados hasta completar todas sus piezas originales y ahora ahí los tenemos, un ejemplo de arquitectura para que todos los admiremos.

Mínguez se sentó abatido en un sillón.

—Quiera Dios que podamos admirar la Alhambra en los siglos venideros. En estos momentos no tengo esa esperanza, tal vez no la conozcan ni nuestros nietos.

Al profesor hubo que calmarlo, y mi padre sabía cómo hacerlo. Se lo llevó a tomar un café y hablándole de sus cuitas familiares le hizo olvidar sus agonías.

—Por lo menos tú no tienes una esposa que te espera en casa —se lamentó mi padre.

—Ya hubiera querido, pero…

—Me refiero a que no tienes a nadie que te controle. El otro día firmé un papel, la compra de una parte de un negocio textil, y lo peor es que no sé con qué dinero lo estamos pagando.

—¡Mujer precavida tu Bárbara! Ahorra hasta del biberón de Agustina.

—No te rías, amigo mío.

Julián respiró hondo y se limpió las gafas.

—¡Ay, negro futuro veo para ti… y para la Alhambra!

Un tiempo después, no sabría calcular cuánto, la doncella particular de doña Bárbara, Teolinda, fue descubierta por mi padre en una actitud más que encolerizada, y fue tanta la extrañeza de verla en esa disposición, siendo la sirvienta de lo más discreto que se conocía, que no tuvo más remedio que acercarse al servicio y preguntar:

—¿Qué está ocurriendo? ¿Tienen algún problema?

Al principio Teolinda no quería reconocerlo, pero finalmente, con clara disconformidad, explicó que había tenido que echar a patadas a una mujer que quería

verlo e insistía en que lo conocía.

—Bien. ¿Y por qué no la has hecho pasar?

—Era una criada, sin duda alguna. Vestía a la manera de las campesinas. ¿No pensará usted que voy a dejar pasar a esta casa a cualquier mujerzuela que llame a la puerta?

Mi padre debió de demostrar cierta indignación porque Teolinda bajó la cabeza con la convicción de haber incomodado al señor de la casa. Fue tal la mirada que mi padre propinó a tan digna sirviente que una de las criadas se adelantó y dijo:

—Debe de estar aún en la Carrera, señor. No hace ni dos minutos que la señora Teolinda la despidió.

Mi padre fue a la puerta y con premura la abrió, aun siendo pesada por ser portalón de casa señorial. Y al hacerlo, pensando que encontraría la calle vacía y tendría que correr para alcanzar a una mujer vestida de harapos, se dio de lleno con el cuerpo regordete de Dolores, que esperaba en la calle, sentada, paciente, envuelta en un chal de lana que no dejaba ver más que sus ojos negros.

—¡Dolores! Pero eras tú…

—Sí, señorito. No me han dejado ni decir esta boca es mía. No se creían que yo pudiera conocerlo a usted.

—¿A qué vienes?

—A algo muy importante, señorito… ¡Que nos despedazan la Alhambra!

Estaba tan asustada la pobre Dolores que fue preciso meterla en casa y darle una tila. Aprovechando que la Benajara había ido a revisar las cuentas de la tienda, mi padre llevó a Dolores a la sala de invitados y allí la sentó.

—Dime, Dolores… ¿Por qué crees eso?

—Usted no lo sabe, señor Cid, pero vinieron unos hombres y empezaron a medir y a apuntar cosas en papeles; luego trajeron cubos, yesos, cosas de albañil y se pusieron a enyesar y a pintar y mil cosas más. En los baños tiraron parte de los azulejos y ahora dicen que van a poner otros de colores… Han apuntalado todas las techumbres y las paredes del Patio de los Arrayanes y del Patio de los Leones, y tan fuerte lo han hecho que me da la impresión de que es ahora cuando se desplomarán los techos. No hay más que vigas por todas partes, tablones y sacos. Y los leones… se han puesto a lijarlos y les han quitado la poca pintura que les quedaba, vamos, ¡Y luego me regañaban a mí por querer limpiarlos con lejía!

Mi padre oía pasivamente todo lo que le contaba Dolores. Ya sabía que algo así tenía que suceder tarde o temprano, que la mano del hombre que tanto habían implorado durante años había llegado para moldear a su antojo. Aquello era, a esas alturas, imparable.

—A partir de ahora verás muchos cambios en la Alhambra.

—¿Cambios? ¿Pues qué? ¿Quieren convertirla en hotel, en casa particular o en algo parecido?

—No, me refiero a que la misión de los restauradores es valorar lo que ha de

sanearse y luego, posiblemente, volverlo a su estado original.

—¿A su estado original? Quiere usted decir… ¿de cuando estaban los Reyes Católicos o de más atrás?

Mi padre sonrió. Dolores, a veces, no era tan ignorante como parecía.

—Es una buena pregunta, querida Dolores. Eso nadie lo sabe, supongo que es a criterio del restaurador y del arquitecto.

—¡Virgencica! Pero esto es la ruina de la Alhambra…

—No, Dolores… Según dicen esos hombres es ahora cuando la Alhambra está en ruinas.

Dolores sacó un pañuelo y se sonó la nariz, que empezaba a destilar pena, como sus ojos llorosos.

—¿Peligramos los guardianes?

—No lo creo, pero pudiera ser.

—Mi tía está enferma. No durará mucho tiempo y su única ilusión es morir en la Alhambra.

—Haremos lo que podamos.

Dolores se levantó gravemente compungida.

—Venga usted a vernos, señorito… Por lo menos tendremos compañía conocida, no sólo de esos bigardos que llegan con sus utensilios y rompen más que retornan.

Mi padre le dio su palabra de que cada día subiría a la colina y comprobaría las obras realizadas en los palacios. Así lo hizo, al menos, durante algunos meses.

De este modo, y con un lápiz o un libro, puede uno pasarse todo un día en la Alhambra con gran tranquilidad y comodidad. La observación encuentra extraños contrastes. Arriba, en las copas de los árboles, cantan libres los pájaros en todo su esplendor; debajo un grupo de convictos haciendo sonar sus cadenas. […] Encontrará un soldado español haciendo guardia bajo un arco moruno con una imagen de la Virgen María bajo una sentencia del Corán. Páselo y se encontrará delante del macizo e inacabado palacio de Carlos V, con su estúpido y extravagante trazado, un círculo dentro de un cuadrado…»

William George Clark, *Gazpacho o meses de verano en España*

No todas las obras que se realizaron en la Alhambra por aquellas fechas fueron condenadas. La Alhambra, o mejor dicho los palacios, fueron limpiados de casas adyacentes propiedad de mendigos o de particulares cuya forma de vida, claramente, podría cuestionarse.

Los mendigos e inválidos del recinto poco a poco fueron marchándose. No todos, claro está, pues la Alhambra era demasiado grande como para poder controlarlos a todos, pero la gran mayoría que la abandonó permitió que se acometieran las necesarias transformaciones que habían solicitado durante años los miembros de las asociaciones y comisiones artísticas.

La Alhambra se convirtió en un paradero de albañiles. Muchos eran artesanos que conocían la manera de actuar de Contreras, pero otros eran presidiarios de la cercana guarnición militar de la Alcazaba que se emplearon en la mano de obra más dura. Así pues los sonidos de la Alhambra cambiaron. Las golondrinas dejaron de trisar al amanecer y abandonaron sus nidos al ser destruidos al tiempo que gran parte de la techumbre de los patios. Los pájaros cantores desaparecieron para dar paso al sonido de los picos, de los martillos, de las voces de los obreros y de las cadenas de los presos.

Con todo, el mayor control al que se sometió a la Alhambra no evitó el vandalismo ni alejó a los expoliadores. Muy contrariamente, Dolores y su familia vieron impotentes cómo desaparecían piezas que suponían únicas en el mundo y no volvían jamás o si lo hacían parecían nuevas, lo que seguramente cierto sería, pues si algo había que atribuirle a Contreras era su capacidad de duplicar con entera exactitud.

Mi padre, habiendo dado la palabra a Dolores meses atrás, subía cada mañana la colina de la Sabika. Francesca, en su paseo diario, lo acompañaba; de esa manera, arguyendo que les guiaba el deseo artístico, disimulaban sus encuentros.

—Los sonidos del bosque han cambiado —se lamentó Francesca—. ¿Te has fijado?

—Las aves, los pequeños roedores… todos advierten que se está produciendo un cambio.

—Era lo que queríamos, ¿no? —Mi padre asintió con pesadez—. Entonces…¿por qué nos sentimos tan defraudados?

Mi padre se sentó en un banco de madera, agotado, no de la subida que ya conocía palmo a palmo, sino por un grave cansancio espiritual.

—Mínguez está desconocido, pero yo necesito un cambio. Vayámonos a alguna parte. A Madrid.

—¿Irnos ahora? ¿Y dejar la Alhambra desatendida? No sería justo para Julián.

—Bárbara está, últimamente, muy tranquila, sospechosamente comprensiva. No me pregunta si salgo o si entro, no se la oye… Me pregunto si no tendrá un amante.

Francesca rio cómicamente y tuvo que taparse la boca con su mano enguantada.

—Disculpa. No consigo imaginármela.

—Vayamos a Madrid —insistió.

Francesca no contestó. Claramente se sentía hastiada de sus encuentros en la capital. Después de largos años de furtiva relación empezaba a mostrar desinterés por lo que antes le resultaba irresistible. Pero todo, claramente, cambia, hasta el propio amor.

—Manuel, ¿tú crees que estamos haciendo lo correcto?

Mi padre, tan inocente para algunas cosas, continuaba pensando en la Alhambra.

—No es responsabilidad nuestra, la comisión de monumentos…

—¡Oh, Manuel! ¡Me refería a nosotros!

Mi padre enmudeció. Nunca había visto a Francesca dudosa y todos aquellos años de constancia y seguridad eran lo único que le había fortalecido el espíritu.

—¿Quieres decirme algo?

—No lo sé aún. Los años pasan, querido. Yo ya no soy una niña, soy una mujer que camina hacia la madurez. No es que me arrepienta de haberte conocido, pero debes saber que has hecho que sacrifique muchas cosas, como el ser madre…

—¿Quieres tener hijos?

La pregunta se le supuso a mi padre algo incuestionable. Había sido tan egoísta, sólo pensando en su amor, que nunca se había planteado esa posibilidad

—Pero yo creía que querías ser una mujer independiente…

—Entiendo. No puedes imaginarte lo mucho que he sacrificado estando contigo. No sólo mi reputación o mi futuro… incluso mi dinero…

—¿Tu dinero?

Francesca se refería al chantaje que sufría por parte de Bárbara y que continuaba ocultando a Manuel Cid.

—Necesitamos un cambio, Manuel, o nuestra relación acabará.

Mi padre quedó afectado visiblemente. Cualquier cosa hubiera imaginado, hasta

ver la Alhambra convertida en cenizas, pero nunca que Francesca lo abandonara.

En el silencio que exigió la reflexión se oyeron pasos y murmullos de personas que ascendían por la colina. Los ecos de sus voces permitieron descifrar sus palabras. Era Mateo Ximénez, el guía de la Alhambra, que llevaba a un turista inglés y al que iba diciendo:

—Ésta, milord, es la fortaleza en la que vivió Washington Irving. Pasaremos por la Puerta de la Justicia y entraremos en las habitaciones donde escribió sus famosos Cuentos de la Alhambra.

El turista inglés era William Clark, quien años más tarde escribiera *Gazpacho o meses de verano en España*. Mi padre no lo conoció entonces, al menos personalmente, pero su recuerdo perpetuó en su memoria, posiblemente por haber sido protagonista de una escena surgida inmediatamente después de la crítica conversación con Francesca.

—Es curioso que después de tantos años todavía sigan recordando a Irving ¿verdad? —preguntó mi padre.

Ambos volvieron hacia la ciudad. Y lo hicieron más despacio, pues presentían que en el futuro sus encuentros serían cada vez más insólitos.

Era cuestión de tiempo que mi madre, Bárbara Benajara, no se indispusiera ante la asiduidad de los paseos de Francesca junto a su esposo. A pesar del acuerdo no verbal pactado entre ambas, la paz se rompió momentáneamente para la italiana, que recibió una visita de la Benajara una mañana de noviembre.

Se le permitió pasar con dudas de Francesca, que ganas tenía de poder echarla de su propiedad, pero finalmente la recibió y lo hizo con total elegancia, como era costumbre en ella.

—Señora, ¿a qué debo su nueva visita?

La tirantez era evidente. Cada vez que Bárbara traspasaba el umbral de aquella casa era para hacer patente su terrible chantaje. ¿Qué sería capaz de pedir esta vez?

—Pues vengo a pedirle un nuevo favor…

—Ya no tengo modista, ni peluquera, ni cocinero a quien recomendarla. Tampoco tengo posibilidad de hacerla socia de ningún club de moda, ni abonarla al teatro, pues, si no recuerdo mal, todo eso ya lo he hecho antes para usted.

Bárbara supo que la conversación había empezado peor que otras veces. En la mayoría de sus encuentros la italiana se mostraba condescendiente y la violencia de sus actuales palabras ponía a mi madre en entredicho, situación que la ofendía.

—Le agradezco todo cuanto ha hecho, señorita Di Mare —moduló su voz la Benajara con rabia contenida—. Sin embargo, todo ha sido para el bien de ambas, creo recordar. No obstante, si usted no cede en sus amistades íntimas, me veo obligada a recurrir a usted para otro favor.

—Ya veo.

—No será nada complicado para usted.

—Dígalo, entonces.

—Ya sabe que tengo interés en enviar a mi hija Agustina a un colegio respetable. Se va haciendo una mocita y en casa no encuentra la educación que debe recibir una muchacha.

—Puedo suponerlo —sentenció Francesca con rudeza. Pero mi madre no se arredró, continuó con su farsa y sus palabras meticulosamente escogidas.

—He pensado que usted, con su infinita paciencia y elegancia, podría recomendarme a algún colegio para señoritas. Uno distinguido, ya me entiende.

Francesca arqueó las cejas. Ciertamente estaba sorprendida. Era la primera vez que no pedía algo para sí misma, lo cual le daba un carácter medianamente altruista. Sonrió con cinismo al darse cuenta de que no podría ayudarla.

—Señora, me temo que esta vez no habrá acuerdo. Yo no poseo ninguna influencia en Granada; sólo conozco el colegio donde me educaron y es en Roma.

—¿Roma?

Mi madre quedó algo confusa pero en pocos momentos reflexionó lo necesario.

—Bien, Roma me sirve.

Francesca quedó aún más confusa. Pestañeó con la esperanza de que Bárbara se desvaneciera, que por un momento se estuviera imaginando la desagradable escena, pero no, la Benajara estaba allí, sentada frente a ella y con aire de quien había vencido.

Muchos años había recibido Francesca la visita de aquella señora. Habían sido tantos encuentros que, finalmente, había conseguido descifrar su manera de actuar, como un policía consigue interpretar la personalidad de un asesino y perfilar su carácter hasta conocerlo. Francesca había obtenido el perfil de mi madre y, presumiblemente, sólo le bastaría jugar bien su próxima carta para ganar la partida.

—Estoy dispuesta a recomendar a Agustina, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó temerosa mi madre.

—Que sea Manuel el que la lleve a Roma.

Mi madre quedó boquiabierta, con aquella condición entendían ambas mujeres que mi padre pasaría una temporada en la bella Roma junto a su amante y la Benajara no podría decir esta boca es mía, pues el acuerdo estaba firmado y rubricado, aunque fuera de palabra.

—Bien. Así será.

Bárbara Benajara salió de aquella casa y no volvió a ella. Las circunstancias, a partir de entonces, cambiaron mucho, en Granada y en la vida de mis padres.

—¿Cómo que te vas a Roma?

La pregunta de Julián Mínguez era más bien una reprobación.

Mi padre estaba realmente excitado y tan alegre que rara vez se le había visto así

en toda su vida.

—Julián, creo que es lo mejor que me ha pasado en estos últimos tiempos. No sé cómo pero Francesca ha conseguido que me vaya con ella a Roma.

—Es por Agustina, ¿verdad?

Mi padre calló entonces. A decir verdad, ni a mi hermana ni a mí nos tuvo mucho en cuenta.

—No es que desapruebe que queráis lo mejor para vuestra hija, como habéis hecho con Maximiliano, pero… este amor que tienes por la condesita no puede ser bueno. Nada que obsesiona al hombre puede llegar a buen término.

—¡Exageras! —exclamó mi padre.

—Espero confundirme. ¿Y piensas estar mucho tiempo allí?

—No lo sé, Dios dirá.

—Pensaba presentarte a una señora francesa, Josephine de Brickmann, que quiere conocer la Alhambra y pretende escribir un libro sobre sus paseos por España.

—Déjame de turistas, amigo, ahora tengo algo mejor en la cabeza.

—Ya me lo supongo.

Mi padre veía a Mínguez tan desolado que lo abrazó con efusión.

—No te entristezcas por mí, muy pronto nos veremos de nuevo en la Alhambra y quizá para entonces ya esté terminada.

—¿Pretendes volver para el siglo XXII?

Manuel Cid sonrió porque siempre le había hecho gracia la fina ironía de Mínguez.

—Confía en mí, volveré.

Mi padre marchó con Agustina y Francesca hacia la bella Italia. Yo desconocía sus planes, por aquel entonces transcurría mi vida en Madrid y creía que el hombre que me visitaba de vez en cuando, al que un día dejé de ver porque marchó al extranjero, era mi padre. Pero luego, de adulto, me dijeron que no era Manuel Cid sino un escritor norteamericano. Era Irving el que me visitaba mientras mi padre iba a Madrid a disfrutar del amor de Francesca. Mi hermana Agustina sufrió la misma condena. La dejaron en un finísimo colegio y nunca más la volvieron a visitar. Bueno, aquí he de decir que sí, que Francesca fue la que se convirtió en su mentora y gracias a ella creció creyendo que las madres también pueden ser amorosas.

Desde aquí, siguiendo el círculo de murallas, se pasa una sucesión de ruinas […] una de ellas es la llamada de los Siete Suelos. Las torres restantes, bordeando el barranco que separa la Alhambra de los jardines del Generalife, aún presentan rasgos de su antiguo esplendor. La Torre de las Infantas, con sus bellos arcos y decoración de arabescos, ahora se encuentra ennegrecida debido al humo y las costumbres asquerosas de las pobres familias a las que han permitido habitarla. Lo mismo ocurre con las Torres del Candil, de las Cautivas y la de los Picos, cuyos muros y ventanas profusamente calados con una gruesa capa de polvo y cubiertas con horribles estampitas de santos y mártires presentan un contraste bastante triste entre su destino presente y pasado.

Lady Louisa Tenison, *Castile and Andalucia*

La familia de Francesca tenía una pequeña propiedad a las afueras de Roma. Su situación, sobre una colina, de las muchas que tenía la Ciudad Eterna, permitía tener unas vistas excelentes.

Era como volver a la Alhambra y observar desde allí pasar la vida, esta vez a través de las ruinas romanas del Palatino, un poco más allá las del Foro y, finalmente, la redondez maltrecha del Coliseo. Los primeros días, tras dejar a Agustina en manos de las profesoras, Francesca y Manuel se recluyeron en la casa de los Di Mare y pasearon por sus jardines o jugaron a mirar con un telescopio las ruinas que asomaban a diestro y siniestro. Era aquel aparato algo muy primigenio, pero suficiente para hacerles pasar las tardes sin más propósito que el de estar juntos y disfrutar de la compañía del otro ignorando las circunstancias que ambos tenían en la vida real y cotidiana.

Se olvidaron de que la Alhambra existía y de que en Granada una mujer se apellidaba Benajara. Todo era como decir que habían descubierto un mundo propio e ideal, de tal manera que insistentemente despreciaban todo lo que pudiera recordarles la materialidad de la verdad; todo, menos las cartas de Julián Mínguez, que cuando menos resultaban divertidas.

Se ponían ambos en la soleada terraza a leerlas. Mi padre gesticulaba imitando a Julián y Francesca reía al verse libre de normas de etiqueta.

Querido Manuel: Hace ya más de un mes que te fuiste y me encuentro en la necesidad diaria de hablar contigo, cosa que hago, aunque parezca un loco de remate, pues no puedo evitar dirigirme a ti imaginando que me acompañas a visitar la Alhambra o a protestar en el Casino.

Hace unos días, acompañando a la señora Brickmann a los palacios, tuve una desagradable discrepancia con uno de los obreros. Lo encontró la susodicha señora arrancando libremente azulejos que luego trató de revenderle al módico precio de dos reales. Huelga decir el disgusto que

se llevó la señora al ser objeto de tal ofensa y yo el sofoco que me di, pues prometí volver con la policía, pero me aplacaron… Ya sabes lo rápido que me disparo, como si fuera de munición. Así pues nos fuimos algo desilusionados, pensando que allí el señor Contreras no aparece más que para tomar medidas y luego irse a su taller y construir sus juguetitos de yeso. Me dicen que no debo ser tan escéptico, pero ¿qué quieres? A mí el señor Contreras me parece que tiene la cabeza en otro sitio y con sus fantasías de restaurar aquí y allá y volver a la Alhambra como cuando era casa de Boabdil no hacen más que impedir al arquitecto jefe fortalecer la estructura dañada por los siglos…
Dolores te manda recuerdos. Está, la pobre, muy afectada por lo de su tía. La Tía Antonia no creo que pase de este año.
Afectuosamente,

Tu amigo, que lo es.

De aquel claro pesimismo, del cual Mínguez era experto, pasaba a veces a manifestar eufóricas ganas de vivir y de seguir luchando por sus ideales. Eran estos altibajos lo que hacían de Mínguez un hombre interesante y divertido, aunque a la mayoría de la gente les pareciera un auténtico plomazo.

Querido Manuel: Últimamente no tengo tiempo para nada. Mis largas noches de lectura y estudio han muerto y ahora me doy a la jovialidad del encuentro literario y artístico de una pequeña sociedad que han creado unos cuantos intelectuales. Se llama La Cuerda. Dirás que es raro nombre para una sociedad, pero es justamente el que es, así que me he convertido en Nudo, que es como nos llaman a los miembros de La Cuerda. Esta Cuerda granadina es una sociedad fundamentalmente literaria, aunque a ella vamos algunos sin haber escrito nada en nuestra vida, pues es ante todo liberal y de buen talante. No tenemos lugar fijo de reunión; hoy paramos en casa de uno y mañana en un café. La insólita ubicación lo hace todo más misterioso, como nuestros nombres, Alcofre, por ejemplo, es el amigo Alarcón; Fernández y González, el novelista, es el Poetilla; mi amigo Aurelio Fernández-Guerra todavía está por determinar… Ah, ¿que falto yo? Pues a mí me llaman, como era de esperar, el Ratón.
A las sesiones se nos ha unido —¡cómo iba a faltar tal popular personaje!— Rafael Contreras. Creo que sería correcto llamarlo Mojama, pues también tiene sobrenombre. Allí, por suerte para mí, no discutimos por la Alhambra, pero siempre tenemos vivas ganas de criticarlo todo y así se observa en los periódicos, muchos de los cuales los dirigen miembros de La Cuerda. Gracias a estas reuniones he conocido a personajes de distinta condición y alguno de ellos muy interesantes como el pintor ruso Notbeck, que por ser también arquitecto me da su parecer sobre los cambios que ha incluido Contreras. ¡Y no te lo imaginarás! Me he hecho amigo del gran Ronconi, el barítono, que me canta en la intimidad de su carmen, tan cercano a la Alhambra, cada vez que se lo pido.
Cada día se añade un personaje más y luego nos deleitamos con un poema, con una pieza teatral o simplemente comentando los acontecimientos que sufre nuestra Granada. Con estas reuniones me libero de la apatía que has dejado en mi vida y es por eso que espero que no te importune la naturaleza de estas amistades.

Mi padre leía estas cartas, y aunque en ellas había alegría y vida, le parecían humedecidas con lágrimas de aquel Ratón de La Cuerda, al que él consideraba su mejor amigo. Gracias a él, aún podía recordar su ciudad de nacimiento con anhelo aunque cuando aquello sucedía volvía la vista al Palatino romano o a la bellísima Francesca en su tierra, florecida como un capullo de primavera, y entonces confirmaba su decisión de no volver jamás.

Querido Manuel: No hay hombre en el mundo más indignado que yo. ¡Me han dado la puntilla! ¿Te imaginas qué otra cosa, además de la restauración, ha podido maquinar Contreras contra la

Alhambra? No, claro que no te lo imaginas. No le ha bastado con tirar lo último que dejaron todos los Mohammads o todos los Yusufs: ahora va y nos coloca una cúpula en medio del tejado del Patio de los Leones. ¡Una cúpula! Ni que esto fuera el palacio de Sherezade. Y para acompañar la osadía levanta todas las tejas y las pone vidriadas y de colores. Ahora la Alhambra es un tiovivo en vez de un palacio nazarí. ¡Me han dado la puntilla, repito! Ayer me planté en el Ayuntamiento y luego busqué al gobernador, pero me echaron con cajas destempladas creyéndome majareta. Es la triste realidad. No vuelvas, Manuel, ésta ya no es tu Alhambra.

Mi padre, a veces, después de leer las cartas íbase a reflexionar. Francesca lo buscaba y obligaba a comunicarse, pero casi siempre parecía que ocultaba algo.

Querido Manuel: Granada está patas arriba. El caos demoledor ha llegado a su cénit. Por aquí se buscan excusas constantes para demoler cualquier iglesia o cualquier monumento. La más barata es que así dan trabajo a la gran mano de obra parada de Granada. Y digo yo… si es así, ¿por qué no encendemos la mecha definitiva que haga desaparecer a la totalidad de la ciudad de Granada bajo millones de cascotes? Tal vez entonces todos los obreros reciban un jornal y puedan vivir felices para siempre. Claro que entonces los que estaremos parados y sin hogar seremos el resto de los granadinos. ¡Oh, Manuel! ¡Qué osadía la de las mentes privilegiadas! ¡Cómo juegan a ser Dios!
Pero esto no es lo último. Apenas hace unos días que empezaron las obras de cubrición del Darro. Sí, amigo Manuel. Pretenden tapar un río y no quiera el destino que les ocurra como con la casa construida en medio de la senda de los elefantes. Jugar a Dios, eso es lo que creo firmemente. Primero destruyen y luego construyen. Si lo primero es inútil lo segundo es innecesario. ¿Será Granada mejor ciudad si eliminamos su río? Puede que huela mejor, puede que los carruajes y los caballos transiten por las calles con más holgura, pero mi opinión es que pretenden ensanchar las calles para que la policía tenga espacio suficiente para sofocar las revueltas, si las hubiere.

Querido Manuel: Sólo unas palabras para decirte que el Darro ha reventado. En Puerta Real se ha formado un cráter que se ha tragado todo lo que paseaba por su entorno. Por fortuna no ha habido heridos, pero a mí todos estos cambios me hieren de muerte.

—¿Es que sólo cuenta catástrofes tu amigo? —preguntó Francesca después de haber oído el relato resumido de Julián Mínguez—. Si todo es como dice no creo que anheles volver a Granada.

Mi padre no contestó, prefería no emitir ningún juicio, ninguna idea. Por el momento le bastaba con la presencia de su compañera, aunque sabía lo efímera y costosa que era la felicidad.

Querido Manuel: Esta vez te escribo para describir un hecho que ha permitido olvidar en Granada, aunque fuera por unos días, el fantasma del pesimismo. Supongo que allí, en la lejana Italia, seguirías tan emocionado la coronación de nuestra ilustre granadina, Eugenia de Montijo. La hija de nuestra amiga, la condesa de Teba, estaba radiante, según decían, mientras pronunciaba el esperado «sí» en la catedral de Notre Dame. Luego se subió en el mismo coche que Napoleón y Josefina… ¡Una hija de Granada con la que, en otros tiempos, jugamos y a la que regalamos caramelos! Aquí en la ciudad se ha hecho una representación en honor a la ya reina de Francia. Alarcón dijo unas acertadas palabras y la poetisa Enriqueta Lozano expresó el sentimiento a su manera con unas letrillas que te escribo de memoria. Decían así:

Mas al gozar tu dignidad suprema
no llegues a olvidar ni una vez sola,
que el más rico florón de tu diadema
es, noble emperatriz, ser española.

Después de esta carta, Francesca y su amante se rieron de lo lindo. Imaginaban a Mínguez extasiado, ondeando banderitas españolas en la Plaza de Bib-Rambla o en cualquiera que no tuviera zanjas abiertas en el suelo.

Así pasaban las tardes, aunque en Roma, rememorando la ciudad de la Alhambra, hasta que, pasado el tiempo, inevitablemente llegó la última carta de Mínguez.

Se fue mi padre a leerla soslayado, buscando una intimidad que no era rara en él. Mi padre era un romántico, un idealista y un enamorado de la tristeza. Así podía lamerse las heridas del olvido, en la soledad, reservando para Granada ese pequeño recuerdo que llegaba de la letra de Julián Mínguez.

Francesca lo había visto recoger la carta de manos de su criada y como cada vez, esperó pacientemente su reacción. Luego se sentó y ansiosa aguardó a que volviese e imitase a Mínguez, el Ratón, pero esta vez no sucedió así.

Mi padre levantó lentamente los ojos hasta posarlos en los azules de la italiana. Quería mirarla de frente cuando dijera la frase:

—Debemos volver.

—¿Ahora? —preguntó desanimada la condesa—. ¿Precisamente ahora?

Era un lamento, un reproche hacia el destino. De todos los meses de todos los años, ése era el que se le suponía peor para volver.

—¿Por qué?

—Mi madre se está muriendo.

Francesca asintió con el corazón palpitante. No habían previsto que el destierro voluntario tiene sus condicionantes.

—Lo entiendes, ¿verdad?

Francesca había rehuido la mirada, no quería delatarse.

—Si vuelves será para siempre. Ésta es la oportunidad que estábamos esperando. Y yo no podré quedarme mucho tiempo en Granada.

Mi padre, entonces, no podía suponer nada de lo que pasó después.

—¡Qué tontería! Ahora soy dueño de mis actos. Si hemos podido ausentarnos todos estos años, lo podremos hacer en lo venidero. Y estaremos juntos, eso puedo prometerlo.

La italiana miró pacientemente el horizonte.

—Ordenaré que vayan haciendo las maletas.

Mientras vagamos por estas galerías y alcobas con sus ligeros y perforados enrejados… ¿no parecemos sentir un leve toque de su fantasía y su inspiración, como si también pudiéramos felizmente construir Alhambras? Pero ¡ay, Dios mío! ¡Las nuestras seguían siendo Alhambras en el aire!

Lady Emmeline Stuart-Wortley, Extracto de su libro de viajes, 1856

Corría el mes de noviembre de 1856. A la Plaza de los Lobos llegó una diligencia y de ella bajaron un hombre de pelo cano y barba prominente y una mujer bellísima, elegante, ahora más extranjera que nunca. Se despidieron allí mismo. Él se encaminó hacia la Carrera del Darro y ella hacia Puerta Real, a su casa cercana a la Alhóndiga Zaida.

Eran, como pueden ustedes suponerse, mi padre y Francesca.

Iba Manuel Cid tan cabizbajo que no advirtió de las novedades de Granada hasta algún tiempo después. Y eso que eran más que evidentes, con sus ruidos magnificados por los obreros que iban y venían, que transportaban herramientas y materiales para el embovedado del río. A veces, al pasar por una calle veía un solar vacío y recordaba que allí había oído misa en sus tiempos mozos o que había entrado, siendo aquello una vez iglesia, a ver sus imágenes de culto.

A Granada también le habían salido canas, como a él.

Llegó al caserón de los Cid y antes de entrar en el portalón echó un necesario vistazo a la Alhambra. De su romántica apariencia nadie podría suponer, al menos desde esa perspectiva, que el palacio hubiera sufrido cambios, lo que tranquilizó a mi padre, que empezaba a arrepentirse de la vuelta.

Tan pronto llegó al patio, la Benajara, más Benajara que nunca, se le interpuso.

—¡Dichosos los ojos! Ya me dijo tu amigo, el profesor, que llegabas.

—Pues aquí estoy.

—Podías haberme escrito a mí.

Mi padre levantó los hombros a modo de disculpa.

—¿Y mi madre?

—La he acomodado en la planta de arriba. Supongo que no te opones a ello.

—Desde luego, has hecho bien.

Se miraron, mi padre esquivo, mi madre desafiante.

—¿Sabes algo de nuestros hijos?

—No —contestó mi padre.

La Benajara se permitió un segundo para digerir las palabras que iba a pronunciar:

—¿Has vuelto con ella?

Mi padre también se permitió un tiempo y luego dijo:

—Sí.

Pocos días después fallecía mi abuela. Ya en aquel tiempo, era incapaz de reconocer a sus más allegados. Fue el entierro muy íntimo, a petición de mi padre y a conveniencia de mi madre, que estaba deseosa de verse de nuevo libre de aquella carga.

A la vuelta del entierro, la Benajara abrió todas las ventanas para que la muerte se fuera a su guarida, la tuviera donde la tuviese, pero mi padre aprovechó para hacer una visita.

Subió la Cuesta de los Chinos disfrutando de la sombra de las torres de la Alhambra, de la Torre de la Cautiva, de la Torre de los Picos, de la Torre de las Infantas… Dentro de alguna de ellas se veía a los obreros actuando hacendosamente y se preguntó qué habrían hecho esas familias que antes las ocupaban.

Al llegar al Patio de los Leones el corazón le dio un vuelco. Unos hombres manoseaban la fuente y su león preferido, el número cuatro, parecía haberse limpiado a conciencia. Con todo, pudo presumir que continuaba con la incisión en la boca, circunstancia que les permitiría, a Francesca y a él mismo, mantener su constante envío de misivas secretas.

El suelo del patio, que antaño estaba plantado de verdes parterres, era ahora un liso y blanco solar. El sol, que a esas horas de la mañana estaba bien en lo alto del cielo, ofendía la vista con los reflejos que producía sobre las tejas vidriadas de los tejados. Lo mismo ocurría con la cúpula que el señor Contreras había autorizado poner en medio de la techumbre.

—Señorito Manuel, ¡qué alegría me da usted! —Era la voz de Dolores. Se abrazó a mi padre con su característica dulzura—. Pensábamos que no volvería por la Alhambra.

Mi padre no contestó, dejó que los demás se contestaran a sí mismos. Prefirió divagar.

—¿Qué te parecen todos estos cambios, Dolores? ¿Crees que hemos mejorado?

—Mejorar, lo que se dice mejorar… Mire usted, señorito, es como si a mi Antoñica, con todos sus dientes retorcidos, viene un señor y me dice que me la cambia, que me da por ella una niña de trenzas rubias. Pues eso, que yo me quedo con mi Antoñica, aunque tenga los dientes retorcidos.

Era evidente que Dolores no se acostumbraba a los cambios.

—¿Cómo está Tía Antonia?

Dolores tuvo que sonarse la impertinente nariz, pues tan pronto oyó mentar el nombre de su tía, sus ojos derramaron lágrimas de tristeza.

—Mi tía se nos fue hace dos meses. Y aún lo recordaba a usted.

Mi padre lo sintió de veras. Y si con la ausencia de su madre no experimentó más

que desasosiego, con la de Tía Antonia manifestó un profundo pesar y tristeza.

La Benajara llegó aquel día de misa, todavía enlutada pero con la sonrisa en la cara. Se quitaba los guantes al tiempo que reía y mi padre pensaba que en todos estos años de ausencia se había vuelto un poco majareta, debido a su soledad. Pero no era cierto, la Benajara estaba bien cuerda, así lo atestiguaba su frialdad y vileza.

—¿De qué te ríes? —preguntó mi padre.

Evidentemente cayó en la trampa de mi madre, que deseosa estaba de que le hiciera esa pregunta.

—¿Te acuerdas de cuando, hace años, te gasté una inocente broma sobre la condesita italiana?

—¿La de que se había desmayado?

—Ésa.

—No tuvo ninguna gracia.

Mi madre volvió a reírse y se abanicó rápidamente pues se le subían los colores a la cara.

—Pues lo de esta mañana tiene aún más. Parece que soy adivina. Han pasado unos años pero ha sucedido. La Di Mare se ha desmayado, cual larga era, en misa. Y no creo que sea porque está encinta… porque edad ya no tiene para esas cosas.

Mi padre quedó un instante inmóvil, valorando las consecuencias de abofetear a mi madre. Pero finalmente tomó su abrigo y salió de casa.

Llegó a Puerta Real sin aliento, aunque esta vez no por correr, sino porque sus años ya empezaban a impedírselo, y recuperando el resuello llegó a casa de las Di Mare donde tan pronto lo vio, abrió la vieja condesa y le permitió entrar hasta la misma habitación de Francesca.

Se abalanzó sobre su cama, allí donde reposaba la bella italiana entre cojines de volantes, y le besó las manos.

—Ya veo que las noticias vuelan.

—Bárbara me lo ha contado. Y además ha disfrutado.

—Lo imagino.

—¿Qué tienes?

Francesca parecía radiante. Transmitía la serenidad y la confianza que a mi padre le faltaban.

—Quise contártelo en Roma, pero… ha sucedido algo inexplicable. A mi edad… voy a ser madre.

Manuel Cid quedó totalmente impresionado. Supongo que debido a que no se consideraba un buen padre, pues lo había demostrado con mi hermana y conmigo. Se levantó de la cama y algo frío exclamó:

—Bien, lo reconoceré.

Francesca respiró hondo, pues presentía que la conversación discurriría por

vericuetos peligrosos.

—No debes reconocerlo, Manuel. Seamos prácticos. Yo debo marcharme a Roma, ahora que todavía nadie sospecha. Y una vez allí me casaré.

—¿Casarte? Pero ¿con quién?

—Con Víctor.

Mi padre no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Te vas a casar con Vanel después de haber estado compartiendo mi vida todos estos años?

—Por eso mismo.

—¡Estás completamente loca!

Dichas estas palabras, mi padre se aplacó y volvió a dar la mano a Francesca.

—¿Quieres a Víctor?

—No.

—¿Entonces?

—Será mi tapadera. Como yo la seré para él.

—¡Esto es irreflexivo! ¡No puede estar sucediendo! —dijo mi padre levantándose nuevamente y caminando por la estancia sin sentido fijo—. ¿Cómo puedes entregarte a sus brazos? ¡Yo siempre he sospechado que había algo entre vosotros!

—Sí que lo hay, la amistad sincera entre dos personas.

—Un amigo que te propone en matrimonio no es decente.

Francesca tuvo que reír.

—¡Oh, Manuel! ¿Es que no te das cuenta de que tu honor está guardado con Vanel? ¿Que yo estaré protegida frente a cualquier insulto? ¿Que tu hijo crecerá sabiendo lo que es un buen padre?

Manuel Cid tuvo que reconocer que en eso había una gran verdad. No podía defraudar a otro de sus hijos.

—Pero ya no podremos volver a vernos.

—Podremos. Vanel lo permitirá.

—Pero ¿qué clase de hombre es Vanel? —preguntó mi padre desconcertado.

—Un hombre al que no le gustan las mujeres.

Todo quedó explicado. Y la farsa aceptada. Francesca debería salir hacia Roma lo antes posible. Y fue entonces cuando mi padre se quedó solo, en la casa que compartía con su peor enemigo y en una Granada que mutaba cada día.

Francesca, repuesta de sus incomodidades de embarazada, subió a la Alhambra a despedirse. Dentro de su guante llevaba disimulada una nota que introdujo dentro de la boca del león. Supuso que mi padre, en algún momento de su vida, miraría en aquel buzón íntimo que la historia les había proporcionado. Pero, por lo que yo sé, mi padre nunca más volvió a preocuparse por aquel detalle.

Así pues, Francesca se despidió de las piedras de la Alhambra y de la familia

Molina. Bajó la colina y subió a un coche en donde la esperaba Angelina, la condesa madre, y su prometido, Víctor Vanel, a quien los años mejoraban pues gustaba de ir a la moda y no pasaba un día sin que se impregnara la cara de cremas rejuvenecedoras.

La casa de las Di Mare, junto a la Alhóndiga Zaida, se quedó vacía. Los muebles se taparon con sábanas y algunas ventanas se ocluyeron con tablones de madera para evitar la rotura de cristales. En pocos días se había convertido en una casa abandonada y muchos de los que pasaban por delante temían que fuera nuevo objetivo de la masa obrera desempleada.

Eran los inicios del otoño y mi padre se sentía desanimado y deprimido. Francesca, su referente, había desaparecido junto a sus años de juventud y su ciudad natal. Nada de esas tres cosas era posible recuperar.

Como hacen los ancianos que ven cercana la muerte, mi padre se pasó las tardes recuperando los libros que había recibido de parte de sus amigos viajeros. De Irving, de Ford, de Inglis, de Mérimée, de Gautier… todos y cada uno de los visitantes a los que él enseñó la Alhambra y cuyo encuentro, de alguna manera, plasmaron en un libro de viajes que fue remitido a mi padre y éste los guardó con extremado cariño. Los sacó de las cajas donde mi madre los había metido, les quitó el polvo y se procuró una habitación inutilizada de la casa cuyas vistas al Darro eran excepcionales. Allí se erigió su paraíso, lo convirtió en biblioteca y en pinacoteca, pues reunió cientos de volúmenes y miles de bocetos, algunos regalados por sus amigos pintores y otros realizados por él mismo.

Sobre un caballete puso el cuadro que le había pintado a Francesca, aquellos ojos imponentes, de un azul cobalto, excepcionales.

Prohibió a la Benajara que se acercara siquiera a la puerta de su refugio y para asegurarse hizo cambiar la cerradura.

Cada vez que salía guardábase la llave. La llevaba encima hasta para dormir, lo cual había contribuido a crearse una imagen extravagante en su propia casa. El servicio decía de él que lo habían enloquecido en Roma, lo cual no dejaba de ser, en el fondo, cierto.

El 30 de noviembre de 1856, Granada volvió a sufrir otro incendio. Fue el de mayores dimensiones después del de la Alcaicería, con llamas de gran violencia y altura.

La campana de los bomberos y las voces de los vecinos, que se contagiaban el miedo, llegaron a la casa de los Cid haciendo recordar el que ya sufrieron años antes y que terminó con su negocio de telas. Las criadas iban y venían nerviosas y algunas se lanzaron a la calle a preguntar, pues un incendio en la ciudad era fácil de propagarse.

—¿Qué dicen, Teolinda? —preguntó mi madre.

La doncella denegó por falta de información.

—Sólo sé que es en Puerta Real, que parece que le ha tocado el turno a la alhóndiga.

Fue oír estas palabras y mi padre marchó de casa a averiguar en qué paraba toda aquella locura. Vivir en Granada, como ciudadano, empezaba a ser más expuesto que alistarse en el ejército.

Cerca de Puerta Real, entre la muchedumbre que se arracimaba a curiosear, mi padre encontró a Julián Mínguez.

—¡Es la hecatombe! Uno de los edificios que no era objetivo de la piqueta y ahora viene una chispa y todo arde como si fuera una pira mortuoria. ¡Qué desgracia, Manuel! Y la casa de las Di Mare… ¡Chamuscada hasta los cimientos!

Mi padre no tuvo fuerzas ni para contestar. A la llegada a la plaza lo vio. La mansión de las Di Mare, próxima a la alhóndiga, había ardido tan rápido como una columna de periódicos.

—Ahora ya no tiene Francesca razón para volver. Ni casa tiene en Granada…

Lo dijo mi padre tan atribulado que a Mínguez se le saltaron las lágrimas y hubo de quitarse las gafas para limpiárselas.

Al día siguiente ocurrió algo inusual y tan paradójico que no dejo de preguntarme qué hubiera sido de Manuel Cid de no haber presenciado lo que presenció.

Subía la colina de la Alhambra junto a Julián, el profesor, y reflexionaba. Pero Mínguez se lamentaba, como era propio de su carácter.

—Todavía huele a humo y ya ha pasado un día. Me alegro de que la condesita no esté aquí… ¿Te imaginas? Parece que el destino ha procurado ponerla a salvo.

Mi padre asintió. Pero no oía las palabras de Mínguez; si éste hablaba de la suerte que había corrido Francesca al irse de Granada mi padre sólo entendía que con las llamas se había consumido el único vínculo que lo unía a su amada.

—Pero otros no han corrido la misma suerte. El señor Carrascosa, el de la tienda de flores de la Alcaicería, ¿sabes a quién me refiero? Pues ese miserable señor todavía no se ha recuperado del incendio que se llevó por delante todos vuestros negocios y ahora viene y se le quema la casa, que estaba junto a la de Francesca. ¡Qué infortunio! Todo lo empeñó el buen Carrascosa para sacar adelante su negocio quemado por las llamas y ahora, cuando parecía que se recuperaba, ya ves… El destino salva a Francesca pero hunde sus dientes en un pobre infeliz. Esta mañana me crucé con él y no fue capaz ni de saludarme.

En aquel instante un sonido grave, como el de la explosión de un odre, se oyó en el interior del bosque de la Alhambra. Momentos después una bandada de pájaros se precipitaron al cielo y a todo ello siguió un silencio total.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mi padre.

—Serán los de la Alcazaba, que están de maniobras.

—No, ha sido hacia el bosque.

—¿Cazadores furtivos?

—¿A estas horas?

Mi padre tuvo un presentimiento. Dejó el camino y se introdujo entre las zarzas, los helechos y los acantos que salvajemente crecían en terreno virgen. Julián lo siguió aunque con cierta reserva.

—¿Qué haces? Se habrá vuelto a fugar un preso… No deberíamos salir del camino.

—Sígueme, he visto un resplandor.

Los ojos miopes del profesor no alcanzaban a ver más que la sombra de las hojas de los árboles reflejadas en la mullida vegetación del suelo. Los haces de luz de la mañana habían conspirado durante años para ocultar ciertas actividades prohibidas en el bosque de la Alhambra. Por su frondosidad, el bosque podía preservar a duelistas y a enamorados que buscaban la intimidad, pero otras veces, como era el caso, sólo proporcionaban la soledad inherente a un acto reprobable para un ser humano, esto es, el suicidio.

Allí encontró mi padre, entre una mullida cama de hojas secas de castaño, a un hombre. Estaba semioculto, con su cabeza ensangrentada bajo una rama de hermosos erizos vegetales que, de no haber sido por la acción violenta del arma de fuego, hubieran podido dar hermosas y sabrosas castañas.

—¡Pero si es el señor Carrascosa!

No hubo palabras. Con las piernas temblonas fue a buscar el profesor el camino de vuelta. Mi padre, de forma impulsiva, tomó el arma de fuego que había dado muerte al suicida y se la metió en el bolsillo.

Hasta ese mismo momento mi padre no había sido consciente de una cosa: de su derecho a morir.

Seguramente no se lo habría planteado jamás de no haber tenido cerca una pistola, pero allí estaba, en su bolsillo, un peso inquietante, provocador. A cada paso que daba la pistola brincaba en su bolsillo recordándole que podía ser usada y lo fácil que esto era.

Se despidió de Mínguez dándole la mano. Era su manera de consolarlo pues sabía que se sentía un poco responsable de no haber detenido aquella mañana al desesperado señor Carrascosa.

—¿De dónde vienes? —preguntó la Benajara—. Ahora que estás aquí podías mirar las cuentas de la tienda. Podrás comprobar que todo se ha incrementado, gracias a mí, claro está; que los dividendos en la fábrica de telas se han duplicado y que…

Mi padre no oía nada. El poco ánimo que le quedaba era empleado para arrastrar los pies.

—Tanto es así que estoy pensando en vender los olivares y…

Mi padre sacó la llave de su biblioteca, de su mundo ideal y privado, la metió en la cerradura y entró. El portazo no evitó que la Benajara siguiera hablándole, pero al menos allí estaba a salvo.

Se sentó agotado. Algo le molestaba en el bolsillo. Era la pistola. La sacó y acarició.

—¡Manuel! —llamó la Benajara golpeando con los nudillos.

Mi padre se puso la pistola en la sien y a punto estuvo de disparar si no hubiera sido porque cayó en la cuenta de que no tenía pólvora.

A Manuel Cid se le vio comprando munición para pistolas casi un año después, en unos almacenes frecuentados por cazadores. Quienes lo conocían se preguntaban qué iría a hacer un hombre tan bien vestido con semejantes materiales y todos dieron en la cuenta que sería para espantar a las golondrinas de los tejados, pues eran pájaros incómodos y corrientes en las casas palaciegas.

Mi padre no había tomado la determinación de suicidarse a la ligera. Se encontraba viejo, sin Francesca y sin saber si, finalmente, había sido padre por tercera vez.

La muerte se le mostraba como una digna solución y tanto era así que una mañana, atareado, sin interés en ser sorprendido, mi padre entró en su biblioteca y permaneció allí durante horas.

Colocó sus libros, el cuadro de Francesca… y luego se desplomó en su sillón. Mientras preparó su pistola lo hizo con mano firme, decidido a acometer una empresa, la única, que tras los años vividos no dejaría por terminar.

Miró la Alhambra. Estuvo allí sentado, contemplándola durante toda la tarde, hasta que la luz no dejó distinguir su perfil del cielo ennegrecido de otoño.

No sé mucho más de aquella noche, salvo que no se suicidó en su biblioteca. Supongo que porque no quería impregnar todos sus libros, sus cuadros, su mundo propio, con sangre.

Por eso fue a otra de las habitaciones de la casa, una de las preferidas de la Benajara, puso la pistola en su sien y luego miró la Alhambra.

EPÍLOGO

Noviembre de 1858

Durante todo el verano y el inicio del otoño me pasé acudiendo a la Alhambra a hablar con Dolores y ser testigo presencial de sus recuerdos. Hacía ya un año que mi padre había fallecido y todavía seguíamos hablando de él como se habla de un amigo que se ha ausentado a causa de un viaje. Pero hubo un momento en que todo terminó: no hubo más anécdotas ni más deseo de recordarlas, así que empecé a rehacer mi vida, aunque mucho más complacido.

Mi padre conoció a grandes hombres pero su muerte impidió que pudiera conocer a otros, otros guardianes que ayudaron a convertir la Alhambra en Monumento Nacional y que la transformaron en museo.

No sé si la Alhambra pervivirá eternamente. Soy propenso a pensar que el hombre tiende a convertir en efímero lo imperecedero sólo por darse gusto o creerse divino. Yo, por si acaso, subía muchas tardes a la Alhambra a buscar la compañía de sus columnas, de sus mocárabes, de sus piedras y de su fiel guardiana, Dolores. A veces estábamos solos durante horas y otras, nos acompañaban extraños visitantes. Así llegó un día.

—¿Quién es esa mujer?

—Es la condesa ¿sabe usted? La italiana.

La voz se me trabó:

—¿Francesca?

Había vuelto a Granada.

CRONOLOGÍA DE LOS HECHOS DE LA NOVELA

1807 Llega a España François René Chateaubriand, famoso escritor francés, que vive en Granada en la primavera de este año.

1812 (17 de septiembre) Los franceses abandonan la Alhambra volando ocho torres. El cabo de inválidos José García, arriesgando su vida, apaga las mechas.

DÉCADA DE 1820

1820 (1 de enero) Pronunciamiento de Riego.

1821 Un terremoto resquebraja parte de la Alhambra.

1826 (5 de mayo) Nace en Granada la futura emperatriz de los franceses, Eugenia de Montijo.

1829 (12 de mayo) Washington Irving llega a la Alhambra.

1829 (julio) Washington Irving deja la Alhambra al haber sido nombrado Secretario de Legación norteamericana.

DÉCADA DE 1830

1830 (17 de octubre) Próspero Mérimée llega a Granada y hace famoso el calificativo de «*différent*» para España. En este periodo gestará su obra más conocida, titulada *Carmen*, aunque no la escribirá hasta 1845.

1830 (noviembre) Llega Henry David Inglis, que escribiría *Spain 1830.*

1831 (18 de marzo) Encuentran una bandera bordada en la casa de Mariana Pineda.

1831 (5 de mayo) Richard Ford llega a Granada por primera vez con su mujer e hijos con la idea de pasar el verano. Se hospedan en la fonda del Comercio. El 7 de junio ya están en la Alhambra, donde permanecen hasta el 7 de noviembre.

1831 (26 de mayo) Ejecución de Mariana Pineda en el Campo del Triunfo.

1832 Llega David Roberts, pintor escocés que dejó una gran variedad de dibujos de la ciudad, posiblemente los más reproducidos actualmente.

1832 - 33 Llega a Granada Girault de Prangey, dibujante y escritor.

1832 - 34 Llega a España John Frederick Lewis.

1833 Segunda estancia de Ford. Se hospeda en la Torre de las Damas, llamada también Casa de Sánchez.

1833 (desde el 30 de agosto) Desamortización de Mendizábal. Desde esta fecha los conventos y monasterios masculinos de Granada se cierran. Las reclamaciones y compras de bienes de la iglesia pasan a canalizarse a través de la Hacienda Pública, ubicada en el ex convento de los trinitarios en la Plaza de la Trinidad, esquina calle Tablas.

1833 (30 noviembre) División provincial del Reino de Granada.

1834 (Desde el 6 de enero) Epidemia de cólera en Granada.

1834 Owen Jones, célebre dibujante, llega a Granada en el verano con el objetivo de dibujar el palacio de la Alhambra.

1835 Se añade la parte alta de la Fuente de los Leones con el único fin de embellecer la fuente, sin seguir criterios artísticos. Se hunde una de las torres de la Alhambra. Desde ese momento se la llama Torre Quebrada.

Se exclaustrarán gran número de conventos. El de San Francisco, en la Alhambra (hoy parador), se destinó a almacén de artillería y a residencia de pobres. Su preciada huerta sería entregada a un particular.

1835 (28 de junio) La Fuente de las Ninfas y el Pilar de Plaza Nueva (al que está adosada la fuente) se desploman con la crecida del río Darro.

Se crea la figura del inspector de antigüedades de Andalucía, que sólo funciona en Córdoba. De 1838 a 1842 desempeña el cargo Manuel de la Corte Ruano. Se intenta paliar con esta figura el mal funcionamiento de las comisiones científicas y artísticas.

1836 (3 de febrero) Se crea la Comisión de Ornato de Granada. Contra esta comisión tienen que luchar el Liceo Artístico y Literario de Granada y la Comisión Provincial de Monumentos.

1839 (14 de febrero) Se produce el más significativo de los robos que sufre el Museo Arqueológico de Granada, aún sin inaugurar.

1839 (21 de abril) Sale a la calle el periódico *La Alhambra*. Su precio es de 4 reales. Periodicidad semanal. Rápidamente se le empieza a relacionar con el Liceo Artístico, Literario y Científico, que se crea para evitar el declive cultural del siglo anterior.

Se raspa y limpia la Fuente de los Leones. Los círculos artísticos del momento protestan por los medios utilizados para tal fin, por lo que se consigue suspender la restauración.

1839 (21 de julio) Una tormenta hace crecer el río Darro hasta romper la bóveda de Puerta Real.

1839 (11 de agosto) Inauguración del Museo Arqueológico de Granada. Su sede será el ex convento de Santo Domingo.

DÉCADA DE 1840

1840 - 48 La Puerta de los Siete Suelos se convierte en taberna.

1840 (31 de mayo) Conmemoración del noveno aniversario de la muerte de Mariana Pineda.

1840 (julio) Llega Teóphile Gautier. En su equipaje hay un aparato fotográfico llamado daguerrotipo.

1840 (agosto) La espadaña situada en la parte central de la torre se lleva a una esquina de la Torre de la vela.

Llega a la Alhambra la viajera Elizabeth Mary Grosvenor, condesa de Grosvenor.

1841 Fuertes riadas obstruyen los puentes de los ríos Beiro, Darro y Genil a su paso por la ciudad y la Vega.

1842 La reina Isabel II recibe de parte de Rafael Contreras una reproducción a escala reducida de la Sala de las Dos Hermanas.

1842 (verano) Se emprende una campaña para retirar los balcones, saledizos, guardapolvos o tribunas de las fachadas de las casas. Se quieren evitar los incendios y la caída de elementos decorativos.

1842 (15 de julio) La Comisión de Ornato empieza a desmantelar las capillas de la ciudad. Le toca el turno a la capilla del Santo Cristo de la Puerta Real.

Llega a la Alhambra Isabella Frances Romer.

1842 - 46 Washington Irving es embajador en Madrid.

1843 George Borrow visita España con intención de enseñar la Biblia. De su viaje surgirá el libro *La Biblia en España*. Aquí se le llamará Jorgito *el Inglés*.

1843 (26 de mayo) El batallón de Asturias, que tenía su guarnición en la ciudad, seguido de la milicia y por el pueblo granadino, se levanta a favor de la reina y contra el regente general Espartero, proclamando su independencia del gobierno de Madrid.

1843 (20 de julio, noche) Se quema la Alcaicería.

1843 (desde julio hasta agosto) El Maristán es parcialmente demolido.

1844 (12 de junio) Orden por la que se aprueban las comisiones provinciales de monumentos; la de Granada tiene como fin informar, inspeccionar y defender el patrimonio histórico y artístico de la ciudad.

1845 (4 de mayo) Cierran la Alhambra por un levantamiento (posiblemente de reclusos de la alcazaba). Ese mismo día llega a la Alhambra Dora Quillinan.

1845 Richard Ford escribe *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa*.

1846 Richard Ford escribe *Cosas de España*.

1846 (27 de octubre) Llega Alejandro Dumas como corresponsal para cubrir las bodas de Isabel II y la infanta Luisa Fernanda, celebradas en Madrid.

Comienzan las obras en el Patio de los Leones. Desmontan los jardines franceses que habían sustituido a las losas originales, entre otras cosas, por riesgo de inundación al filtrarse aguas de los surtidores que regaban los setos.

1847 (23 de noviembre) Se nombra restaurador a Rafael Contreras. En su taller de reproducciones va a realizar todas las reproducciones de yesería que han llegado hasta nosotros.

1849 En el convento de San Francisco hay una fonda en donde se hospeda Alexander Notbeck, miembro de la Cuerda.

William George Clark llega a Granada y conoce a Mateo Ximénez, que se hace su guía.

Llega a Granada el pintor sueco Egron Lundgren.

DÉCADA DE 1850

1850 Llega a Granada Josephine de Brickmann, quien escribe *Paseos por España*.

Influidos por el afán de embellecer y restaurar, se decide poner un templete en el techo del Patio de los Leones y en el Patio de Comares. Se cubre todo con tejas vidriadas de colores.

Se forma la famosa Cuerda Granadina, a la que pertenecen Alarcón, José

Castro y Serrano, Fernández y González, Rafael Contreras y otros.

1851 - 55 Cubrición del Darro en la zona del Puente del Carbón y plaza del Carmen.

1851 (23 de mayo) El río Darro, en una crecida, rompe el embovedado a su paso por Puerta Real.

1853 (30 de enero) Eugenia de Montijo se casa con Napoleón III en la catedral de Notre Dame. Desde Granada se homenajea a la reina con poemas de Pedro Antonio de Alarcón, Salvador de Salvador y Enriqueta Lozano.

1854 (y hasta el 1882) Empieza el embovedado del Darro.

1856 (30 de noviembre) Incendio de la Alhóndiga Zaida.

LIBROS Y ARTÍCULOS UTILIZADOS

Álvarez Lopera, José, «Don Guillermo J. Osma y el primer Patronato de la Alhambra» (artículo).

—«La Alhambra entre la conservación y la restauración (1905 - 1915)», *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, Granada, 1977.

Andersen, Hans Christian, *Viaje por España*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

Bowers, Claude G., *Las aventuras españolas de Washington Irving*, Movipress 2000, Madrid, 1997.

Brinckmann, Joséphine, *Paseos por España (1849 y 1850)*, Cátedra, Madrid, 2001.

Clark, William G., *Gazpacho o meses de verano en España*, Comares-Aljarife, Granada, 1996.

Descola, Jean, *La vida cotidiana en la España romántica. 1833 - 1868*, Argos Vergara, Barcelona, 1984.

Díaz-Plaja, Fernando, *La vida cotidiana en la España romántica*, Edaf, Madrid, 1993.

Dumas, Alejandro, *Cuatro días en la Granada de 1846*, Caja General de Ahorros y Ayuntamiento de Granada, 1996.

Egea Fernández-Montesino, Alberto (coord.), *Viajeras románticas en Andalucía*, Centro de Estudios Andaluces, Sevilla, 2008.

Ford, Richard, *Las cosas de España*, Turner, Madrid, 1974.

—*Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa*, Turner. Madrid, 1980.

Gallego Roca, Miguel (estudio y selección de textos), *La cuerda granadina. Una sociedad literaria del postromanticismo*, Comares, 1991.

Garnica, Antonio (ed.), *Washington Irving en Andalucía*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2004.

Gautier, Théophile, *Viaje a España*, Cátedra, Madrid, 1998.

Girault de Prangey, *Recuerdos de Granada y de la Alhambra*, Escudo de Oro, Barcelona, 1985.

Gómez-Moreno, Manuel, *Guía de Granada*, Universidad de Granada, 1998.

Inglis, Henry David, *Granada en 1830*, La nube y el ciprés, Granada, 1955.

Irving, Washington, *Cuadernos secretos de Washington Irving*, textos y daguerrotipos de Miguel Ángel Moleón Viana y Luis Arance Moreno, Almuzara, Córdoba, 2006.

—*Cuentos de la Alhambra*, edición de Antonio Gallego Morell, Espasa Calpe, colección Austral, Madrid, 2007.

Leyva Almendros, Alfredo, *Diccionario del habla granaína*, Almuzara, Córdoba, 2007.

López-Burgos del Barrio, María Antonia, «Los descubridores del palacio. Viajeros británicos en la Alhambra (1802 - 1929)», *Entre Ríos. Monográfico La Alhambra, el palacio*, n.º 7 - 8, año 2008.

—*Por los caminos del poniente granadino*, Consorcio para el desarrollo rural del poniente granadino, Proyecto sur de ediciones, Granada, 1998.

—*Viajeras en la Alhambra*, Junta de Andalucía, Sevilla, 2007.

Madoz, Pascual, *Granada. 1845 - 1850*, edición facsímil, Ámbito, Valladolid, 1997.

McDermott, John Francis, *El mundo de Washington Irving*, Corregidor, Buenos Aires, 1978.

Mérimée, Prosper, *Cartas de España*, Renacimiento, 2005.

—*Carmen*, Cátedra, Madrid.

Mesonero Romanos, Ramón, *Memorias de un setentón.* Renacimiento, 1926.

Miranda Valdés, Javier, *Aureliano Fernández. Guerra y Orbe (1816 - 1894): un romántico, escritor y anticuario*, Real Academia de la Historia, 2005.

Mitchell, David, *Viajeros por España, de Borrow a Hemingway*, Mondadori Ómnibus, Málaga, 1988.

Orihuela Uzal, Antonio, «La conservación de alicatados en la Alhambra durante la etapa de Rafael Contreras (1847 - 1890) ¿Modernidad o provisionalidad?», *La Alhambra: lugar de la memoria y el diálogo*, José A. González Alcantud, Abdellouahed Akmir (eds.), Granada, 2008.

Rodrigo, Antonina, *La Huerta de San Vicente y otros paisajes y gentes*, Ediciones Miguel Sánchez, Granada, 1997.

Villoria Prieto, Javier, «Washington Irving y la Alhambra. Una relación fructífera», *EntreRíos. Monográfico la Alhambra, el palacio*, n.º 7 - 8,

año 2008.

Viñes Millet, Cristina, *Granada en los libros de viajes*, Editorial Miguel Sánchez, Granada, 1999.

—*Granada y Marruecos. Arabismo y africanismo en la cultura granadina*, Editorial El legado andalusí, Granada.

—*La Alhambra que fascinó a los románticos*, La biblioteca de la Alhambra, colección Plural, Granada, 2007.

—«La imagen de Granada en los viajeros románticos» (artículo).

VVAA, *De Palacio a Museo*, Catálogo de la exposición, Granada, 2008.

VVAA, *Imágenes en el tiempo. Un siglo de fotografía en la Alhambra. 1840 - 1940*, Catálogo de la exposición.

VVAA, *Luz sobre papel. La imagen de Granada y la Alhambra en las fotografías de J. Laurent*, Catálogo de la exposición, Granada, 2007.

VVAA, *Washington Irving*, estudio preliminar Andrés Soria Olmedo y José Luis Martínez Dueñas Espejo, Universidad de Granada, Granada, 2008.



CAROLINA MOLINA (nacida en 1963, Madrid) es una periodista, documentalista y escritora Española de novela históricas. Sus últimas novelas e investigaciones la han orientado hacia la Historia de Granada. La figura de García Lorca influirá en su literatura y en su vida personal.

Desde muy niña empieza a escribir y ganar premios y accésit en distintos concursos literarios. Después de estudiar Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid se dedica, durante algún tiempo, al teatro y crea un grupo de teatro independiente junto a varios amigos. Ha tocado varios géneros literarios: La novela fantástica hasta el año 2000 dedicándose a los extensos volúmenes de El Reino de los Asturcones, ambientada en las raíces y folklore asturianos. Pero será a partir de 1995, cuando toma contacto con Granada y empieza a vincularse con la ciudad, fruto de ese encuentro es su primera novela histórica *La luna sobre la Sabika* (2003), que tuvo buena acogida. Su segunda novela histórica, *Mayrit entre dos murallas*, ambientada en los orígenes musulmanes de Madrid (2004) ha resultado ser una novela de culto, original y comprometida. En 2006 publica su tercera novela *Sueños del Albayzin*, que la consagra como novelista y la une, definitivamente, a Granada. Colabora en distintas revistas de la ciudad, como *El Legado Andalusí, una sociedad mediterránea* y, algo más recientemente, la revista literaria *EntreRíos*. Su línea de investigación se centra en la Granada romana (Iliberri) y los cambios experimentados en el patrimonio artístico granadino durante el siglo XIX. Ha conferenciado sobre la cultura andalusí en bibliotecas de distintas partes de España y fue invitada por el Instituto Cervantes de Utrecht (Holanda) para hablar del

legado de al-Andalus. Sus últimas novelas, *Las vidas de Iliberri* (2013) y *Guardianes de la Alhambra* (2010) empiezan la saga de su último personaje, Max Cid. En la actualidad coordina la sección del periódico digital *El Heraldo del Henares* «Érase un cuento» y dirige la colección de narrativa de la editorial granadina Zumaya. Ha coordinado el monográfico dedicado al cuento «Los que cuentan» de la revista *EntreRíos* (2011). En la actualidad se centra en el género de la novela histórica y el cuento. Su última novela, *Noches en Bib-Rambla* ha sido publicada en 2012 y continúa con la saga de los Cid que comenzó con *Guardianes de la Alhambra*.

Notas

[1] Cristina Viñes es catedrática de Historia Contemporánea en la Universidad de Granada. Sus amplios conocimientos sobre la Alhambra los ha plasmado en distintos libros. Ejemplo de ellos son La Alhambra de Granada. Tres siglos de historia, Granada en los libros de viaje y La Alhambra que fascinó a los románticos. <<